

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Tabla de contenido

Tabla de contenido

Capítulo 1 - La Persona del Espíritu Santo

Capítulo 2 - La Obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento 1

Capítulo 3 - La Obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento 2

Capítulo 4 - El Espíritu Santo en Relación con la Persona y Obra de Cristo

Capítulo 5: El Espíritu Santo en relación con el mundo no salvo

Capítulo 6 - La Obra del Espíritu Santo en la Salvación 1

Capítulo 7 - La Obra del Espíritu Santo en la Salvación 2

Capítulo 8 - La obra del Espíritu Santo en el creyente 1

Capítulo 9 - La obra del Espíritu Santo en el creyente 2

Capítulo 10 - La obra del Espíritu Santo en el creyente 3

Capítulo 11 - La Escatología del Espíritu Santo

La Persona del Espíritu Santo

Por John F Walvoord

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 1

La Persona del Espíritu Santo

[Nota del autor: Este artículo es el primero de una serie sobre la Doctrina del Espíritu Santo. Abarcadas en este artículo inicial están las siguientes divisiones principales de la Persona del Espíritu Santo: (1) La Personalidad del Espíritu Santo; (2) La Deidad del Espíritu Santo; (3) la Procesión del Espíritu Santo; (4) Los Títulos del Espíritu Santo; (5) Los Tipos del Espíritu Santo. Los artículos subsiguientes tratarán de la Obra del Espíritu Santo.]

Introducción

En una discusión sobre la Persona del Espíritu Santo, pocos escritores reclamarán un alto grado de originalidad. La revelación de las Escrituras, la discusión teológica de los siglos cristianos, las numerosas publicaciones sobre el tema, por breves y limitadas que sean en su tratamiento del tema, han resumido un total de literatura teológica que muy pocos pueden superar en una vida de estudio. La tendencia actual ha sido enfatizar la obra presente del Espíritu sin la debida consideración de Su Persona sin la cual Su obra no tiene fundamento real. Con este fin, este artículo constituirá una voz más que testimonia que el estudio de las Personas de la Trinidad es fundamental para toda verdad teológica.

El plan de consideración dirige la atención a la Persona del Espíritu Santo excluyendo Su obra. Debe admitirse que el estudio de Su Persona nunca está completo sin el complemento de la revelación de Su Persona en Sus obras. Sin embargo, en aras del análisis, primero se considerará Su Persona, con referencia a Su obra solo cuando sea necesario, dejando para una discusión posterior los aspectos de Su obra a lo largo de las edades.

I. La Personalidad del Espíritu Santo.

Es una revelación fundamental que el Espíritu Santo es una Persona, en el sentido de que el Padre es una Persona y el Hijo es una Persona. Sin negar la única Esencia de la Deidad, la personalidad del Espíritu Santo debe ser afirmada y está sujeta a prueba irrefutable por cualquiera que acepte las Escrituras como autoridad. La personalidad del Espíritu Santo ha sido atacada por Socinio y sus seguidores antiguos y modernos, quienes han mantenido la posición general de que el Espíritu Santo es una energía impersonal que procede de Dios. Shedd afirma que, aunque los socinianos niegan la personalidad del Espíritu, afirman que la eternidad del Espíritu procede del Dios eterno: “*Los socinianos niegan la personalidad distinta del Espíritu Santo; conceden la eternidad, porque consideran al Espíritu como la influencia o el efluvio del Dios eterno.*”¹ Siglos antes, Arrio tuvo una idea muy similar, afirmando que el Espíritu no tenía personalidad, como indica Watson, “*Su personalidad fue totalmente negada. por los*

*arrianos, y era considerado como la energía ejercida de Dios.”*² Arrio, sin embargo, negaba la eternidad del Espíritu, haciéndolo una criatura. Mientras que las variaciones en los puntos de vista de la doctrina sobre la Persona del Espíritu Santo han sido muchas, el gran cuerpo de teología ortodoxa y conservadora se ha aferrado a la personalidad del Espíritu, cuyas pruebas pueden ser consideradas aquí.

1. La Personalidad del Espíritu Santo Afirmada por Sus Atributos.

En la naturaleza del caso, toda discusión de cualquier porción de la Persona o de la obra del Espíritu Santo tiene relación con la doctrina de Su personalidad. Las diversas cualidades de Su Persona demuestran que la personalidad es una necesidad, el centro sin el cual otras cualidades no podrían existir. Los atributos del Espíritu Santo exigen Su personalidad.

(1) Cabe señalar que el Espíritu Santo posee lo esencial de la mente o inteligencia. Las Escrituras afirman explícitamente que el Espíritu Santo ejerce una voluntad moral y soberana comparable a la de las demás Personas de la Trinidad. En relación con la concesión soberana de los dones espirituales a los hombres, se dice que el Espíritu hace esto *“como él quiere”* (**1 Corintios 12:11**). Lo esencial de la mente o inteligencia es confirmado además por Sus obras. Sus obras indican inteligencia, conocimiento y las funciones normales de la personalidad. La personalidad, que es un atributo de Su Persona, se demuestra por las acciones de la Persona. Los atributos de omnisciencia (**1 Corintios 2:10-11**) son evidencia de la existencia de la mente y la inteligencia en un plano de deidad.

(2) El Espíritu Santo posee vida (**Romanos 8:2**) que es esencial a la personalidad. En el plano humano, la posesión de la vida se toma como prueba de la posesión de la personalidad, siendo imposible la una sin la otra. Como el Espíritu Santo posee vida, la personalidad es necesaria. Una mera influencia o emanación no posee los atributos de la vida, aunque proceda de Dios. La vida en un plano moral siempre está asociada con la personalidad.

(3) La deidad del Espíritu Santo es evidencia concluyente de la personalidad, como se sostiene en el material que sostiene la deidad del Espíritu Santo que se dará en una sección posterior. Si se puede suponer aquí que Dios posee personalidad, si el Espíritu Santo es una Persona de la Trinidad, Él a su vez posee personalidad. Las dos doctrinas se sostienen mutuamente.

2. La Personalidad del Espíritu Santo Afirmada por Sus Obras.

Sin duda, la evidencia más tangible y concluyente de la personalidad del Espíritu Santo se encuentra en Sus obras. Si bien no es el propósito de la presente discusión examinar la naturaleza de Sus obras, es prueba suficiente de Su personalidad simplemente nombrarlas. El mismo carácter de Sus obras hace que sea imposible interpretar las Escrituras apropiadamente sin asumir Su personalidad. De la discusión más completa de Sus obras que sigue, estas ilustraciones serán suficientes: (1) Su obra en la creación (**Génesis 1:2**); (2) Su obra de empoderamiento (**Zacarías 4:6**); (3) Su ministerio de enseñanza (**Juan 16:13**); (4) Su guía (**Isaías 48:16**; **Romanos 8:14**); (5) Su consuelo (**Juan 14:26**); (6) Su oración (**Romanos 8:26**); (7) Su obra de convencer al mundo del pecado, la justicia y el juicio (**Juan 16:8**); (8) Su restricción del pecado (**Isaías 59:19**); (9) Sus mandatos autorizados (**Hechos 8:29**; **13:2**; **16:7**). Debe quedar claro a partir de estas citas que la personalidad es absolutamente necesaria para explicar estos ministerios. Una mera influencia o emanación no crea, empodera, enseña, guía, ora ni ordena. Es necesario atacar la inspiración de las Escrituras mismas para perturbar la abrumadora evidencia contenida en ellas sobre este tema.

3. La Personalidad del Espíritu Santo Afirmada por el Uso de Pronombres Personales en Relación con Él.

Es costumbre cuando se habla de personas usar los pronombres personales, yo, tú, él, ellos. Si bien la personificación de cosas materiales e inmateriales es común, tales usos de los pronombres personales son bastante obvios y no causan confusión. El uso de pronombres personales en relación con el Espíritu Santo en las Escrituras es lo suficientemente frecuente como para justificar la conclusión de que Él es una persona. Como dice Charles Hodges: *“Se le presenta como una persona muy a menudo, no solo en un discurso poético o excitado, sino en una narración simple y en instrucciones didácticas; y su personalidad está sostenida por tantas pruebas colaterales, que explicar el uso de los pronombres personales en relación con Él sobre el principio de personificación, es violar todas las reglas de interpretación.”*³ El griego del Nuevo Testamento es bastante explícito al confirmar la personalidad del Espíritu

Santo mediante el uso de los pronombres. Como πνεῦμα (pneuma es espíritu) es neutro, naturalmente se necesitarían pronombres neutros para tener concordancia gramatical. En varios casos, sin embargo, se encuentran los pronombres masculinos (**Juan 15:26; 16:13, 14**). El uso de la forma masculina, ἐκεῖνος (pronombre demostrativo, "aquello"), hace que la personalidad del Espíritu Santo sea claramente la intención del pasaje. Es inconcebible que las Escrituras cambien del neutro normal al masculino a menos que una persona esté a la vista.

El mismo uso del masculino se puede observar en el uso de los pronombres relativos, y en relación con el apoyo al pensamiento de la personalidad (**Efesios 1:13-14**). No se puede encontrar ninguna razón válida para esto, excepto como indicación de Su personalidad.

4. La personalidad del Espíritu Santo afirmada por el hecho de que es considerado como una persona por aquellos que depositan su fe en él.

Los cristianos que tienen una comprensión inteligente de la verdad consideran al Espíritu Santo como objeto de fe. Esto se hace inconscientemente más que deliberadamente, su relación con el Espíritu efectúa esta respuesta. Está de acuerdo con la fórmula bautismal mencionada en **Mateo 28:19** donde el Espíritu Santo está asociado en igualdad de condiciones con el Padre y el Hijo, cuya personalidad es generalmente aceptada. Asimismo, la bendición apostólica registrada en **2 Corintios 13:14** indica una igualdad con respecto a la personalidad de los miembros de la Trinidad. Según las Escrituras, es posible pecar contra el Espíritu Santo (**Isaías 63:10** *Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos.*); entristecerlo (**Efesios 4:30**); reverenciadle (**Salmo 51:11**); y obedecerle (**Hechos 10:19-21**). La experiencia de la vida y de la fe cristiana entra en estas realidades y afirma que es muy natural que los cristianos consideren al Espíritu Santo como considerarían a una persona

5. Conclusión.

De las diversas líneas de evidencia, está claro que la única posición defendible para aquellos que aceptan las Escrituras es aceptar la personalidad del Espíritu Santo en toda su órbita. Esta ha sido la posición del cuerpo ortodoxo de cristianos desde el principio. Como dice Charles Hodge, "*La personalidad del Espíritu ha sido la fe de la Iglesia desde el principio. Tiene pocos oponentes incluso en el período caótico de la teología; y en los tiempos modernos ha sido negada por nadie excepto por los socinianos, arrianos y sabelianos.*"⁴

II. La Deidad del Espíritu Santo.

Introducción.

La doctrina de la deidad del Espíritu Santo tiene una íntima relación lógica con la doctrina de la personalidad del Espíritu. Está claro que, si el Espíritu Santo es Dios, también es una persona. De la misma manera, si se acepta Su Persona, somos llevados inevitablemente a la conclusión de que Él es Dios por la obra que realiza. En consecuencia, Hodge afirma: "*Desde el siglo IV, su verdadera divinidad nunca ha sido negada por aquellos que admiten su personalidad divina*". La inconsistencia de esta posición llevó a Arius y sus seguidores a renunciar finalmente por completo a la personalidad del Espíritu y, como señala Hodge, desde entonces no se han hecho más intentos en esta dirección. La prueba de la deidad del Espíritu Santo es tan extensa que es imposible mostrar todas las posibles ramificaciones del argumento. Cada aspecto de la verdad sobre el Espíritu

Santo habla en términos elocuentes de Su deidad. Por lo tanto, es posible indicar simplemente las líneas generales del argumento a favor de Su deidad.

1. Identificación de Jehová y el Espíritu Santo.

Todos están de acuerdo en que el término Jehová es un título de deidad. En consecuencia, es de gran importancia que este título se le dé al Espíritu Santo. Una comparación de **Isaías 6:8-9** y **Hechos 28:25** revelará que el Jehová de Isaías es el Espíritu Santo de los Hechos. La identificación no es de Persona sino de Esencia. Jehová se usa de las tres Personas de la Trinidad individualmente, así como de la Trinidad corporativamente. Otro ejemplo de identificación de Jehová y el Espíritu Santo se encuentra en **Jeremías 31:31-34** y **Hebreos 10:15**.

2. Identificación de Dios y el Espíritu Santo.

El término Dios, tal como se encuentra en las traducciones del Antiguo y Nuevo Testamento, se identifica frecuentemente con el Espíritu Santo. Las diversas instancias apuntan a detalles de la evidencia confirmatoria. En **2 Samuel 23:2, 3**, el Espíritu de Jehová y el Dios de Israel son identificados. Ambos títulos se refieren a la misma entidad. De la misma manera, se dice que la presencia del Espíritu Santo es la presencia de Dios. El cristiano habitado por el Espíritu Santo es habitado por Dios (**1 Corintios 3:16; 6:19; Efesios 2:22**).

La identificación de Dios y el Espíritu Santo se ilustra aún más por el hecho de que Cristo declara que la blasfemia contra el Espíritu Santo es imperdonable (**Mateo 12:31-32**). La blasfemia en su naturaleza es un acto contra la deidad. Si el Espíritu Santo no fuera Dios, no sería posible cometer este pecado.

Otro ejemplo claro de identificación del Espíritu Santo y Dios se encuentra en Hechos 5:1-4, donde se dice que el pecado de Ananías contra el Espíritu Santo es un pecado contra Dios. De estas varias identificaciones, se llega a una conclusión ineludible de la deidad del Espíritu Santo.

3. Asociación del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo en igualdad de condiciones.

Con frecuencia en las Escrituras, el Espíritu Santo se asocia con el Padre y el Hijo en términos iguales, predicando Su deidad. En la fórmula bautismal de **Mateo 28:19**, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están relacionados en igualdad de condiciones. El uso del nombre en singular es digno de mención. El significado del singular apunta al hecho de que el nombre final de Dios es "Padre, Hijo y Espíritu Santo". El Espíritu Santo es esencial para el Dios Triuno.

Una comparación de las Escrituras a menudo revela una asociación de las Personas de la Trinidad en términos que infieren igualdad de asociación. Watson⁷ señala que la inspiración de las Escrituras puede atribuirse a Dios (**Hebreos 1:1**), al Espíritu Santo (**2 Pedro 1:21**) y al Espíritu de Cristo (**1 Pedro 1:11**). Por lo tanto, al Espíritu Santo se le otorga el mismo honor, posición y ministerio que a los demás miembros de la Trinidad.

Otro ejemplo de tal asociación se encuentra en la bendición apostólica registrada en **2 Corintios 13:14**. En este versículo frecuentemente citado, las Personas de la Trinidad se muestran en toda su igualdad y se les otorga igual honor. Si bien los casos de asociación no son tan concluyentes en su argumento como los que prueban la identificación del Espíritu Santo y Dios, su peso adicional hace que el caso de la deidad del Espíritu Santo sea más claramente irrefutable. Las restantes líneas de evidencia son aún más importantes.

4. La Eterna Procesión del Espíritu.

Esta doctrina será considerada más extensamente en la sección que trata de ella. De importancia aquí es la relación de esta doctrina con la deidad del Espíritu Santo. Si se puede probar que el Espíritu Santo procedió eternamente del Padre y del Hijo, es evidente que el Espíritu Santo es de la Esencia de Dios y es Dios. Si bien la doctrina de la procesión es más teológica que bíblica, está en armonía con las Escrituras, como se verá más adelante, y es una evidencia importante de la deidad del Espíritu Santo.

5. Los Atributos del Espíritu Santo.

Dos enfoques son posibles para la doctrina de los atributos del Espíritu. De la suposición de que el Espíritu Santo es Dios, se puede deducir que cada atributo de la Trinidad es un atributo del Espíritu Santo. El otro enfoque, que se toma aquí, es a través de la referencia explícita de las Escrituras, revelando ciertos atributos. La suma de esta revelación es tal que constituye una evidencia concluyente de la deidad del Espíritu Santo.

(1) El Espíritu Santo se revela como poseedor de vida (**Romanos 8:2**). El contexto indica que la vida espiritual o eterna está a la vista, la cual, originalmente, era posesión exclusiva de Dios, ahora otorgada a algunas de Sus criaturas a través de la regeneración. (2) El atributo de la personalidad tiene abundante testimonio como ya se demostró. (3) El Espíritu Santo es omnipresente (**Salmo 139:7**), un atributo que solo Dios puede poseer. (4) la omnisciencia pertenece al Espíritu Santo (**1 Corintios 2:10-11**), y (5) la omnipotencia, como se ilustra en Su obra de la creación (**Génesis 1, 2**). (6) La santidad se asigna con frecuencia a quien se conoce distintivamente como el Espíritu Santo (**Lucas 11:13**). La eternidad del Espíritu (7) también se evidencia en las Escrituras (**Hebreos 9:14**). La naturaleza de los atributos es tal que no todos podrían ser comunicados a una criatura. De la revelación explícita de los atributos del Espíritu Santo, se puede concluir que Su deidad es dada más evidencia contra la cual ningún argumento podría sostenerse.

6. Las Obras del Espíritu Santo.

Un extenso argumento a favor de la deidad del Espíritu Santo se encuentra en Sus obras, cuyo estudio extenso será objeto de una discusión posterior. Como ilustración, tres de Sus obras pueden presentarse como distintivamente en el ámbito de la operación divina.

- (1) La obra del Espíritu Santo en la creación, por su propia naturaleza, solo puede ser realizada por alguien que es Dios (**Génesis 1:2**).
- (2) La obra del Espíritu Santo en la regeneración (**Juan 3:6**) también está claramente en el ámbito de la obra de Dios.
- (3) El ministerio del Espíritu Santo al efectuar la santificación del creyente es otra ilustración (**2 Tesalonicenses 2:13**). Los hombres pueden influir, pero sólo Dios puede santificar.

7. Conclusión.

Por lo tanto, se puede concluir, sin más resumen de los argumentos, que el caso de la deidad del Espíritu Santo es inexpugnable (*"Que no se puede tomar o conquistar por las armas."* RAE). Podemos concluir como lo hace Charles Hodges: *"Él, por lo tanto, es presentado en las Escrituras como el objeto apropiado de adoración, no solo en la fórmula del bautismo y en la bendición apostólica, que trae a la memoria la doctrina de la Trinidad como la verdad fundamental de nuestra religión, sino también en el requisito constante de que lo miremos a Él y dependamos de Él para todo bien espiritual, y que lo reverenciamos y obedezcamos como nuestro divino maestro y santificador"*⁸.

III. La Procesión del Espíritu Santo.

Introducción.

La doctrina de la procesión tiene que ver con el ser y la eternidad del Espíritu Santo en su relación con el Padre y el Hijo. Como división de la doctrina de la Trinidad, afirma que el Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Trinidad, el mismo en sustancia y esencia, e igual en poder, eternidad y gloria. La declaración apropiada de la doctrina es que el Espíritu procede del Padre y del Hijo, como el Hijo procede del Padre.

1. El Hecho de la Procesión del Espíritu Santo.

La doctrina de la procesión se basa en las Escrituras y en la inferencia. Los primeros credos de la iglesia cristiana prestaron atención a la declaración adecuada de la misma. El Credo de Nicea, por ejemplo, declara: *"Y creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, quien con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado"*⁹. Athanasian Creed habla de ello más brevemente: *"El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede"*.¹⁰ En tiempos más recientes, los Artículos de la Iglesia Inglesa establecen la doctrina: *"El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es de una sola sustancia, majestad y gloria, con el Padre y el Hijo, verdadero y eterno Dios"*.¹¹ La Confesión de Fe de Westminster tiene una declaración similar: *"En la unidad de la Deidad hay tres personas de una sustancia, poder y eternidad; Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El Padre no es de ninguno, ni engendrado ni procediendo; el Hijo es eternamente engendrado del Padre; el Espíritu Santo eternamente procedente del Padre y del Hijo."*¹²

La abundante evidencia del credo, si bien no posee la inspiración infalible de la Biblia, puede tomarse como prueba concluyente de que la gran parte de la cristiandad evangélica acepta sin cuestionar esta doctrina. Si bien las declaraciones varían, el hecho de la procesión se establece claramente en todos como eterno y distinto de la generación. La inferencia de **Juan 15:26** es ciertamente la de una relación eterna. La dificultad más obvia con la visión de la Iglesia Griega es que el Espíritu Santo es operativo en el Antiguo Testamento, y la procesión era entonces un hecho (**Salmo 104:30**). La obra del Espíritu Santo en la creación y todas las operaciones posteriores involucran la procesión del Espíritu.

La naturaleza misma de la procesión apunta a su eternidad. La procesión, como la generación eterna de Cristo, no es un asunto de creación, comienzo de existencia o análogo de ninguna manera con las relaciones físicas comunes en el ámbito humano. Procede más bien de la naturaleza misma de la Deidad, siendo necesaria para su existencia. Sin el Espíritu Santo, la Deidad no sería lo que es. La procesión del Espíritu Santo no puede compararse con la encarnación, ya que la encarnación no era esencial para la deidad, aunque es esencial para su manifestación, especialmente los atributos del amor y la justicia cuando se combinan en la gracia.

3. La Relación de Procesión y Generación.

Los teólogos han tomado prestadas las distinciones bíblicas en cuanto a la relación eterna de la Segunda y Tercera Personas con la Primera Persona. Al hablar del Hijo, las Escrituras afirman su generación eternamente (**Salmo 2:7**), mientras que al hablar del Espíritu se usa la palabra proceder, como hemos visto. Ninguna mente humana puede mejorar estas distinciones, incluso si se admite que los términos son inadecuados para comprender toda la verdad que representan. La generación debe ser guardada de todas las ideas puramente antropomórficas, y el proceder debe hacerse eterno. Los términos no se pueden revertir. Aunque puede decirse que Cristo procede del Padre, no puede decirse del Espíritu que Él es engendrado.

4. La Relación de la Procesión con la Obra del Espíritu Santo.

En el caso de Cristo, su generación eterna involucró la obra del Hijo que se cumplió en el tiempo, cumpliendo el pacto de redención. Por parte del Espíritu Santo, la eterna procesión del Espíritu salió en el ministerio que siguió. Así como Cristo se hizo Hijo obediente al hacer la voluntad del Padre, así el Espíritu Santo en procesión se hizo obediente al Padre y al Hijo. Esta

subordinación sin desmerecer la gloria eterna y los atributos divinos que caracterizaron a las tres Personas se ilustra abundantemente en las Escrituras (**Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7**). El ministerio de la Tercera Persona se lleva a cabo en Su propio poder y da testimonio de Su eterna deidad y gloria, pero se lleva a cabo en nombre del Padre y del Hijo. Por lo tanto, encontramos al Espíritu siendo enviado al mundo para revelar la verdad en nombre de Cristo (**Juan 16:13-15**), con la misión especial de dar a conocer las cosas de Cristo y magnificar al Padre y al Hijo. Él no está buscando Su propia gloria más de lo que el Hijo buscó Su propia gloria mientras estaba en el período de humillación.

Podemos ver, entonces, en la obra tanto del Hijo como del Espíritu, una ilustración de las respectivas doctrinas de la generación y procesión eternas. Mientras que el Padre envía al Hijo y al Espíritu, el Hijo nunca envía al Padre, pero sí envía al Espíritu. El Espíritu no envía al Padre ni al Hijo, sino que está subordinado a Su voluntad, que en todo momento es Su propia voluntad, y realiza Su obra en la tierra. Si bien la naturaleza de la procesión es en gran medida inescrutable, es una expresión en palabras humanas basada en la revelación bíblica de la relación de las Personas de la Trinidad entre sí.

IV. Los Títulos del Espíritu Santo.

Introducción.

Un examen de la revelación bíblica sobre el Espíritu Santo indicará que en ninguna parte se le da un nombre formal, como el que tenemos para la Segunda Persona, el Señor Jesucristo, sino que se le dan títulos descriptivos, de los cuales el más común en las Escrituras y en el uso común es el Espíritu Santo. Como Su Persona es espíritu puro, al cual ningún material es esencial, Él se revela en las Escrituras como el Espíritu. El adjetivo descriptivo santo se usa para distinguirlo de otros espíritus, que son criaturas.

Un estudio de las referencias al Espíritu Santo por varios títulos en las Escrituras revelará algunos hechos significativos. Las palabras básicas del original también se usan en referencia a otras entidades además del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, sin embargo, se usa más de cien veces por el Espíritu Santo. La cuestión de la interpretación entra en el problema. Cummings enumera ochenta y ocho referencias al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento.¹³ La versión estándar americana de la Biblia por medio de letras mayúsculas iniciales indica mucho más que esto. En todo caso, los casos son numerosos y bien dispersos a lo largo del Antiguo Testamento. Cummings señala que el Pentateuco tiene catorce referencias, ninguna en Levítico, que Isaías y Ezequiel tienen quince cada uno, y que las referencias están dispersas en veintidós de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento.¹⁴ El resumen conciso de Cummings sobre la importancia de estas referencias bien puede citarse:

“Es imposible decir que los pasajes aumentan en número, o en claridad, con alguna característica especial de los libros de la Escritura. Parecen no tener una relación especial con la cronología, ya que aparecen principalmente en Isaías (750 a. C.), en Ezequiel (590 a. C.), y en los libros de Moisés. Tampoco podemos rastrear ninguna relación con la espiritualidad comparativa de los libros, aunque Isaías ocupa un lugar tan alto en la lista; porque mientras que Ezequiel ocupa el primer lugar y Jueces tiene siete, Salmos tiene solo seis, Deuteronomio solo uno y 2 Crónicas cuatro. Pero es posible discernir que cada uno de los escritores inspirados ha captado algún aspecto especial de la persona u obra del Espíritu Santo, que se reitera en sus páginas. En Ezequiel, por ejemplo, es la acción del Espíritu Santo al transportar al profeta corporalmente a los lugares donde se le necesita, lo que explica seis de los quince pasajes. En Jueces, es la inhalación de coraje o fuerza a lo que se alude en cada uno de los siete pasajes. En Éxodo es como el Espíritu de sabiduría que Él es considerado especial y exclusivamente. Es Su oficio como Dador de inspiración profética del que se habla más constantemente en los libros de Samuel y las Crónicas. En Isaías y en los Salmos, la doble enseñanza acerca de Él es Su conexión con el Mesías, por un lado, y lo que podría llamarse Sus cualidades personales, como estar afligido o irritado por la ingratitud o la rebelión, por el otro.”¹⁵

En el Nuevo Testamento, las referencias al Espíritu Santo son aún más numerosas. La palabra del Nuevo Testamento para el Espíritu, πνευμα, se encuentra en doscientos sesenta y dos pasajes, según Cummings, dispersos a lo largo de todos los libros principales del Nuevo Testamento.¹⁶ Para citar a Cummings, *“Los Evangelios contienen cincuenta y seis pasajes; los Hechos de los Apóstoles, cincuenta y siete; Epístolas de San Pablo, ciento trece; y los otros libros, treinta y seis.”¹⁷* A partir de estos hechos, se puede ver claramente que

hay una referencia constante al Espíritu Santo desde **Génesis 1:2** hasta **Apocalipsis 22:17**, y la inferencia es clara de que un ministerio constante del Espíritu Santo se mantiene adecuado para cada dispensación. Los títulos del Espíritu Santo, tal como se traducen comúnmente, están sujetos a una clasificación significativa que proporciona un trasfondo interesante para la doctrina.

1. Títulos del Espíritu Santo que revelan sus relaciones.

De los muchos títulos y variaciones en referencia al Espíritu Santo, dieciséis revelan Su relación con las otras Personas de la Trinidad. Se encuentran once títulos que relacionan el Espíritu Santo con el Padre: (1) Espíritu de Dios (**Génesis 1:2; Mateo 3:16**); (2) Espíritu del Señor (**Lucas 4:18**); Espíritu de nuestro Dios (**1 Corintios 6:11**); (4) Su Espíritu (**Números 11:29**); (5) Espíritu de Jehová (**Jueces 3:10**); (6) Tu Espíritu (Salmo 139:7); Espíritu del Señor Dios (**Isaías 61:1**); (8) Espíritu de vuestro Padre (**Mateo 10:20**); (9) Espíritu del Dios vivo (**2 Corintios 3:3**); (10) Mi Espíritu (**Génesis 6:3**); (11) Espíritu de Él (**Romanos 8:11**).

Se encuentran cinco títulos que relacionan el Espíritu Santo con el Hijo: (1) Espíritu de Cristo (**Romanos 8:9; 1 Pedro 1:11**); (2) Espíritu de Jesucristo (**Filipenses 1:19**); (3) Espíritu de Jesús (**Hechos 16:7**); (4) Espíritu de su Hijo (**Gálatas 4:6**); (5) Espíritu del Señor (**Hechos 5:9; 8:39**).

Si bien hay alguna distinción en el significado de los diversos títulos, el significado principal es resaltar la relación del Espíritu Santo como la Tercera Persona de la Trinidad, todos afirmando Su deidad y procesión.

2. Títulos del Espíritu Santo que revelan sus atributos.

Se da abundante revelación en los títulos del Espíritu Santo para revelar sus atributos. Al menos diecisiete de Sus títulos indican los atributos divinos de Su Persona. (1) La unidad del Espíritu se revela en el título, Un Espíritu (**Efesios 4:4**). (2) La perfección es la implicación del título, Siete Espíritus (**Apocalipsis 1:4; 3:1**). (3) La identidad del Espíritu Santo y la Esencia de la Trinidad se afirma en el título, El Señor el Espíritu (**2 Corintios 3:18**). (4) La eternidad del Espíritu se ve en el título, Espíritu Eterno (**Hebreos 9:14**). (5) Espíritu de Gloria connota que Su gloria es igual al Padre y al Hijo (**1 Pedro 4:14**). (6) Espíritu de Vida afirma la vida eterna del Espíritu (**Romanos 8:2**). Tres títulos afirman la santidad del Espíritu: (7) Espíritu de Santidad (**Romanos 1:4**), una posible referencia al santo espíritu humano de Cristo; (8) Espíritu Santo o Espíritu Santo (**Salmo 51:11; Mateo 1:20; Lucas 11:13**), el título más formal del Espíritu y el más usado; (9) Santo (**1 Juan 2:20**).

Cinco de los títulos del Espíritu Santo se refieren hasta cierto punto a Él como el autor de la revelación y la sabiduría: (10) Espíritu de Sabiduría (**Éxodo 28:3; Efesios 1:7**); (11) Espíritu de Sabiduría y Entendimiento (**Isaías 11:2**); (12) Espíritu de consejo y de poder (**Isaías 11:2**); (13) Espíritu de conocimiento y de temor del Señor (**Isaías 11:2**); (14) Espíritu de Verdad (**Juan 14:17**). La trascendencia del Espíritu está indicada (15) en el título Espíritu Libre (**Salmo 51:12**). El atributo de la gracia se encuentra en dos títulos, (16) Espíritu de Gracia (**Hebreos 10:29**), y (17) Espíritu de Gracia y Súplica (**Zacarías 12:10**).

3. Títulos del Espíritu Santo que revelan sus obras.

Muchos de los títulos a los que se hace referencia como indicadores de Sus atributos también connotan Sus obras. En la discusión de los títulos que revelan Sus atributos, se puede notar que el Espíritu de Gloria (**1 Pedro 4:14**) se involucra en una obra para llevar a los santos a la gloria. El Espíritu de Vida (**Romanos 8:2**) es el agente de la regeneración. El Espíritu de Santidad (**Romanos 1:14**), el Espíritu Santo (**Mateo 1:20**), y el Santo (**1 Juan 2:20**) es nuestro santificador. El Espíritu de sabiduría (**Efesios 1:17**), el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de poder, el Espíritu de conocimiento y de temor del Señor (**Isaías 11:2**) hablan de los varios ministerios de Dios en enseñando, guiando y fortaleciendo al santo. El Espíritu de la Verdad (**Juan 14:17**) tiene una idea similar. El Espíritu como quien manifiesta la gracia se revela en los títulos, Espíritu de Gracia (**Hebreos 10:29**), y el Espíritu de Gracia y Súplica (**Zacarías 12:10**).

Además de estos, se dan otros dos títulos al Espíritu Santo, afirmando Sus obras. (1) El Espíritu de Adopción (**Romanos 8:15**) se refiere a Su revelación de nuestra adopción como hijos. (2) El Espíritu de Fe (**2 Corintios 4:13**), aunque tal vez impersonal, y en este caso sin referirse al Espíritu Santo como tal, si se admite como referencia, indica el ministerio del Espíritu al producir la fe en nosotros.

Una búsqueda de la concordancia (para Reina Valera 1960) para “fe” y “Espíritu” rinde lo siguiente: 16 coincidencias, **Hechos 6:5; 11:24** fe y el Espíritu Santo son vinculados juntos; **1 Corintios 12:9** el don de fe, que es una manifestación del Espíritu Santo y es dada por el mismo Espíritu; **2 Corintios 4:13** de nuevo los dos son vinculados; **Gálatas 3:2**, Recibimos el Espíritu Santo por fe, aparentemente igual como la salvación **Gálatas 3:5** Jesús “administra” al Espíritu Santo a nosotros por medio de la fe, **Gálatas 3:14** la fe es clave en recibir la promesa del Espíritu, **Gálatas 5:5** La esperanza de la justicia es guardada por nuestra fe, **Gálatas 5:22** una parte del fruto del Espíritu Santo es la fe; **Filipenses 1:27** esta fe que es relacionada con el Espíritu Santo es por creer el evangelio; **Colosenses 2:5** (espíritu de Pablo); **2 Tesalonicenses 2:13** nuestra elección en Dios es por los dos, la fe y el Espíritu Santo; **1 Timoteo 4:1** El Espíritu Santo nos declara que habrán personas que “apostatarán de la fe” apostasía es de haber conocido bien la salvación y aun darse la espalda a ella, **12** (espíritu de Timoteo); **Santiago 2:26** como comentario de nuestra composición humana, parece que la idea es que la fe es el elemento animador de nuestros cuerpos; **Judas 1:20** de nuevo la Biblia vincula la fe y el Espíritu Santo, hay un orar en el Espíritu Santo que edifica nuestra fe. La edificación DE NOSOTROS es por nuestra fe. Pero Judas escribió una serie de cosas que él exhortaba, y entre el amor y la misericordia, hubo esta exhortación para edificarnos, y una coma o pausa como se pone entre elementos en una serie, y “orando en el Espíritu Santo”. Entonces es mejor de tomar toda la serie como elementos y separar la fe y orar en el Espíritu Santo como dos elementos entre tantos, y no una misma cosa. ---DRC

Sin embargo, otro título del Espíritu Santo, que no involucra el nombre espíritu, es el de Consolador, de παρακλητος, que significa, según Thayer, cuando se usa en su sentido más amplio,” un ayudante, socorrista, ayudante; así del Espíritu destinado a tomar el lugar de Cristo con los apóstoles.”¹⁸ Se encuentra frecuentemente en el Nuevo Testamento (**Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7**). Revela al Espíritu Santo como alguien que siempre está listo para ayudar al cristiano.

Los muchos títulos del Espíritu Santo con sus múltiples significados hablan elocuentemente de las bellezas de Su Persona y las maravillas de Sus atributos. Los múltiples aspectos revelados hablan de su Persona infinita, igual en poder y gloria al Padre y al Hijo.

V. Los Tipos del Espíritu Santo.

Introducción.

El campo de la tipología es rico y, lamentablemente, ha sido ignorado por los teólogos. Puede admitirse que la tipología no es evidencia concluyente, que la doctrina no debe edificarse sobre ella, pero esto no destruye su rica ilustración de la verdad, ni el hecho de que las Escrituras mismas interpretan tipos y usan palabras importantes con un diseño evidente. La tipología en relación con la doctrina del Espíritu Santo no es de gran importancia, pero los ocho tipos principales del Espíritu discutidos aquí agregarán su revelación a otros campos de investigación. El orden de la discusión es alfabético (*esto es, alfabético en inglés, no en español* --DRC).

1. Ropa.

En **Lucas 24:49**, Cristo les dijo a sus discípulos que se quedaran en Jerusalén hasta que “*sean investidos de poder desde lo alto*”. La palabra traducida como investido es ἐνδυσθητε, que literalmente significa vestir. La referencia es a la obra del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Debían ser revestidos de poder. La figura parecería indicar que la presencia y el

poder del Espíritu Santo es nuestra protección del mundo y nuestra vestidura oficial. Por ella somos conocidos, y por ella somos vestidos. El uso de la ropa como una figura para revelar la verdad espiritual es prominente en las Escrituras como se evidencia en otras conexiones en las Escrituras (**2 Corintios 5:3; Efesios 4:24; 6:11-17; Colosenses 3:10, 12; 1 Tesalonicenses 5:8; Apocalipsis 19:8, 13, 14**). El trabajo de FE Marsh va más allá para ilustrar las bellezas de este tipo.¹⁹

2. Paloma.

El uso de una paloma como un tipo del Espíritu Santo llama nuestra atención de manera sorprendente en la descripción del bautismo de Cristo. En esa ocasión los cuatro Evangelios mencionan que el Espíritu Santo descendió sobre Cristo en forma de paloma (**Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32**). El tipo no se explica en ninguna parte de las Escrituras. Sin embargo, de la naturaleza de la paloma se puede inferir que habla de belleza, mansedumbre, paz y una naturaleza celestial. Cristo habló de ser *"inofensivos como palomas"* (**Mateo 10:16**), y se hace referencia a la venta de palomas en el templo para el sacrificio (**Mateo 21:12; Marcos 11:15; Lucas 2:24; Juan 2:14, 16**). No se hace ninguna otra mención de ellos en el Nuevo Testamento, pero la referencia del Antiguo Testamento es más frecuente.

En relación con el envío de la paloma desde el arca por Noé, el Dr. Herbert Mackenzie encuentra en el relato una indicación del carácter dispensacional del ministerio del Espíritu. Afirma que la primera visita de la paloma es significativa de la visita del Espíritu Santo durante las edades patriarcal y profética, buscando en vano una simiente piadosa (**Malaquías 2:15**). La segunda salida de la paloma es paralela a la segunda salida del Espíritu durante la vida de Cristo. La tercera salida de la paloma es típica del ministerio actual del Espíritu Santo en la redención.²⁰

3. Arras del Espíritu.

El significado aceptado de ἀρραβών, traducido como arras en sus tres apariciones en el Nuevo Testamento (**2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:14**), es el de prenda o pago simbólico. Thayer lo define: *"Dinero que en las compras se da como garantía de que el monto total se pagará posteriormente"*.²¹ El Espíritu Santo mismo, en lugar de Sus dones, es la Garantía. Él es la señal y prenda de que todo lo que el Padre ha prometido, aunque no es nuestro ahora en cuanto a disfrute real, es sin embargo nuestra posesión y será nuestro para disfrutarlo más adelante. FE Marsh lo ilustra de esta manera: *"Todas las cosas son nuestras", no en cuanto a disfrute real o pleno, sino en cuanto a posesión o seguridad; del mismo modo que un hijo que es heredero de una propiedad le queda, y se le permite una cierta parte de ella hasta que sea mayor de edad, cuando puede entrar y disfrutar de la totalidad, tiene la seguridad de que la propiedad no deja de ser suya, aunque tenga no entrar en plena posesión."*²²

¿De qué es el Espíritu las arras (**"el anticipo promisorio" es una mejor traducción del inglés de Walvoord. En Español, es la palabra "arras" desde las dos citas dadas. --- DRC**)? Las Escrituras lo dejan claro. Todas las futuras bendiciones de Dios están aseguradas por la presencia del Espíritu Santo. Su presencia es nuestra garantía. Nuestra herencia, nuestra salvación, nuestra gloria, nuestra comunión con Dios, nuestra semejanza a Él, nuestra libertad del pecado y sus males, todo está representado en el pago simbólico de la Persona del Espíritu.

4. Fuego.

El día de Pentecostés, en relación con la obra del Espíritu en esa ocasión, *"lenguas como de fuego"* tocaron a cada uno de los creyentes (**Hechos 2:3**). Este fue un trabajo que nunca se repitió. El contexto no indica definitivamente lo que representaban las *"lenguas como de fuego"*. Sin embargo, de otra Escritura se desprende que el fuego es típico generalmente del juicio del pecado y de la santificación del santo (compare **1 Corintios 3:13**). Se usa para juzgar a los perdidos con más frecuencia que en referencia a los salvos, como en **Hechos 2:3**. Puede concluirse que la referencia al fuego en relación con el día de Pentecostés tenía en vista la santificación y preparación para el compañerismo y el servicio necesarios para el ministerio que se avecinaba. De manera diferente, Isaías experimentó tal limpieza y preparación en su llamado al servicio (**Isaías 6:6, 7**).

La referencia al bautismo de fuego en **Mateo 3:11-12** aparentemente no está conectada con una obra del Espíritu en ningún momento, refiriéndose más bien a la purificación realizada por Cristo mismo para la nación de Israel en Su segunda venida, y por aplicación, la destrucción de la carne y sus obras en el tribunal de Cristo.

5. Aceite.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo se encuentra frecuentemente en este tipo. En el tabernáculo, el aceite de oliva puro que mantenía la lámpara encendida continuamente en el lugar santo habla elocuentemente del ministerio del Espíritu Santo en revelación e iluminación, sin el cual el pan de la proposición (Cristo) sería invisible en la oscuridad, y el camino a lo más santo de todo no quedaría claro (**Éxodo 27:20-21**). El aceite jugó un papel importante en los sacrificios (**Levítico 1-7**). Se usaba en la unción de los sacerdotes y la consagración del tabernáculo (**Levítico 8**). Se usaba para inducir reyes a sus cargos (**1 Samuel 10:1; 16:13; 1 Reyes 1:39**; etc.). Además de estos usos sagrados, se usaba como alimento (**Apocalipsis 6:6**), medicina (**Marcos 6:13**) e incluso como medio de intercambio de mercancías (**1 Reyes 5:11**).²³

Los casos de referencia al aceite en el Antiguo Testamento superan en número a los del Espíritu Santo. Según la Concordancia de Young, hay ciento setenta y cinco referencias al aceite en el Antiguo Testamento y una docena de instancias en el Nuevo Testamento, siendo la más notable **Mateo 25:3-8; Hebreos 1:9; Santiago 5:14**. Una referencia interesante es **Juan 3:34**, hablando del Espíritu como no siendo derramado “por medida” sobre Cristo.

De los varios usos del aceite en la Biblia, podemos concluir que el aceite habla de santidad, santificación, revelación, iluminación, dedicación sanidad.

6. Sello.

Varias referencias bíblicas indican que el Espíritu Santo constituye un sello de la redención del creyente (**2 Corintios 1:22; Efesios 1:13; 4:30**). El Espíritu Santo mismo es el Sello. Su presencia es de gran importancia, totalmente aparte de sus ministerios.

Un sello por su naturaleza indica (1) seguridad (que nadie hace daño a algo --- DRC), (2) seguridad (que la cosa es saludable --- DRC), (3) propiedad, (4) autoridad. FE Marsh agrega a estas sugerencias que (5) “Entre los hombres, un sello significa una transacción finalizada”; (6) que el sello constituye una marca de reconocimiento (de quien la cosa pertenece --- DRC); (7) que el sello implica secreto y (8) obligación; y que “el sello deja una impresión sobre la cera que le corresponde”, es decir, se evidencia en la vida del creyente.²⁴ Es una evidencia de la gracia de Dios que se le dé tal seguridad al creyente en esta época. Aparte de otras bendiciones de la presencia del Espíritu Santo, está el hecho significativo de que Él, en toda la maravilla de Su Persona, debería estar morando en el santo.

7. Agua.

La abundancia en la que se ha creado el agua da lugar a una variedad de significados. Que se usa típicamente en referencia al Espíritu Santo está claro en **Juan 4:14; 7:38-39**. En el primer caso, es significativo de la vida eterna en abundancia; en el último caso, indica las bendiciones interminables que fluyen de Su Persona y obra, significado aclarado por el uso del término, ríos de agua viva. En referencia al Espíritu, entonces, el agua habla de la vida eterna, de la limpieza por el lavamiento, de la abundancia ilimitada de bendición y refrigerio espiritual. El agua en forma de rocío puede tomarse para indicar la obra refrescante del Espíritu en medio de la oscuridad espiritual (**Génesis 27:28; Oseas 14:5**).

Todas las referencias espirituales al agua no necesariamente se refieren directamente al Espíritu. En el diluvio de Noé, habla de juicio (compare fuego, **Mateo 3:12**). Se usa para representar la Palabra escrita (**Efesios 5:26**). En plural, a veces significa angustia y tribulación (**Salmo 69:2, 14**). Es necesario, por lo tanto, dejar que el contexto determine el significado de la palabra en todas sus ocurrencias.

8. Viento.

Dos veces en el Nuevo Testamento el Espíritu Santo está conectado indirectamente con el viento (**Juan 3:8; Hechos 2:2**). Las referencias en el Antiguo Testamento son múltiples en el sentido de que la misma palabra para Espíritu se traduce de diversas maneras como viento, soplo, aire, soplo, etc., así como espíritu. Todos los casos, por supuesto, no involucran tipología, pero la conexión de la vida física con el espíritu es interesante. Expresiones como el soplo de sus labios (**Isaías 11:4**), y el soplo de su nariz (**2 Samuel 22:16**) en referencia a Dios, mientras antropomorfismos, connotan el poder del Espíritu. Juan 3:8 usa la palabra espíritu para representar viento en lugar de la palabra más común (πνευμα para α•νε•ος). Es el único caso en el Nuevo Testamento donde se usa así. Cristo parece estar usando el viento como un tipo del Espíritu, aunque se usa la palabra espíritu.

Con motivo de Pentecostés, se escuchó un “*estruendo del cielo como de un viento recio que soplaba*”. Si bien esto no está explícitamente relacionado con el Espíritu, se indica en el contexto que el viento “llenó toda la casa donde estaban sentados” (**Hechos 2:2**), y que “fueron llenos del Espíritu Santo” (**Hechos 2:4**).

De los varios usos y de la naturaleza del viento mismo, se puede inferir que, como un tipo del Espíritu, el viento indica Su poder, Su invisibilidad, Su naturaleza inmaterial y Su propósito soberano. Así, invisible al ojo natural, puede ser observado en lo que hace. Sus movimientos no están gobernados por la voluntad humana. Su poder no está controlado por la invención humana. Puede que no se entiendan sus propósitos soberanos, pero está claro que todo está de acuerdo con un plan infinito.

Dallas, Texas

Es el privilegio del creyente estar siempre en la presencia de Dios. Él ha sido introducido allí por la sangre del Señor Jesucristo, y nada debe sufrir para llevarlo de allí. El lugar mismo nunca lo puede perder, ya que su Cabeza y Representante, Cristo, lo ocupa en su nombre. Pero, aunque no puede perder la cosa en sí, muy fácilmente puede perder el disfrute de ella, la experiencia y el poder de ella. Cada vez que sus dificultades se interponen entre su corazón y el Señor, evidentemente no está disfrutando de la presencia del Señor, sino sufriendo en presencia de sus dificultades. - Seleccionado.

1 Teología dogmática, vol. yo, pág. 328.

2 Institutos teológicos, vol. yo, pág. 630.

3 Teología sistemática, vol. yo, pág. 524.

4 *Ibíd.*, pág. 522.

5 *Ibíd.*, pág. 527.

6 Previamente citada

7 arriba. cit., pág. 632.

8 En. cit., pág. 528.

9 Citado por Watson, op. cit., pág. 628.

10 Citado por Watson, loc. cit.

11 Citado por Watson, loc. cit.

12 La Constitución de la Iglesia Presbiteriana en los EE. UU., p. 20

13 Por el Espíritu Eterno, pág. 36.

14 lugar cita

15 Ibid., págs. 37-38.

16 Ibid., pág. 44.

17 Lugar cita

18 Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento, pág. 483.

19 Emblemas del Espíritu Santo, pp. 229-241.

20 Notas inéditas sobre Génesis, tomadas estenográficamente, 10 de octubre de 1931.

21 En. cit., pág. 75.

22 En. cit., pág. 242.

23 Compare Enciclopedia Bíblica Estándar Internacional, vs. Petróleo.

24 arriba. cit., págs. 29, 33, 34, 36.

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 2

La Obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

(Continuación del número de abril-junio de 1940)

[Nota del autor: Siguiendo el artículo introductorio sobre la Persona del Espíritu Santo, esta discusión comenzará la consideración de la obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento.

Incluidas en este artículo están las primeras tres divisiones: (1) La Obra del Espíritu Santo en la Eternidad Pasada; (2) La Obra del Espíritu Santo en la Creación; (3) La Obra del Espíritu Santo en la Revelación del Antiguo Testamento. Seguirá en un artículo posterior la discusión de la obra del Espíritu Santo en la inspiración del Antiguo Testamento, al obrar milagros en el Antiguo Testamento y Su ministerio al hombre en el Antiguo Testamento.]

Introducción.

El gran teólogo holandés del siglo pasado, Abraham Kuyper, al comenzar su obra clásica, La obra del Espíritu Santo, tocó una nota de la que todo estudiante cuidadoso de la doctrina del Espíritu Santo se hará eco cuando escribió: *“La necesidad de la divina la guía nunca se siente más profundamente que cuando uno se compromete a dar instrucción en la obra del Espíritu Santo, tan indeciblemente tierno es el tema, que toca los secretos más íntimos de Dios y los misterios más profundos del alma. Protegemos instintivamente las intimidades de parientes y amigos de la observación intrusiva, y nada hiere más al corazón sensible que la ruda exposición de lo que no debe ser desvelado, siendo bello sólo en el retiro del círculo familiar. Mayor delicadeza conviene a nuestro acercamiento al santo misterio de la intimidad de nuestra alma con el Dios vivo”*¹.

El tema de la obra del Espíritu Santo se basa con frecuencia en la revelación explícita, cuya contemplación proporciona al alma devota un deleite exquisito. Algunos aspectos se revelan con menos detalle, requiriendo de parte de todos los que los estudian una inducción muy cuidadosa para evitar errores. Con frecuencia, un gran campo de verdad se revela en unas pocas Escrituras esparcidas. Todos debemos compartir algún sentimiento de futilidad al esforzarnos por mostrar las bellezas de la verdad infinita, siendo el campo tan vasto, el peligro de distorsionar o menospreciar la verdad estando siempre presente.

Dos grandes peligros en la interpretación son evidentes como se ilustra en la literatura sobre el tema. Primero, siempre somos propensos a interpretar las Escrituras a través de la experiencia, en lugar de interpretar la experiencia a través de las Escrituras. El factor de la experiencia humana está muy cerca de algunos aspectos de la doctrina del Espíritu Santo, pero la experiencia puede no ser normal, y si es normal puede que no se interprete correctamente. Mucho daño ha venido a través de doctrinas arbitrarias establecidas en última instancia sobre la experiencia en lugar de la revelación. Un segundo peligro, en el extremo opuesto, es limitar la doctrina del Espíritu Santo a hechos aceptados por todos.

Mucho de lo que es espiritual no está sujeto a pruebas suficientes para satisfacer a todos. Inducciones cuidadosamente hechas y de acuerdo con toda la revelación conocida, a menudo son necesarias para sacar a relucir toda la belleza de la doctrina. Las Escrituras han sido formadas expresamente para ser evidentes a aquellos que son enseñados por el mismo

Espíritu Santo como un libro cerrado a la fría razón ya la deducción precisa. Aquel que aprecia estos peligros viene con un sentido renovado de dependencia en el Espíritu Santo mismo para enseñar las verdades íntimas relacionadas con Sus obras.

Es natural que se haya prestado más atención al Nuevo que al Antiguo Testamento, que es lo que nos interesa principalmente en este momento. El Antiguo Testamento, sin embargo, ofrece una importante introducción a la revelación del Nuevo Testamento. Las similitudes y los contrastes resaltan la verdad del Nuevo Testamento con mayor belleza. La doctrina del Espíritu Santo no está completo hasta que se vea como un todo de eternidad en eternidad. Entonces se puede ver que Su obra es toda parte de un propósito majestuoso de Dios para mostrar Sus propios atributos y obrar Su propia voluntad.

I. La Obra del Espíritu Santo en la Eternidad Pasada

Es fundamental para cualquier doctrina que esté relacionada con el propósito soberano de Dios. La doctrina del Espíritu Santo no es una excepción. Detrás de la obra del Espíritu Santo en el tiempo está la obra del Espíritu Santo en la eternidad. Aunque posiblemente distinta de la doctrina de la obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, en el sentido de que su principal revelación se encuentra en el Nuevo Testamento, la obra del Espíritu Santo en la eternidad pasada se considera aquí como una introducción adecuada a Su obra en el período del Antiguo Testamento. No se intentará, por lo tanto, limitar la discusión al Antiguo Testamento en este tema fundamental.

Todos los eventos de toda clasificación están propiamente incluidos en el único y eterno decreto de Dios. Sin embargo, para fines de análisis y estudio, pueden concebirse como pertenecientes a ciertas divisiones, entre ellas, la obra del Espíritu Santo. Si bien los teólogos han prestado sorprendentemente poca atención a este importante aspecto del decreto eterno, todos los que aceptan la soberanía de Dios estarán de acuerdo en que la obra del Espíritu Santo es vital y esencial para el todo y puede inferirse con seguridad.

Un examen de este campo de la verdad revelará al menos cuatro fases principales de la obra del Espíritu Santo que están directamente involucradas en el pacto de redención.

1. El Espíritu Santo se hizo obediente a la Primera y Segunda Personas.

La doctrina de la procesión afirma que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como el Hijo procede del Padre. De esta relación eterna de las Personas de la Trinidad, se puede inferir que, en la alianza eterna de la redención, el Espíritu Santo se comprometió a ser obediente a la Primera y Segunda Personas. La obediencia del Espíritu Santo como se revela en varios pasajes de las Escrituras (**Juan 14:16-17, 26; 15:26; 16:7, 13**) no se limita a ninguna dispensación, sino que es la norma para cada época y procede del pacto eterno. Las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento nunca invierten el orden de la obediencia. Así como el Hijo es siempre obediente al Padre, así el Espíritu es siempre obediente al Padre y al Hijo. Esto no debe interpretarse como una inferencia de inferioridad del Espíritu Santo en cuanto a Su Persona, sino más bien como una subordinación voluntaria de acuerdo con Su Persona y la unidad de propósito de la Deidad. Esta subordinación del Espíritu Santo es esencial a todo su ministerio y caracteriza todo lo que se revela. Así como le correspondía a Cristo ser obediente hasta la muerte, así está en armonía con todo lo que sabemos de Dios y de Su obra que el Espíritu Santo sea el siervo obediente e invisible de Dios, hablando de Cristo en lugar de Sí mismo, glorificando al Padre en lugar de Su propia Persona directamente. Sin embargo, así como Cristo en la humillación trajo para sí mismo la gloria adicional de ser el Salvador, así el Espíritu Santo finalmente traerá para sí mismo la gloria de estar siempre subordinado a la voluntad del Padre, glorificando así la eterna Deidad y cumpliendo el propósito fundamental que subyace a todos los detalles de los acontecimientos.

2. El Espíritu Santo asumió su parte en la creación y la preservación.

Del uso de “espíritu” en la narración de la creación, se puede suponer que el Espíritu Santo tuvo una parte en la creación. Esta inferencia está sostenida

por Escrituras explícitas que serán objeto de discusión posterior. Del hecho de que el Espíritu Santo tuvo una parte en la creación, se puede inferir que Él emprendió esta fase de Su obra sobre la base de los fundamentos del pacto en el decreto original.

Está de acuerdo con todo lo que se revela acerca de Él en las Escrituras. No sólo en la creación, sino también en la preservación de la creación, el Espíritu Santo indudablemente tiene Su parte. Si bien no se revelan las características distintivas de este trabajo, podemos suponer que alguien que es inmanente en el mundo tiene una relación sustentadora con él. Todo esto es parte de la empresa original del Espíritu Santo.

3. El Espíritu Santo se comprometió a ministrar a la Segunda Persona Encarnada.

Bajo todas las circunstancias, las Personas de la Trinidad se sostienen mutuamente, siendo una en Esencia. Sin embargo, durante el período de kénosis surge un problema especial en relación con la Segunda Persona. Como parte de la alianza eterna entre las Personas de la Trinidad, el Espíritu Santo emprendió todo el ministerio necesario para sostener a la Segunda Persona durante el período en el cual la exhibición exterior de gloria y poder fue dejada de lado en alguna medida. En el pacto, la Tercera Persona se comprometió a engendrar a la Segunda Persona de la Virgen María, a llenarla y a suministrar toda la habilitación necesaria para sostener al Hijo en la esfera de Su humillación y darle poder para Su vida entre los hombres. Este importante tema en sus varios aspectos será considerado en detalle en una sección posterior.

El hecho de que el Espíritu Santo asumió este ministerio no se revela explícitamente, pero puede deducirse de la naturaleza del pacto eterno que se basa en la revelación específica (**Hechos 2:23; Romanos 8:29; 1 Corintios 2:7; 2 Timoteo 1:9; Tito 1:2**). Como esencial para el programa de redención y la salvación de los elegidos, el Espíritu Santo debe haber asumido esta parte del pacto. En su lugar, es tan esencial para el todo como cualquier otro aspecto importante del propósito del pacto de Dios.

4. El Espíritu Santo se comprometió a aplicar los beneficios de la gracia al hombre.

Generalmente se da mayor énfasis a la parte del Padre y del Hijo en el pacto eterno, siendo asumida la parte del Espíritu Santo pero rara vez definida. Tanto AA Hodge² como Charles Hodge³ no abordan la parte del Espíritu Santo en el pacto de redención.

Mientras que el énfasis recae naturalmente en la parte del Padre y del Hijo, en vista de la atención que las Escrituras dan a estas Partes contratantes del pacto, la parte del Espíritu Santo al aplicar los beneficios de la gracia asegurados por la muerte de Cristo es de gran importancia y sin ella el pacto no estaría completo. Los ministerios del Espíritu Santo en los siglos son prueba suficiente de la importancia de este aspecto del pacto eterno. Toda la obra del Espíritu Santo está relacionada con el propósito de Dios contenido en el pacto, pero ciertas características de Su obra son especialmente significativas y pueden ser consideradas brevemente aquí.

(1) **Vida eterna.** La impartición de la vida eterna es esencial para el cumplimiento del pacto de redención. Las Escrituras revelan que las tres Personas de la Trinidad están relacionadas con ella. La Primera Persona se convierte en Padre del creyente (**1 Corintios 8:6; Efesios 4:6**). La vida de la Segunda Persona se convierte en posesión del creyente (**Juan 11:25; 14:6; 1 Juan 5:12**). Se dice que la Tercera Persona regenera (**Juan 3:5; Tito 3:5**). El agente eficiente en la regeneración es manifiestamente la Tercera Persona. Su obra es esencial para otorgar la vida eterna.

(2) **Revelación.** Todo el campo de impartición de la sabiduría divina al hombre es peculiarmente el área del ministerio del Espíritu Santo. El propósito eterno de Dios es darse a conocer, y es la obra del Espíritu Santo llevar a cabo este propósito. Como en otros ministerios importantes, las otras Personas de la Trinidad están vitalmente relacionadas con la revelación. Cristo, por ejemplo, en Su vida y ministerio reveló a Dios. En cada época, sin embargo, el Espíritu Santo está activo en la revelación de Dios, incluso durante la vida de Cristo en la carne.

(3) En las Escrituras se observan tres fases de la revelación. Primero, el Espíritu Santo da revelación en el sentido primario de dar a conocer la voluntad de Dios y Su sabiduría. Como se verá en una discusión posterior, esto tomó la forma de profecía oral y varios medios por los cuales Dios dio a conocer Su voluntad al hombre. Este campo de revelación tenía que ver con hechos acerca de Dios y la creación que no se habrían conocido fuera de la revelación divina. Esta forma de revelación prevalecía especialmente antes de la época de Moisés, pero hasta cierto punto se encuentra en todas las Escrituras. Un segundo aspecto de la revelación se encuentra en la inspiración de la Palabra escrita.

(4) La obra del Espíritu aquí tuvo que ver a veces con la revelación en el sentido primario, como en el caso de la profecía o los acontecimientos anteriores a la historia humana, y en otros casos con la guía infalible al registrar la historia del hombre. En todo ello, la obra del Espíritu se observa en el registro final, que es igualmente inspirado en todas las partes, independientemente de la fuente de conocimiento, lo que garantiza la precisión y finalidad en la revelación. Una tercera fase de la revelación tiene que ver con la iluminación de la Palabra inspirada, haciéndola conocer al hombre, aplicándola a problemas concretos.

El objetivo de todas las formas de revelación es impartir al hombre la sabiduría de Dios en tal medida y con tal detalle que armonice con los propósitos de Dios. Este campo de la doctrina está sujeto a una discusión extensa y se tratará con más detalle en secciones posteriores. Aquí es suficiente la declaración de que la obra de impartir sabiduría divina es peculiarmente la obra del Espíritu Santo y una parte de su responsabilidad en el pacto.

(3) **Presencia del Espíritu Santo que mora en nosotros.** Si bien el Espíritu Santo es omnipresente en cada dispensación, es parte de Su ministerio morar en los santos que viven en la era de la Iglesia y en el Milenio. La presencia personal del Espíritu Santo morando en el santo es una marca evidente de la gracia divina y el asiento de muchos de Sus ministerios. Si bien se dice que tanto el Padre como el Hijo moran en los creyentes de esta época, la preponderancia de las Escrituras que revelan el ministerio del Espíritu Santo en el creyente demuestra que mientras la Deidad está presente, el ministerio de la misma está encomendado en gran medida, aunque no exclusivamente, al Espíritu Santo. Él es Su agente, ya través de Su ministerio Sus propósitos se realizan. Estas verdades están en armonía con la naturaleza de la Tercera Persona y Su relación con las otras Personas de la Trinidad.

(4) **Habilitación para Todo Servicio Espiritual.** A lo largo de varias dispensaciones, se puede observar una obra del Espíritu Santo en forma de habilitación para el servicio espiritual. Debido a la caída, el hombre en sí mismo no puede agradar a Dios ni servirle. La obra del Espíritu en cada época proporciona el poder y la sabiduría necesarios para diversas obras. La habilitación está especialmente relacionada con la obra del Espíritu Santo al llenar a las personas. En el Antiguo Testamento, esta obra era soberana y no universal entre los creyentes. En el Nuevo Testamento, durante la era de la Iglesia y el Milenio, el ministerio del Espíritu al llenar al santo es posible para todos los santos. Pueden observarse diferencias en el tipo de habilitación y el alcance de la habilitación, de acuerdo con las distinciones dispensacionales. En todo ello puede observarse una obra soberana de Dios en favor del hombre, parte esencial del programa de Dios en cumplimiento de la alianza de la redención. Sin duda, estos diversos aspectos son parte del pacto por parte del Espíritu Santo. Este importante campo de la verdad se discutirá extensamente en secciones posteriores.

(5) **Santificación.** Una parte muy importante del propósito de Dios para el hombre es su santificación final. El Espíritu Santo, según las Escrituras (**Romanos 15:16; 2 Tesalonicenses 2:13**), tiene un ministerio vital en la santificación del creyente. Las tres Personas de la Trinidad están relacionadas con la santificación en las Escrituras, pero el Espíritu Santo es particularmente activo al efectuar el aspecto progresivo o experiencial de la misma. Prácticamente todo Su ministerio al creyente está relacionado más o menos con la santificación del creyente.

(6) **Intercesión.** La naturaleza de la obra intercesora del Espíritu Santo se revela en un solo pasaje (**Romanos 8:26**). Sin embargo, la referencia limitada no es una señal de significado limitado, ya que la importancia de este ministerio es evidente. El Espíritu Santo no solo guía al creyente cuando ora, sino que también intercede a favor del creyente. Así como Cristo intercede por el creyente en el cielo, así el Espíritu Santo intercede por el creyente en la tierra, ambos siendo efectivos y cada uno sosteniendo mutuamente el ministerio del Otro.

(7) **Formación de la Iglesia.** Este ministerio del Espíritu Santo, confinado a la dispensación de la gracia, es una de las manifestaciones supremas del propósito soberano de Dios de efectuar la reconciliación completa de los creyentes consigo mismo. Por el bautismo del Espíritu Santo, la Iglesia se hace una en la vida eterna, unida con esa intimidad e indivisibilidad que caracteriza a la Trinidad (**Juan 17:21**).

El desarrollo de estas grandes empresas del Espíritu Santo es la tarea que tenemos ante nosotros, considerando las variaciones y los contrastes que prevalecen en las diferentes dispensaciones. Todos están involucrados en el pacto eterno entre las Personas de la Trinidad. El cumplimiento en el tiempo de estas empresas es evidencia del majestuoso movimiento del plan eterno de Dios. En la discusión de los detalles de la obra del Espíritu Santo que sigue, debe tenerse siempre presente que cada parte es esencial para el propósito total de Dios, que el ministerio del Espíritu Santo en su lugar es tan esencial como la obra del Padre y la obra del Hijo, sin que la otra sea incompleta. Todo sentido de emergencia o de levantarse para hacer frente a la contingencia debe ser eliminado en la obra del Espíritu Santo, aunque gran parte de ella sea ocasionada por la entrada del pecado y el propósito redentor de Dios.

Si se ve desde la eternidad, se puede ver que la obra del Espíritu Santo revela la misma justicia, amor, omnipotencia, omnisciencia y gracia que caracterizan la obra de Cristo.

II. La Obra del Espíritu Santo en la Creación

En la revelación de la creación del Antiguo Testamento, en la mayoría de los casos el acto creativo se remonta a Dios, sin distinción de Personas. En todas las obras mayores de Dios, se atribuye una parte a cada Persona, aunque a menudo se le da prominencia y énfasis especial a una Persona. Mientras que en la obra de la creación Dios el Padre probablemente recibe la mayor prominencia, en el Antiguo Testamento la mayoría de las referencias hablan del Creador como Dios sin distinciones personales, y en la revelación del Nuevo Testamento la obra creadora se atribuye con frecuencia a Cristo (**Juan 1:3; Colosenses 1:16, 17**). Sin embargo, en las Escrituras se revela una relación muy definida del Espíritu Santo con la creación, con suficiente detalle para incluir la creación como una de las grandes empresas del Espíritu de Dios.

Deben evitarse dos extremos de interpretación. En un intento de establecer la obra de cualquier Persona de la Deidad, algunos han tendido a minimizar la obra de las otras Personas, y han hecho distinciones que no se mantienen a lo largo de toda la revelación de la Escritura. Si se tomaran las declaraciones de **Juan 1:3** y **Colosenses 1:16, 17** como excluyentes de cualquier obra de las otras Personas de la Trinidad, se llegaría a la conclusión de que toda la obra de la creación fue realizada por el Hijo. Esto, sin embargo, no explica otras Escrituras que atribuyen obras similares a las otras Personas.

Asimismo, si bien la obra del Espíritu Santo puede sostenerse adecuadamente, no debe interpretarse como que destruye o minimiza en modo alguno la obra de las otras Personas. El otro extremo es descuidar la diversidad de operación de las Personas de la Trinidad, tomando la posición de que el Padre es el Creador, y que el Hijo y el Espíritu son meros agentes del Padre. Este punto de vista también violenta las Escrituras. Si bien el problema de distinguir las obras de la Trinidad nunca se puede resolver definitivamente, está de acuerdo con todas las Escrituras atribuir la obra de la creación a las tres Personas de la Deidad, señalando solo las distinciones que se hacen en las Escrituras que revelan la naturaleza de su trabajo creativo.

1. Prueba de la Obra Creadora del Espíritu Santo.

Al menos tres líneas de argumentación sustentan la doctrina de la obra creadora del Espíritu Santo. La primera y más explícita prueba se encuentra en referencias específicas a la participación del Espíritu Santo en la creación (**Génesis 1:2; Salmos 33,6; 104,29-30; Job 26,13; 33,4; Isaías 40:13**). La palabra hebrea traducida como espíritu es Rúakj, probablemente derivada del significado original de aliento o viento, siendo significativa de vida y poder y la naturaleza inmaterial del Espíritu Santo. La misma palabra se usa en otras conexiones en el Antiguo Testamento. Un examen de las diversas referencias revelará una serie de hechos interesantes.

La primera referencia al Espíritu Santo está en la escena de oscuridad y caos descrita en **Génesis 1:2**. Se revela que el Espíritu de Dios “*se movía sobre la faz de las aguas*”. John Owens en su obra incomparable sobre el Espíritu Santo habla de esta revelación como prueba definitiva de la obra creativa del Espíritu. Él declara: “*La palabra movida (merachepheh) significa un movimiento suave, como el de una paloma sobre su nido, para comunicar calor vital a sus huevos, o para cuidar a sus crías. Sin él, todo era un mar muerto; un grosero informar caos; un montón confuso cubierto de tinieblas: pero por el movimiento del Espíritu de Dios sobre él, comunicó una virtud prolífica vivificadora. Le fueron comunicados los principios de todas aquellas clases y formas de cosas que en una variedad inconcebible componen su hueste y ornamento.*”⁴

Confirmando esta primera revelación está el **Salmo 33:6**, “*Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.*” La palabra aliento es la misma palabra traducida como Espíritu en **Génesis 1:2**. El término Espíritu de Dios es una designación propia de la Tercera Persona, mientras que el término aliento es metafórico, así traducido para llevar a cabo el significado de la frase, de su boca. Este pasaje revela que todo el ejército de los cielos fue hecho por el Espíritu Santo.

El **Salmo 104:30** da un testimonio similar: “*Envías tu espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra*”. Si bien el contexto no indica definitivamente que la creación original está a la vista, el uso de **bara**, traducido como “son creados”, apunta a la creación original. El pasaje revela que el Espíritu, al ser enviado, se dedica a la obra de la creación, una doctrina en consonancia con otros pasajes. La creación no solo está en el ámbito de Sus obras, sino que la renovación de la naturaleza se evidencia en el sustento y el avivamiento de la vida en las estaciones del año.

En **Isaías 40:12-14**, el Espíritu se revela como el Creador por implicación: “*El que midió las aguas con el hueco de su mano, y midió los cielos con su palmo, y comprendió el polvo de la tierra en una medida, y pesó los montes en balanza, y los collados en balanza? ¿Quién instruyó al Espíritu de Jehová, o siendo su consejero, le instruyó? ¿Con quién tomó consejo, y quién lo instruyó, y le enseñó en el camino del juicio, y le enseñó el conocimiento, y le mostró el camino del entendimiento?*” El Espíritu Santo se describe como el Dios ignoto, sin consejo y omnipotente, que sin necesidad de instrucción o asistencia midió las aguas, los cielos, el polvo de la tierra y las montañas. Su íntima conexión con el plan y la gestión del universo es evidente.

Job da su interesante testimonio en varios pasajes. En **Job 26:13**, por ejemplo, “*Por su espíritu ha adornado los cielos; su mano formó la serpiente tortuosa.*” Por la expresión serpiente torcida, Job probablemente se refería a la Vía Láctea en los cielos, según Owens.⁵ Job creía que el Espíritu Santo había adornado o decorado los cielos y formado el orden y la belleza de las estrellas. Por supuesto, es cierto que la doctrina de la inspiración no necesariamente afirma la verdad de las declaraciones hechas por Job, sino que garantiza su declaración precisa tal como Job las hizo. Parece, a la vista de otros Escritura, que Job está aquí indicando el conocimiento dado a los hombres antes de que se escribiera la Escritura. Su punto de vista está en armonía con otras Escrituras, en cualquier caso.

En **Job 33:4**, se revela que Eliú dijo: “*El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Todopoderoso me dio vida*”. El mismo problema existe aquí como en **Job 26:13**. Es probable que su declaración sea totalmente precisa, ya que está de acuerdo con el relato de la

creación de Génesis. Junto con las otras referencias explícitas a la obra creadora del Espíritu, las Escrituras examinadas sustentan la doctrina y proporcionan prueba suficiente para la mente espiritual.

Una segunda línea importante de prueba de la obra creativa del Espíritu Santo se encuentra en el uso de la palabra **bara** para el Creador.

El término es evidentemente plural como lo demuestra su uso en referencia a la pluralidad de dioses paganos. Durante el último siglo muchos han tratado de explicar esta evidencia de la Trinidad en el Antiguo Testamento, hablando de este uso del plural como el plural de majestad, citando el idioma inglés de aguas (plural) por agua (singular) en expresión poética para dar la impresión de grandeza o extensión. En vista del abundante testimonio de la Trinidad no sólo en el Nuevo Testamento sino también en el Antiguo Testamento, es increíble que no se use un nombre para Dios que debería expresar la idea plural de las Personas de la Deidad. Nunca se ha presentado una sola buena razón para no considerar este plural como genuino.

Los argumentos en su contra han sido en gran medida suposiciones y, en algunos casos, prejuicios: un esfuerzo por sostener la idea no bíblica de que la revelación de Dios en la Biblia es evolutiva, siendo el Antiguo Testamento inferior al Nuevo. Es cierto que la revelación es progresiva, pero el Dios del Génesis es el mismo Dios que se revela en el Apocalipsis. El término plural para Dios, que se encuentra tan prominentemente en la narración de la creación, constituye una importante contribución a la obra creativa del Espíritu Santo. Cada uso del término implica una obra no solo de una Persona, sino de las tres Personas. Por lo tanto, en **Génesis 1:1**, donde habla de Dios creando, está hablando explícitamente de la Trinidad, concebida no sólo como una sola Esencia, sino como el Dios Trino. Cada obra atribuida a Dios bajo este término es, en consecuencia, una afirmación de un ministerio del Espíritu Santo. Si no tuviéramos otra referencia a la obra creadora del Espíritu Santo que este uso del término plural, justificaría la doctrina, aunque no revelaría nada distintivo con respecto al Espíritu.

Además de las referencias explícitas de las Escrituras y el argumento del título plural de Dios en las narraciones de la creación, se debe considerar una tercera línea de evidencia que ofrece más testimonio de la obra creativa del Espíritu Santo. Las Escrituras revelan que el Espíritu Santo es inmanente en la creación. Su presencia supone la asunción de una gran obra, como, por ejemplo, la presencia de Cristo encarnado en la tierra supuso una obra en la carne para el hombre. La presencia del Espíritu Santo se menciona expresamente en **Génesis 1:2**.

Está claro en las Escrituras que, además de una relación de ser la Causa de toda la creación, Dios lleva a la creación la doble relación de trascendencia e inmanencia. En relación con la creación, Dios es más grande que y más allá de todos los límites materiales y finitos y, por lo tanto, es trascendente. Su trascendencia es esencial para el argumento cosmológico. Su inmanencia es esencial para Su obra en la creación, no sólo en el acto original, sino también en su preservación y en todos Sus tratos providenciales con él. Los deístas, por supuesto, sostenían que Dios es Creador y que Él es trascendente sin ser inmanente. Los panteístas, en cambio, han afirmado Su inmanencia sin Su trascendencia. Ambos afirman Su relación con la creación, aunque imperfectamente, pero ninguno de los puntos de vista ha resistido la prueba de la razón o de las Escrituras, ya que tanto Su trascendencia como su inmanencia son esenciales para la creación en último análisis.

En relación con la Deidad, sin distinción de Personas, la doctrina de la inmanencia tiene una relación vital con la doctrina de la creación. Generalmente se acepta que Dios estuvo presente en el ámbito de lo que Él creó. Si este argumento se sostiene en relación con la Trinidad, es igualmente aplicable a cualquier Persona de la Trinidad. Sobre la base de la doctrina de la inmanencia del Espíritu Santo, podemos suponer que el Espíritu Santo tuvo una parte en la obra creativa. La declaración expresa de

inmanencia en relación con el relato de la creación (**Génesis 1:2**) es convincente. Si bien este argumento puede no ser suficiente por sí solo, se suma a la fuerza de otras pruebas.

A partir de la prueba triple de la obra creadora del Espíritu Santo, construimos la doctrina de Su obra en la creación. Un examen más detallado de los textos de las Escrituras revelará un carácter definido de su obra creativa.

2. La Naturaleza de la Obra Creadora del Espíritu Santo.

La naturaleza de la obra creadora de Dios no se presta a distinciones de Personas en varias obras en la medida en que esto se revela en las empresas de Dios en el Nuevo Testamento. Sin embargo, un examen detenido revelará ciertos aspectos de la creación que se refieren específicamente al Espíritu Santo.

En la creación misma, se pueden notar cuatro cosas. Primero, el Espíritu Santo tiene una relación definida con el orden de la creación. En **Génesis 1:2**, se revela que el Espíritu Santo se movió sobre el caos revelado en la primera parte del mismo versículo. En la revelación que sigue, el caos se reduce a un cosmos, a un mundo ordenado y dirigido. El **Salmo 33:6** confirma este aspecto al referir la creación de las huestes de los cielos al Espíritu Santo. Se pueden extraer varias inferencias de este pasaje, pero una importante es que los cielos, más que cualquier otra parte de la creación de Dios, revelan Su orden. La regularidad del movimiento, la perfección de la organización, la infinidad de control se encuentran todos en los cielos.

El Espíritu Santo está relacionado con la vida como el Dador de vida. Una operación similar puede observarse en la regeneración, donde la vida impartida es la vida eterna que permanece en el Hijo, y el acto de impartir vida, la regeneración, es una obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es probablemente la Persona que imparte vida a toda la creación, en particular al hombre. En el caso de la vida humana, el Espíritu Santo da especial significado y calidad a la vida. Dios había dicho: *“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”* (**Génesis 1:26**), y en esta obra el Espíritu imparte vida en una operación distinta de la creación de toda otra vida.

Owens al hablar de este aspecto escribe: *“En este polvo formado, ‘Dios sopló el aliento de vida;’ (divinae aurae particularm) un espíritu inmortal vital; algo de sí mismo; algo inmediatamente por su cuenta; no de cualquier materia pre-creada. Así, el hombre se convirtió en una criatura intermedia, entre los ángeles de arriba y los animales sensibles de abajo. Su cuerpo fue formado como las bestias de la materia; su alma era una producción inmediata del poder divino, como lo eran los ángeles.”*⁸ La vida humana en la creación original parece, por lo tanto, tener una relación específica con una obra del Espíritu Santo, aunque **Génesis 2:7** habla de Dios como el Dador de vida sin distinciones personales.

Un cuarto elemento importante en la creación se encuentra en la revelación de que está diseñada para dar gloria a Dios. Se ha hecho referencia al **Salmo 33:6** con su declaración de que el ejército de los cielos fue hecho por el Espíritu Santo. En **Job 26:13**, se pinta un hermoso cuadro de los cielos adornados por el Espíritu Santo, como si la belleza y la gloria finales fueran obra del Espíritu Santo. El salmista escribió: *“Los cielos cuentan la gloria de Dios”* (**Salmo 19:1**), y en este hecho encontramos mención del resultado de esta obra del Espíritu. Es fundamental para una comprensión de la creación como un todo comprender que todas las cosas han sido creadas para dar gloria a Dios. La obra del Espíritu Santo tiene la característica distintiva de estar diseñada para dar gloria al Padre y al Hijo. Así, en la época presente, en referencia al Espíritu Santo, Cristo dijo: *“Él no hablará por su propia cuenta; pero todo lo que oiga, eso hablará, y os hará saber las cosas por venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”* (**Juan 16:13b–14**). La obra del Espíritu Santo siempre lleva esta característica, ya que refleja la gloria de Dios, sin que el Espíritu Santo en Su Persona esté en primer plano.

En la obra misma de la creación, entonces, se revela que el Espíritu Santo tiene un carácter distinto de operación. Él trae orden a la creación; Él efectúa el diseño de la creación; Él es el Dador de la vida; y da forma a la creación para lograr su importante propósito de llevar toda la gloria a Dios.

Además de la obra primaria de la creación, que puede considerarse terminada, se revela que el Espíritu Santo tiene una relación muy importante con la preservación y renovación de la creación. La doctrina de Su inmanencia es significativa para

demostrar una obra continua en el mundo. Las Escrituras dan una revelación explícita sobre este aspecto de Su obra. Encontramos referencia no solo a la creación original, sino a la preservación de esa creación. En el **Salmo 104:29-30**, por ejemplo, *“Escondes tu rostro, se turban; les quitas el aliento, mueren y vuelven a su polvo. Envías tu espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.”* El pasaje además de afirmar la obra creadora del Espíritu en general añade el pensamiento de la renovación que se ve constantemente en el mundo, particularmente en primavera.

La creación está ordenada por Dios de tal manera que sea autosuficiente hasta cierto punto, siendo el diseño de la vida animal y vegetal tal que las especies se perpetúan a sí mismas. Detrás de los fenómenos externos, sin embargo, está la obra del Espíritu Santo, sustentando, dirigiendo y renovando. Entonces, se puede ver mucho más que un proceso sin dirección ni inteligencia en la preservación y renovación del mundo natural. Así como en el ámbito espiritual, el avivamiento y la nueva vida están íntimamente relacionados con el Espíritu Santo, también en el ámbito natural, la belleza de la nueva vida en todas sus variadas formas es un testimonio de la obra del Espíritu Santo inmanente de revelación directa. A veces a través de un profeta, a veces a través de eventos, a veces a través de grandes prodigios, Dios dio a conocer Su voluntad a Su pueblo. Poseemos solo un fragmento de esta gran obra de Dios, siendo nuestra única fuente de información auténtica la Palabra escrita y su referencia ocasional a esta forma de revelación. El campo de la verdad a considerar es vasto y ha sido prácticamente descuidado. De punto en esta discusión es la obra del Espíritu Santo al dar esta revelación.

1. El alcance de la revelación del Antiguo Testamento.

Propiamente, este campo de la revelación del Antiguo Testamento incluye todo lo revelado por Dios en el período anterior a la venida de Cristo en la carne. En los límites limitados de la presente discusión, la revelación debe ser considerada sólo en su sentido primario de comunicación directa de Dios al hombre, sin la necesaria ayuda de documentos escritos. Las fuentes de información se dividen en dos categorías bien definidas. Primero, está la revelación dada al hombre antes de que se conociera la inspiración de las Escrituras. Al menos dos libros del Antiguo Testamento, Génesis y Job, tratan de períodos de tiempo en los que no había Escritura inspirada. Si bien los registros de estos libros son inspirados, revelan los tratos de Dios en un período anterior a la inspiración. Cualquier cosa conocida de Dios y Sus caminos, cualquier revelación en este período es evidencia de una gran obra de Dios para dar a conocer Su verdad. El conocimiento de Job y sus compañeros acerca de Dios y sus caminos es prueba de que antes de las Escrituras Dios se había revelado en forma definida. El libro de Job proporciona suficiente material en sí mismo para una teología sistemática completa. El conocimiento de la revelación por parte de Job y sus amigos indica que Dios no se había dejado a sí mismo sin un testimonio adecuado.

En segundo lugar, está la revelación dada a los hombres durante el período que va de Moisés a Cristo, en el cual se disponía de porciones del Antiguo Testamento, y la revelación escrita ocupaba un lugar importante. A lo largo de este período, también, Dios consideró apropiado revelarse directamente a Sus profetas y hablar a través de ellos. Solo se ha conservado un fragmento de su mensaje hablado. Los métodos de revelación indicados en Génesis cuando Dios habló a los hombres desde Adán para abajo no han cambiado esencialmente a lo largo del Antiguo Testamento. Si bien la Palabra escrita tenía su propósito principal en preservar la revelación con precisión infalible para las generaciones futuras, la revelación directa tenía que ver en gran medida con los problemas contemporáneos y la necesidad de la verdad y la guía que más tarde proporcionaría la Palabra escrita completa.

2. El profeta del Antiguo Testamento.

A lo largo del período del Antiguo Testamento, Dios, en Su voluntad soberana, dio revelación directa en la mayoría de los casos a aquellos que eran conocidos públicamente como profetas. Sin embargo, es un error limitar la revelación a aquellos que fueron profetas. La profecía tenía que ver con la revelación dada en forma de mensaje al pueblo, mientras que la revelación era la recepción de ese mensaje de Dios por el profeta. Como escribe Kuyper, *“Dios habló también a otros que no eran profetas, por ejemplo, a Eva, Caín, Agar, etc. Recibir una revelación o una visión no lo convierte a uno en profeta, a menos que vaya acompañado del mandato de comunicar la revelación a otros. La palabra 'nabi', el término bíblico para profeta, no indica a una persona que recibe algo de Dios, sino a alguien que trae algo a la gente. Por lo tanto, es un error confinar la revelación divina al oficio profético.”*⁹ El profeta del Antiguo Testamento, sin embargo, fue un medio importante de revelación ya que las Escrituras dan abundante testimonio.

Un estudio de la profecía del Antiguo Testamento revelará por lo menos siete divisiones en el desarrollo histórico del oficio profético. Si bien estos períodos son algo arbitrarios y, a menudo, se mezclan entre sí, su carácter distintivo se puede observar fácilmente.

(1) En el período anterior a Abraham, frecuentemente se daba revelación al hombre. Había unos pocos que tenían el carácter distintivo de profetas como Enoc y Noé, pero la revelación se daba con más frecuencia a los que no tenían parte en el oficio profético.

Encontramos a Dios hablando en varios momentos a Adán y Eva, a Caín y probablemente a muchos otros de quienes no tenemos registro. La idea principal es la de la revelación directa, en lugar de la impartición de un mensaje para ser entregado posteriormente a otros. Podemos observar particularmente la revelación extendida y el ministerio profético de Noé. El Nuevo Testamento añade el ministerio de Enoc (**Judas 14**). Es interesante notar la naturaleza detallada y avanzada de la doctrina que es el tema del mensaje profético de Enoc del cual el Antiguo Testamento no tiene constancia. ¿No podemos inferir que hubo un ministerio profético mucho más rico durante este período que el que aparece en las páginas de Génesis?

(2) El período de la vida de Abraham ofrece un avance en la historia de la profecía. Abraham es conocido claramente como un profeta a quien Dios habla y que es bendecido por Dios (Génesis 20:7). A él se le da abundante revelación de su propio lugar peculiar en la historia y del gran propósito de Dios que se realizará a través de él. Notablemente ausente, sin embargo, es el comando para entregar un mensaje.

Recibió, pero no tenía mensaje para ser comunicado a otros, excepto en la medida en que está registrado en las Escrituras.

Siguiendo a Moisés, y en el mismo período, Dios habló a Isaac y Jacob confirmando la revelación dada a Abraham y añadiéndola.

(3) La vida de Moisés trae un período de mayor ministerio profético, así como una revelación más extensa. No sólo se escribieron las Escrituras del Pentateuco durante este período, sino que se necesitó abundante revelación en todo el curso de acción relativo a la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Moisés disfrutó del llamado distintivo de un profeta cuando Dios se le apareció en la zarza ardiente. Su oficio fue reconocido por todo el pueblo. A él, Dios le habló, no en visiones vagas, sino “*boca a boca*” (**Números 12:8**). Si bien la mayor contribución de Moisés como profeta es su ministerio escrito que consiste en las Escrituras inspiradas, su oficio profético no se limitó de ninguna manera a este aspecto. En él, tenemos una muestra completa de la naturaleza de un profeta y su obra. Moisés fue asistido por Aarón y Miriam, quienes eran profetas por derecho propio, pero de menor rango y privilegio que Moisés (**Éxodo 7:1; 15:20**). Miriam es la primera que se destaca especialmente como profetisa.

(4) El período de los jueces contrasta bastante con la vida de Moisés. Fue un período de derrota y desmoralización. Con la excepción de Samuel, el último de los jueces y el primero de los profetas de los períodos proféticos más grandes, ningún profeta es mencionado por nombre durante el período de los jueces. Débora es mencionada como profetisa (**Jueces 4:4**), y un profeta sin nombre prepara el camino para Gedeón (**Jueces 6:8**). Era un tiempo de “no visión abierta” (**1 Samuel 3:1**). Ocasionalmente, sin embargo, Dios habló a individuos, como a Gedeón (**Jueces 6:12ss**), y se encuentran referencias sin detalles en cuanto al método de revelación indicando que Dios había dado una revelación especial (**Jueces 2:20-22; 10:11-14 ; 13:3-20; 20:18, 23, 28**), pero no aparece ningún profeta destacado.

(5) En el período de los reyes de Israel, comenzando con Samuel y terminando con el advenimiento de los llamados profetas escritores, se hace un avance definitivo en la historia profética. Surgen personalidades distintas, sin igual en su generación, como medio de revelación autorizada. El profeta entra en lo suyo. Se le considera no sólo como un vidente, alguien a quien se le dan visiones y revelaciones, sino también como un representante de Dios elegido divinamente, apartado en muchos casos para toda una vida de ministerio profético. El nacimiento y la niñez de Samuel, aunque inusuales, ilustran el método de Dios. Sin duda, el ministerio profético de Samuel hizo posible el surgimiento de David y Salomón y la consiguiente gloria de sus reinos.

Durante la vida de Samuel, surgieron las escuelas de los profetas (**1 Samuel 19:18-24**). Su ascenso probablemente fue ocasionado por la atracción natural de los profetas hacia los jóvenes de mente piadosa. La instrucción fue dada por los

profetas y, a menudo, la revelación de Dios y las manifestaciones sobrenaturales caracterizaron a estas escuelas de profetas. Incluso Salomón fue educado por el profeta Natán, aunque probablemente nunca estuvo inscrito en una escuela de profetas.

Durante el período de los reyes, se destaca con frecuencia la autoridad del profeta. Saúl fue llevado a su ruina porque no reconoció la autoridad profética (**1 Samuel 13:13-14**). David fue reprendido abiertamente por el profeta Natán (**2 Samuel 12**) y Gad (**2 Samuel 24:13**). Ahías, Jehú, Elías y Eliseo también se destacan en este período. Aparece una profetisa ocasional, como Hulda (**2 Reyes 22:14; 2 Crónicas 34:22**). Las declaraciones proféticas, sin embargo, tratan en gran medida de problemas contemporáneos. Los discursos extensos de Isaías y Jeremías no llegaron hasta más tarde. No se puede subestimar la importancia del ministerio de los profetas de este período. A menudo eran personalidades más grandes que los reyes, y su palabra y apoyo eran esenciales para el éxito de cualquier gobernante. A ellos, en parte, se les encomendó la redacción de la historia de sus períodos, aunque con toda probabilidad esto fue hecho en gran parte por los escribas y sacerdotes, y los profetas jugaron un papel menor.

(6) El período de la literatura profética anterior al exilio, incluida la escrita por los exiliados Ezequiel y Daniel, fue el período más grande para la expresión profética, así como para el esfuerzo literario. Durante este período se escribieron los grandes libros proféticos, con su registro parcial de lo dicho y hecho por los profetas. Las nubes oscuras del juicio que se acercaba trajeron las advertencias proféticas del exilio venidero con la revelación acompañante de la gloria del reino futuro. Los grandes profetas Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel son ejemplos del profeta del Antiguo Testamento en su período más grande. Su testimonio no siempre fue escuchado, pero hubo abundante evidencia de su don profético. En alcance y grandeza, sus mensajes superan cualquier otro período. Acompañando a los grandes profetas estuvo el ministerio de otros como Azur, Hananías, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc y Sofonías. Con toda probabilidad hubo muchos otros cuyos nombres no se han conservado, cuya contribución fue principalmente contemporánea. Se hace escasa mención del ministerio de las mujeres profetas, que como en otras épocas jugaron un papel menos importante. Las esposas de los profetas compartían la obra de sus esposos hasta cierto punto como en el caso de la esposa de Isaías (**Isaías 8:3**). Las referencias también indican una obra del Espíritu Santo en la revelación. Como dice Owens, *“Donde se dice que Dios habló por medio de los profetas, o que la palabra de Dios vino a ellos, se da a entender la obra inmediata del Espíritu”*.¹⁰ La referencia a esta obra del Espíritu Santo es, por lo tanto, bien establecido sobre la base de declaraciones directas en el Antiguo y Nuevo Testamento, sobre la inferencia de la obra del Espíritu Santo en la inspiración del Antiguo Testamento, y sobre la base de las muchas referencias a la revelación como proveniente de Dios.

Dios usó por lo menos cuatro métodos de revelación especial para dar a conocer Su mente a Sus profetas. Hasta qué punto lo natural y lo sobrenatural combinados nadie puede finalmente estimar. El énfasis está siempre en el resultado, la revelación dada, más que en los medios o el método empleado. Sin embargo, un estudio de los métodos indica el carácter sobrenatural de la revelación.

(1) El medio de revelación más destacado es el de la palabra hablada. *“Así dice el Señor”* se encuentra en cientos de casos en el Antiguo Testamento. Una comparación de pasajes como **Isaías 6:9-10** y **Hechos 28:25** demostrará que el Espíritu Santo es la Persona de la Trinidad hablando en estos casos. Mientras que el Antiguo Testamento usa a SEÑOR como orador, el Nuevo Testamento usa el título, Espíritu Santo. La cuestión de la naturaleza exacta del hablar de Dios no puede resolverse definitivamente. Está claro a partir de instancias del Nuevo Testamento tales como el bautismo de Cristo, la transfiguración y la aparición de Cristo a Pablo que Dios puede hablar vocalmente y lo hizo en varias ocasiones.

En el Antiguo Testamento Dios habló de manera similar. En el monte Sinaí, por ejemplo, Dios le habló a Moisés de tal manera que el pueblo también pudiera escuchar, con el propósito expreso de validar a Moisés como profeta de Dios (**Éxodo 19:9**). En el caso del llamado de Samuel (**1 Samuel 3:1-14**), la voz del Señor se confundió con la de Elí en los primeros tres casos, tan real era y tan similar a una voz humana. Cualquiera que acepte la terminología de las Escrituras como precisa debe concluir que Dios habló de una manera parecida a la voz humana y usó palabras reales que emitieron sonidos reales.

Puede admitirse que Dios no necesitaba limitarse a este método. Entre los hombres, el medio de la voz humana u otros medios de transmisión de palabras es esencial para la comunicación. Dios es capaz, sin embargo, de hablar al corazón del hombre con tal realidad que el efecto se produce sin necesidad de palabras reales. Tal es la experiencia del cristiano a quien el Espíritu Santo le enseña con frecuencia las verdades de Dios y, sin embargo, al cristiano le resultaría difícil encontrar palabras para expresar todo lo que el Espíritu le había dado a conocer. Se puede concluir que Dios usó en algunos casos un medio de comunicación similar a la voz humana, y en otros casos puede haber hablado directamente al corazón.

Es de gran importancia que se usaran palabras. La revelación fue mucho más que una mera guía del razonamiento natural de la mente. Dios tenía un mensaje definido para revelar y comunicar al hombre. La persona recibió este mensaje en términos precisos. Era más que una mera impresión o un sentimiento. El mensaje era tangible e inconfundible. Si Dios hubiera escrito el mensaje en un rollo y se lo hubiera llevado al destinatario, la revelación no habría sido más real y precisa. Cumplió todo el propósito de Dios al dar a conocer Su voluntad.

(2) Un medio secundario de revelación fue el de los sueños. Este método de revelación se aceptaba comúnmente como una forma normal de hablar de Dios. Muchos casos expresos se revelan en la Escritura (**Génesis 20:3-7; 31:10-13; 31:24; 37:5-20; 40:5-16; 41:11-13, 15-32; 42:9** ; etc.). En la mayoría de los casos, aquel a quien Dios habla no es un profeta, como se ilustra en el caso de Abimelec, Labán, el copero y panadero de Faraón, y en el sueño del mismo Faraón. Sin embargo, se consideró una forma válida para que un profeta recibiera su mensaje. En la repreensión dada a Miriam y Aarón por murmurar contra Moisés, Dios dijo: “*Si hubiere entre vosotros profeta, yo Jehová me manifestaré a él en visión, y le hablaré en sueños*” (**Números 12:6**). En contraste, Dios dijo que hablaría con Moisés cara a cara, como prueba de su mayor posición como profeta. En algunos casos, la revelación se dio durante un sueño impuesto sobrenaturalmente, como en el caso de Abraham (**Génesis 15:12**) y Daniel (**Daniel 10:9**). Los falsos profetas fueron acusados de afirmar haber recibido una revelación en un sueño cuando no la habían recibido (**Jeremías 23:25**). Está profetizado en **Joel 2:28-32** que el período futuro involucraría muchos casos de este tipo de revelación. Pedro parece reclamar el cumplimiento parcial de esto en **Hechos 2:16-21**, aunque el cumplimiento final sin duda está reservado para el período del reino futuro. El lugar importante de este tipo de revelación es evidente a partir de las muchas referencias.

(3) Estrechamente asociadas con los sueños como medio de revelación estaban las visiones. El mismo término vidente aplicado a los profetas se refería a ver visiones. Estos fueron sin duda una parte de la revelación dada en sueños en algunos casos. En otros, sin embargo, no hay evidencia de que el profeta estuviera dormido, la visión ocurrió durante un tiempo en que la persona involucrada estaba plenamente consciente. Tal probablemente fue el caso de Isaías en los dos casos señalados (**Isaías 1:1; 6:1**). Ezequiel tuvo una experiencia similar (**Ezequiel 1:3**). La visión del cielo de Miqueías pertenece a la misma categoría (**1 Reyes 22:19**). A diferencia del método de comunicación directa por medio del habla, como en el caso de algunos sueños, las visiones no siempre eran inmediatamente claras en su significado. Bien puede cuestionarse si Ezequiel entendió sus visiones. Sin embargo, en todos los casos, en la medida en que la visión se aplicaba a los problemas contemporáneos, era evidente para el destinatario.

(4) Un cuarto elemento, a menudo presente en la revelación sobrenatural, era el de los trances. En sí mismos, los trances no revelaron nada. Eran incidentes en la impartición del mensaje de Dios, ya menudo acompañaban visiones como en el caso de Ezequiel (**Ezequiel 8:3; 11:24**). Es difícil distinguir los trances y los sueños en algunos casos ya que el sueño impuesto sobrenaturalmente era similar a un trance (**Génesis 15:12; Daniel 10:9**). Está claro que los trances como tales no fueron importantes en la transmisión de la revelación.

(5) Tales eran los métodos de revelación. Como en el caso de todos los actos sobrenaturales, la razón humana no puede sondear todos los detalles, y la experiencia humana no puede alcanzar la comprensión de todo lo que sucedió. Baste decir que Dios efectivamente, a Su manera, trajo Su mensaje a los hombres. Sus métodos se adecuaban a la

época en que se utilizaban. Tomaron el lugar que más tarde ocupó la Biblia completa y el ministerio normal del Espíritu Santo a los creyentes de esta era. Su deseo de darse a conocer es evidente en cada dispensación.

Dallas, Texas

(Continuará en el número de octubre-diciembre de 1940)

El Espíritu Santo no puede morar en nada más que en Jesús. De Él se deleita en testificar. Se deleita en exponer sus atractivos y excelencias. Por lo tanto, cuando un hombre está ministrando por el poder del Espíritu de Dios, siempre habrá más de Cristo que cualquier otra cosa en Su ministerio. Habrá poco espacio en tal ministerio para la lógica y el razonamiento humanos. Tales cosas pueden funcionar muy bien cuando un hombre desea exponerse; pero el único objeto del Espíritu, sea recordado siempre por los que ministran, será siempre presentar a Cristo. - Seleccionado.

¹ En. cit., pág. 3.

² Esbozos de teología, p. 372.

³ Teología sistemática, vol. II, págs. 354-366.

⁴ Un discurso acerca del Espíritu Santo, p. 56.

⁵ lugar cita

⁸ lugar cita

⁹ La obra del Espíritu Santo, pág. 70.

¹⁰ En. cit., pág. 71.

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

<http://www.walvoord.com>

o

<http://biblia.org/>

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 3

La Obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

(Continuación del Número de julio-septiembre de 1940)

{Nota del editor: las notas al pie en la edición impresa original estaban numeradas del 11 al 23, pero en esta edición electrónica están numeradas del 1 al 13 respectivamente.}

IV. La Obra del Espíritu Santo en la Inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento

De los muchos ministerios del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, pocos son de interés más inmediato para los cristianos que la obra de inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento. Si bien las doctrinas peculiares del cristianismo se basan en gran medida en la revelación del Nuevo Testamento, está claro incluso para un observador casual que el Nuevo Testamento se basa en el Antiguo Testamento, y uno sin el otro no constituye una revelación completa o satisfactoria. La doctrina de la inspiración, que tiene que ver con la formación de las Escrituras, no difiere mucho en los dos Testamentos.

La doctrina de la inspiración de las Escrituras ha sido la posición histórica de la mayoría de las iglesias protestantes, ya que sus credos dan abundante testimonio. Cualesquiera que sean los grados de incredulidad latente en el clero o en los laicos, y cualesquiera desacuerdos que puedan existir entre grupos denominacionales sobre otras doctrinas, las iglesias protestantes han sostenido oficialmente la doctrina de la inspiración de las Escrituras. Sin embargo, esto ha sido objeto de extensas discusiones y argumentos, ya que se han ofrecido varios puntos de vista inspiradores. No se puede emprender aquí una discusión completa de la doctrina de la inspiración.¹

La importancia de la inspiración de las Escrituras, aunque algunos la niegan tácitamente en los tiempos modernos, se sostiene fácilmente. Es un asunto de tremenda importancia si las Escrituras son una Palabra de Dios producida sobrenaturalmente, o si son una colección de las obras de los hombres, que contienen los errores que uno debe esperar en cualquier obra humana. Como escribe Boettner: *“Es fácil ver que la cuestión de la inspiración es de vital importancia para la Iglesia cristiana. Si tiene un cuerpo de Escritura definido y autoritativo al que puede acudir, es una tarea comparativamente fácil formular sus doctrinas. Todo lo que tiene que hacer es buscar las enseñanzas de las Escrituras e incorporarlas en su credo. Pero si las Escrituras no tienen autoridad, si deben ser corregidas y editadas y algunas partes deben ser rechazadas abiertamente, la Iglesia tiene un problema mucho más serio, y no puede haber fin de opiniones contradictorias sobre el propósito de la Iglesia. o el sistema de doctrina que ella va a exponer.”*²

No es el propósito de la presente discusión intentar mostrar los argumentos que apoyan la inspiración de las Escrituras. Los argumentos de fuentes externas a las Escrituras no serán considerados en absoluto, y las evidencias bíblicas serán discutidas solo cuando ilustren la obra del Espíritu Santo. Lo que la Biblia dice sobre el tema es mucho más concluyente y claro a los ojos de la fe que todos los argumentos altisonantes de los incrédulos. Como ha escrito el Dr. Lewis Sperry Chafer: *“Esa doctrina de la inspiración, que la iglesia ha sostenido en todas sus generaciones, permanece; no porque*

*sus defensores puedan gritar más fuerte que sus oponentes, ni en virtud de ninguna defensa humana, sino por el hecho de que está incrustado dentro de los mismos Oráculos Divinos. Dado que está tan incrustado en los Oráculos de Dios, ningún santo o apóstol podría hacer otra cosa que creer en la palabra que Dios ha dicho.”*³

1. El significado de la inspiración.

El significado técnico de inspiración es bastante diferente de su uso común en referencia a conceptos no bíblicos. como BB Warfield señala: *“La palabra ‘inspirar’ y sus derivados parecen haber llegado al inglés medio del Francés, y han sido empleados desde el principio (principios del siglo XIV) en un número considerable de significados, físicos y metafóricos, seculares y religiosos.”*⁴ Todavía hablamos de estar inspirados por una hermosa puesta de sol, o de escuchar un sermón inspirador. Tales usos comunes, sin embargo, no son paralelos a la inspiración en un sentido doctrinal. Incluso en el lenguaje ordinario, concebimos la inspiración como algo que constituye una influencia externa. Como dice Warfield: *“Sin embargo, detrás de todo su uso está la implicación constante de una influencia externa, que produce en su objeto movimientos y efectos más allá de sus poderes nativos, o al menos ordinarios”*.

5

Volviendo a las Escrituras, observamos una escasez de referencias a la palabra inspiración en lo que se refiere al término mismo. En **Job 32:8**, se cita a Eliú: *“Pero espíritu hay en el hombre, y el soplo del Todopoderoso le da entendimiento”*. Sin embargo, esto difícilmente puede referirse a la inspiración de las Escrituras, ya que es dudoso que algo de la Biblia, al menos en su forma actual, existiera en ese momento. La única otra referencia se encuentra en **2 Timoteo 3:16**, donde la Versión Autorizada da esta traducción: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”*. Incluso aquí, en la revisión estadounidense, la traducción se cambia para que diga: *“Toda Escritura inspirada por Dios también es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”*. La traducción revisada, al intentar resolver el problema creado por la ausencia de la cópula, nada inusual en el griego, ha debilitado mucho el pasaje, y eso, injustamente. El sustantivo inspiración desaparecería por completo de la Biblia en inglés si se permitiera esta traducción, y se crea una impresión engañosa de que algunas Escrituras no son inspiradas.

La dificultad radica principalmente en la palabra inspiración misma. El griego, θεο•πνευστος, realmente no significa inspirar en absoluto. Como señala Warfield, *“El término Gr, sin embargo, no tiene nada que decir de inspirar o de inspirar: solo habla de un ‘expirar’ o ‘expiración’.* Lo que dice de la Escritura no es que sea ‘inhalada por Dios’ o que sea el producto de la ‘inhalación’ Divina en sus autores humanos, sino que es exhalada por Dios, ‘inspirada por Dios’, el producto de el soplo creador de Dios. En una palabra, lo que declara este pasaje fundamental es simplemente que las Escrituras son un producto divino, sin ninguna indicación de cómo Dios ha operado al producirlas.”⁶

De **2 Timoteo 3:16**, podemos concluir que la inspiración es la obra de Dios por la cual o a través de la cual se dan las Escrituras. Sin embargo, después de declarar el hecho de la inspiración, el mismo versículo llega a una conclusión muy interesante y significativa. Debido a que las Escrituras son inspiradas, son útiles para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia. En otras palabras, la inspiración garantiza la precisión y otorga autoridad divina al registro. No es necesario revisar aquí el abundante testimonio de las Escrituras sobre este mismo hecho. Cristo mismo citó con frecuencia el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios. Los escritores reclamaron inspiración para sus propias obras. El contenido de las Escrituras es tal que sus profecías deben haber sido producto de la revelación divina y su registro exacto de la obra de la inspiración. El testimonio de la inspiración es aún más concluyente porque las Escrituras nunca intentan probar la inspiración; simplemente lo declaran y lo asumen, de la misma manera que las Escrituras asumen la existencia de Dios.

Un asunto de observación adicional es que las Escrituras no solo son divinas, sino también humanas. Las palabras utilizadas fueron aquellas dentro del vocabulario de los escritores. Sus propias emociones, conocimientos humanos, experiencias y esperanzas entraron en las Escrituras que escribieron, sin comprometer en lo más mínimo su inspiración. Sin duda, algunas porciones de las Escrituras son dictadas, como las mismas Escrituras lo indican, pero la mayoría de las Escrituras no tienen esta característica. Independientemente del grado de influencia humana o divina en las Escrituras, el resultado es asimismo inspirado e igualmente adecuado para el propósito de Dios. El examen de la obra del Espíritu Santo en la inspiración sustentará estas evidencias de la autoría dual, divina y humana, de las Escrituras.

El hecho de la inspiración de sus escritos es más supuesto que probado. Se encuentran referencias ocasionales a su propia conciencia de la obra del Espíritu Santo en la inspiración. David da testimonio de la inspiración de sus obras: *“El Espíritu de Jehová habló por mí, y su palabra estuvo en mi lengua. El Dios de Israel dijo, la Roca de Israel me habló”* (**2 Samuel 23:2-3**). Isaías registra las palabras del Señor, con un significado similar: *“En cuanto a mí, este es mi pacto con ellos, dice el SEÑOR; Mi espíritu que está sobre ti, y mis palabras que he puesto en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu simiente, ni de la boca de la simiente de tu simiente, dice Jehová, de ahora en adelante y para jamás”* (**Isaías 59:21**). Jeremías da testimonio de la palabra del Señor para él: *“He aquí he puesto mis palabras en tu boca”* (**Jeremías 1:9**). Sus escritos, una vez producidos, fueron inmediatamente aceptados como la Palabra de Dios por aquellos que verdaderamente adoraban al Señor. La ausencia de cualquier argumento formal para probar la inspiración de sus escritos indica que ninguno se consideró necesario. El carácter de las Escrituras fue evidencia suficiente tanto para los escritores como para los lectores.

(2) **Terminología de los Profetas.** En muchos de los libros del Antiguo Testamento aparecen frases recurrentes que sólo pueden ser explicadas por la doctrina de la inspiración. La expresión, *“Así dice el Señor”*, o su equivalente, se encuentra en cientos de casos. El escritor afirma en muchos casos estar citando directamente a Dios, y en otros es el portavoz autorizado. En ambos casos se reivindica la revelación sobrenatural y la inspiración de los escritos.

(3) **Títulos de las Escrituras.** Con referencias muy frecuentes, los escritos del Antiguo Testamento son designados como la Palabra del Señor, Tu Palabra, Mi Palabra, Palabras de Su boca, Palabras del Santo, Su Palabra. Las referencias explícitas de este tipo se encuentran más de cien veces en el Antiguo Testamento. No puede haber duda de que se refieren al Antiguo Testamento en su totalidad o en sus partes como la misma Palabra de Dios. En algunos casos, la referencia es a la cita directa de lo que Dios mismo ha dicho, pero en otros es la palabra de Sus profetas hablando por Dios (**Salmos 107:11; 119:11; Proverbios 30:5**). Estos títulos de las Escrituras que se encuentran en cada parte del Antiguo Testamento dan el sello de inspiración divina a cada libro.

(4) **El Testimonio de Cristo.** Una de las indicaciones más claras de la obra del Espíritu Santo en la inspiración del Antiguo Testamento proviene de los labios del mismo Cristo. La mayoría de las referencias del Antiguo Testamento a la obra de Dios en la inspiración no mencionan específicamente al Espíritu Santo, aunque ya hemos notado algunos casos (**2 Samuel 23:2-3; Isaías 59:21**). Sin embargo, al citar del Antiguo Testamento, Cristo es explícito al asignar la obra de inspiración al Espíritu Santo. Esto es importante no solo para revelar qué Persona de la Trinidad emprendió esta obra, sino que también constituye un testimonio más concluyente de la doctrina de la inspiración del Antiguo Testamento. Un ataque al Antiguo Testamento se convierte en un ataque a la palabra de Cristo mismo.

En relación con el encuentro de Cristo con los fariseos, Cristo preguntó: *“¿Qué pensáis de Cristo? ¿de quién es hijo? Ellos le dijeron: El hijo de David. Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en espíritu le llama Señor? (Mateo 22:42-43)*. Traducido literalmente, Cristo dijo: *“¿Cómo, pues, David en el Espíritu lo llama Señor?”* Al citar el **Salmo 110:1** escrito por David, Cristo afirma que David escribió por inspiración del Espíritu Santo, encontrando en este hecho la explicación de la sabiduría de David al llamar a su propio Hijo, “Señor”. En el relato de Marcos, que sin duda es el mismo caso, Cristo, al presentar la pregunta acerca del hijo de David, dijo: *“Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo Jehová a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que haga tus enemigos, el*

estrado de tus pies” (Marcos 12:36). En este caso, nuevamente, Cristo da testimonio de la obra del Espíritu Santo en la inspiración de este Salmo, y explica su autoridad por el hecho de que David habló por el Espíritu Santo.

(5) **El Testimonio de los Apóstoles.** El testimonio de los apóstoles es más abundante e igualmente explícito que el de Cristo. Pedro, hablando del cumplimiento del **Salmo 41:9**, dice: *“Varones hermanos, es necesario que se cumpliese esta Escritura, que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, el cual fue guía de los que prendieron a Jesús.”* Al citar el segundo Salmo, se dice que Dios habló por boca de David (**Hechos 4:24-25**). Pablo cita **Isaías 6:9-10**, diciendo: *“Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres” (Hechos 28:25).* Referencias similares se encuentran en **Hebreos 3:7; 10:15-16**, y en otras partes del Nuevo Testamento. Todos dan testimonio de la inspiración del Antiguo Testamento por el Espíritu Santo, y al mismo tiempo se sostiene la autoría humana.

(6) **La analogía de la revelación oral.** En la discusión de la revelación oral, se hizo referencia a **2 Pedro 1:20-21** que da testimonio elocuente de la obra sobrenatural de Dios que es el origen de toda profecía: *“Porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana. : pero los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”* Es una declaración clara de que toda profecía es posible sólo por obra del Espíritu Santo. Sin embargo, no es en absoluto necesario limitar la aplicación de este pasaje a la revelación oral. Algunas porciones de la Palabra profética no fueron entregadas oralmente, sino que primero fueron reveladas en forma escrita (compare Daniel). En estos casos, es el registro escrito el que habla, y los escritores fueron llevados por el Espíritu Santo en su obra, tal como lo indica 2 Pedro. Si toda profecía oral procede de una obra del Espíritu Santo, y toda profecía escrita tiene la misma fuente, es razonable extender por analogía la obra del Espíritu a todo el Antiguo Testamento, profético en el sentido amplio de ser un mensaje de Dios. La obra del Espíritu Santo se extiende así no sólo al aspecto de revelación sino también a la inspiración de la Palabra escrita.

Las Escrituras son claras, entonces, tanto en cuanto al hecho de la inspiración como al agente de la inspiración, el Espíritu Santo. Las pruebas son abundantes para ambos. Como dice el Prof. James B. Green, *“La Ley y los Profetas, la enseñanza de Jesús y la predicación de Pablo; estos son declarados como la Palabra de Dios. Se ha estimado que la Biblia afirma su propia inspiración de varias maneras unas tres mil veces. ¿Con qué frecuencia la Biblia tiene que decir algo antes de que los hombres lo crean?”*⁸

2. El alcance de la inspiración.

Un examen de los registros del Antiguo Testamento revelará literatura de todo tipo: historia, poesía, teatro, sermones, historias de amor y una idea de los pensamientos devocionales más íntimos de los escritores. Es un asunto de gran importancia que la inspiración se extienda a todos estos tipos de literatura, sin tener en cuenta la forma o el estilo, sin preocuparse por el origen o el conocimiento incorporado en la escritura. La pregunta se presenta naturalmente con respecto a la relación de la inspiración con varias porciones de la Escritura.

Todo intento de sondear lo sobrenatural está condenado al fracaso. El hombre no tiene criterio para juzgar lo que trasciende nuestra experiencia. Sin tratar de explicar la inspiración, se puede emprender un examen de su aplicación. Se pueden observar al menos siete tipos de operación en el trabajo de inspiración.

(1) **El pasado desconocido.** Las Escrituras ocasionalmente hablan con autoridad sobre el pasado con tanto detalle y sobre temas que serían desconocidos para el hombre. En los primeros capítulos del Génesis, por ejemplo, Moisés retrata acontecimientos que ocurrieron antes de la creación del hombre, por lo tanto, más allá de todos los límites posibles de la tradición. En Isaías y Ezequiel se hace referencia a eventos en el cielo fuera de la esfera del conocimiento del hombre y anteriores a su creación. Está claro que estas narraciones exigen tanto una revelación sobre los hechos como la obra del Espíritu Santo en la inspiración para garantizar su declaración precisa. Algunos han adelantado la idea en relación con los relatos de la creación de que estos son similares en muchos detalles a los relatos paganos de la creación. Es posible que la revelación se haya dado antes de la escritura de las Escrituras sobre el tema de la creación, y que los hombres hayan agregado y alterado esta

revelación en la formación de relatos no bíblicos de la creación. La existencia de otros registros de la creación y puntos de similitud de estos con las Escrituras de ninguna manera afecta la inspiración de Génesis. Si Moisés usó documentos o no, no tiene nada que ver con la redacción de las Escrituras. Ya sea que se hayan utilizado documentos, que haya conocimiento de las ideas paganas de la creación, o que la tradición haya aportado alguna verdad sobre el tema, la obra de la inspiración fue necesaria en todo caso para distinguir la verdad del error y para incorporar en el registro todo lo que era verdadero. y omitir todo lo que era falso. Sin duda, la principal fuente de información fue la revelación directa, y los documentos, si los hubiere, y los relatos tradicionales que pudo haber conocido Moisés, fueron bastante incidentales.

(2) **Historia.** Una gran parte del Antiguo Testamento se ajusta al patrón de la historia. En tales secciones, el escritor está hablando de eventos conocidos por muchos y acerca de los cuales se pueden haber escrito otros documentos no inspirados. En muchos casos, el escritor trata de hechos contemporáneos en los que el elemento de revelación está prácticamente ausente. ¿Cómo se puede decir que la inspiración opera en tal Escritura? Como en todas las Escrituras, la inspiración no tiene que ver con la fuente de los hechos, sino solo con su declaración precisa. En el registro de la historia, el Espíritu Santo ha guiado a los escritores en la selección de los eventos a anotar, la declaración adecuada de la historia de estos eventos y la omisión de todo lo que no debería incluirse. El resultado es un relato infaliblemente preciso de lo que sucedió con énfasis en los eventos importantes para la mente de Dios.

(3) **Ley.** Ciertas porciones del Antiguo Testamento consisten en leyes que gobiernan varias fases de la vida individual y nacional. Este tipo de Escritura se encuentra principalmente en el Pentateuco, donde la ley se revela en tres grandes divisiones: los mandamientos, que rigen la vida moral del pueblo; las ordenanzas, que rigen la vida religiosa del pueblo; y los juicios, que tratan de la vida social de las personas. En algunos casos, la ley consistía en mandamientos dados por medio de dictado, conservando las leyes en cada particular el carácter de ser pronunciadas por Dios. En otros casos, Moisés acusa al pueblo de profeta de Dios y da mandamientos que difícilmente pueden interpretarse como que le fueron encomendados por dictado; sin embargo, los mandamientos tienen la misma fuerza que otros mandamientos. La inspiración opera en la redacción de toda ley en las Escrituras a fin de que las leyes expresen perfectamente la mente de Dios para el pueblo a quien son dadas; las leyes son guardados del error e incluyen todo lo que Dios desea mandar en ese momento; las leyes tienen autoridad y son una base adecuada para todos los asuntos a los que se refieren.

(4) **Dictado.** Como se insinuó anteriormente, algunas porciones de la Palabra de Dios consisten en citas directas de los mandamientos y la revelación de Dios. ¿Cómo opera la inspiración en estas circunstancias? La inspiración garantiza que los mandamientos y la revelación recibidos de Dios se registren correctamente en la forma exacta en que Dios quiere. Por su parte, Dios habla en el idioma del que escribe, usando su vocabulario y comunicando su mensaje de tal manera que, natural o sobrenaturalmente, el escritor puede recibir y registrar el mensaje de Dios. En tales porciones, las peculiaridades del escritor probablemente se noten menos. El dictado, sin embargo, no debe considerarse como más autorizado que otras porciones de la Escritura. La inspiración se extiende libre e igualmente a todas las porciones de las Escrituras, incluso en el registro fiel del pecado humano y la repetición del discurso humano que puede ser falso. La inspiración añade al relato el sello de un registro infalible, justificando al lector a aceptar las Escrituras con toda confianza.

(5) **Literatura devocional.** Uno de los intrincados problemas de la inspiración es relacionar su operación con la escritura de la literatura devocional del Antiguo Testamento, de la cual los Salmos son la mayor parte. ¿La inspiración simplemente garantiza una imagen precisa de lo que sintieron y pensaron los escritores, o hace más que eso? En el caso de la grabación del habla humana, la inspiración no garantiza necesariamente la verdad de lo que se dice. Por ejemplo, en el registro de la tentación, se registra que Satanás dijo: "*Ciertamente no moriréis*" (**Génesis 3:4**). La inspiración garantiza la exactitud de esta cita de las palabras de Satanás, pero no hace que estas palabras sean verdaderas. Entonces, en el caso de los salmistas, que eran hombres sujetos al pecado y al error, cuyas experiencias y pensamientos no eran necesariamente exactos, ¿hace la inspiración algo más que simplemente dar un registro fiel?

La respuesta al problema se encuentra en los mismos Salmos. Un examen de su contenido revelará que Dios no sólo hizo que se escribiera un registro inspirado de sus pensamientos, sino que obró en sus pensamientos y en sus experiencias con el resultado de que revelaron a Dios, representaron la verdadera adoración del corazón, el oído que escucha de Dios a la oración, el gozo del Espíritu, la

carga del pecado, e incluso profetizado de eventos futuros. Así David, en su propia experiencia al darse cuenta de la preservación de Dios, habla de la bondad de Dios, su alabanza trasciende los límites de su propia experiencia a la de Cristo, el mayor David. Él se regocija: *“Por tanto, se alegra mi corazón, y se regocija mi gloria; también mi carne reposará en esperanza. Porque no dejarás mi alma en el infierno; ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (Salmo 16:9-10)*. Mucho de lo que dijo David se aplicaría a él mismo. David pudo decir que su corazón se alegró, que su carne descansó en esperanza. David sabía que su alma no permanecería para siempre en el infierno. Pero cuando David dijo que su cuerpo no vería corrupción, estaba claramente más allá de su propia experiencia y estaba revelando la de Cristo. Pedro declara este hecho en su sermón de Pentecostés (**Hechos 2:25-31**), y señala la diferencia entre David y Cristo.

Por lo tanto, se puede decir que la inspiración produce más que un registro de pensamientos devocionales. Si bien el proceso es inescrutable, la inspiración fue tal que se hizo un registro exacto de los pensamientos de los escritores, pensamientos que fueron preparados por la providencia de Dios. Todo lo que los escritores experimentaron no fue incorporado en las Escrituras. La inspiración fue selectiva. Como muy bien describe Warfield: *“O considere cómo un salmista estaría preparado para poner en un verso conmovedor una parte de la experiencia religiosa normativa: cómo nacería con la calidad justa de sensibilidad religiosa, de padres a través de los cuales debería recibir exactamente la inclinación hereditaria correcta, y de quien debe obtener precisamente el ejemplo y la formación religiosa correctos, en circunstancias de la vida en las que sus tendencias religiosas deben desarrollarse precisamente en las líneas correctas; cómo sería llevado a través de las experiencias adecuadas para despertar en él las emociones precisas que sería llamado a expresar, y finalmente sería colocado precisamente en las exigencias que llamarían su expresión.”*⁹ Si bien la preparación providencial no debe confundirse con inspiración, se puede ver que con preparación providencial, la inspiración de la literatura devocional del Antiguo Testamento toma la naturaleza de registro de revelación, no revelación por la voz de Dios, sino revelación por obra de Dios en el corazón humano .

El Mensaje Profético Contemporáneo. Gran parte de lo que se registra como un mensaje de un profeta se refería a las necesidades inmediatas de su propia generación. A ellos les llevaría los mensajes de advertencia de Dios; él exhortaría; él dirigiría sus ejércitos; elegiría a sus líderes; en las múltiples necesidades del pueblo por la sabiduría de Dios, el profeta sería el instrumento de revelación de Dios. En este aspecto del ministerio profético, la Escritura sin duda registra solo una pequeña porción.

El registro se da en aras de su importancia histórica y para que constituya un ejemplo vivo para las generaciones posteriores. ¿Cómo se relaciona la inspiración con este aspecto de la Escritura?

Como en el caso de otros tipos de Escritura, la inspiración es ante todo selectiva. Al escribir las Escrituras, el escritor es guiado a incluir y excluir de acuerdo con la mente de Dios. La inspiración asegura que el registro es exacto, dando al mensaje del profeta el carácter de infalibilidad. Esto fue cierto incluso en el caso de los pocos hombres impíos que dieron voz a la profecía y fueron guiados por Dios. La obra de inspiración en este tipo particular de Escritura es similar a la que opera al registrar la historia en el sentido más amplio, al escribir la historia, al guiar en la selección y declaración de la historia, y en el caso de la profecía, al guiar en la selección y declaración del mensaje y las obras de Dios a través de sus profetas. Escritura, se puede concluir que en la inspiración principal tiene las mismas características en todos los tipos de Escritura del Antiguo Testamento. En ella todo lo guió el Espíritu, excluyendo lo falso, incluyendo todo lo que la mente de Dios dirigió, dando a la revelación declaración precisa, a la historia selección intencionada y hechos auténticos, a la experiencia guiada providencialmente su registro íntimo de Dios tratando con los corazones de sus siervos. , a la profecía, ya sea un mensaje contemporáneo o predictivo, la precisión infalible que lo convirtió en el estándar apropiado para que la fe lo comprendiera. La obra de inspiración no fue realizada por una fuerza impersonal, por una ley de la naturaleza o por la sola providencia; pero el Espíritu Santo inmanente, obrando en los corazones y los asuntos de los hombres, no sólo reveló la verdad de Dios, sino que hizo que se escribiera el Antiguo Testamento, el documento más asombroso que jamás haya visto la luz del día, que lleva en sus páginas la inconfundible evidencia que las manos que los inscribieron fueron guiadas por el Espíritu Santo inquebrantable, infinitamente sabio e infalible.

V. La Obra del Espíritu Santo en los Milagros del Antiguo Testamento

Una revisión del Antiguo Testamento revela una abundancia de milagros de todas las descripciones realizados por el poder de Dios. Como en el Nuevo Testamento, no se encuentra ninguna ocasión donde los milagros estén sujetos a explicación, siendo su poder explicado por la agencia inmediata de Dios. Dos de los tres grandes períodos de obras milagrosas se encuentran en el Antiguo Testamento: el período de Moisés y el período de Eliseo y Elías. El tercero pertenece a la vida de Cristo y los apóstoles. Surge la cuestión de si los milagros del Antiguo Testamento deben atribuirse a la Deidad sin distinciones personales, o si las Escrituras dan suficiente testimonio para atribuir los milagros del Antiguo Testamento al ministerio de una Persona distinta.

Ya se ha considerado el ministerio sobrenatural del Espíritu Santo en la creación y preservación. Un ministerio extendido al hombre mismo también se revela en el Antiguo Testamento. Sin embargo, en la realización de grandes maravillas en el mundo natural, ¿se le puede asignar al Espíritu Santo la agencia divina? Si se puede encontrar una respuesta a esta pregunta, se basará en dos líneas de evidencia: primero, la inferencia de la obra del Espíritu Santo en otros detalles; segundo, la obra del Espíritu Santo al realizar milagros en nombre de Cristo.

1. Inferencia de las Otras Obras del Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento no se encuentra una referencia clara a los milagros como realizados generalmente por la obra del Espíritu Santo. Generalmente se dice que el poder que efectúa milagros es Jehová, sin distinción en cuanto a las Personas de la Deidad. La obra de los milagros parece ser la prerrogativa de cada Persona de la Trinidad por separado, así como la obra del único Dios. Sin embargo, se encuentra una referencia específica a algunos ministerios del Espíritu Santo que nos llevarían a creer que la Tercera Persona fue el agente de los milagros en muchos casos. De la obra del Espíritu Santo en la creación y la providencia, está claro que Él está comprometido en una obra vital en el mundo material. La inmanencia del Espíritu Santo es más prominente que la inmanencia de las otras Personas, aunque el atributo, por supuesto, es igual en las tres Personas. Su obra en los hombres, tanto en el ministerio profético como en la habilitación para todo servicio, indica su íntima relación con los acontecimientos. De estos argumentos generales, se puede inferir que estaría en armonía con todo lo que sabemos que el Espíritu Santo efectúe milagros.

Owen, al menos, llega a esta conclusión, aunque los argumentos específicos son menos definidos de lo que desearíamos: *“El tercer tipo de operaciones extraordinarias inmediatas del Espíritu Santo son los milagros; como los que Moisés, Josué, Elías, Eliseo y otros realizaron con frecuencia bajo el Antiguo Testamento; los de Moisés superan, si los judíos no se equivocan, a todos los demás. Ahora bien, estos fueron todos los efectos inmediatos del poder divino del Espíritu Santo; porque por milagros entendemos efectos tales como están realmente más allá y por encima del poder de las causas naturales, cualquiera que sea su aplicación.”*¹⁰

Un examen de los hombres que fueron llenos del Espíritu Santo bajo la economía del Antiguo Testamento revelará muchas obras milagrosas realizadas por ellos. Como se discutirá más adelante, Sansón, por ejemplo, hizo lo humanamente imposible a través del poder del Espíritu Santo. Abdías expresó el temor de que el Espíritu Santo se llevara a Elías cuando tratara de encontrarlo (**1 Reyes 18:12**). Ezequiel fue arrebatado por el Espíritu Santo (3:12ss). Estas operaciones del Espíritu Santo connotan una obra muy similar a la obra de Dios al efectuar milagros.

2. Inferencia de los milagros obrados en el Nuevo Testamento.

Los registros del Evangelio revelan un ministerio extenso de Cristo en forma de milagros. Estos fueron los emblemas profetizados que se exhibirían cuando viniera el Mesías. En dos casos, los milagros de Cristo se atribuyen al poder del Espíritu Santo. En **Mateo 12:28**, Cristo declara que Él echa fuera los demonios por el Espíritu Santo, y en **Lucas 4:14-18**, se dice que la obra de Cristo al sanar a los enfermos resulta de Su unción por el Espíritu Santo. Si Cristo en la carne obró milagros por obra del Espíritu Santo, aunque su naturaleza humana estaba unida a la naturaleza divina de la Segunda Persona de la Trinidad, ¿cuánto más sería necesario que los hombres que están sujetos al pecado sean dependientes del mismo Espíritu Santo para efectuar sus milagros!

El hecho de que el Espíritu Santo obró milagros en nombre de Cristo es un fuerte argumento para asumir que un ministerio similar fue dado a hombres en el Antiguo Testamento a quienes Dios había designado como Sus profetas.

Si bien la revelación sobre la agencia de los milagros en el Antiguo Testamento carece de la prueba definitiva proporcionada en otras fases de la doctrina del Espíritu Santo, se puede suponer con seguridad que el Espíritu Santo como Tercera Persona fue la agencia divina en las obras milagrosas en el Antiguo Testamento. Testamento, sin excluir la posibilidad de que las demás Personas de la Trinidad tuvieran un ministerio similar.

VI. La Obra del Espíritu Santo en el Ministerio al Hombre en el Antiguo Testamento

Es fundamental para comprender la obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento darse cuenta de que su ministerio se extiende de una forma u otra a toda criatura. A algunos, por supuesto, se les dan los ministerios más generales de la providencia y la creación, pero con

frecuencia se ha pasado por alto la obra mayor del Espíritu Santo en el hombre caído. Aunque rara vez se menciona en las obras sobre el Espíritu Santo, la obra del Espíritu Santo en el hombre en el Antiguo Testamento es a gran escala y de igual importancia que Su obra en el Nuevo Testamento, aunque tiene un carácter diferente, como se verá.

Kuyper ha resumido las características generales de la obra del Espíritu Santo en dos proposiciones importantes: *“Primero, la obra del Espíritu Santo no se limita a los elegidos y no comienza con su regeneración; pero toca a toda criatura, animada e inanimada, y comienza sus operaciones en los elegidos en el mismo momento de su origen. Segundo, la obra propia del Espíritu Santo en toda criatura consiste en vivificar y sostener la vida con referencia a su ser y talentos, y, en su sentido más elevado, con referencia a la vida eterna, que es su salvación.”*¹¹

La naturaleza general de la obra del Espíritu Santo, como dice Kuyper, tiene abundantes ilustraciones tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Ya se ha dado consideración a la obra del Espíritu en la creación, revelación, inspiración y milagros. Todas estas son ilustraciones de la proposición general de que la obra del Espíritu Santo “toca a toda criatura”. La consideración adicional de la obra del Espíritu Santo en el hombre da muchos ejemplos explícitos de este ministerio que permite darse cuenta de que detrás de toda la historia del Antiguo Testamento está el Espíritu Santo invisible, tocando cada fase de la vida del hombre. Las obras del Espíritu Santo en el hombre están sujetas a análisis, revelándose al menos cinco aspectos.

1. La Morada Soberana del Espíritu Santo.

En la dispensación de la gracia, el Espíritu Santo se compromete a morar en cada cristiano desde el momento de la regeneración. Es uno de los testimonios de la gracia de Dios que el Espíritu Santo haga así de los cuerpos de los hombres salvos Su santo templo. A lo largo de todo el período del Antiguo Testamento hasta el día de Pentecostés, no se observa tal morada universal del Espíritu Santo. mientras que No estaba en el programa de Dios que esta característica del ministerio del Espíritu Santo se hiciera universal entre los creyentes antes de la era de la gracia, sin embargo, Dios en Su voluntad soberana y de acuerdo a Sus propios propósitos seleccionó a los individuos en el Antiguo Testamento a quienes estaba destinado. dada la presencia permanente del Espíritu Santo.

La primera referencia a esta doctrina se encuentra en **Génesis 41:38**, donde Faraón hace la pregunta acerca de José: “¿Podemos hallar uno como éste, un hombre en quien esté el Espíritu de Dios?” Si bien, por supuesto, se puede sostener que Faraón estaba equivocado y que el Espíritu Santo no moraba en José, en vista de lo que José ya había logrado y de la revelación posterior de la doctrina de la morada en el Antiguo Testamento, se puede concluir que Faraón, sin saberlo, dio voz al primer ejemplo específico de una gran doctrina, y las Escrituras incluyen su testimonio.

Otras referencias a esta misma operación del Espíritu no son difíciles de encontrar. Se dice que los sastres que confeccionaban las prendas para los sacerdotes estaban *“llenos del espíritu de sabiduría”* (Éxodo 28:3). De Bezaleel y Aholiab, excelentes artesanos que ayudaron a construir el tabernáculo, se dice: *“Lo he llenado del espíritu de Dios, en sabiduría, en todo entendimiento, en ciencia y en toda obra de arte”* (Éxodo 31:3; compare Éxodo 35:30-35). Los setenta ancianos que ayudaron a Moisés fueron habitados por el Espíritu Santo (Números 11:17, 25).

Josué es descrito como *“un hombre en quien está el espíritu”* (Números 27:18). En tiempos de los Jueces, algunos de los líderes levantados para liberar a Israel fueron llenos del Espíritu: Otoniel (Jueces 3:10), Gedeón (Jueces 6:34), Jefté (Jueces 11:29) y Sansón (Jueces 11:29; 13:25; 14:6, 19; 15:14). AB Simpson agregaría a Débora a la lista, una ilustración de una mujer líder sin duda habitada por el Espíritu Santo (compare Jueces 4:4ss).¹² El Espíritu Santo habitó tanto en Saúl como en David (1 Samuel 10:9-10; 16:13). El profeta Daniel fue habitado por el Espíritu Santo (Daniel 4:8; 5:11-14; 6:3). Sin duda todos los profetas fueron habitados por el Espíritu Santo, aunque esto no era necesariamente esencial para su ministerio. A partir de estos casos específicos e inferencias que pueden extraerse con justicia de otros casos, se puede establecer de manera concluyente el hecho de que el Espíritu Santo habitó en algunos santos del Antiguo Testamento.

Varias características de la morada del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento son bastante distintivas del mismo ministerio en la era de la gracia. Se notará, primero, que la venida del Espíritu para morar en los individuos no tiene relación aparente con las cualidades espirituales. No se encuentra ningún registro de regeneración en estos casos como un antecedente necesario a la morada del Espíritu Santo. Saúl, es cierto, recibió otro corazón (1 Samuel 10:9), pero no es la experiencia normal a juzgar por otros ejemplos. Un segundo factor importante muy distinto de la residencia como se conoce en la Iglesia del Nuevo Testamento es que la residencia por lo general se asocia con un llamado especial al servicio, y tenía en vista la habilitación para una tarea específica. Esto se discutirá más adelante. La morada, más que un privilegio universal, fue un don soberano. Sólo unos pocos fueron habitados por el Espíritu Santo, y estos eran conocidos por su don distintivo, buscados como líderes y profetas, y por lo general eran hombres marcados.

Una tercera distinción importante que se encuentra en la doctrina de la morada del Antiguo Testamento era que en muchos casos era temporal. Si bien el santo del Nuevo Testamento nunca debe temer la pérdida de la presencia del Espíritu Santo que mora en él, aunque el pecado pueda obstaculizar Su ministerio, el santo del Antiguo Testamento sabía que la presencia del Espíritu era un privilegio especial que podía ser retirado a voluntad incluso como fue dado. Así, de Saúl, se revela que el Espíritu Santo lo dejó (1 Samuel 16:14), y David oró fervientemente después de su pecado: *“No me echas de tu presencia; y no quites de mí tu santo Espíritu”* (Salmo 51:11). Ningún cristiano necesita orar jamás la oración de David, pero bajo el orden del Antiguo Testamento, había un gran peligro de perder la presencia del Espíritu. Por esta razón, la presencia del Espíritu que mora en el Antiguo Testamento debe ser considerada como soberana, un don raro más que habitual, y generalmente asociado con alguna tarea específica para la cual era necesaria la habilitación.

2. La Obra del Espíritu Santo en la Represión del Pecado.

Por la misma naturaleza del Espíritu Santo, uno podría anticipar que estaría comprometido en un ministerio diseñado para refrenar el pecado, no solo en la vida del santo, sino también en la vida de los no salvos. Un estudio de los diversos ministerios del Espíritu Santo revelará que muchos de ellos tendían a refrenarse del pecado. Sin embargo, se encuentran comparativamente pocas referencias directas a este ministerio.

En relación con la civilización antediluviana, Dios dijo: *“No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; sino que serán sus días ciento veinte años”* (Génesis 6:3). El pronunciamiento de que cesaría la obra de luchar con el hombre es evidencia suficiente de que este ministerio había sido dado al mundo antes del diluvio. El Espíritu Santo se comprometió a refrenar el poder de Satanás y la manifestación del pecado del corazón humano.

Del Nuevo Testamento, deducimos que la obra del Espíritu Santo al restringir a los hombres del pecado continúa a lo largo de la dispensación de la gracia. De acuerdo con 2 Tesalonicenses 2:7, el Espíritu Santo refrena del pecado: *“Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción; solamente hay uno que ahora detiene, hasta que sea quitado de en medio”* (American Standard

Versión). Isaías 59:19 indica que es la obra habitual del Espíritu Santo levantar un estandarte contra el pecado ahora y en el milenio, si podemos aceptar la traducción de la Versión Autorizada.

Si bien la obra del Espíritu Santo para refrenar el pecado se sustenta en relativamente pocas referencias explícitas, un estudio de sus otros ministerios revela varios que tienen una relación directa con la represión del pecado. Su obra de revelación oral, revelando la voluntad de Dios y advirtiendo contra el juicio, tendió a refrenar el pecado. Un efecto similar resultó de la inspiración de la Palabra escrita. Se encuentra una confirmación adicional de la doctrina en referencia a la Tercera Persona como el Espíritu Santo (**Salmo 51:11; Isaías 63:10, 11**) y como el Buen Espíritu (**Nehemías 9:20; Salmo 143:10**), los títulos no sólo hablando de Su Persona, sino de Su obra. En el pasaje de Isaías, particularmente, se nota que el juicio vino porque se habían rebelado contra el Espíritu Santo. Esta rebelión no fue solo un rechazo de Su Persona, sino un rechazo de Su restricción y lucha con ellos. De estas varias indicaciones, entonces, se puede concluir que el Espíritu Santo tuvo una relación vitalísima con el carácter moral de los hombres en el Antiguo Testamento, un ministerio que resultó en la restricción del pecado, comparable al que se observa de manera general a lo largo de todo el libro. cada dispensación.

Cabe señalar que hay una predicción de una gran obra futura del Espíritu Santo en el Milenio en la que el Espíritu Santo efectuará una gran restricción del pecado e inspirará un carácter santo (**Isaías 32:15ss; 44:3-5; Ezequiel 36: 26ss; Zac 12:10**).

3. La Obra del Espíritu Santo en la Iluminación y Habilidad para el Servicio.

La mención más frecuente del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento está relacionada con la habilitación para varios tipos de servicio, incluida la iluminación y el otorgamiento de sabiduría. Se puede observar una amplia variedad de este tipo de ministerio. Si bien el alcance de esta habilitación contrasta marcadamente con la abundante gracia evidente en la vida del cristiano, era adecuado para el período del Antiguo Testamento y en armonía con la relación de pacto de Dios e Israel.

Lo primero que debe notarse en las Escrituras es la obra del Espíritu Santo al dar sabiduría para el liderazgo y la administración. Las ilustraciones se encuentran con frecuencia en todo el Antiguo Testamento, comenzando con José, quien fue reconocido por Faraón como poseedor de logros más que humanos (**Génesis 41:38-40**). Josué poseía una obra del Espíritu Santo al capacitarlo (**Números 27:18**), y en tiempos de los Jueces, Otoniel (**Jueces 3:10**), Gedeón (**Jueces 6:34**) y Jefté (**Jueces 11:29**) recibieron habilitación para sus tareas. El otorgamiento del Espíritu Santo sobre Saúl (**1 Samuel 10:10**), y sobre David (**1 Samuel 16:13**) fue en anticipación de su futuro trabajo como reyes sobre Israel. Se observará que la habilitación fue objetiva. En lugar de una habilitación universal disponible para todos los que se rindieron al Espíritu Santo, la habilitación concedida fue soberana, en paralelo hasta cierto punto con la concesión soberana de los dones espirituales en el período del Nuevo Testamento.

(1) Un segundo aspecto de la obra del Espíritu Santo en la habilitación se encuentra en impartir habilidades especiales en varias artes. Los casos de los sastres para las vestiduras sacerdotales (**Éxodo 28:3**) y los obreros del tabernáculo (**Éxodo 31:3; compare Éxodo 31:35,30-35**) ya se han señalado en otro contexto. Los pocos casos a los que se les da una mención específica probablemente son solo ilustraciones de un ministerio mucho más extendido por el Espíritu Santo. Es posible que casos tales como la mención de Hiram de Tiro (**1 Reyes 7:14**) como alguien “*lleno de sabiduría, de inteligencia y de astucia para hacer todas las obras en bronce*”, puedan tomarse para indicar una obra del Espíritu Santo en habilitación, como sostiene E.Y. Mullins.¹³ La idea de habilitación espiritual en tales casos no excluye la idea de habilidad natural, sino que indica tanto un acto de providencia en el otorgamiento de la habilidad natural latente en el individuo como una vivificación especial para lograr la habilidad natural. tarea. Si bien no se excluye lo natural, lo resultante es claramente sobrenatural e imposible sin la habilitación del Espíritu Santo.

Un tercer aspecto de la obra del Espíritu Santo en este sentido se encuentra en instancias ocasionales donde se otorga fuerza física a ciertos individuos en tal medida que excede la fuerza posible del cuerpo humano. La ilustración sobresaliente, por supuesto, es Sansón, quien durante su vida dio frecuentes ilustraciones de hazañas sobrehumanas cuando el poder del Espíritu Santo estaba sobre él (**Jueces 13:25; 14:6, 19; 15:14**). Debido al pecado persistente, su poder se perdió por un tiempo, solo

para recuperarlo en el acto final de su vida. Sin duda, muchas de las hazañas de los héroes del Antiguo Testamento fueron realizadas en el poder del Espíritu Santo, aunque falta una referencia explícita.

La obra más importante del Espíritu Santo a favor del hombre ya ha sido discutida extensamente en la consideración de la obra del Espíritu Santo en la revelación oral y en la profecía, a la que, posiblemente, se puede añadir la obra de inspiración de las Escrituras. En todos estos campos importantes del ministerio, los poderes de la mente humana fueron superados por mucho en la habilitación dada por el Espíritu Santo. La revelación sobrenatural, el don profético, la sabiduría espiritual que se muestra en la interpretación de los sueños, la guía infalible del Espíritu Santo en la escritura de las Escrituras son cada una de las tareas más vitales del Espíritu Santo. Como en los otros ministerios del Espíritu Santo, estos también eran soberanos en su otorgamiento, de ninguna manera estando disponibles para todos los que los buscaban. Si bien hay algunas indicaciones de un ministerio universal del Espíritu Santo (compare Nehemías 9:20), y la invitación de Proverbios 1:23 a derramar el Espíritu Santo sobre aquellos que se vuelven a Dios parece general, un estudio detallado del Antiguo Testamento revelará que estos ministerios nunca fueron universales, los beneficios derivados de su operación se conocen solo a través de los profetas y los que fueron escogidos por Dios. Reservados para el Nuevo Testamento están los beneficios peculiares de la gracia en la morada universal del Espíritu Santo y la posibilidad de todo fruto espiritual.

La obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento es una importante esfera de la doctrina, no porque constituya el modelo de su empresa actual, sino porque revela la necesidad de su ministerio en cada época y sirve para indicar algunos de los principios que permanecer en medio de todas las distinciones dispensacionales reveladas en las Escrituras. En contraste, la era de la gracia brilla con un brillo aún más brillante, la sobreabundancia de todos los ministerios del Espíritu para todos los santos constituye una demostración de la gracia de Dios como nunca antes se ha visto en el mundo. Al contemplar las vidas nobles de tantos de los santos del Antiguo Testamento a pesar de su privilegio más limitado, qué desafío surge para el cristiano que disfruta de toda la plenitud del privilegio espiritual para entregarse por completo al control del Espíritu Santo que en su vida se puede encontrar todo el fruto orbe completo del Espíritu!

Dallas, Texas (Continuará en el número de enero-marzo de 1941)

Conocer el perdón de los pecados y la paz con Dios por medio de la fe en el Señor Jesús es una gran bendición. Muy misericordioso es de Dios traer cualquier alma a descansar en la eficacia que todo lo prevalece de esa sangre que fue derramada por los pecadores; pero es sólo la primera lección de la Cruz de Cristo, el comienzo del conocimiento de la gracia de Dios. Las Escrituras presentan al ojo espiritual otras lecciones de la más importante verdad en relación con la muerte de Cristo, de un tipo profundamente práctico. Aquellos que han crecido en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, encuentran en la Cruz un remedio para cada enfermedad del alma, un cordial para todos los problemas del alma, una amonestación continua para caminar en el Espíritu, y suficiente para justificar que tengan las mayores expectativas del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo. - Seleccionado.

1 Para un tratamiento más extenso de la doctrina de la inspiración, véase Bibliotheca Sacra, octubre-diciembre de 1937, pp. 389-409, y enero-marzo de 1938, pp. 7-21.

2 La Inspiración de las Escrituras, p. 10

3 Bibliotheca Sacra, octubre-diciembre de 1937, p. 393.

4 The International Standard Bible Encyclopaedia, sv, Inspiración, pág. 1473.

5 lugar cita

6 arriba. cit., pág. 1474.

8 Estudios en el Espíritu Santo, pág. 49. Citado con permiso de los editores, Fleming H. Revell Company.

9 En. cit., pág. 1481.

¹⁰ Un discurso acerca del Espíritu Santo, p. 79.

¹¹ La obra del Espíritu Santo, pág. 46.

¹² El Espíritu Santo o el poder de lo alto, vol. I, págs. 148-150.

¹³ The International Standard Bible Encyclopaedia, sv, Espíritu Santo, pág. 1407.

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 4

El Espíritu Santo en Relación con la Persona y Obra de Cristo

(Continuación del Número de octubre-diciembre de 1940)

Introducción.

Para el intérprete cuidadoso de las Escrituras, ninguna porción de la Palabra de Dios requiere una exégesis más cuidadosa que las narraciones del Evangelio. Combinando en su alcance los elementos de las tres dispensaciones, la Ley, la Gracia y el Reino, los problemas de interpretación se multiplican, pero los relatos son tan sencillos que un niño puede leerlos con provecho. Cristo vivió en los días de la puesta del sol de la ley mosaica. Sus provisiones habían gobernado a Israel durante mil quinientos años, más frecuentemente desobedecidas que obedecidas, igualmente malinterpretadas por el fariseo literal y el saduceo liberal. Había tenido la intención de ser un maestro de escuela para llevar a Israel a Cristo (**Gálatas 3:24**), pero sus alumnos no habían aprendido sus lecciones. Cristo vino a cumplir la ley, no solo en Su muerte en la cruz, sino en Su propia vida para demostrar una obediencia perfecta. Él fue “*hecho bajo la ley*” (**Gálatas 4:4**).

Repetidamente en sus mensajes, Cristo se refirió e interpretó la ley, corrigiendo las interpretaciones que habían abusado de ella y añadiendo nuevos conceptos de Dios y la verdad. Así como Cristo miró hacia atrás en ocasiones a la ley, así también Su mensaje profético anticipó la venida del glorioso reino. Enseña al pueblo los principios del reino, advierte del peligro de la exclusión, levanta un alto estandarte que traspasa las formas externas de la religión hasta los asuntos del corazón. Su mensaje mesiánico se presenta con toda la claridad y revelación que cabría esperar de sus labios. A medida que la creciente incredulidad de la gente indica su rechazo y acerca la sombra de la cruz, Cristo se volvió hacia la verdad sobre la era presente, el reino no en su manifestación externa, sino en su forma misteriosa. Se pospone el cumplimiento de la promesa de Dios a David, y pasa al primer plano el propósito no declarado de Dios de llamar de cada nación a una nueva compañía, compuesta tanto de judíos como de gentiles, independiente de todas Sus promesas a Israel, que tenga su propio vocación y destino.

Solo teniendo en cuenta que Cristo vivió en Su ministerio profético en las tres dispensaciones de la Ley, la Gracia y el Reino es posible hacer una exégesis precisa y provechosa de las narraciones evangélicas que contienen amplias referencias a los tres sistemas de verdad.

Aparte de la naturaleza intrincada de la verdad profética revelada por Cristo, Dios representa otro evento asombroso al encarnarse, asumir forma humana y vivir por un tiempo dentro de las limitaciones del marco humano. Culminando en la muerte y resurrección de Cristo, las páginas del Evangelio retratan la más magnífica revelación, tienen referencias a cada línea importante de la verdad y proporcionan un campo de estudio que ha sido explorado en lugar de minado por sus tesoros. No deja de tener sentido que el Antiguo Testamento anticipe y anhele tanto la venida del Mesías, y el Nuevo Testamento, después de Juan, mire hacia atrás a la obra de Cristo y se dé a la tarea de interpretar lo que Él hizo y lo que hizo. Él todavía está por hacer.

El período de tiempo que abarcan los Evangelios se encuentra en gran medida en la dispensación de la ley, al menos hasta la muerte de Cristo, y después de este evento de cumplimiento de la ley, comienza propiamente el período de transición. De interés primordial es la relación del Espíritu Santo con Cristo durante Su vida en la tierra. Poco de nuevo se encuentra en la relación del Espíritu Santo con los demás hombres.

El período de los Evangelios es de especial interés en el estudio de la doctrina del Espíritu Santo porque la obra del Espíritu es mesiánica en todas las dispensaciones en gran medida. En el Antiguo Testamento abunda la profecía sobre el tema del Mesías y de la obra del Espíritu Santo en relación con Él. Mucho de esto es en referencia al milenio, pero algo es más general.

Pasajes notables son **Isaías 11:2-3**, hablando del hecho de que el Espíritu reposaría sobre Cristo; **Isaías 42:1-4**, citado como cumplido en **Mateo 12:18-21**; e **Isaías 61:1-2** que Cristo afirmó se cumplió en Su persona y obra (**Lucas 4:17-21**). No sólo en relación con Su Persona, sino también en relación con los tiempos mesiánicos, el Espíritu Santo se revela para emprender por el hombre. Es claro que la obra del Espíritu Santo está inseparablemente relacionada con todo el propósito mesiánico (**Isaías 32:15ss; 44:3-5; Ezequiel 36:26ss; Zacarías 12:10**).

Como en el Antiguo Testamento, la obra del Espíritu Santo en relación con los hombres distintos de Cristo es individual y soberana durante todo el período de los Evangelios. Como en el Antiguo Testamento, algunos santos fueron llenos del Espíritu, pero este ministerio se limitó a unos pocos, solo se mencionan cuatro personas además de Cristo: Juan el Bautista (**Lucas 1:15**), Isabel (**Lucas 1:41**), Zacarías (**Lucas 1:67**), y Simeón (**Lucas 2:25**). Se predijo que el Espíritu les diría a los discípulos qué decir en la persecución (**Mateo 10:20; Marcos 13:11; Lucas 12:12**), y en **Juan 20:22**, aparentemente se dio una llenura temporal del Espíritu. para proveer para sus necesidades espirituales antes de Pentecostés, pero ninguno de estos pasajes hace referencia a la operación normal del Espíritu Santo antes de la muerte de Cristo. El asunto de mayor importancia en el estudio del Espíritu Santo en los Evangelios es la consideración de Su ministerio a Cristo, que se considerará aquí, y las predicciones de Su ministerio a través de esta era que serán objeto de discusión posterior.

I. La obra del Espíritu Santo en relación con el nacimiento de Cristo

Hay pocos actos sobrenaturales de Dios que presenten un misterio más inescrutable que el nacimiento de Cristo. Todos los elementos de lo milagroso están presentes, desafiando la razón del hombre y el curso normal de la naturaleza; pero mientras que otros milagros parecen estar fuera de armonía con la ley natural conocida, el nacimiento de Cristo parece requerir un cambio en la naturaleza de Dios mismo. Mientras que las dificultades no presentan ningún problema para la fe, la declaración de los factores que intervinieron en el nacimiento de Cristo y su significado son un problema muy serio para el teólogo. La doctrina del nacimiento virginal ha sido atacada vigorosamente debido a su importancia central para la fe cristiana, y ha sido defendida con la mejor erudición y sostenida por una gran cantidad de argumentos. Viniendo a las Escrituras con fe simple, construyendo sobre el fundamento de su inspiración e infalibilidad, el problema sigue siendo grande, no para explicar las Escrituras, sino para comprender y declarar en términos precisos lo que realmente ocurre. Si bien no se pueden responder todas las preguntas que puedan surgir, ciertas verdades se aclaran en las Escrituras.

1. El Espíritu Santo el Agente de la Concepción.

Las Escrituras dan un claro testimonio de la obra del Espíritu Santo que resultó en la concepción de Cristo. Mateo revela que María *“fue hallada encinta del Espíritu Santo”*, y cita al ángel: *“José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es : Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”* (**Mateo 1:18, 20, 21**). Lucas es aún más específico. *“Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por tanto, también lo santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios”* (**Lucas 1:35**).

Estos pasajes deberían establecer más allá de toda duda que Cristo no tuvo padre humano. La concepción de Cristo se remonta definitivamente al Espíritu Santo. Sin embargo, como en otras operaciones del Espíritu Santo, la Primera Persona y la Segunda Persona están vitalmente relacionadas con Su obra. Según **Hebreos 10:5**, citando vagamente el **Salmo 40:6**, Cristo dijo: *"Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo"*. La preparación del cuerpo de Cristo parece estar relacionada con una obra del Padre. **Hebreos 2:14**, igualmente, parece indicar que Cristo tomó carne y sangre por un acto de su propia voluntad. Es claro que esa vida que se unió a la humanidad de Cristo no era otra que la Segunda Persona que existía desde la eternidad. El misterio inescrutable puede afirmarse, pues, que Cristo fue engendrado por el Espíritu Santo, la vida que se unió a la humanidad fue la de la Segunda Persona, y la Primera Persona se convirtió en el Padre de la humanidad de Cristo. Debe notarse que las Escrituras nunca se refieren al Espíritu Santo como el Padre de Cristo.

2. María la Madre de Cristo.

Las Escrituras consideradas son inequívocas al rastrear el origen de la humanidad de Cristo hasta el nacimiento normal de María, la esposa de José. Mientras que la concepción fue sobrenatural, el nacimiento de Cristo parece seguir el patrón natural. Las profecías del Antiguo Testamento son explícitas en que el Mesías debe nacer de una mujer, una virgen, y se dice que María las cumple profecías (**Génesis 3:15; Isaías 7:14; Mateo 1:18, 20, 21, 22, 23; 2:11, 13, 20, 21; 12:48; 13:55; Marcos 3:31; 6: 3; Lucas 1:35, 43; 2:5-7, 16, 34, 48, 51; 8:19, 20; Juan 19:25, 26, 27; Hechos 1:14; Gálatas 4:4**). La evidencia de la maternidad de María es tan abundante que no se han hecho intentos serios de negarla, ni siquiera por parte de los estudiosos liberales, aunque la herejía de Corinto negaba que la concepción fuera milagrosa y sostenía que Jesús estuvo poseído solo por un tiempo con un espíritu celestial,¹ y los docéticos sostenían que su cuerpo era irreal.

3. La Naturaleza de la Concepción de Cristo.

Una investigación sobre la naturaleza de la concepción de Cristo tiene su principal dificultad en resolver el problema del origen de la humanidad de Cristo. Está claro que Cristo nació de María, pero ciertas características de Su Persona son bastante distintas de la raza humana. El problema de que la deidad se vuelva parte de la humanidad es un gran milagro, pero el origen de una humanidad sin pecado es un problema de primera magnitud. Se podrían hacer muchas preguntas. ¿La humanidad de Cristo procede sólo de María? ¿Fue la humanidad un producto de la generación o de la creación? ¿Por qué la imputación del pecado sobre toda la raza humana aparentemente no operaba en la vida de Cristo? ¿Fue su naturaleza humana sin pecado o simplemente santificada? Tales preguntas surgen naturalmente en el curso del estudio de la concepción de Cristo. En gran medida estamos cerrados a la razón, sin revelación explícita, pero en la medida en que se puede encontrar una solución, se proporciona una defensa de la concepción de Cristo de errores graves. Un examen adecuado de este campo de la verdad obviaría doctrinas como la de la inmaculada concepción de María y las herejías en la declaración de la unión hipostática. y los atributos conocidos de Dios. La verdad probablemente es que la concepción de Cristo es tanto generación como creación, generación en el sentido de que Él nació de una mujer que concibió por obra del Espíritu Santo, creación en el sentido de que un Segundo Adán fue el producto, un miembro de la raza. y, sin embargo, el Jefe Federal de una nueva raza. Por analogía, Abraham fue a la vez gentil y el primero de los padres israelitas. Cristo era a la vez miembro de la raza y Cabeza de un nuevo pueblo.

Owen presenta el argumento de que la concepción de Cristo se puede considerar como creación con más precisión que como generación: *"Este acto del Espíritu fue un acto de creación; no como el primer acto creador, que produjo de la nada la materia de todas las cosas; pero como aquellos actos posteriores de creación, por los cuales, de la materia ya preparada, se hicieron cosas que no eran antes, y para las cuales no tenían disposición activa ni concurrencia en ellas. Así fue formado el hombre del polvo de la tierra, y la mujer de una costilla tomada del hombre. Así al formar el cuerpo de Cristo; aunque fue efectuado por un acto de infinito poder creador, sin embargo, fue hecho de la sustancia de la bendita Virgen."*³ Dörner parece tener la misma opinión: *"Y el alma misma no es dada por María ni por la raza, sino por un acto creativo divino."*⁴ El punto de vista de Owen y Dörner, que incluye la conexión necesaria con la raza, presenta menos dificultades que el otro punto de vista. Los que sostienen la visión traducida del

origen del alma generalmente evitan el uso de la palabra creación en relación con la humanidad de Cristo, pero esto no es necesario en absoluto. El método natural usado en la carrera podría ser traducían, mientras que el método sobrenatural usado en Cristo podría compararse con la creación. Si la palabra creación se usa con respecto a Cristo, debe limitarse severamente como lo hace Owen para evitar cualquier pensamiento de creación ex nihilo. Participa de la idea tanto de creación como de generación.

¿Era la humanidad de Cristo sin pecado o simplemente santificada? Una de las principales dificultades para evitar la idea de la creación de la humanidad de Cristo es que uno se enfrenta al problema de producir a través de un medio pecaminoso un niño santo. Todos los que aceptan las Escrituras admiten el hecho de que el hijo nacido de María no tiene pecado. ¿Cómo puede María, que participó del pecado de Adán, convertirse en madre de un niño santo y sin pecado? Si la humanidad es objeto de un acto calificado de creativo, el problema se alivia mucho, pero si la humanidad se transmite en el acto de la concepción, habrá que encontrar alguna explicación. La respuesta de Shedd es que la humanidad es santificada antes de unirse a la deidad: *“La naturaleza humana asumida en unión con el Logos fue santificada milagrosamente, para quedar perfecta y sin pecado”* señalar que Cristo es santo y sin pecado. Shedd concluye: *“Con estas declaraciones de los símbolos, los teólogos están de acuerdo. Afirman la pecaminosidad de la Virgen María, la consiguiente pecaminosidad de la naturaleza humana tal como fue transmitida por ella, y la necesidad de ser redimida y santificada, a fin de estar preparada para una unión personal con el Logos.”*⁶ Lo que Shedd aparentemente pasa por alto es la tremenda diferencia entre ser santificado y ser santo. Cada santo en el cielo es santificado y libre de todo pecado, y como tal es una señal de la gracia de Dios por la eternidad. El caso sería muy diferente, sin embargo, si se pudiera encontrar algún santo que nunca hubiera conocido el pecado. De Cristo, sin embargo, se dice específicamente que *“no conoció pecado” (2 Corintios 5:21)*. Uno debe elegir, entonces, entre la opinión de que la humanidad de Cristo llegó a existir de manera creativa y la opinión de que fue transmitida en su estado pecaminoso natural y santificada antes de unirse a la deidad.

Agustín, quien avanzó y apoyó la idea del traducianismo con respecto a la raza como un todo, resume el dilema en estas palabras: *“Si el alma de Cristo se deriva del alma de Adán, él, al asumirla, la limpió para que cuando vino a este mundo nació de la Virgen perfectamente libre de pecado actual o transmitido. Sin embargo, si las almas de los hombres no se derivan de esa única alma, y es sólo por la carne que el pecado original se transmite de Adán, el Hijo de Dios creó un alma para sí mismo, como crea almas para todos los demás hombres, pero no lo unió a la carne de pecado, sino a la 'semejanza de carne de pecado', Romanos 8:3.”*⁷

Hay un sentido, sin embargo, en el que ambos puntos de vista demandan santificación. Owen, que insiste en la idea creativa, también afirma la idea de la santificación: *“La naturaleza humana de Cristo, siendo así formada milagrosamente, fue santificada desde el instante de su concepción, y llena de gracia según su capacidad. No siendo engendrado por generación natural, no deseó ninguna mancha del pecado original de Adán; era detestable sin ningún cargo de pecado, pero era absolutamente inocente y sin mancha, como lo fue Adán en el día en que fue creado”.*⁸ Owen, sin embargo, usa el pensamiento de santificación en un sentido diferente al de Shedd. Para Owen, la santificación es simplemente apartar para un uso santo con una dotación positiva de gracia, mientras que Shedd incluye en la idea la idea de limpiarse de la contaminación.

La pregunta de si la humanidad de Cristo fue sin pecado o simplemente santificada debe responderse con la afirmación positiva de que siempre fue sin pecado, a menos que se niegue el origen creativo de la humanidad de Cristo.

¿Fue el pecado de Adán imputado a Cristo? La doctrina de la imputación, aunque no es un tema de estudio popular entre los cristianos en general, se encuentra en el corazón de todo el programa de salvación. La Epístola a los Romanos tiene como tema central la doctrina de la imputación. Cuando Cristo murió en la cruz, todo pecado le fue imputado, con el resultado de que toda la justicia de Dios puede ser imputada al creyente en Cristo. Mientras que la imputación del pecado de Adán a Cristo en la cruz es comúnmente aceptada, ¿qué se puede decir de la imputación del pecado a Cristo en Su concepción? Un estudio de **Romanos 5:12-21** revelará que toda la raza está bajo la condenación de Adán en el sentido de que el pecado de Adán, aunque experimentalmente no es de ellos, por imputación se convierte en la carga de su simiente. Completamente aparte de la naturaleza pecaminosa del hombre que puede ser transmitida mediatamente, la imputación del pecado es inmediata.⁹ Si el problema de la transmisión mediata de una naturaleza pecaminosa a Cristo

puede resolverse aceptando la teoría de la creación como la define Owen, el problema de imputación permanece. Está claro en las Escrituras que el pecado de Adán no fue imputado a Cristo hasta la cruz. ¿Cómo se puede explicar esto?

Los escritores teológicos han prestado muy poca atención a este tema, y esto no sin razón. Las Escrituras aclaran que el pecado de Adán no fue imputado a Cristo hasta la cruz, pero no explican por qué. Si bien el problema no se puede resolver finalmente, se pueden hacer ciertas observaciones. Primero, está en la naturaleza de la imputación que está relacionada con el juicio más que con la experiencia. La imputación tiene en vista nuestra posición ante Dios como nuestro Juez. La imputación en sí misma no influye en los hombres a pecar ni tiene ningún efecto real sobre la voluntad o la experiencia del hombre, aunque puede resultar en una diferencia en las bendiciones divinas. Así, en el caso de Cristo, la imputación del pecado no se convierte en un problema hasta que Cristo toma nuestro lugar de juicio en la cruz. Entonces la imputación se convierte en una realidad.

Segundo, en la naturaleza de Su posición como el Segundo Adán, Cristo era la Cabeza de un nuevo pueblo. Si bien fue necesario para el propósito de la encarnación que Cristo se volviera verdaderamente humano, no fue necesario en Su concepción participar del pecado de Adán. La imputación del pecado a Cristo al nacer es contraria al propósito evidente de Dios y no está en armonía con el programa de Su vida y ministerio antes de la cruz. Nunca se dice que Cristo esté en Adán, mientras que todos los demás al nacer son considerados así en las Escrituras. Estar en Cristo es cortar nuestra conexión con Adán. Las dos ideas y las dos posiciones están en polos opuestos.

Tercero, era esencial para el propósito redentor que el Salvador pudiera salvar y estuviera dispuesto a salvar. Todos los que están en Adán no cumplen con ninguna de estas condiciones. Si el pecado hubiera sido imputado a Cristo en Su concepción, no sólo habría hecho imposible la unión de Dios y el hombre, sino que habría hecho imposible Su sacrificio sustitutivo. Él, por lo tanto, estaría muriendo por Sus propios pecados justamente Suyos debido a la imputación, en lugar de morir voluntariamente como Aquel sin pecado que voluntariamente tomó sobre Sí mismo el juicio del pecado. Puede concluirse, por tanto, que la imputación del pecado de Adán a Cristo no tuvo lugar en la concepción y que esto está en armonía con todo lo que sabemos de Cristo.

4. Conclusión.

Más importantes desde un punto de vista práctico que la indagación sobre la naturaleza de la concepción de Cristo son las conclusiones relativas a la naturaleza de su humanidad. Aquí no tratamos con especulación sino con revelación, y las conclusiones alcanzadas son de gran importancia para determinar la doctrina de Su Persona. Si bien no es posible discutir los entresijos de la doctrina de la unión hipostática, se puede dirigir la atención a la humanidad de Cristo, resultante de la obra del Espíritu Santo, esa humanidad que se unió inseparablemente sin confusión ni pérdida de su verdadera humanidad. a la Segunda Persona de la Trinidad.

(1) **Los Elementos de la Humanidad de Cristo.** Las Escrituras aclaran que la humanidad de Cristo incluía todos los elementos esenciales. Cristo poseía un cuerpo verdadero, compuesto de carne y sangre y todas las funciones humanas normales (**Hebreos 2:14**). Los factores inmateriales del alma (**Mateo 26:38; Marcos 14:34; Juan 12:27; Hechos 2:27**) y espíritu (**Marcos 2:8; 8:12; Lucas 23:46; Juan 11:33; 13: 21**) están incluidos en su humanidad. Se puede conceder que algunas de las características de Su cuerpo fueron temporales y fueron abandonadas después de Su muerte en la gloria de Su resurrección, pero este argumento no tiene nada que ver con la validez y la integridad de Su humanidad. Sólo las características del cuerpo estaban sujetas a cambio, y esto también siguió el patrón de toda carne en que Cristo murió y en la resurrección recibió un cuerpo espiritual, el patrón de aquellos que resucitarán en Él. Las Escrituras aclaran, entonces, que Cristo no tomó para Sí mismo en la encarnación un cuerpo humano en el que habitara la deidad, sino que tomó para Sí mismo una naturaleza y un cuerpo humano. Él no poseía simplemente un cuerpo humano, sino que poseía una naturaleza humana. Sin embargo, en la encarnación, Cristo no tomó posesión de una persona humana, de lo contrario habría tenido doble personalidad. Como dice Charles Hodges, *“El Hijo de Dios no se unió a sí mismo con una persona humana, sino con una naturaleza humana. La prueba de esto es que Cristo es una sola persona.”*¹⁰ Se puede concluir que las Escrituras exigen que la humanidad de Cristo sea completa, y cualquier otro punto de vista es una seria desviación de la verdad revelada.

(2) **La naturaleza humana fue sin pecado.** En contraste con todos los demás seres humanos, Cristo no tenía pecado tanto en Su ser inmaterial como en Su ser material. Esto era esencial para la unión hipostática, ya que es inconcebible que la deidad pudiera unirse con la humanidad en una Persona si esto implicara el pecado. Si bien los atributos de la naturaleza divina no se transfieren a la naturaleza humana y los atributos de la naturaleza humana nunca se transfieren a la naturaleza divina, los atributos de cualquier naturaleza pueden atribuirse a la Persona de Cristo. Por lo tanto, si la naturaleza humana fuera pecaminosa, la Persona de Cristo tendría esta característica. Es esencial para toda doctrina importante que la Persona de Cristo sea sin pecado y de esto las Escrituras dan abundante testimonio (**Isaías 53:9; Juan 8:46; 2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 7:26; 1 Pedro 1:19; 2:22; 1 Juan 3:5**). La impecabilidad de la naturaleza humana es el resultado de la obra del Espíritu Santo en la concepción, como hemos visto, siendo la humanidad guardada de t

(3) **La naturaleza humana participó de limitaciones inmorales.** Mientras estaba protegida de toda mancha de pecado, la naturaleza humana de Cristo participó de las limitaciones propias de la humanidad. Esto implicaba por parte de la naturaleza humana que era tentable y pecable, aunque la Persona de Cristo era impecable. La naturaleza humana carecía de omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia e infinitud que, por supuesto, caracterizaban a la naturaleza divina. El cuerpo de Cristo tenía todos los sentimientos y emociones normales que son naturales en la humanidad excepto aquellos que surgen en una naturaleza pecaminosa. A Su humanidad no le faltaba nada que le fuera esencial, y nada se añadía a Su humanidad que fuera inusual, aparte de la naturaleza divina misma. La naturaleza humana de Cristo era muy similar a la de Adán antes de la caída, encontrándose la gran diferencia en su unión con la naturaleza divina.

(4) **Cristo era de la simiente de David.** Si bien el nacimiento y la concepción de Cristo involucraron muchos factores inusuales, y aunque no entendemos cómo se produjeron todos estos elementos, el hecho es claro que Cristo nació de la simiente de David como el verdadero hijo de María. Suyo era el linaje de David en cuanto a Su humanidad, y probablemente las características raciales de Israel eran evidentes en el cuerpo de Cristo aparte del pecado. Cristo nunca fue acusado de no ser un verdadero israelita en lo que respecta a su raza. Es esencial para todo el propósito de Dios en el cumplimiento de sus promesas a David que Cristo debe ser de su simiente. De esto depende el cumplimiento de las profecías relacionadas con el reino milenial y el propósito de Dios relativo a la tierra. El punto de vista de que la humanidad de Cristo se efectuó creativamente no excluye este aspecto, sino que incluye todas las características naturales relacionadas con su concepción y nacimiento.

(5) **El registro de las Escrituras no satisface en todos los aspectos la curiosidad natural de una mente inquisitiva sobre los diversos factores de la concepción y nacimiento de Cristo.** Sin embargo, se revela lo suficiente para satisfacer tanto la fe como la razón. Por inescrutable que sea el proceso, se revela claramente que el nacimiento de Cristo fue el resultado de la concepción producida por el Espíritu Santo, y a su debido tiempo nació Cristo, la eterna Segunda Persona unida para siempre a una humanidad completa y sin pecado, proporcionando en Su nacimiento la provisión de Dios para revelación y salvación.

II. La Obra del Espíritu Santo en Cristo como Niño

Con respecto al período de la vida de Cristo desde Su nacimiento hasta el comienzo de Su ministerio público, se sabe comparativamente poco, solo se revelan los eventos que rodearon Su nacimiento y el incidente en el templo a la edad de doce años. La relación del Espíritu Santo con Cristo durante este período no es objeto de una revelación extensa, pero de lo que se sabe se puede llegar a varias conclusiones importantes.

1. Cristo Lleno del Espíritu Santo desde el Momento de la Concepción.

En las predicciones del Antiguo Testamento sobre Cristo, se revela expresamente que Cristo debería tener la plenitud del Espíritu Santo. Pasajes como **Isaías 11:2-3, 42:1-4** y **Isaías 61:1-2** son explícitos. Los Evangelios hablan con frecuencia del cumplimiento de estos pasajes, y particularmente después de Su bautismo revelan a Cristo lleno del Espíritu Santo (**Lucas 4:1**). Si bien no es posible producir

evidencia más allá de toda duda, es una cuestión de inferencia razonable que Cristo fue lleno del Espíritu Santo desde el mismo momento de la concepción. Se presentan varias razones para sostener esta opinión.

(1) **De la doctrina de la Trinidad, se puede inferir que las Personas de la Trinidad son inseparables.** Por eso, la Persona de Cristo, aun estando en el seno de la Virgen María, fue asistida y llenada por el Padre y el Espíritu Santo.

(2) **En el caso de Juan el Bautista, se revela que fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre** (Lucas 1:15). Si esta bendición acompaña al nacimiento del precursor de Cristo, es inconcebible que la bienaventuranza de Cristo mismo sea menor en grado.

(3) **Según Juan 3:34, el Espíritu Santo no es dado a Cristo por medida, siendo Su ministerio a Cristo y Su presencia abundante en cada detalle.** Como el verbo está en tiempo presente, indicaría que este es característico y continuo.

(4) **No se puede encontrar una sola razón por la que el Espíritu Santo no haya llenado a Cristo desde el momento de la concepción.** Como la Persona de Cristo fue siempre santa y sin pecado, nada obstaculizó el pleno ministerio del Espíritu. Siendo los propósitos de Dios tan grandes en Cristo, y la llenura del Espíritu Santo tan evidentemente de acuerdo con Su Persona, se puede llegar a la conclusión razonable de que Cristo siempre poseyó la plenitud del Espíritu Santo. permanecen inmutables, la naturaleza humana está sujeta a cambios como lo atestiguan las Escrituras.

(5) **La humanidad de Cristo sujeta al crecimiento físico.** Sin posibilidad de discusión, las Escrituras aclaran que Cristo en Su desarrollo físico siguió el patrón general de toda carne. Era un bebé normal cuando nació, y durante los años siguientes se convirtió físicamente en un hombre. Esto se declara expresamente en **Lucas 2:40, 52**, donde aprendemos que “crecía” y “crecía en sabiduría y en estatura”. Sin apartarse de los aspectos y características naturales del crecimiento físico, es enteramente posible que el cuerpo de Cristo, estando libre de pecado, se desarrollara más rápidamente y manifestara una perfección corporal que no podría ser verdadera en los hombres pecadores. En contraste con la imagen que a menudo se dibuja de Cristo, Su cuerpo probablemente era inusualmente fuerte y elegante, desprovisto de los efectos hereditarios del pecado como se manifestó en la raza. El relato de Cristo en el templo a la edad de doce años, aunque se refiere principalmente a sus facultades mentales, indica que se desarrolló más allá de su edad en todos los sentidos. Si bien la omnisciencia de la deidad estuvo presente entonces, como siempre, no está claro que Sus atributos divinos se manifesten en este caso.

(6) **La naturaleza humana de Cristo sujeta al aumento de sabiduría.** Si bien siempre será un misterio inescrutable cómo en una Persona se puede decir que Cristo es al mismo tiempo ignorante y omnisciente, débil y omnipotente, estos aparentes las contradicciones se disuelven cuando las características se remontan a sus respectivas naturalezas, humana y divina. Sin desmerecer ninguno de los atributos de la naturaleza divina, se puede decir de la naturaleza humana que era capaz de crecer en conocimiento y habilidad mental. Esto se afirma expresamente en **Lucas 2:40, 52**, donde se dice que Cristo está “lleno de sabiduría” y que ha “crecido en sabiduría”. Cristo mismo se refirió a las limitaciones de la sabiduría en su naturaleza humana (**Mateo 24:36; Marcos 13:32; Juan 14:10**). ¿Cómo puede definirse este proceso de aumento de sabiduría con su factor concomitante de falta de conocimiento?

Está claro en el primer análisis que la naturaleza humana no es omnisciente. Por muy sabios que hayan sido sus propios poderes mentales, sin la ayuda de la deidad, carecía del atributo de omnisciencia, que es una cualidad que solo Dios posee. La naturaleza humana de Cristo fue sin duda el asiento de la mente humana más brillante jamás encontrada en el mundo. Cualquier falta de conocimiento que se pueda encontrar en él es igualmente evidente en cualquier otra mente humana aparte de la revelación. Las limitaciones de la humanidad deben reconocerse, pero no exagerarse. Es evidente que el ministerio del Espíritu Santo a la humanidad de Cristo suministró el conocimiento de todos los hechos necesarios para el deber, para evitar el pecado o para hacer la voluntad de Dios. La falta de conocimiento consistió en algunos casos en la contraposición de la teoría a la experiencia. Por lo tanto, Cristo aprendió la obediencia por medio del sufrimiento (**Hebreos 5:8**), y la naturaleza de la prueba y la tentación fue experimentada por contacto real (**Hebreos 2:18**). En todo, Cristo alcanzó una perfección en el desarrollo a través de sus experiencias (**Hebreos 2:10**). Todos estos

elementos aplicados únicamente a la naturaleza humana ya través de la naturaleza humana llegan a ser las propiedades de la Persona de Cristo.

III. El Espíritu Santo en Relación al Bautismo de Cristo

El bautismo de Cristo por Juan ha sido tema de considerable discusión. Todos están de acuerdo en que el incidente fue la inducción de Cristo a su ministerio mesiánico propiamente dicho, aunque la interpretación del significado del bautismo en el caso de Cristo varía. Todos los Evangelios registran que Cristo fue bautizado por Juan y que en esa ocasión el Espíritu Santo descendió del cielo en forma de paloma y se posó en Cristo. ¿Cuál es el significado de este ministerio único del Espíritu Santo?

1. No es el comienzo del ministerio del Espíritu Santo a Cristo.

Ya se ha demostrado que Cristo fue lleno del Espíritu Santo desde el momento de la concepción. La venida del Espíritu Santo en forma de paloma no debe interpretarse, pues, como el comienzo del ministerio del Espíritu Santo a Cristo.

2. Una Nueva Fase del Ministerio del Espíritu Santo.

La llenura del Espíritu Santo normalmente se asocia con alguna manifestación externa, pero no siempre es así necesariamente. Durante los años de preparación, Cristo estuvo en relativa oscuridad, aunque lleno del Espíritu Santo. El descenso del Espíritu Santo sobre Cristo en Su bautismo no produce ningún cambio esencial en Su relación, pero sí marca el comienzo de una nueva fase de Su ministerio. De ahora en adelante, el Espíritu Santo efectuará las señales externas del Mesianismo, siendo los milagros y el ministerio profético de Cristo su mayor evidencia. Así como la venida del Espíritu en forma de paloma fue visible y exterior, así el ministerio del Espíritu sería visible y exterior a partir de ese momento. Un observador a partir de ese momento podía ver el ministerio pleno del Espíritu en la vida y obra de Cristo.

3. Una Declaración Renovada de la Unidad de la Trinidad.

El bautismo de Cristo fue la ocasión para una notable ilustración de la doctrina de la Trinidad. Después de que Cristo fue bautizado, el Padre habló desde el cielo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (**Mateo 3:17**). El Espíritu Santo descendía en forma de paloma, y Cristo subía del Jordán. No podría desearse mejor ejemplo de revelación de la Trinidad. Al mismo tiempo, sin embargo, la ocasión era propicia para la declaración de unidad. Se proclama a Cristo como el Hijo de Dios, y se declara que el Espíritu Santo reside permanentemente en Cristo. Si bien se revelan Tres Personas, está claro que hay Un Dios.

IV. El Espíritu Santo en Relación con el Oficio Profético de Cristo

Cristo durante su vida terrenal vivió y enseñó como profeta. Su oficio fue atestiguado por milagros, y Sus enseñanzas inusuales llevaron a muchos a reconocer Su don profético. En la esfera de limitación que Cristo asumió voluntariamente en la encarnación, dependía del Espíritu Santo para el ejercicio de su oficio profético. Esta conclusión está sostenida por un examen de las propias enseñanzas de Cristo.

1. El Espíritu Santo la Fuente Normal del Don Profético.

La obra del Espíritu Santo en la revelación en el Antiguo Testamento ya ha sido considerada extensamente. El Nuevo Testamento es igualmente explícito al referir la obra de revelar la verdad al Espíritu Santo. Cristo, en particular, dio una enseñanza extensa sobre el tema. Les dijo a Sus discípulos que cuando fueran llevados ante los gobernantes en juicio por predicar el evangelio, el Espíritu Santo les daría lo que debían hablar (**Mateo 10:20; Marcos 13:11; Lucas 12:12**). Con respecto

a la necesidad de los apóstoles de revelación espiritual, Cristo prometió que recibirían la enseñanza del Espíritu Santo que les permitiría dar su mensaje profético (**Juan 16:13-14**). Las epístolas frecuentemente aluden a la misma verdad. Por lo tanto, es una operación normal del Espíritu Santo sostener el don profético.

2. Cristo Ungido del Espíritu Santo para Predicar.

Al menos dos referencias apuntan a la obra especial del Espíritu Santo en relación con el oficio profético de Cristo. Según **Mateo 12:18-21**, Cristo proclamó el cumplimiento de la profecía de Isaías (**Isaías 42:1-4**) de que el Mesías tendría el Espíritu sobre Él en Su obra profética. Aún más explícitas son las palabras de Cristo en la sinagoga de Nazaret donde citó **Isaías 61:1-2** y dijo: “Hoy se cumple esta Escritura en vuestros oídos” (**Lucas 4:21**). La unción del Espíritu Santo en preparación para Su ministerio de predicación como lo profetizó Isaías se cumple en Cristo. Si bien en la Persona de Cristo residían todos los atributos de la deidad, en las limitaciones de Su caminar terrenal, Cristo eligió depender del Espíritu Santo para el ejercicio de Su don profético. Por el Espíritu fue “ungido” para predicar, y su oficio profético es sostenido por el ministerio constante del Espíritu Santo. realizado por el poder del Espíritu se concede. Cabe señalar que **Lucas 4:14**, que precede al pasaje, revela que Jesús había regresado de su tentación “en el poder del Espíritu a Galilea”. El despliegue del poder divino en varias formas aparentemente resultó de la obra del Espíritu Santo en Su nombre.

3. ¿Cristo realizó milagros con su propio poder?

De las Escrituras consideradas es evidente que al menos algunos milagros de Cristo fueron realizados por el poder del Espíritu Santo. A menudo surge la pregunta de si algunos de los milagros de Cristo se realizaron en el poder de su naturaleza divina. La encarnación y la autolimitación que esto implicó no despojaron a Cristo de un solo atributo; solo negó su uso independiente donde esto entraría en conflicto con Su propósito de vivir entre los hombres como un hombre. Incluso en las limitaciones de la carne, antes de la cruz, Cristo poseía la omnipotencia. Al efectuar los milagros, ¿el poder era el de la Segunda Persona o el de la Tercera Persona? La misma pregunta podría plantearse en algunas de las otras obras de Cristo, como Su obra como Profeta.

Hay que admitir que el problema está más allá de la solución final. Sin embargo, hay algunos casos claros en las Escrituras que parecerían apuntar a la conclusión de que el poder de la Segunda Persona no era del todo inoperante y podía usarse a voluntad. Parecería que Cristo eligió hacer milagros en el poder del Espíritu en lugar de que no tuviera otra alternativa.

Frecuentemente en referencia a los milagros de Cristo se usa la palabra poder (δύναμις) (**Marcos 5:30; Lucas 5:17; 6:19; 8:46**). A menudo se dice que el poder en cuestión procede de Cristo. En relación con la curación de la mujer que tocó a Cristo en la multitud, Cristo percibió que “había salido de él” poder (**Marcos 5:30; Lucas 8:46**). Nuevamente en **Lucas 5:17**, el poder para efectuar la curación se refiere a Cristo mismo: “El poder del Señor estaba presente para sanarlos”. Según **Lucas 6:19**, el poder salió de Cristo al realizar los milagros de sanidad. Del lenguaje de estos pasajes, se podría llegar a la conclusión de que Cristo actuó en Su propio poder. No se puede llegar a la solución final del problema excepto afirmar que Cristo realizó sus milagros en el poder del Espíritu, y que Él podría, si lo deseaba y probablemente ejerció los suyos propios poderes también. En la unidad de voluntad y acción de la Trinidad, se debe esperar la cooperación de la Segunda y la Tercera Persona para hacer obras poderosas.

VI. El Espíritu Santo en relación con los sufrimientos de Cristo

Los sufrimientos de Cristo son un tema inagotable de meditación y estudio. De ellos fluyen muchas verdades preciosas y doctrinas fundamentales. Rara vez se menciona la relación del Espíritu Santo con estos, aunque se admite que el Espíritu Santo tiene un ministerio importante para los cristianos en sus tiempos de sufrimiento. Por todo lo que sabemos del Espíritu Santo y Su relación con Cristo, parecería más natural que Cristo fuera sostenido por Él en Sus sufrimientos. Como se revela en las Escrituras, aunque hay pocos pasajes, es claro que el Espíritu Santo tuvo este ministerio.

1. La Relación del Espíritu Santo con los Sufrimientos de Cristo en Vida.

Cumpliendo la profecía de Isaías, Cristo en la tierra fue “*varón de dolores, experimentado en quebranto*” (**Isaías 53:3**). Fue el ministerio del Espíritu Santo sostenerlo y fortalecerlo. En relación con la tentación de Cristo, notamos que Marcos registra que Él fue llevado por el Espíritu al desierto: “*Y luego el Espíritu le llevó al desierto*” (**Marcos 1:12**). Mientras estuvo en el desierto, los ángeles fueron sus ministros, pero inmediatamente después de esta prueba, Lucas registra que Cristo “*volvió en el poder del Espíritu a Galilea*” (**Lucas 4:14**). Si bien no hay declaraciones directas, sería razonable suponer que el Espíritu Santo le ministró durante este tiempo de sufrimiento y prueba.

Una doble inferencia ayuda a establecer este hecho. Primero, de la unidad de la Trinidad, se debe concluir que su relación involucra el sustento mutuo. Si bien este concepto apenas es necesario cuando las Tres Personas son libres de ejercer la omnipotencia, cuando la Segunda Persona se niega a Sí misma el uso de algunos de Sus atributos por un tiempo, sería apropiado que las otras Personas Le sirvieran.

Se puede extraer una segunda inferencia del abundante ministerio del Consolador para los cristianos mientras están en este mundo. El Espíritu Santo está siempre listo para fortalecer y consolar al santo en apuros (**Juan 14:26; 15:26**) y enseñarles la verdad de Dios.

Se puede concluir que el Espíritu Santo ministró continuamente a Cristo. Como escribe Owen: “Él fue dirigido, fortalecido y consolado en toda su carrera, en todas sus tentaciones, problemas y sufrimientos desde el primero hasta el último; porque hubo una confluencia de ellos sobre él en todo su camino y obra; gran parte de su humillación por nosotros consiste en estas cosas. Esto le prometió Dios, y esto lo esperaba, **Isaías 1:7, 8; 42:4, 6; 49:5, 8.**”¹¹

2. La relación del Espíritu Santo con los sufrimientos de Cristo en la muerte.

Según Hebreos 9:14, Cristo se ofreció a sí mismo a Dios en la muerte por el Espíritu Santo: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestra conciencia de obras muertas para servir a la ¿Dios viviente?” Ha habido oposición, por supuesto, a esta interpretación, Westcott, por ejemplo, argumentando que la ausencia del artículo antes of πνεύματος indica que la referencia es al Espíritu de Cristo.¹² Otros han tomado la posición de referirse al Espíritu Santo. . HCG Moule, por ejemplo, no está de acuerdo con Westcott,¹³ y George Smeaton escribe claramente: “*La expresión: 'el Espíritu eterno', solo puede significar el Espíritu Santo según la aceptación habitual del término, no la naturaleza divina de Cristo, como muchos expositores lo han entendido.*”¹⁴ Mientras que en el último análisis el griego probablemente admitiría cualquiera de las interpretaciones, el asunto debe resolverse sobre bases teológicas. La pregunta es si Cristo ofreció toda Su Persona como sacrificio, o si simplemente la naturaleza humana fue el sacrificio. Como dice Smeaton: “*Es inadmisibles explicar el texto como si describiera la naturaleza divina como sacerdote y la naturaleza humana como el sacrificio. La PERSONA ENTERA es sacerdote y víctima; porque todo lo hecho por cualquier naturaleza pertenece a la Persona: EL MISMO se ofreció, dice el apóstol.*”¹⁵

Si la referencia al Espíritu es una referencia al Espíritu Santo, ¿en qué sentido Cristo se ofreció a sí mismo a Dios por medio del Espíritu Santo? ¿Espíritu? El contexto no nos da ninguna luz específica sobre el tema, pero el contenido general de las Escrituras apunta a la inclusión de todo el ministerio del Espíritu Santo a Cristo como antecedente de Su acto al morir. Se da a entender que todo el proceso de la encarnación que condujo a la cruz estuvo relacionado con la obra del Espíritu Santo. Así como Cristo fue sostenido en la vida, así también en la muerte el Espíritu Santo sostuvo a Cristo. En las horas difíciles de Getsemaní y en todos los momentos decisivos que condujeron a la cruz, el Espíritu Santo ministró fielmente a Cristo.

Mientras estaba en la cruz, Cristo, en cumplimiento del **Salmo 22:1**, clamó: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (**Mateo 27:46**). Es posible que hubo un cese del ministerio del Espíritu durante este período sin alterar el hecho de que Cristo se ofreció a sí mismo por el Espíritu a Dios. Mientras que el Espíritu Santo podía socorrer a Cristo en la toma de Su decisión y en el cumplimiento del

propósito eterno de Dios al tomar el camino que conducía a la cruz, solo Cristo podía llevar la carga del pecado. En esto el Espíritu Santo no pudo aprovechar.

La obra del Espíritu Santo en relación con los sufrimientos de Cristo en la cruz consistió, pues, en sostener la naturaleza humana en su amor a Dios, en la sumisión a la voluntad de Dios y en la obediencia a sus mandamientos, y en animar y fortalecer a Cristo en el camino del deber que condujo a la cruz. En ella todo el ministerio fue para la naturaleza humana, ya través de ella para la Persona de Cristo. La mente inquisitiva siempre debe confesar que la verdad es infinita y está más allá de nuestra completa comprensión.

VIII. El Espíritu Santo en Relación a la Resurrección y Glorificación de Cristo

Se podría esperar que el Espíritu Santo que había sostenido a Cristo durante el período de su humillación también tuviera parte en su glorificación. Las Escrituras revelan que tal es el caso. Particularmente en el acto de la resurrección, el Espíritu Santo se comprometió por Cristo.

1. El Espíritu Santo en Relación a la Resurrección de Cristo.

Las Escrituras frecuentemente refieren la resurrección de Cristo a Dios sin distinción de Personas. En **Hechos 2:24**, por ejemplo, Pedro en referencia a Cristo dijo: “A quien Dios ha levantado”. Cristo antes de Su muerte había revelado Su propio poder en la resurrección. A Marta le había dicho: “*Yo soy la resurrección y la vida*” (**Juan 11:25**). En **Juan 10:17-18** Cristo anunció: “*Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la doy. Tengo poder para ponerlo, y tengo poder para volverlo a tomar*”. De la misma manera se revela que el Padre resucitó a Cristo de entre los muertos (**Efesios 1:17, 20**).

En cooperación con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo tomó Su parte en la resurrección de Cristo. Según **Romanos 8:11**, el Espíritu Santo actuó en la resurrección de Cristo, así como actúa en la resurrección espiritual de los que creen: “*Pero si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que resucitó Cristo de entre los muertos también vivificará vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*.” El pasaje asigna al Espíritu Santo una agencia específica en relación con la resurrección.

Otros pasajes pueden sustentar esto, aunque estos son menos claros. Según **1 Pedro 3:18**, Cristo fue “*vivificado por el Espíritu*”. Es probable que esto se refiera también al Espíritu Santo en lugar del espíritu humano de Cristo. Menos claro es **Romanos 1:4**, que probablemente se refiere al espíritu humano de Cristo.

No se revela la naturaleza exacta de la obra del Espíritu Santo en la resurrección de Cristo. Owen siente que incluía santificar el cuerpo muerto de Cristo y liberarlo de todo proceso natural de corrupción durante el tiempo que estuvo en la tumba.¹⁶ Si bien esto parece estar en armonía con las predicciones del **Salmo 16:10** de que Su cuerpo no sufriría corrupción, esta idea debe quedar en el campo de la opinión. Más seguro es el hecho de que la resurrección de Cristo involucró la producción de un cuerpo espiritual, incorporando las características de inmaterialidad y espiritualidad junto con sus aspectos físicos. El ámbito de la creación y la resurrección está claramente en el oficio propio del Espíritu Santo, y la reunión del alma y el cuerpo de Cristo parece encajar correctamente en la esfera del ministerio del Espíritu. En cualquier caso, el acto de la resurrección muestra el poder y la gloria de Dios como pocos otros eventos.

2. El Espíritu Santo en Relación a la Glorificación de Cristo.

Del hecho de que el Espíritu Santo tuvo parte en la resurrección de Cristo, se puede suponer que también tuvo parte en la glorificación de Cristo. Sobre este tema, sin embargo, las Escrituras guardan silencio. Como dice Kuyper, “*La obra del Espíritu Santo en la exaltación de Cristo no se define tan fácilmente. La Escritura nunca habla de él en relación con Su ascensión, Su asiento a la diestra del Padre, ni con la segunda venida del Señor*.”¹⁷ Por la naturaleza del Espíritu Santo podemos suponer que Él

estaría relacionado con el estado bendito de nuestro Salvador. De Su obra en nosotros, asumiríamos una relación más íntima entre el Salvador glorificado y el Espíritu que mora en nosotros. Del Espíritu aprendemos no solo de Sus sufrimientos y muerte, sino que también se nos enseña el poder de la resurrección de Cristo y las riquezas de la gloria de Su gracia. Así como el Espíritu Santo fue infinitamente fiel en cada ministerio a Cristo, así en la experiencia del cristiano, ya sea en la carne o en la gloria, los ministerios del Espíritu son infinitamente maravillosos.

Dallas, Texas

(Continuará en el número de abril-junio de 1941)

La diferencia entre los teólogos cristianos y los laicos cristianos es sólo una diferencia de grado; una clase se mezcla con la otra; no hay en el cristianismo sistemas exotéricos y esotéricos. Todo laico reflexivo adquiere en la actualidad alguna educación teológica. Los comentarios sobre la Biblia, la instrucción sistemática en el Catecismo, las historias populares de la iglesia constituyen el comienzo de su curso teológico. A menos que tenga alguna idea de la fe que adopta, entonces está ciego en su fe.-Bibliotheca Sacra, febrero de 1844.

¹ George Park Fisher, Historia de la Doctrina Cristiana, p. 56.

³ Un Discurso Acerca del Espíritu Santo, pp. 91-92.

⁴ Un sistema de doctrina cristiana, vol. III, pág. 341.

⁵ Teología dogmática, vol. II, pág. 296.

⁶ En. cit., pág. 297.

⁷ Carta 164, citada por Shedd, Loc. cit.

⁸ arriba. cit., pág. 95.

⁹ Cfr. Charles Hodge, Teología sistemática, vol. II, págs. 192-203.

¹⁰ En. cit., pág. 391.

¹¹ n. cit., pág. 99

¹² La Epístola a los Hebreos, pp. 263-264.

¹³ Yo vine el Creador, p. 32.

¹⁴ La Doctrina del Espíritu Santo, p. 132.

¹⁵ En. cit., págs. 132-133.

¹⁶ arriba. cit., págs. 102-103.

¹⁷ La obra del Espíritu Santo, pág. 110.

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

<http://www.walvoord.com>

O

<http://biblia.org/>

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 5

El Espíritu Santo en relación con el mundo no salvo

(Continuación del Número de enero-marzo de 1941)

[Nota del autor: En artículos anteriores se han considerado la Persona del Espíritu Santo, Su obra en el Antiguo Testamento y Su relación con la Persona y la obra de Cristo. Comenzamos ahora el estudio de la obra actual del Espíritu, en este artículo discutiendo la obra del Espíritu Santo en relación con el mundo no salvo. La doctrina de la obra del Espíritu Santo en la salvación y en la vida espiritual del cristiano será tratada en artículos futuros.]

Introducción.

Las doctrinas de la providencia y de la soberanía de Dios demandan que el poder de Dios sea efectivo no solo en el mundo salvo sino también en el mundo no salvo. Si bien el ministerio del Espíritu Santo siempre se dirige principalmente hacia el cristiano, es evidente que Él también está obrando en el mundo, llevando a cabo la voluntad del Padre y del Hijo. Las Escrituras revelan que es característico del Espíritu Santo ministrar en escenas de desorden y pecado. El caos de la tierra primitiva como se describe en **Génesis 1:2** no estuvo exento de Su presencia. La generación malvada de los días de Noé se opuso en su curso loco por el esfuerzo del Espíritu (**Génesis 6:3**). La degeneración del período de los Jueces tuvo su Sansón que fue empoderado por el Espíritu Santo. Los profetas del período de la decadencia de Israel antes del cautiverio fueron ejemplos vivos del poder del Espíritu Santo para ministrar en medio del pecado y la incredulidad. Se nos recuerda en el Nuevo Testamento que Dios “*no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*” (**2 Pedro 3:9**). Por lo tanto, debe esperarse que el Espíritu Santo tenga un ministerio especial para el mundo no salvo en cada época, particularmente en la era de la gracia durante la cual el Espíritu Santo reside en el mundo en la Iglesia.

El ministerio del Espíritu Santo en relación con el mundo no salvo se divide en dos categorías que no son necesariamente independientes. Al Espíritu Santo se le da el ministerio de resistir el mal y refrenar al mundo en su manifestación. Al Espíritu Santo también se le encomienda la tarea de dar a conocer el camino de la salvación a una raza que no tiene capacidad natural para recibirlo con entendimiento. La mayor parte de la atención de los teólogos durante los siglos cristianos se ha dirigido al último ministerio, el de revelar el mensaje de salvación a los perdidos y proporcionar la capacitación para la fe salvadora. Sin embargo, el ministerio del Espíritu Santo al refrenar el pecado en el mundo es muy importante, aunque se encuentran pocas referencias directas en las Escrituras.

La obra del Espíritu Santo en relación con el mundo no salvo es sumamente importante por varias razones. En vista del poder de Satanás y su evidente odio hacia los cristianos y la verdad, se requiere la obra del Espíritu Santo al refrenar el pecado para explicar la relativa libertad permitida al cristiano en el mundo y la preservación de aquellas condiciones que hacen posible la predicación. del Evangelio y el mantenimiento de algún orden en el mundo pecador. La obra del Espíritu Santo al revelar el Evangelio a los perdidos es esencial para todo el programa de completar el propósito de Dios de llamar a la Iglesia en esta era.

Provee la incapacidad del hombre y hace posible la salvación de las almas. La doctrina es, por lo tanto, importante en su significado y necesaria para una apreciación completa de la predicación apropiada del Evangelio.

I. La Obra del Espíritu Santo en la Represión del Pecado

1. La obra restrictiva del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento.

La obra del Espíritu Santo al refrenar al mundo del pecado se encuentra en todas las épocas, excepto durante el período de pecaminosidad sin precedentes durante la gran tribulación, cuando el propósito de Dios es demostrar por primera vez qué es el pecado desenfrenado. Sin embargo, el carácter de esta obra de refrenar el pecado varía ligeramente en diferentes épocas. En la discusión previa de esta obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento,¹ se mostró que el Espíritu Santo se comprometió a refrenar el pecado durante todo el período del Antiguo Testamento. La lucha del Espíritu Santo contra el pecado en el período de Noé se declara definitivamente (**Génesis 6:3**). Si bien **Isaías 59:19** no es una referencia tan clara, infiere un ministerio similar del Espíritu Santo. Los muchos otros ministerios del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento tendían a refrenar el pecado. Su obra de revelar la verdad a través de los profetas, particularmente las advertencias del juicio venidero, y la obra de inspiración de las Escrituras con su poder ayudaron a refrenar el pecado. Los juicios que siguieron al rechazo de su lucha contra el pecado (**Isaías 63:10-11**) surtieron efecto. La presencia y el poder del Espíritu Santo en virtud de Su carácter santo condujo a la restricción del pecado. A lo largo del Antiguo Testamento, pues, el poder del Espíritu Santo guio los acontecimientos humanos por el camino de la providencia divina.

2. La obra restrictiva del Espíritu Santo en la era actual.

La obra del Espíritu Santo para refrenar el pecado, tal como se encuentra en el Antiguo Testamento, continúa en la era actual. Una confirmación adicional de Su ministerio se encuentra en **2 Tesalonicenses 2:7**, *“Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción; solamente hay uno que ahora detiene, hasta que sea quitado de en medio”* (American Standard versión). El tema del pasaje es el día venidero del Señor en el cual se manifestará el hombre de pecado (**2 Tesalonicenses 2:3**). Según el pasaje, el hombre de pecado no se manifestará hasta que el que lo retiene sea quitado. La era presente disfruta del ministerio de este refrenador cuya presencia y ministerio hacen imposible la manifestación del hombre de pecado. La cuestión de la identidad de este que frena el pecado, a la luz del Antiguo Testamento, se resuelve fácilmente refiriéndola al Espíritu Santo.

No todos los intérpretes de las Escrituras se han puesto de acuerdo sobre la identidad del que restringe el desafuero. Un punto de vista popular de este pasaje es que el gobierno humano es esta fuerza restrictiva. El gobierno humano, sin embargo, continúa durante el período de tribulación en el que se revela el hombre de pecado. Si bien todas las fuerzas de la ley y el orden tienden a refrenar el pecado, no lo son en su propio carácter, sino en la medida en que Dios las usa y les da poder para lograr este fin. Parecería una interpretación preferible ver toda restricción del pecado, independientemente de los medios,

como procedente de Dios como un ministerio del Espíritu Santo. Como escribe el Dr. Thiessen: *“Pero, ¿quién es el que detiene? Denney, Findlay, Alford, Moffatt, sostienen que esto se refiere a la ley y el orden, especialmente como se encarna en el Imperio Romano. Pero mientras que los gobiernos humanos pueden ser agentes en la obra restrictiva del Espíritu, creemos que ellos, a su vez, están influenciados por la Iglesia. Y de nuevo, detrás del gobierno humano está Dios Quien lo instituyó (Génesis 9:5, 6; Romanos 13:1-7) y lo controla (Salmo 75:5-7). Así que es Dios por Su Espíritu que restringe el desarrollo de la iniquidad.”*²

Algunos han presentado otro punto de vista que sostiene que el mismo Satanás está restringiendo el pecado para que no manifieste su verdadero carácter. Esta idea es difícilmente compatible con la revelación de Satanás que se encuentra en las Escrituras. En ninguna parte se le da a Satanás poder universal sobre el mundo, aunque su influencia es inestimable.

Un estudio de **2 Tesalonicenses 2:3-10** indica que el que detiene es removido de la escena antes de que el hombre de pecado sea revelado. Difícilmente podría decirse esto de Satanás. El período de la tribulación, por el contrario, es uno en el que la obra de Satanás es más evidente. Las Escrituras lo representan arrojado a la tierra y descargando su furor durante aquellos trágicos días (**Apocalipsis 12:9**). La teoría de que Satanás es el gran represor de la iniquidad es, en consecuencia, insostenible.

Si se concede que el Espíritu Santo se comprometió a luchar con los hombres para refrenar el pecado en el Antiguo Testamento, es aún más evidente que un ministerio similar se encontrará en la época actual en la que el Espíritu está presente en la Iglesia. Si bien no está en el propósito de Dios tratar finalmente con el mundo mientras la Iglesia esté en el mundo, la soberanía de Dios anula la maldad de los hombres y el poder de Satanás para hacer posible el cumplimiento de Su propósito de llamar a un pueblo. a Su nombre. Si bien la iglesia en general no se da cuenta de la mano restrictiva del Espíritu Santo, su protección y poder protegen al cristiano de la tarea imposible de vivir en un mundo en el que el pecado no está restringido.

3. Factores que contribuyen en la obra de restringir el pecado.

Las Escrituras no se extienden sobre el ministerio del Espíritu Santo para refrenar el pecado. La razón apuntaría, sin embargo, a una serie de factores contribuyentes, todos los cuales son usados por Dios para controlar el curso del pecado. La presencia del cristiano individual, habitado por el Espíritu Santo, constituye una fuerza para obstaculizar al mundo en su pecado. La iglesia corporativamente ha hecho mucho para influir en el mundo, a pesar de que no ha logrado estar a la altura de las normas bíblicas. La Biblia, dondequiera que ha ido, ha producido su efecto concomitante no solo en aquellos que creían en ella, sino que también ha influido indirectamente en el pensamiento y la acción del mundo no salvo. Los gobiernos humanos, ordenados por Dios, son un medio para los fines divinos. Si bien estos muchos factores en sí mismos no son obra del Espíritu Santo para restringir, son medios usados por el Espíritu Santo para cumplir Su propósito. La obra del Espíritu Santo al refrenar el pecado se ve, por lo tanto, como una obra importante de Dios, esencial para la providencia divina, y una parte de la obra de Dios para los Suyos.

II. La Obra del Espíritu Santo Revelando el Evangelio a los

Inconversos Introducción.

A toda la obra del Espíritu Santo a favor del mundo no salvo a veces se le da la terminología gracia común, incluyendo en su alcance la obra restrictiva del Espíritu Santo además de la obra de revelar el Evangelio. Charles Hodge, por ejemplo, afirma en referencia a la gracia común: *“La Biblia, por lo tanto, enseña que el Espíritu Santo como Espíritu de verdad, de santidad y de vida en todas sus formas, está presente en toda mente humana, imponiendo la verdad, restringiendo del mal, excitando al bien, e impartiendo sabiduría o fuerza, cuando, donde y en qué medida parezca bueno... Esto es lo que en teología se llama gracia común.”*³ La obra del Espíritu Santo revelando el Evangelio a los no salvos es, por lo tanto, un aspecto importante de un programa más amplio de Dios al tratar con la necesidad de un mundo perdido. Se basa en una necesidad desesperada de capacitación para comprender el Evangelio. Está diseñado para articular la predicación del Evangelio y el plan de Dios para dar un llamado universal a la fe en Cristo. Es antecedente al llamamiento eficaz de Dios a los elegidos. La doctrina de la obra del Espíritu Santo al revelar el Evangelio al mundo es sumamente importante no sólo en su relación con el plan de Dios sino también en la realización eficaz de la predicación del Evangelio. El cristiano que desee ganar almas para Cristo debe estudiar este tema cuidadosamente, porque en él se encuentran los principios que Dios ha revelado acerca de sus métodos para tratar con los perdidos.

1. La necesidad de gracia del hombre.

La caída de Adán estuvo llena de tremendas consecuencias. Por eso, el pecado fue imputado a la raza; los hombres están espiritualmente muertos aparte de Cristo; los hombres poseen una naturaleza caída que se manifiesta en manifestación; y, importante para nuestro presente estudio, los hombres son incapaces de comprender la verdad de Dios. Las Escrituras dan testimonio constante de la incapacidad del hombre. Se declara rotundamente en **1 Corintios 2:14**: *“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura”*.

De nuevo en 1 Corintios 1:18, se declara que el Evangelio es locura para los perdidos, “Porque la predicación de la cruz es locura a los que se pierden; pero para nosotros los que somos salvos es el poder de Dios.” Se declara que los gentiles no salvos caminan en tinieblas espirituales, “teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la ceguera de su corazón” (**Efesios 4:18**). Según **Romanos 8:7**, la mente natural no es capaz de sujetarse a la ley de Dios: *“porque la mente carnal es enemistad contra Dios; pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo”*. Cristo dio testimonio de la incapacidad del hombre natural para venir a Dios cuando dijo: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”* (**Juan 6:44**). Además de la incapacidad natural, está la obra de Satanás cegando los corazones de los perdidos a la luz del Evangelio (**2 Corintios 4:4**). La condición del hombre es desesperada fuera de la intervención divina.

La incapacidad por parte del hombre tiene su origen en la ignorancia de Dios y Su gracia debido a la corrupción de todo el ser del hombre, la perversión de sus sensaciones, sentimientos y gustos, y el cegamiento de su entendimiento. En la caída, el hombre no perdió su determinación moral. Todavía es responsable y relativamente sigue siendo un agente libre. Conserva la capacidad de comprender las cosas naturales y puede elevarse en este ámbito a alturas inusuales. Incluso su aversión al bien e inclinación al mal, aunque brota de su naturaleza caída, tiene su origen en su total incapacidad para apreciar la Persona de Dios y el encanto inherente de la justicia.

La verdadera razón del odio del hombre hacia Dios es su ignorancia de lo que Dios es. La voluntad del hombre, sin embargo, en sí misma no tiene poder para trascender su habilidad natural tal como se encontró después de la caída más de lo que tenía poder para trascender su habilidad natural antes de la caída. El hombre en sí mismo es completamente incapaz de comprender la verdad de Dios. La respuesta al problema, por lo tanto, no se encuentra en ningún desarrollo del hombre natural o en el cultivo de habilidades latentes, sino que se revela en el poder de Dios manifestado en la obra del Espíritu Santo. Aparte de esta obra del Espíritu Santo, Dios continuaría sin revelarse a una raza perdida; la muerte de Cristo sería inaplicable a los hombres; y el propósito de Dios de salvar a los elegidos sería imposible de cumplir.

La importancia de esta doctrina, por lo tanto, justifica un estudio cuidadoso. La iglesia les ha dado demasiado énfasis, pero estos sacramentos revelan en símbolos el mensaje del Evangelio, y la Cena del Señor en particular debe ser observada porque muestra *“la muerte del Señor hasta que él venga”* (**1 Corintios 11:26**).

Al relacionar la Palabra de Dios con la doctrina de la gracia común, se pueden observar dos extremos en la doctrina. Los teólogos luteranos han enfatizado demasiado el carácter vivo de la Palabra de Dios (**Hebreos 4:12**) hasta el punto de afirmar que la Biblia tiene poder en sí misma y que no es necesaria la obra del Espíritu Santo para que sea efectiva. Si bien la iglesia luterana ha apoyado plenamente la immanencia y el poder del Espíritu Santo, considera que Su obra está limitada en cierto sentido a la Palabra misma. Como Charles Hodge resume la posición luterana: *“Esta eficacia divina es inherente e inseparable de la Palabra”*. 4 La principal dificultad con este punto de vista es el hecho obvio de que muchos hombres no salvos no se ven afectados por escuchar o leer la Biblia. Los luteranos explican esto condicionando su poder a su fe, pero

es difícil ver cómo pueden creer lo que no saben ni entienden. Si un hombre que no es salvo no puede entender antes de creer, y es incapaz de creer lo que no entiende, ¿cómo puede ser llevado a la fe salvadora? Queda el hecho de que el Espíritu de Dios trae convicción y entendimiento a muchos que nunca creen, que se apartan del Evangelio incluso después de que se les aclara el camino de la salvación. La obra del Espíritu Santo al revelar el Evangelio a los no salvos es más bien una operación soberana de Dios, no condicionada a la receptividad del hombre. La experiencia de muchos cristianos da testimonio de la posibilidad de comprender los problemas de la fe salvadora y al mismo tiempo ser rebeldes contra Dios y no estar dispuestos a aceptar a Cristo por algún tiempo antes de que finalmente se tome la decisión por Cristo.

Otro extremo en la doctrina de la gracia común se encuentra en el punto de vista de que la Palabra de Dios es innecesaria. Si bien la Palabra de Dios no está necesariamente relacionada con las obras generales de Dios en la restricción del pecado, en la providencia y en los actos de soberanía, la revelación de la verdad del Evangelio viene solo a través de la Palabra de Dios. La posición extrema que hace que la Palabra de Dios sea innecesaria para la gracia común es apoyada por dos escuelas opuestas de teología, la racional y la mística. El racionalismo aborda el problema desde muchos ángulos.

Los deístas, por supuesto, asumen que Dios no es inmanente en el mundo y atribuyen toda experiencia espiritual a un proceso normal de la mente humana. Para ellos, el reino de la gracia común es puramente un descubrimiento de la inteligencia humana procedente de causas naturales. Menos extremo que los deístas es el punto de vista pelagiano, que sostiene que el hombre es inherentemente capaz de comprender la verdad y tomar sus propias decisiones en relación con ella. El enfoque racionalista del tema es diametralmente opuesto a la revelación bíblica, y los teólogos reformados no lo consideran seriamente.

El punto de vista de los místicos, por supuesto, es todo lo contrario del racionalista. El místico asume que Dios da una revelación directa a todos los que la recibirán, y que la verdad así dada puede ser entendida correctamente por el receptor. El punto de vista participa de todos los errores del falso misticismo, yendo mucho más allá de la relación del falso misticismo con el cristiano, y atribuye incluso a los no salvos el poder de recibir una revelación especial y comprenderla. La salvación genuina nunca se encuentra excepto entre aquellos que han escuchado la Palabra de Dios. Los misioneros que ingresan a campos no evangelizados nunca se encuentran con una comunidad cristiana, ni siquiera con un cristiano individual. El punto de vista de los místicos se basa en la especulación más que en las Escrituras o la experiencia, y por lo tanto debe descartarse.

La obra del Espíritu Santo al revelar el Evangelio a los no salvos es peculiarmente un ministerio de capacitación para comprender el camino de la salvación. A medida que se predica la Palabra, el Espíritu Santo asiste con poder para darla a conocer a aquellos que por naturaleza están ciegos a la verdad e incapaces de comprenderla. La importancia de este ministerio del Espíritu debe reconocerse antes de que se pueda comprender la necesidad de la oración por los perdidos. comprender muy imperfectamente la naturaleza de esta justicia imputada. Es posible que muchos solo entiendan vagamente que Dios a través de Cristo se preocupa por su injusticia sin darse cuenta de todas las maravillas de la justificación. Sin embargo, es esencial para la fe inteligente que los no salvos entiendan que a través de Cristo es posible que Dios los trate como justos. Esta revelación es inseparable del Evangelio.

Una tercera revelación es dada por el Espíritu Santo a los no salvos acerca de la relación de la cruz con el juicio y Satanás. Cristo dijo que el Espíritu Santo convencería al mundo *“de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado”* (Juan 16:11). El Espíritu Santo presiona sobre el corazón de los no salvos el hecho del juicio de Dios. Todos comparecerán ante Dios en el juicio.

Los no salvos necesitan saber que el pecado fue juzgado en la cruz, y para aquellos que confían en Cristo hay liberación del juicio por el pecado y liberación de la condenación. Los no salvos deben ver a Cristo como juzgado y ejecutado por ellos, y su juicio por

el pecado como algo ya pasado. Como muestra de esto, se menciona que Satanás, como el “príncipe de este mundo”, ya ha sido condenado.

En la cruz Satanás encontró su derrota. La cruz es el poder de Dios sobre Satanás. Satanás ya está condenado, condenado y esperando la ejecución de la sentencia. Mientras que, en la providencia de Dios, a Satanás se le permite una gran libertad y poder en esta era, su final es seguro, y aquellos que rechazan a Cristo compartirán su destino.

Entonces, el ministerio del Espíritu Santo a los no salvos sigue tres líneas específicas. Primero, los no salvos deben entender que la salvación depende de la fe en Cristo. Segundo, los no salvos deben entender que la justicia de Dios pertenece a la Persona de Dios y está disponible para el pecador a través de Cristo. Tercero, los no salvos deben enfrentar el hecho del juicio y encontrar en Cristo a Uno que fue juzgado y ejecutado como su sustituto. Si bien es posible que estos elementos no siempre se vean con claridad, forman los principios que se combinan para llevar a los no salvos al conocimiento necesario para depositar la fe salvadora en Cristo.

No hace falta decir que los temas incluidos en el ministerio del Espíritu Santo a los no salvos deben constituir una parte importante de la predicación eficaz del Evangelio.

3. Las Limitaciones de la Gracia Común.

De la discusión anterior es evidente que la gracia común está muy lejos de la gracia eficaz. Mientras que los incrédulos pueden ser inducidos a comprender el Evangelio lo suficiente como para actuar inteligentemente sobre él, la gracia común no tiene ningún efecto seguro sobre la voluntad y no conduce ciertamente a la salvación. Dos hombres no salvos pueden entender el Evangelio por igual y, sin embargo, uno nunca llega al punto de la fe salvadora mientras que el otro confía en Cristo y es salvo. La gracia común debe distinguirse claramente de cualquier obra de Dios que sea eficaz para llevar a los no salvos a la salvación.

La gracia común también está muy por debajo de la experiencia de iluminación del cristiano. El Espíritu Santo que mora en nosotros abre al cristiano rendido los almacenes de la verdad en la Palabra de Dios. La gracia común está relacionada casi por completo con la revelación sobre el único tema de la salvación con miras a proporcionar una base inteligente para la fe. La revelación de la gracia común nunca puede elevarse más alto que el plano del hombre natural, incluso en el ámbito de la verdad de la salvación. Es muy similar a la idea de persuasión moral e intelectual, que constituye una influencia, pero en sí misma no resulta en una decisión.

La gracia común no proporciona ninguna de las experiencias normales del cristiano, como las que produce el Espíritu Santo que mora en nosotros sin obstáculos. El amor, el gozo, la paz y otros frutos del Espíritu nunca se encuentran en aquellos que simplemente han experimentado la gracia común. Si bien los hombres incrédulos pueden imitar algunas de las manifestaciones externas de la conducta cristiana, nunca existe la realidad de la experiencia interna, aunque en algunos casos puede ser difícil determinar si algunos individuos son incrédulos o salvos.

Si bien la gracia común está muy limitada en su carácter y sus resultados, no se puede decir que esté exenta de ciertos fenómenos.

El instinto religioso y el temor de Dios están sin duda relacionados con la gracia común, aunque pueden no estar conectados definitivamente con las Escrituras. Esta fase de la gracia común nunca es suficiente para proporcionar comprensión de los temas del Evangelio.

La gracia común en su sentido más amplio puede tener el efecto de restringir el pecado, ya menudo se considera que incluye este aspecto. La profesión externa de fe en Cristo y la conformidad con las normas morales sin ser salvo puede ser el resultado de la gracia común. Charles Hodge escribe, por ejemplo: “Se dice en la Biblia que los hombres no renovados se arrepienten, creen, son partícipes del Espíritu Santo y gustan de la buena Palabra de Dios y de los poderes del mundo venidero”. 5 Allí son sin duda etapas en la obra de la gracia común desde el instinto religioso y un temor de Dios que es casi universal a la

experiencia de aquellos que entienden claramente la condición de salvación. En todo ello obra el Espíritu Santo, esforzándose por llevar a los hombres al conocimiento de Cristo. Sin este ministerio preliminar, la obra de la gracia eficaz sería imposible.

La obra del Espíritu Santo por el mundo no salvo constituye otra prueba de que Dios es un Dios de infinita gracia y condescendencia, obrando en aquellos que son objeto de su justo juicio, esforzándose por llevarlos al conocimiento de Cristo como Salvador. Sin este ministerio, el mundo sería una situación imposible para el cristiano y la predicación del Evangelio sería infructuosa. Los trofeos de la gracia de Dios que algún día estarán completos ante Dios en gloria, darán testimonio del poder del Espíritu para cumplir eficazmente la tarea que Cristo le encomendó.

Dallas, Texas

(Serie que continuará en el Número de julio-septiembre de 1941)

¹ Bibliotheca Sacra, 1940, pp. 430, 431

² Biblioteca Sagrada, 1935, p. 301

³ Teología sistemática, vol. II, pág. 667.

⁴ En. cit., pág. 656.

⁵ En. cit., pág. 673.

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

<http://www.walvoord.com>

o

<http://biblia.org/>

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 6

La Obra del Espíritu Santo en la Salvación

(Continuación del número de abril-junio de 1941)

[Nota del autor: Continuando el estudio de la obra actual del Espíritu Santo, después de considerar la relación del Espíritu Santo con el mundo no salvo en el artículo anterior, comenzamos aquí la discusión de la obra del Espíritu Santo en la salvación. En este número se consideran dos aspectos importantes:

- (1) La Obra del Espíritu Santo en la Gracia Eficaz, y
- (2) La Obra del Espíritu Santo en la Regeneración. En el próximo artículo seguirán otras tres importantes obras presentes del Espíritu Santo:
- (3) El bautismo del Espíritu Santo,
- (4) La presencia interior del Espíritu Santo,
- (5) El sellamiento del Espíritu Santo. La relación del Espíritu Santo con la vida espiritual de los cristianos y sus ministerios en edades futuras se tratará más adelante.]

Introducción.

Desde un punto de vista práctico, hay pocos temas más dignos de un estudio cuidadoso que el de la obra del Espíritu Santo en la salvación del creyente. Para quien cree en Cristo, es una gloriosa revelación de la obra de Dios en su propio corazón, fundamento de su experiencia espiritual y fundamento de su esperanza de gloria. Gran parte de la confusión sobre el tema de la seguridad de la salvación se eliminaría si se aclarara la obra del Espíritu Santo en la salvación. Destruiría la filosofía de la salvación por obras. Entregaría la seguridad de nuestra salvación desde el ámbito de la experiencia emocional. Daría al bautismo del Espíritu Santo su lugar apropiado y arrancaría la doctrina de sus expositores erróneos en los movimientos de santidad. Proporcionaría la base para entender cómo Dios está obrando en los Suyos en esta era.

Para el predicador del Evangelio, la doctrina de la obra del Espíritu Santo en la salvación, correctamente entendida, es un trasfondo necesario para la predicación precisa del Evangelio. La obra necesaria de Dios, los factores humanos y la evidente necesidad del poder de Dios para ganar almas para Cristo se ven en su debida relación. El predicador es librado de la dependencia de sí mismo o de la habilidad homilética, y sin disminuir el esfuerzo de predicar el Evangelio con poder, es conducido a una dependencia consciente de Dios y del poder de la oración para que el ministerio sea fructífero. Su propia relación con el Espíritu Santo, que es el único que puede salvar, se convierte en un asunto de suma importancia.

Cualquier escritor familiarizado con los muchos intentos de exponer estas doctrinas debe abordar la tarea con humildad. Las doctrinas son tan vastas en sus implicaciones. Las posibilidades de intrusión de la sabiduría humana donde sólo la voluntad divina es suficiente están siempre presentes. La discusión que sigue aquí sólo busca interpretar con precisión las Escrituras.

I. La Obra del Espíritu Santo en la Gracia

Eficaz 1. Una doctrina bíblica.

La doctrina de la gracia eficaz es predominantemente una doctrina de las Escrituras, aunque su título es teológico. Las Escrituras hablan con frecuencia de un llamado divino a la salvación que resulta en salvación segura (**Romanos 1:1, 6, 7; 8:28, 30; 9:11, 24; 11:29; 1 Corintios 1:1, 2, 9, 24, 26; 7:15, 17, 18, 20, 21, 22, 24; Gálatas 1:6, 15; 5:8, 13; Efesios 1:18; 4:1, 4; Colosenses 3:15; 1 Tesalonicenses 2:12; 4:7; 5:24; 2 Tesalonicenses 2:14; 1 Timoteo 6:12; 2 Timoteo 1:9; Hebreos 3:1; 9:15; 1 Pedro 1:15; 2:9, 21; 3:9; 5:10; 2 Pedro 1:3, 10**). Esta llamada divina que resulta en salvación se llama gracia eficaz porque es una operación de gracia que es eficaz o eficaz. Tiene en vista el ministerio del Espíritu Santo que es ciertamente eficaz para revelar el Evangelio y conducir a la fe salvadora. En contraste con esta obra de Dios está el llamado general a la salvación dado a todos los que escuchan el Evangelio. En este sentido, Cristo dijo: *“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”* (**Mateo 9:13**). Este llamado al arrepentimiento y la fe no siempre fue escuchado, como lo demuestra el hecho de que Cristo también dijo: *“Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos”* (**Mateo 22:14**). Un examen de las muchas referencias al llamado en el Nuevo Testamento revelará, sin embargo, que, en la mayoría de los casos, se refieren al llamado eficaz. La gracia eficaz, entonces, contrasta con la gracia común como el llamamiento eficaz contrasta con el llamamiento general. A efectos prácticos, la gracia proporcionada está implicada en la llamada dada, y la vocación divina y la gracia que le es inherente son el mismo sujeto.

Un estudio de los muchos pasajes que tratan del llamamiento eficaz saca a relucir varios aspectos importantes de la verdad. La primera de ellas es que la doctrina es inequívocamente bíblica. La salvación y el llamado divino se ven como inseparables, uno sin que el otro sea imposible. Los cristianos están *“llamados a ser santos”* (**Romanos 1:7; 1 Corintios 1:2**); llamados a la *“vida eterna”* (**1 Timoteo 6:12**); llamado *“de las tinieblas a su luz admirable”* (**1 Pedro 2:9**); llamado *“a su eterna gloria en Cristo Jesús”* (**1 Pedro 5:10**); y llamados *“a la gloria y la virtud”* (**2 Pedro 1:3**). Pablo fue *“llamado a ser apóstol”* (**Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1**). *“A los que predestinó, a éstos también llamó; ya los que llamó, a éstos también justificó”* (**Romanos 8:30**). Se hace referencia a los cristianos como *“los llamados de Jesucristo”* (**Romanos 1:6**) y *“los llamados conforme a su propósito”* (**Romanos 8:28**). Una referencia interesante se encuentra en **1 Corintios 1:23, 24**, *“Mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos tropezadero, y para los griegos locura; Pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios”*. Para los no llamados, el evangelio sigue siendo locura, pero para los llamados es poder de Dios. Podemos concluir de estos muchos pasajes que la obra del Espíritu Santo al llamar eficazmente a la salvación se revela abundantemente en las Escrituras, y que el ministerio es muy importante.

2. Gracia eficaz un acto de Dios.

Si bien la naturaleza de la gracia eficaz en su operación es inescrutable, está claro en las Escrituras que es un acto de Dios que depende únicamente de Dios para su ejecución. Los teólogos reformados están sustancialmente de acuerdo sobre este punto, y las Escrituras dan un testimonio consistente. Los eventos de todas las clases pueden distinguirse por ciertas características inherentes que es muy importante discernir. Esto es particularmente cierto de la gracia eficaz. Como escribe Charles Hodge: *“Hay, como se ha señalado antes, tres clases en las que se pueden ordenar todos los eventos de los que tenemos algún conocimiento. Primero, aquellos que son producidos por las operaciones ordinarias de causas segundas guiadas y controladas por la agencia providencial de Dios.*

En segundo lugar, aquellos eventos en el mundo externo que son producidos por la simple voluntad o agencia inmediata de Dios, sin la cooperación de causas segundas. A esta clase pertenecen todos los milagros propiamente dichos. En tercer lugar, los efectos producidos en la mente, el corazón y el alma por la voluntad o agencia inmediata de la

omnipotencia de Dios. A esta clase pertenecen la revelación interior, la inspiración, los poderes milagrosos, como el don de lenguas, el don de sanidad, etc., y la regeneración.”¹ A esta tercera clase pertenece la obra de la gracia eficaz.

Las Escrituras dan testimonio consistente del hecho de que la gracia eficaz es un acto de Dios. Toda referencia al llamamiento divino supone o afirma que es un acto de Dios. Está específicamente relacionado con la soberanía de Dios en oposición a las elecciones humanas. Por eso Pablo habla de ser “*llamado a ser apóstol*” (**Romanos 1:1**), etc. Nunca en las Escrituras se atribuye la vocación divina a una elección humana. Es más bien un acto de Dios procedente de la omnipotencia.

De acuerdo con su doctrina de depravación total e incapacidad total, los teólogos reformados han insistido en que la gracia eficaz es un acto inmediato de Dios realizado sin ayuda humana. Si bien admiten libremente la necesidad de la obra de la gracia común como antecedente en el que el individuo oye y comprende el Evangelio y ve su propia necesidad de salvación, la gracia eficaz se define como la obra instantánea de Dios que potencia la voluntad humana e inclina el corazón a la fe en Cristo. La gracia eficaz resulta inmediatamente en salvación en todos los casos porque es realizada por la omnipotencia de Dios. La Confesión de Fe de Westminster lo establece de la siguiente manera:

“I. Todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, y sólo aquellos, a Él le place, en su tiempo señalado y aceptado, llamar eficazmente, por su Palabra y Espíritu, fuera de ese estado de pecado y muerte, en el que están por naturaleza, a la gracia y salvación por Jesucristo; iluminando sus mentes espiritual y salvíficamente, para entender las cosas de Dios; quitando su corazón de piedra, y dándoles un corazón de carne; renovando sus voluntades, y por su poder todopoderoso determinándolos a lo que es bueno; y atrayéndolos eficazmente a Jesucristo, pero de modo que vengan más libremente, estando dispuestos por su gracia.

“II. Este llamamiento eficaz es sólo de la gracia libre y especial de Dios, no de ninguna cosa prevista en el hombre, que es del todo pasivo en él, hasta que, siendo vivificado y renovado por el Espíritu Santo, está capacitado para responder a este llamado, y para abrazar la gracia ofrecida y transmitida en ella.”²

La gracia eficaz por su naturaleza no debe ser considerada un proceso, sino un acto instantáneo de Dios. Cualquiera que sea la preparación que precede a ésta pertenece a la gracia común que por su naturaleza no puede llevar a la salvación. Muchos cristianos pueden dar testimonio de la obra de Dios en la gracia común que lleva a la salvación, pero la obra de la gracia eficaz es distinta y decisiva. En un momento el alma pasa de un estado de muerte espiritual a la vida espiritual. Como acto de Dios, la obra es inescrutable. Así como la mente humana no se pregunta cómo Dios puede crear todas las cosas de la nada, o cómo Dios pudo hacer del hombre un alma viviente compuesta del polvo de la tierra, así la mente humana no necesita preguntarse cómo Dios obra en gracia eficaz.

3. Gracia eficaz ciertamente eficaz.

Gracia eficaz por su mismo título indica que siempre es eficaz para llevar el alma a la salvación. En esto contrasta marcadamente con la gracia común. La gracia común puede ser resistida con éxito, e incluso si se considera suficiente para llevar a la salvación, como sostienen los arminianos, no es eficaz. No es que la gracia eficaz sea mayor en extensión y poder que la gracia común, y por tanto eficaz, sino que, en su naturaleza, procedente de la omnipotencia de Dios, es ciertamente eficaz. Puede admitirse que algunos de los actos de Dios pueden resistirse con éxito. La súplica del Espíritu afligido por el pecado en la vida del cristiano puede ser resistida y desatendida. La obra de la gracia común no supone la voluntad de recibir la verdad, pero la gracia eficaz es un acto inmediato de Dios que, por su naturaleza, no puede ser resistido. Como escribe Charles Hodge: “Según la doctrina agustiniana, la eficacia de la gracia divina en la regeneración no depende ni de su congruencia ni de la cooperación activa, ni de la no resistencia pasiva de su sujeto, sino de su naturaleza y el propósito de Dios. Es el ejercicio del 'gran poder de Dios', que habla y se hace. Se admite que esta es la doctrina del mismo Agustín.”³

La gracia eficaz es irresistible no en el sentido de que es resistida y toda esa resistencia es superada, sino que es irresistible en el sentido de que nunca es resistida. Su naturaleza lo prohíbe. Es irresistible en el sentido de que es

ciertamente eficaz. El Dr. AH Strong, en consecuencia, prefiere no usar el término irresistible: *“Preferimos decir que este llamado especial es eficaz, es decir, que cumple infaliblemente su propósito de llevar al pecador a la aceptación de la salvación. Esto implica dos cosas: (a) Que la operación de Dios no es una restricción externa sobre la voluntad humana, sino que está de acuerdo con las leyes de nuestra constitución mental. Rechazamos el término 'irresistible', ya que implica una coerción y compulsión que es ajena a la naturaleza de la obra de Dios en el alma. (b) Que la operación de Dios es la causa originaria de esa nueva disposición de los afectos, y esa nueva actividad de la voluntad, por la cual el pecador acepta a Cristo. La causa no está en la respuesta de la voluntad a la presentación de motivos por parte de Dios, ni en ninguna mera cooperación de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios, sino que es un acto todopoderoso de Dios en la voluntad del hombre, por el cual su libertad de elegir a Dios como su fin es restaurada y correctamente ejercitada”* (Juan 1:12, 13).⁴

Una visión adecuada de la gracia eficaz, entonces, reconoce plenamente su resultado seguro en la salvación de su beneficiario. En todo caso, el que recibe la gracia eficaz se salva instantáneamente. Si bien en la experiencia del individuo, la fe en Cristo es el resultado de una elección y un acto de la voluntad humana, es, sin embargo, una obra de gracia eficaz. La gracia eficaz nunca obra en un corazón aún rebelde, y nadie se salva jamás contra su voluntad. Es más bien que *“Dios obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad”* (Filipenses 2:13).

Se pueden presentar al menos cuatro argumentos en prueba de la afirmación de que se otorga la gracia eficaz y que es ciertamente eficaz. Primero, la gracia eficaz es ciertamente eficaz por su naturaleza como un acto de Dios. Como se ha mostrado, este acto, que procede de la omnipotencia de Dios y es independiente de la voluntad humana, es ciertamente eficaz por su naturaleza. Dioses la persuasión puede ser resistida como se evidencia en la operación de la gracia común, pero los actos de Dios no pueden ser resistidos porque están respaldados por la omnipotencia y la soberanía de Su voluntad. Como dice Charles Hodge: *“Si se determina este único punto, a saber, que la gracia eficaz es el poder todopoderoso de Dios, decide todas las cuestiones en controversia sobre este tema... Se han escrito volúmenes sobre la hipótesis contraria; cuyos volúmenes pierden todo su valor si se admite una vez que la regeneración, o llamamiento eficaz, es obra de la omnipotencia.”*⁵

Segundo, la doctrina de la gracia eficaz es necesaria para la doctrina de la predestinación. Es esencial para el plan del universo que todos los elegidos sean salvos. Por lo tanto, es necesario que se dé a los elegidos más que la gracia común. Debe ser eficaz para llevar a los elegidos a la salvación. La predestinación y el llamamiento eficaz están definitivamente vinculados en las Escrituras. Dios llama según Su propósito (**Romanos 8:28**), y se revela, además: *“A los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”* (**Romanos 8:30**). Es manifiesto que el llamado aquí mencionado es el llamado eficaz. Todos los predestinados son llamados, y todos los llamados son justificados y glorificados. Aquí se hace claramente una distinción entre la llamada general del Evangelio y la llamada particular que es eficaz.

Cualesquiera que sean los misterios de la relación de este llamado eficaz con las operaciones de la voluntad humana, permanece el hecho de un llamado ciertamente eficaz. Es necesario que los elegidos vengan a Cristo para cumplir el pacto de redención (**Juan 6:37, 39; 17:12**).

Tercero, la obra de la gracia eficaz es necesaria en vista de la ausencia de vida espiritual antes de la regeneración. Aquí yace el fundamento de la doctrina de la gracia eficaz. Un hombre espiritualmente muerto no puede hacer una obra espiritual. La depravación total exige como corolario la doctrina de la gracia eficaz. Según **Efesios 2:8**, *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.”* Si bien hay diversas interpretaciones de este pasaje, la implicación clara es que la gracia, la salvación y la fe proceden todas de Dios y no surgen en el corazón de los no salvos aparte de un acto de Dios.

Charles Hodge escribe sobre este punto: *“Todos los que sostienen que el pecado original implica la muerte espiritual y la consiguiente incapacidad total para cualquier bien espiritual, también sostienen que su recuperación de ese estado no se efectúa*

mediante ningún proceso de persuasión moral, humana o divina, sino por el ejercicio inmediato del poder todopoderoso de Dios.”⁶ Si uno acepta la revelación bíblica del estado de muerte espiritual y total incapacidad del hombre, debe aceptar la doctrina de la gracia eficaz como la solución al problema. La gracia común no da vida ni renueva la voluntad humana. Consiste principalmente en la capacitación para comprender el Evangelio y sus problemas, y la comprensión en sí misma no brinda la capacidad de actuar sobre ese nuevo conocimiento.

Cuarto, la obra de la gracia eficaz como un acto total de Dios está apoyada por la analogía de la doctrina de la regeneración. Como la gracia eficaz, la regeneración es un acto de Dios, no un proceso, cuestión de persuasión o cambio racional. Si la regeneración es enteramente un acto de Dios, instantáneo e independiente de la ayuda humana, la gracia eficaz bien puede estar en la misma categoría. Ambos son igualmente inescrutables, y ambos son igualmente esenciales para la salvación.

4. Objeciones a la Doctrina de la Gracia Eficaz.

Es natural que una doctrina que depende en gran medida de la fe más que de la razón sea opuesta por varios motivos. Una objeción común es que esta doctrina es contraria a todo esfuerzo humano por creer. Las Escrituras, sin embargo, dan testimonio adecuado tanto del hecho del llamamiento eficaz como de la responsabilidad humana de creer en Cristo. El problema de la relación del esfuerzo humano con las obras divinas es siempre real, y la solución no puede alcanzarse sin la fe. Sin embargo, el hecho de la obra divina en gracia eficaz no debe desanimar el esfuerzo humano por creer, excepto que los hombres no deben buscar hacer lo que solo Dios puede hacer. En el ámbito de la salvación, los hombres deben buscar ser salvos, pero no salvarse a sí mismos. El secreto de la salvación permanece en confiar en Dios para salvarnos. El hecho de que necesitamos una obra de gracia antes de que podamos creer debe hacernos reconocer aún más la incapacidad del hombre natural, y debe hacer que los hombres se arrojen sobre Dios para la obra que sólo Él puede hacer. El ciego que suplicaba a Cristo que lo sanara no se vio obstaculizado en su súplica por su propia incapacidad total para curarse a sí mismo. Más bien, su propia necesidad lo llevó a Cristo, el único que podía ayudarlo. La doctrina de la depravación total, en lugar de desalentar el esfuerzo humano por volverse a Dios, debería magnificar el poder de Dios y revelar nuestra absoluta necesidad de salvación.

Se nos recuerda en las Escrituras: “*Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera*” (Juan 6:37). Por un lado, se ve la certeza del llamado de Dios: todos los elegidos vendrán a Cristo. Por otro lado, todo el que venga no será echado fuera. La responsabilidad humana de venir a Cristo permanece. La vista carece por completo de una explicación adecuada de esta certeza.

La doctrina de la gracia eficaz debe permanecer esencialmente inescrutable para las mentes humanas. Todos los problemas no se pueden resolver, pero la dificultad radica en nuestra falta de conocimiento de la obra sobrenatural de la gracia que resulta en la salvación y nuestra comprensión defectuosa de la obra de nuestra propia voluntad en lugar de una falta de armonía con la verdad revelada. El hecho del llamamiento eficaz está respaldado por una referencia bíblica tan abundante como para prohibir la negación. Un rechazo de esta doctrina quita de la salvación la certeza divina que ciertamente posee.

II. La Obra del Espíritu Santo en la Regeneración

Introducción.

Pocas doctrinas son más fundamentales para la predicación eficaz que la doctrina de la regeneración. El no comprender su naturaleza y entender claramente su necesidad paralizará la eficacia de la predicación del Evangelio. Tanto para el maestro de la Biblia como para el evangelista es indispensable un conocimiento exacto de la doctrina de la regeneración. El concepto bíblico de la regeneración es comparativamente simple, y un estudio de su historia teológica no es del todo necesario para una predicación precisa. La historia de la doctrina, sin embargo, revela sus trampas naturales y puede advertir a los incautos de los peligros de una

comprensión superficial de la regeneración. La doctrina de la regeneración ofrece una rica recompensa a quienes contemplan sus tesoros y viven a la luz de su realidad.

1. El Significado de la Regeneración.

La palabra regeneración se encuentra sólo dos veces en el Nuevo Testamento (**Mateo 19:28; Tito 3:5**), pero ha sido apropiada como el término general que designa la impartición de la vida eterna. Solo uno de los dos casos en el Nuevo Testamento se usa en este sentido (**Tito 3:5**), donde se hace referencia al “lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo”. La palabra griega *παλιγγενεσία* se traduce correctamente como “*nuevo nacimiento, reproducción, renovación, re-creación*” (Thayer). Se aplica no sólo a los seres humanos, sino también a los cielos y la tierra renovados del milenio (**Mateo 19:28**). En relación con la naturaleza del hombre, incluye las varias expresiones usadas para la vida eterna tales como nueva vida, nuevo nacimiento, resurrección espiritual, nueva creación, nueva mente, “*vivificados*”, hijos de Dios y traslado al reino. En lenguaje sencillo, la regeneración consiste en todo lo que representa la vida eterna en un ser humano.

El uso teológico de la palabra regeneración ha tendido a confundir en lugar de enriquecer la palabra. Otras palabras como conversión, santificación y justificación han sido identificadas o incluidas en el concepto de regeneración. Los teólogos católicos romanos han considerado que la regeneración incluye todo lo que abarca la salvación, no solo la justificación y la santificación, sino incluso la glorificación. Se considera que la regeneración incluye los medios, el acto, el proceso y la conclusión final de la salvación. Los teólogos protestantes han sido más cautelosos al extender el significado de regeneración. Los primeros teólogos luteranos utilizaron la regeneración para incluir todo el proceso por el cual un pecador pasaba de su estado perdido a la salvación, incluida la justificación.

Los luteranos posteriores intentaron aclarar la doctrina al sostener que la justificación no incluía una transformación de la vida, excluyendo así la santificación de la doctrina de la regeneración. La Iglesia Luterana continúa sosteniendo que los infantes son regenerados en el momento del bautismo en agua, sin embargo, al mismo tiempo afirma que esta regeneración significa solo su entrada en la iglesia visible, no su salvación segura. La regeneración se convierte entonces en una mera obra preparatoria de la salvación. Sobre el tema de la regeneración infantil, el teólogo luterano Valentine escribe: “¿Se puede decir que el niño es regenerado por el acto del Bautismo? Podemos responder apropiadamente, Sí; *pero sólo en el sentido de que se puede decir que la relación vital establecida y portadora de gracia, bajo la justicia imputada y el Espíritu Santo, sostiene, en sus provisiones y fuerzas, el desarrollo final pactado*”.⁷ Valentine objeta, sin embargo, la declaración que el bautismo regenera a los niños. En otra parte, Valentine escribe: “*La justificación precede a la regeneración y la santificación*”.⁸ Está claro que la teología luterana no usa el término en el sentido bíblico de impartición de vida eterna. Sin embargo, la teología luterana excluye la santificación de la doctrina de la regeneración.

Los teólogos reformados tampoco han sido consistentes en el uso y han compartido hasta cierto punto los errores asumidos por otros. Durante el siglo XVII, conversión se usaba comúnmente como sinónimo de regeneración. Este uso ignoró. Sin embargo, el hecho más importante es que la conversión es un acto humano y la regeneración es un acto de Dios. Además, la conversión, aunque generalmente se relaciona con la regeneración, no siempre lo es, como lo demuestra su uso en relación con el arrepentimiento y la restauración de Pedro (**Lucas 22:32**), como lo profetizó Cristo. Incluso Calvino falló en hacer una distinción apropiada entre regeneración y conversión. Charles Hodge, sin embargo, argumenta efectivamente a favor de la distinción necesaria en el significado de estos términos.⁹ Shedd está de acuerdo con Hodge y cita los siguientes contrastes: “*La regeneración, en consecuencia, es un acto; la conversión es una actividad, o un proceso. La regeneración es el origen de la vida; la conversión es la evolución y manifestación de la vida. La regeneración es enteramente un acto de Dios; la conversión es enteramente una actividad del hombre. La regeneración es una causa; la conversión es un efecto. La regeneración es instantánea; la conversión es continua.*”¹⁰

Durante el último siglo, los teólogos reformados han estado de acuerdo en que la regeneración designa propiamente el acto de impartición de la vida eterna. Como dice Charles Hodges: “*Por un consenso casi universal, la palabra regeneración ahora se usa para designar, no toda la obra de santificación, ni los primeros estados de esa obra comprendidos en la conversión, mucho menos la justificación o cualquier mero cambio externo de estado, sino el cambio instantáneo de la muerte espiritual a la vida espiritual.*”¹¹ En un

estudio de la doctrina de la regeneración, entonces, el investigador se interesa sólo por el aspecto de la salvación relacionado con la impartición de la vida eterna.

Otras obras importantes que pueden acompañarlo, anteceder a él o seguirlo inmediatamente deben considerarse como obras distintas de Dios.

2. La regeneración un acto del Espíritu Santo.

La regeneración por su naturaleza es únicamente una obra de Dios. Si bien a veces se considera como resultado, cada instancia presume o declara que el acto de regeneración fue un acto de Dios. Un número importante de Escrituras tratan sobre el tema de la regeneración (**Juan 1:13; 3:3-7; 5:21; Romanos 6:13; 2 Corintios 5:17; Efesios 2:5, 10; 4:24; Tito 3:5; Santiago 1:18; 1 Pedro 2:9**). Se afirma explícitamente que el regenerado “*no nace de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*” (**Juan 1:13**).

La regeneración se asemeja a la resurrección, que por su naturaleza es enteramente de Dios (**Juan 5:21; Romanos 6:13; Efesios 2:5**). En otros casos, se declara que la regeneración es un acto creativo, cuya naturaleza asume que es un acto de Dios (**Efesios 2:10; 4:24; 2 Corintios 5:17**). Puede verse claramente, entonces, que la regeneración siempre se revela como un acto de Dios realizado por Su propio poder sobrenatural aparte de todos los demás agentes.

La obra de regeneración se atribuye propiamente al Espíritu Santo. Como la obra de la gracia eficaz, la regeneración a menudo se atribuye a Dios sin distinción de Personas, y en varios casos se atribuye al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por separado. Se declara que la Primera Persona es la fuente de regeneración al menos en un caso (**Santiago 1:17-18**).

Cristo mismo está relacionado con la regeneración varias veces en las Escrituras (**Juan 5:21; 2 Corintios 5:17; 1 Juan 5:12**). Nuevamente, el Espíritu Santo es declarado el agente de la regeneración (**Juan 3:3-7; Tito 3:5**). Como en otras grandes empresas de la Deidad, cada Persona tiene una parte importante, de acuerdo con Su única esencia. Así como en el nacimiento de Cristo, donde todas las Personas de la Deidad se relacionaron con la concepción de Cristo, así en el nuevo nacimiento del cristiano la Primera Persona se convierte en el Padre del creyente, la Segunda Persona imparte Su propia vida eterna (**1 Juan 5:12**), y el Espíritu Santo, la Tercera Persona, actúa como el agente eficaz de la regeneración. La obra de regeneración puede ser asignada al Espíritu Santo tan definitivamente como la obra de salvación puede ser asignada a Cristo.

3. Regeneración la Impartición de la Vida Eterna.

Como la palabra misma implica, el pensamiento central en la doctrina de la regeneración es que se imparte la vida eterna. La regeneración satisface la necesidad creada por la presencia de la muerte espiritual. El método de impartición es, por supuesto, inescrutable. No hay ningún método visible o proceso discernible. Por su naturaleza es sobrenatural y por lo tanto su explicación está más allá del entendimiento humano. Las Escrituras al presentar la impartición de la vida eterna usan tres figuras para describirla.

La regeneración se presenta a veces en la figura del nuevo nacimiento. Como Cristo le dijo a Nicodemo: “*Os es necesario nacer de nuevo*” (**Juan 3:7**). En contraste con el nacimiento humano de filiación humana, uno debe nacer “de Dios” (**Juan 1:13**) para convertirse en un hijo de Dios. Según **Santiago 1:18**, “*Él nos engendró de su voluntad por la palabra de verdad, para que seamos como las primicias de sus criaturas*”. La figura es elocuente al retratar la relación íntima del hijo de Dios con su Padre celestial y en relacionar el tipo de vida que recibe el creyente en Cristo con la vida eterna que está en Dios.

Con frecuencia en las Escrituras, la regeneración se describe como resurrección espiritual. Se revela que el cristiano está “*vivo de entre los muertos*” (**Romanos 6:13**), y Dios “aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (**Efesios 2:5**). Cristo mismo dijo: “*De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán*” (**Juan 5:25**). El hecho de nuestra resurrección se convierte en la base de la exhortación frecuente a vivir como los resucitados de entre los muertos (**Romanos 6:13; Efesios 2:5-6; Colosenses 2:2; 3:1-2**). la

regeneración está determinada en gran medida por la actitud adoptada hacia la gracia eficaz. Los teólogos pelagianos y arminianos, sosteniendo como lo hacen la cooperación de la voluntad humana y la habilidad parcial de la voluntad a través de la gracia común o los poderes naturales, reconocen hasta cierto punto la presencia de medios en la obra de regeneración. Si se reconoce la incapacidad total del hombre y se cree en la doctrina de la gracia eficaz, se sigue naturalmente que la regeneración se realiza sin medios.

La teología reformada, de acuerdo con su doctrina de la gracia eficaz, ha sostenido que la voluntad humana en sí misma es ineficaz para producir cualquiera de los cambios inherentes a la salvación del alma. En relación con la fe, la voluntad humana puede actuar por medio de la gracia eficaz. La voluntad humana puede actuar incluso al margen de la gracia eficaz en la escucha del Evangelio. En el acto de la regeneración, sin embargo, la voluntad humana es enteramente pasiva. No hay cooperación posible. La naturaleza de la obra de regeneración prohíbe cualquier ayuda humana posible. Así como un niño en nacimiento natural es concebido y nace sin ninguna voluntad de su parte, así el hijo de Dios recibe el nuevo nacimiento sin ninguna voluntad de su parte. En el nuevo nacimiento, por supuesto, la voluntad humana no se opone a la regeneración y quiere creer por la gracia divina, pero este acto en sí mismo no produce un nuevo nacimiento. Así como en la resurrección del cuerpo humano de la muerte física, el cuerpo de ninguna manera ayuda a la obra de resurrección, así en la obra de regeneración, la voluntad humana es enteramente pasiva. No es que se deje de lado la voluntad humana, ni se renuncia a la responsabilidad humana de creer. Es más bien que la regeneración es enteramente una obra de Dios en un corazón creyente.

Todos los demás medios están igualmente excluidos en la obra de regeneración. Si bien la regeneración suele estar precedida por varios antecedentes, como la obra de la gracia común y las influencias que la acompañan, estos deben distinguirse claramente de la regeneración. Incluso la obra de la gracia eficaz, aunque simultánea con la regeneración e indispensable para ella, no efectúa en sí misma la regeneración. La gracia eficaz sólo hace posible y cierta la regeneración. La regeneración en su misma naturaleza es instantánea, un acto inmediato de Dios, y en la naturaleza de un acto instantáneo, ningún medio es posible. El hecho de que la regeneración se revela consistentemente como un acto de Dios y la revelación bíblica de la doctrina de la gracia eficaz son evidencia suficiente para excluir la posibilidad del uso de medios para efectuar la regeneración.

5. Regeneración No Experimental.

Hasta que el asunto haya sido considerado cuidadosamente, es sorprendente pensar que la regeneración no es experimental. En el testimonio cristiano, mucho se ha dicho de la experiencia de la regeneración. Si la regeneración es instantánea y un acto de voluntad divina, se sigue que la regeneración en sí misma no es experimental. Puede concederse libremente que abundantes fenómenos experimentales siguen al acto del nuevo nacimiento. Las experiencias de un cristiano normal lleno del Espíritu pueden seguir inmediatamente al nuevo nacimiento. Este hecho no altera el carácter no experimental de la regeneración. Si se admite que la regeneración es un acto instantáneo de Dios, es lógicamente imposible que sea experimental, ya que la experiencia involucra tiempo y secuencia de experiencia. Puede concluirse, por lo tanto, que ninguna sensación acompaña al acto del nuevo nacimiento, toda experiencia procede más bien de la regeneración consumada y brota de la nueva vida como su fuente. Por la naturaleza del caso, no podemos experimentar lo que no es verdadero, y la regeneración debe realizarse por completo antes de que se pueda encontrar la experiencia. Si bien el alma regenerada puede volverse inmediatamente consciente de la nueva vida, el acto de regeneración en sí mismo no está sujeto a experiencia o análisis, siendo el acto sobrenatural instantáneo de Dios.

La naturaleza no experimental de la regeneración, si se comprende, haría mucho para liberar a los no salvos de la noción de que una experiencia de algún tipo es antecedente a la salvación y, a su vez, evitaría que aquellos que buscan ganar almas esperen en forma parcial los frutos de la regeneración. salvación antes de que tenga lugar la regeneración. La noción popular de que uno debe sentirse diferente antes de ser salvo ha impedido que muchos tengan la sencillez de la fe en Cristo y la genuina regeneración que solo Dios puede efectuar.

Lamentablemente, la naturaleza no experimental de la regeneración también ha abierto la puerta a la enseñanza de la regeneración infantil tal como lo sostiene la Iglesia Luterana. Se argumenta que, si la regeneración no es experimental, no hay una razón válida por la que los bebés no puedan regenerarse. Incluso Shedd aprueba la idea de la regeneración infantil sobre la

base de que la regeneración no es experimental en la siguiente declaración: “La regeneración es una obra de Dios en el alma humana que está por debajo de la conciencia.

No hay sensación interna causada por ello. Ningún hombre fue jamás consciente de ese acto instantáneo del Espíritu Santo por el cual fue hecho una nueva criatura en Cristo Jesús. Y puesto que la obra es sólo de Dios, no hay necesidad de que el hombre sea consciente de ella. Este hecho coloca al infante y al adulto en el mismo plano, y hace que la regeneración del infante sea tan posible como la de los adultos. La regeneración infantil se enseña en las Escrituras. **Lucas 1:15**, ‘*Será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre.*’ **Lucas 18:15, 16**, ‘*Dejen que los niños vengan a mí; porque de los tales es el reino de Dios.*’ **Hechos 2:39**, ‘*La promesa es para vuestros hijos.*’ **1 Corintios 7:14**, ‘*Ahora vuestros hijos son santos.*’ La regeneración infantil también se enseña simbólicamente. (a) Por la circuncisión infantil en el Antiguo Testamento; (b) Por el bautismo de infantes en el Nuevo Testamento.”¹² Es dudoso que alguno de los textos de prueba ofrecidos por Shedd realmente pruebe la regeneración de infantes. Si bien es cierto que muchos cristianos nunca conocen una experiencia de crisis a la que se pueda atribuir el acto del nuevo nacimiento, no existe una garantía bíblica cierta para afirmar la regeneración infantil, al menos en la era actual. El patrón normal para la regeneración es que ocurre en el momento de la fe salvadora. Jamás se dirige un llamamiento a los hombres para que crean porque ya están regenerados. Es más bien que deben creer y recibir la vida eterna. A los cristianos definitivamente se les dice que antes de aceptar a Cristo estaban “*mueritos en vuestros delitos y pecados*” (**Efesios 2:1**). El caso de los que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad es un problema diferente. La posición adecuada parece ser que los infantes son regenerados en el momento de su muerte, no antes, y si viven hasta la madurez, son regenerados en el momento en que aceptan a Cristo. El bautismo de infantes, ciertamente, no es eficaz para efectuar la regeneración, y la posición reformada contrasta con la luterana en este punto. La doctrina de la regeneración infantil, si se cree, la confunde tanto como para robarle todo su carácter decisivo. Nadie debe ser declarado regenerado si no puede ser declarado salvo por toda la eternidad.

6. El efecto de la regeneración.

La obra de regeneración es tremenda en sus implicaciones. Un alma una vez muerta ha recibido la vida eterna que caracteriza el ser de Dios. El efecto de la regeneración se resume en el hecho de la posesión de la vida eterna. Todos los demás resultados de la regeneración son en realidad una ampliación del hecho de la vida eterna. Mientras que la vida misma es difícil de definir, y la vida eterna es inmaterial, ciertas cualidades pertenecen a cualquiera que es regenerado en virtud del hecho de que la vida eterna mora en él.

a. Una nueva naturaleza.

En la naturaleza de la vida eterna, implica ante todo la creación de una naturaleza divina en la persona regenerada. Sin erradicar la vieja naturaleza con su capacidad y voluntad de pecado, la nueva naturaleza tiene en sí el anhelo de Dios y Su voluntad que podríamos esperar que resultara de la vida eterna. La presencia de la nueva naturaleza constituye un cambio fundamental en la persona que se denomina “creación” (2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15) y “hombre nuevo” (**Efesios 4:24**). Un cambio drástico en la forma de vida, actitud hacia Dios y las cosas de Dios, y en los deseos del corazón humano puede esperarse de quien recibe la nueva naturaleza.

La nueva naturaleza que es parte de la regeneración no debe confundirse con la naturaleza sin pecado de Adán antes de la caída.

La naturaleza de Adán era una naturaleza humana no probada e inocente de pecado. No tenía como fuente y determinación de su naturaleza la vida eterna que se otorga a una persona regenerada. La naturaleza humana de Adán estaba abierta al pecado ya la tentación y era pecable. Es dudoso que la naturaleza divina otorgada en conexión con la regeneración esté alguna vez involucrada directamente en el pecado.

Si bien las Escrituras son claras en cuanto a que una persona regenerada puede pecar, y peca, el lapso se remonta a la naturaleza pecaminosa, aunque el acto es de toda la persona. Esto no debe confundirse con varias declaraciones en el sentido

de que un cristiano puede ser sin pecado o incapaz de pecar. El estado de perfección sin pecado nunca se puede alcanzar hasta que la naturaleza pecaminosa sea echada fuera, y esto se logra solo a través de la muerte del cuerpo físico o la transformación del cuerpo sin muerte en el rapto.

Incluso la nueva naturaleza, aunque nunca el origen del pecado no tiene la capacidad suficiente para conquistar la vieja naturaleza. El poder para la victoria reside en la presencia de Dios que mora en nosotros. La nueva naturaleza proporciona la voluntad de hacer la voluntad de Dios, y el poder de Dios proporciona la capacidad para lograr este fin a pesar de la pecaminosidad innata de la naturaleza pecaminosa. El estado de estar en la voluntad de Dios se alcanza cuando la voluntad de la nueva naturaleza se realiza plenamente. La vida eterna y la nueva naturaleza son inseparablemente unida, la naturaleza correspondiente a la vida que la trae a la existencia.

b. Una nueva experiencia.

Si bien la regeneración en sí misma no es experimental, es la fuente de la experiencia. El acto de impartición de la vida eterna siendo instantáneo no puede ser experimentado, pero la presencia de la vida eterna después de la regeneración es la fuente de la nueva experiencia espiritual que podría esperarse. La nueva vida trae consigo una nueva capacidad. La persona que antes de la regeneración estaba muerta espiritualmente y ciega a la verdad espiritual, ahora está viva para un nuevo mundo de realidad. Así como un ciego contempla por primera vez las bellezas del color y la perspectiva cuando recupera la vista, así el alma recién nacida contempla la nueva revelación de la verdad espiritual. Por primera vez es capaz de comprender el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo. Ahora puede disfrutar de las intimidades de la comunión con Dios y la libertad en la oración. Como su vida está bajo el control del Espíritu Santo, puede manifestar el fruto del Espíritu, totalmente ajeno al hombre natural. Todo su ser tiene nuevas capacidades para el gozo y el dolor, el amor, la paz, la guía y toda la multitud de realidades del mundo espiritual. Si bien la regeneración no es una experiencia, es el fundamento de toda experiencia cristiana. Esto exige a la vez que la regeneración sea inseparable de la salvación, y que la regeneración se evidencie en las experiencias normales de una vida cristiana entregada. La regeneración que no desemboca en la experiencia cristiana puede ser cuestionada.

C. Seguridad eterna.

Una de las muchas razones de la confusión en la doctrina de la regeneración es el intento de evitar la conclusión inevitable de que un alma, una vez genuinamente regenerada, se salva para siempre. El otorgamiento de la vida eterna no puede ser revocado. Declara el propósito inmutable de Dios de llevar a la gloria a la persona regenerada. Nunca en las Escrituras encontramos a alguien regenerado por segunda vez. Si bien los cristianos pueden perder gran parte de una experiencia espiritual normal a través del pecado y necesitan desesperadamente la confesión y la restauración, el hecho de la regeneración no cambia. En última instancia, las experiencias de esta vida son solo antecedentes de las experiencias más amplias que tendrá la persona regenerada después de la liberación de la presencia y la tentación del pecado. La regeneración tendrá su máxima manifestación cuando la persona regenerada sea completamente santificada y glorificada. Nuestras experiencias presentes, limitadas como están por la presencia de una naturaleza pecaminosa y un cuerpo pecaminoso, son solo una representación parcial de las glorias de la vida eterna. A través de las experiencias de la vida, sin embargo, el hecho de la regeneración debe ser una fuente de esperanza constante y confianza permanente *“que el que comenzó la buena obra... la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (**Filipenses 1:16**).

Dallas, Texas

(Serie que continuará en el Número de octubre-diciembre de 1941)

1 Teología sistemática, vol. II, pág. 683.

2 Capítulo X.

3 En. cit., vol. II, pág. 680.

- 4 Teología Sistemática, pp. 792-793.
5 En. cit., vol. II, pág. 683.
6 En. cit., vol. II, págs. 705-706.
Teología cristiana, vol. II, págs. 329-330.
7 Ibid., pág. 237.
8 Op. cit., vol. 3, págs. 3-5.
10 Teología dogmática, vol. II, pág. 494.
11 Op. cit., vol. III, pág. 5.
12 arriba. cit., vol. II, págs. 505-506.

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

<http://www.walvoord.com>

O

<http://biblia.org/>

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 7

La Obra del Espíritu Santo en la Salvación

(Continuación del Número de julio-septiembre de 1941)

[Nota del autor: Este artículo presenta la segunda mitad de la discusión de la obra del Espíritu Santo en la salvación. En el artículo anterior se consideró su obra en gracia eficaz y regeneración. Aquí se presenta la obra del Espíritu Santo en el bautismo, en la morada y en el sellamiento. El próximo artículo comenzará el tratamiento de la obra del Espíritu Santo en el creyente.]

{Nota del editor: las notas al pie en la edición impresa original estaban numeradas del 13 al 15, pero en esta edición electrónica están numeradas del 1 al 3 respectivamente.}

tercero El bautismo del Espíritu Santo

Introducción.

De las diversas obras del Espíritu Santo relacionadas con la salvación del creyente, la obra del bautismo es la más difícil de presentar. Si bien en su naturaleza es mucho más simple que la obra de la gracia eficaz, se le ha dado una interpretación tan divergente que su carácter esencial es ampliamente malinterpretado. La diferencia de opinión que existe sobre esta doctrina se encuentra a menudo entre escritores que están esencialmente de acuerdo sobre la doctrina del Espíritu Santo en su conjunto, y al mismo tiempo, la actitud de cualquier escritor sobre la doctrina del bautismo del Espíritu Santo bien puede considerarse una base definitiva para clasificar toda su posición.

La confusión que prevalece en el tratamiento de esta doctrina tiene su origen en muchos factores. La principal causa de desacuerdo se encuentra en la falta común de comprender la naturaleza distintiva de la Iglesia. Muchos teólogos consideran a la Iglesia como un grupo universal de santos de todas las épocas, y algunos extienden incluso estos límites para incluir en la concepción a todos los que le pertenecen externamente, aunque no sean salvos. Si se mantiene este concepto de la naturaleza de la Iglesia, el bautismo del Espíritu Santo no tiene relación con él. Como este ministerio no se encuentra en el Antiguo Testamento y no está incluido en ninguna profecía sobre el milenio, es peculiarmente la obra del Espíritu Santo para la era presente, comenzando con Pentecostés y terminando con la resurrección de los justos cuando la Iglesia viviente es raptada. Sin embargo, si

la Iglesia se define únicamente como los santos de esta época, la obra del Espíritu Santo al bautizar a todos los verdaderos creyentes en el cuerpo de Cristo adquiere un nuevo significado. Se convierte en la marca distintiva de los santos de la época actual, el secreto de la peculiar intimidad y relación de los cristianos con el Señor Jesucristo. Por lo tanto, es esencial para una doctrina adecuada del bautismo del Espíritu Santo que se reconozca como la característica distintiva de la Iglesia, el cuerpo de Cristo.

Otras fuentes de confusión en esta doctrina son múltiples. El bautismo está incorrectamente relacionado con otros ministerios del Espíritu, como la morada del Espíritu o la regeneración. Estas obras son simultáneas en el tiempo con la obra del bautismo, pero deben distinguirse claramente en su naturaleza. El bautismo a menudo se identifica con la llenura del Espíritu Santo. Escritores particularmente antiguos como el pastor DH Dolman¹ utilizan la expresión bautismo como sinónimo de llenura. Si bien su enseñanza puede ser de gran ayuda, como en el caso del pastor Dolman, la terminología es confusa y, en el caso de algunos escritores, al final resulta en una enseñanza no bíblica.

Una seria desviación de la verdad se encuentra en el intento de algunos de los movimientos de santidad de vincular el bautismo del Espíritu con ciertos dones espirituales temporales y su ejercicio. Los actos especiales de revelación que ocurrieron en la Iglesia primitiva y el fenómeno de hablar en lenguas no deben confundirse con el bautismo del Espíritu Santo. Si bien estas ministraciones especiales del Espíritu ocurrieron solo a los salvos, no deben esperarse como las señales habituales que acompañan al bautismo del Espíritu Santo. Particularmente objetable es la enseñanza de que el bautismo es una obra del Espíritu posterior a la salvación y que implica una santificación especial.

Debido al laberinto de opiniones contradictorias sobre la doctrina del bautismo del Espíritu Santo, el estudiante del tema debe permanecer cerca de las Escrituras, evitando particularmente las suposiciones que las Escrituras no justifican. Las Escrituras presentan la doctrina en suficientes pasajes para permitir que el estudiante cuidadoso llegue a un entendimiento exacto de la verdad. En total, hay once referencias específicas al bautismo espiritual en el Nuevo Testamento (**Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33; Hechos 1:5; 11:16; Romanos 6:1-4; 1 Corintios 12:13; Gálatas 3,27; Efesios 4:5; Colosenses 2:12**). Todas las referencias anteriores a Pentecostés son proféticas. Todas las referencias posteriores a Pentecostés tratan el bautismo del Espíritu Santo como una realidad existente. El pasaje principal, que puede tomarse como base de interpretación de los otros pasajes, es **1 Corintios 12:13**.

1. Bautismo del Espíritu Santo Universal entre los cristianos.

Uno de los conceptos erróneos que prevalecen sobre el bautismo del Espíritu Santo es la noción de que es un ministerio especial del que disfrutaban sólo unos pocos cristianos. Por el contrario, las Escrituras aclaran que todo cristiano es bautizado por el Espíritu Santo en el momento de la salvación. La salvación y el bautismo son, por tanto, coextensivos, y es imposible salvarse sin esta obra del Espíritu Santo. Esto se afirma expresamente en el pasaje central de la doctrina: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, seamos judíos o gentiles, seamos esclavos o libres; y a todos se os dio a beber de un mismo Espíritu."

Es evidente de este pasaje que todos los cristianos son bautizados por el Espíritu Santo, y que todos los que entran en el número del cuerpo de Cristo lo hacen porque son bautizados por el Espíritu. Cabe señalar que este pasaje se encuentra en una epístola dirigida a una iglesia que es culpable de pecados graves, de divisiones y deserción de la fe. Sin embargo, se les recuerda que son bautizados por el Espíritu. Esta obra del Espíritu no se dirige a los que están libres de culpa, ni se enarbola como objetivo o altura a alcanzar. Más bien se afirma que es la obra universal del Espíritu en cada creyente, mencionado a menudo (**Hechos 2:47; 1 Corintios 6:15; 12:12-14; Efesios 2:16; 4:4, 5, 16; 5:30-32; Colosenses 1:24; 2:19**). Cristo se revela como Cabeza de su cuerpo (**1 Corintios 11:3; Efesios 1, 22, 23; 5, 23, 24; Colosenses 1:18**). La obra de Cristo nutriendo Su cuerpo se menciona en al menos tres pasajes (**Efesios 5:29; Filipenses 4:13; Colosenses 2:19**). La santificación del cuerpo de Cristo se revela en **Efesios 5:25-27**, e indirectamente se infiere en muchos otros pasajes. También se

encuentran Escrituras ampliadas sobre la doctrina de los dones de Cristo a su cuerpo (**Romanos 12:3-8; 1 Corintios 12:27, 28; Efesios 4:7-16**). La doctrina de la Iglesia como el cuerpo de Cristo es una doctrina principal del Nuevo Testamento.

La obra del bautismo asegura la unidad de los diversos miembros del cuerpo. Sin distinción de raza o cultura, todos los verdaderos creyentes están unidos en una unión viva en el cuerpo de Cristo. Se hace mención frecuente de este hecho en las Escrituras, y su base es el bautismo del Espíritu. La unión efectuada, sin embargo, no es aquella en la que los individuos se pierden en la masa. Es más bien una asignación soberana de Dios, en la que a cada creyente se le da su lugar distinto en el cuerpo de Cristo. Cada creyente es esencial para la armonía y la perfección del todo. El cuerpo está "bien unido" (Efesios 4:16). Una comprensión de la doctrina básica del bautismo del Espíritu Santo es necesaria, entonces, para comprender no solo el origen de la Iglesia, sino también su funcionamiento y arreglo soberano.

2. Bautismo en Cristo.

Íntimamente relacionado con el hecho de que el bautismo por el Espíritu trae al creyente al cuerpo de Cristo, está la verdad inseparable de que el bautismo también coloca al creyente en Cristo mismo. Cristo anticipó esta verdad cuando pronunció las palabras: "*En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros*" (**Juan 14:20**). La relación "*vosotros en mí*" se logró a través del bautismo del Espíritu. Difícilmente se puede exagerar la importancia de esta posición y el alcance de sus implicaciones. Antes de la salvación, el individuo estaba en Adán, participando de la naturaleza de Adán, el pecado,

y destino En la salvación, el creyente es removido de su posición en Adán y es colocado en Cristo. Todos los detalles de su salvación brotan de esta nueva posición. Su justificación, santificación, liberación, acceso a Dios, herencia y glorificación son reales y posibles debido a la posición del creyente en Cristo. La falta de reconocimiento de la importancia y el significado de esta doctrina ha dado lugar a muchas enseñanzas falsas y ha negado a muchos cristianos el gozo de su salvación.

El bautismo en Cristo es principalmente identificación. El creyente se identifica con Cristo en Su justicia, Su muerte, Su resurrección y Su glorificación. El muy discutido pasaje de **Romanos 6:1-4**, si se aborda con estas doctrinas en mente, se convierte en una clara declaración de la identificación del creyente con Cristo en Su obra suprema de muerte y resurrección: "*No sabéis que muchos de nosotros, como fuimos bautizados en Jesucristo, fuimos bautizados en su muerte? Por tanto, somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva*" (**Romanos 6:3-4**). Antes de que se pudiera administrar el bautismo en agua a los conversos, ya era un hecho la gloriosa realidad de la identificación con Cristo, hecha realidad el momento de la fe salvadora. Habiendo sido unido a Cristo por el bautismo del Espíritu, el creyente se identifica con la obra de Cristo en la cruz y Su triunfo en la resurrección. El bautismo en agua es el símbolo del bautismo del Espíritu que efectuó la identificación, pero no es la descripción del resultado de esta identificación, ni del proceso de salvación. Es una triste reflexión sobre el discernimiento espiritual de la iglesia observar el énfasis histórico sobre el sacramento sin el reconocimiento del bautismo del Espíritu Santo que debería representar. En manos humanas, el sacramento se ha convertido en una fuerza divisoria en la iglesia en lugar de la representación de la unidad del cuerpo de Cristo y su identificación con Cristo. Cuán importante y cuán preciosa es la verdad de que el creyente está en Cristo mismo con todo lo que conlleva esta posición.

Un pasaje que acompaña a **Romanos 6:3-4** es el de **Colosenses 2:12**: "*Sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también habéis resucitado con él por la fe en la operación de Dios, que le resucitó de los muertos*". La revelación en Colosenses es complementaria a la de Romanos. Aquí se añade el pensamiento de que somos identificados con Cristo en Su sepultura. El aspecto de la sepultura está incluido en el Evangelio esencial (**1 Corintios 15:4**). Su significado es el de finalidad. La sepultura de Cristo deja en claro la certeza de Su muerte y la consumación de Su sacrificio. El creyente va con Cristo a la tumba y allí se vuelve muerto al pecado y en la resurrección se vuelve vivo para Dios.

El bautismo en Cristo no es solo identificación; es también una unión de vida. A través de la regeneración, el creyente participa de la vida eterna. Está unido a Cristo no sólo por el cómputo divino, sino también en la realidad de la vida común. Es la unidad

viviente de la Cabeza y el cuerpo, compartiendo una sola vida vital y eterna. De esta realidad brotan muchas verdades maravillosas. Es el fundamento de la comunión, la fructificación, la fuerza para la victoria y la dirección de la Cabeza del cuerpo. Los dos aspectos del bautismo en Cristo son inseparables y se fusionan en una sola entidad. Cristo se convierte en la esfera en la que vive el creyente. Como bien ha escrito el Dr. Lewis Sperry Chafer: *“Una esfera es lo que rodea un objeto por todos lados y puede incluso penetrar ese objeto. Estar dentro de una esfera es participar de todo lo que es y todo lo que imparte. Así el pájaro está en el aire, y el aire está en el pájaro; el pez está en el agua y el agua está en el pez; el hierro está en el fuego y el fuego está en el hierro. Asimismo, en el ámbito espiritual, Cristo es la esfera de la posición del creyente. Él abarca, rodea, encierra y mora en el creyente. El creyente está en Cristo, y Cristo está en el creyente. A través del bautismo con el Espíritu, el cristiano se ha convertido en una parte orgánica de Cristo tanto como la rama es parte de la vid, o el miembro es parte del cuerpo. Estando así unido a Cristo, el Padre ve al salvado sólo en Cristo, o como una parte viva de Su propio Hijo, y lo ama como Él ama a Su Hijo (Efesios 1:6; Juan 17:23).”*²

3. Bautismo del Espíritu Santo Solamente en Esta Dispensación.

Los teólogos generalmente no se han dado cuenta de la importancia del bautismo del Espíritu Santo. Esto surge de muchas causas. Al propósito distintivo de Dios para la Iglesia a menudo no se le da el lugar que le corresponde. Las esferas contrastantes de la ley, la gracia y el reino a menudo se confunden. La obra del Espíritu Santo en el bautismo, si se la comprende correctamente, contribuiría mucho a corregir estos errores. Es la única obra del Espíritu Santo que se encuentra únicamente en la presente dispensación. Otros ministerios se duplican en épocas pasadas o futuras. La obra del bautismo es, por lo tanto, de gran importancia. Por el acto del bautismo del Espíritu Santo, la era actual comenzó en el día de Pentecostés. Por un acto del Espíritu Santo, algún día futuro la Iglesia recibirá su última añadidura, y Cristo vendrá a recibirla consigo. Estos hechos se aclaran en el testimonio de las Actas.

Solo se encuentran dos referencias al bautismo por el Espíritu Santo en Hechos (**Hechos 1:5; 11:16**), y estos pasajes son complementarios. En **Hechos 1:5**, Cristo, en Sus palabras de despedida a Sus discípulos, dijo: *“Porque Juan verdaderamente bautizó con agua; más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”* Dos hechos importantes aparecen en esta declaración: (1) Hasta ese momento el Espíritu Santo no los había bautizado; (2) recibirían el bautismo del Espíritu Santo en unos pocos días: *“dentro de no muchos días”*. Se les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que fueran bautizados por el Espíritu Santo (**Hechos 1:4**). Los indicios son inequívocos de que esta profecía se cumplió el día de Pentecostés. El poder de testificar, aunque no conectado con el bautismo del Espíritu, estuvo presente el día de Pentecostés, y los discípulos inmediatamente comenzaron la obra que Cristo especificó como su programa en **Hechos 1:8**, y ya no sintieron ninguna necesidad de permanecer en Jerusalén esperando una obra del Espíritu. Según **Hechos 2:4**, el día de Pentecostés, los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo. Siendo ésta una obra limitada a los salvados en este siglo, y siendo todos los salvados bautizados por el Espíritu Santo (**1 Corintios 12:13**), se sigue que los creyentes fueron bautizados en el mismo instante que los demás importantes ministerios del Santo Espíritu fueron iniciados en ellos.

El segundo pasaje de **Hechos 11:16** confirma el testimonio de **Hechos 1:5**. Al recitar el incidente de la conversión de Cornelio, Pedro dijo: “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de la palabra del Señor, que dijo: Ciertamente Juan bautizó con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Así que, por cuanto Dios les dio el mismo don que nos dio a nosotros, que creímos en el Señor Jesucristo; ¿Qué era yo, que podía resistir a Dios? (**Hechos 11:15-17**). Al hacer esta declaración, Pedro está afirmando claramente que **Hechos 1:5** ya se había cumplido *“al principio”*, sin duda una referencia a Pentecostés. La prueba de que Cornelio y su casa habían sido bautizados por el Espíritu Santo se encuentra en el hecho de que hablaron en lenguas (**Hechos 10:46**). Esto ha sido malinterpretado por muchos que han inferido de este hecho que existe una relación directa entre el bautismo del Espíritu Santo y el hablar en lenguas.

El día de Pentecostés comenzaron simultáneamente varios ministerios del Espíritu Santo. Sin duda, los nuevos conversos en la casa de Cornelio, como los conversos del día de Pentecostés, incluidos los apóstoles, fueron regenerados, habitados, sellados y llenos del Espíritu en el mismo momento en que fueron bautizados con el Espíritu. La evidencia de que alguna

parte de la obra de salvación se ha realizado en un individuo puede tomarse como evidencia de que los otros ministerios universales del Espíritu también están presentes. En consecuencia, cualquier señal externa de salvación puede tomarse como evidencia del bautismo del Espíritu Santo, aunque no haya una conexión directa. Es claro que solo los cristianos hablaban en lenguas, y la presencia de este fenómeno fue suficiente para justificar a Pedro al concluir que la casa de Cornelio fue salva y por lo tanto bautizada por el Espíritu. Es significativo que el hablar en lenguas se encuentre en Hechos particularmente donde se necesitaba una fuerte seguridad de la realidad de la salvación y la verdad del Evangelio. Así, en el día de Pentecostés, este fenómeno se hace presente, y nuevamente en el caso de Cornelio donde el Evangelio se extiende gratuitamente a los gentiles. El hablar en lenguas se cuenta con los dones espirituales temporales otorgados en el período apostólico. Surgió del ministerio del Espíritu al llenar al creyente, más que de cualquiera de los ministerios universales para los salvos. En realidad, no hay más conexión entre el bautismo del Espíritu y el hablar en lenguas que la que hay entre hablar en lenguas y la regeneración o justificación. Todos están dentro de la esfera del ministerio a los salvos.

De las dos referencias al bautismo del Espíritu Santo en los Hechos, se puede concluir con seguridad que este ministerio nunca se encuentra antes de Pentecostés y que ocurre simultáneamente con los otros ministerios del Espíritu dados a todos los que creen en el momento en que colocan la salvación. fe en Cristo. También está claro que el bautismo no ocurrió de una vez por todas en el día de Pentecostés como han inferido algunos escritores. James Gray, por ejemplo, afirma en su introducción a *Simple Talks on the Holy Spirit* de DH Dolman, "*En mi opinión, el bautismo del Espíritu Santo descendió sobre los discípulos el día de Pentecostés (Hechos 2) una vez y para siempre, y es de ese bautismo que todos los creyentes participan tan pronto como llegan a Cristo por fe.*"³ Es verdad que la obra de Cristo se cumplió de una vez por todas en la cruz, haciéndose efectiva para los individuos cuando se salvan, aunque el acto del sacrificio se cumplió de una vez por todas. Sin embargo, la obra del Espíritu Santo en el bautismo es diferente.

Es la unión activa de un alma al cuerpo de Cristo en un momento dado. Si bien se puede decir que Cristo murió por todos, incluso antes de que sean salvos, no se puede decir que los individuos son bautizados en el cuerpo de Cristo hasta que llegan al momento de la fe salvadora. Sin embargo, la obra del bautismo realizada en cualquier individuo se lleva a cabo de una vez por todas, y nunca se repite, no implica ningún proceso subsiguiente en sí mismo y nunca se mejora. La posición y unión efectuadas son perfectas desde el momento del bautismo. A lo largo de la era actual, todos los que se vuelven a Cristo en la fe son bautizados por el Espíritu Santo. Ninguna referencia a esto se encuentra en el Antiguo Testamento. En los Evangelios todas las referencias son proféticas. De nuevo, en todas las profecías del futuro reino no hay referencia al bautismo por el Espíritu. Puede concluirse que es, por lo tanto, una obra del Espíritu Santo que se encuentra sólo en la presente dispensación, una obra peculiar de la Iglesia, y que constituye la obra del Espíritu por la cual la Iglesia se forma y se une a Cristo para siempre.

4. El bautismo no es experimental.

Un estudio cuidadoso de los variados ministerios del Espíritu Santo revelará que solo la obra del Espíritu Santo en la llenura es experimental. La obra del Espíritu Santo en la regeneración, la morada, el sellamiento y el bautismo, mientras que la base para la llenura del Espíritu y toda experiencia subsiguiente, no es experimental en sí misma. Así como nadie jamás experimentó un proceso en la regeneración, nadie jamás experimentó un proceso en el bautismo del Espíritu. Varias consideraciones apuntan a esta conclusión.

El bautismo no es experimental por el hecho de que es universal entre los cristianos. No es una cuestión de madurez espiritual, entrega o adoctrinamiento. Todo creyente, aunque totalmente inconsciente de la realidad de la verdad hasta que se le enseña, es bautizado por el Espíritu tan pronto como se deposita la fe en Cristo. Es un hecho patente que la mayoría de los cristianos saben poco acerca del bautismo del Espíritu Santo. Las grandes realidades de la unión con Cristo y nuestra posición en Él se conocen sólo cuando son enseñadas por el Espíritu en un corazón rendido a Él. Si bien la experiencia puede desempeñar su papel en traer la seguridad de la salvación y, por lo tanto, la confianza en el hecho del bautismo por el Espíritu, el acto del Espíritu en sí mismo no se experimenta.

El bautismo no es experimental porque es una verdad posicional. Si bien nuestra posición en Cristo es la base de nuestra experiencia cuando nos rendimos al Espíritu, nuestra posición en sí misma no produce experiencia. Todos los cristianos tienen la misma posición en Cristo, pero muchos tienen poca experiencia espiritual. Si bien la experiencia puede variar y estar lejos de ser estática en cualquier individuo, la posición del creyente en Cristo permanece inalterablemente la misma. Es particularmente evidente que el acto original del Espíritu, al colocarnos en Cristo, no produjo ninguna sensación. La nueva vida que entró en nuestras almas puede haber traído una inundación del gozo de la salvación. La conciencia del perdón y la justificación puede haber aliviado el corazón bajo convicción. El acto de ser colocado en el cuerpo de Cristo, sin embargo, no fue experimentado en sí mismo.

La naturaleza misma del bautismo del Espíritu Santo prohíbe que sea experimental. Como un acto de Dios, es claramente instantáneo. No hay período de transición. El creyente es llevado de su posición en Adán a su posición en Cristo instantáneamente. En la naturaleza de cualquier acto instantáneo, no puede haber experiencia de proceso. Independientemente de lo que se haya sentido después de que se completó el bautismo del Espíritu Santo, el acto en sí no produjo ningún fenómeno experimental.

Si el bautismo del Espíritu Santo se ve correctamente en su carácter de acto instantáneo de Dios, elimina la doctrina de todos sus expositores erróneos que anticipan una experiencia inusual o fenomenal en relación con ella. Se convierte, en cambio, en un acto soberano de Dios en el que el alma es tomada hacia sí.

5. El bautismo un acto del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo ha sido reconocido como el agente del bautismo por la mayoría de los estudiantes de la doctrina. Sin embargo, a veces se encuentran objeciones a este pensamiento. Un estudio de los diversos pasajes que hablan del bautismo por el Espíritu revela que la preposición griega habitual que se usa es *ἐν*. De esto se ha inducido que somos bautizados no por el Espíritu, sino en el Espíritu.

Cristo es considerado como el actor, ya que se dice que Él es el que bautiza, y el Espíritu Santo es simplemente la esfera a la que venimos. Una interpretación estricta de la preposición conduciría a esta idea locativa. La misma preposición se usa, sin embargo, en sentido instrumental con suficiente frecuencia en la Escritura para librar al traductor de cualquier interpretación artificial (compare **Mateo 12:24; Lucas 22:49; Hebreos 11:37; Apocalipsis 2:16; 6:8; 13:10**). Cuando los fariseos dijeron: “*Este no echa fuera los demonios, sino por Beelzebub, el príncipe de los demonios*” (**Mateo 12:24**), es claro que consideraban al “*príncipe de los demonios*” como el que realizaba el milagro. Asimismo, cuando los discípulos preguntaron: “*Señor, ¿heriremos con la espada?*” (**Lucas 22:49**), tenían en mente el uso de la espada como instrumento, aunque la sostuviera una mano humana. En la obra del bautismo por el Espíritu, la preposición probablemente se usa en un sentido instrumental similar. Está claro, sin embargo, que todo el ministerio del Espíritu se lleva a cabo para el creyente por voluntad de Cristo. El Espíritu es Su agente y está haciendo Su obra. Se puede decir, por tanto, que somos bautizados por Cristo en el sentido de que Cristo envió el Espíritu. En consecuencia, las referencias al bautismo del Espíritu realizado por Cristo pueden interpretarse bajo esta luz. Como el acto de la espada en manos de un discípulo (Lucas 22:49) es a la vez el acto de la espada y el acto de los discípulos, por lo que la obra del bautismo, aunque realizada por el Espíritu Santo, también es una obra de Cristo.

La idea de ser introducido en la esfera del ministerio del Espíritu por el bautismo no queda excluida al hacer del Espíritu Santo el agente del bautismo. El acto de traer al creyente al cuerpo de Cristo, que es el concepto apropiado del bautismo, por su misma naturaleza también trae al creyente a la esfera del ministerio del Espíritu. En consecuencia, **1 Corintios 12:13** indica que “*a todos se nos ha dado a beber de un mismo Espíritu*”. Es probable que esto se refiera a la participación en el ministerio del Espíritu Santo. La obra del bautismo, sin embargo, es tanto una obra del Espíritu Santo como la regeneración o la convicción, y mientras haya una unidad indisoluble en las operaciones de la Trinidad, se debe tener cuidado en atribuir a cada Persona la agencia apropiada en los compromisos de Dios, si queremos evitar los errores del Unitarismo.

6. El Bautismo de Fuego.

Los cuatro Evangelios registran el testimonio de Juan el Bautista sobre el bautismo venidero por el Espíritu Santo (**Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33**). El testimonio de los evangelios sinópticos forma parte del mensaje de Juan Bautista al predecir la venida de Cristo. El ejemplo en Juan lleva la revelación adicional de que Cristo sería identificado por el descenso del Espíritu sobre Él. Todos los relatos dan a Cristo el carácter especial de Aquel que bautiza con el Espíritu Santo, y todos los relatos son de naturaleza profética.

Una revelación de especial interés es la declaración en dos de los Evangelios de que Cristo bautizaría con el Espíritu Santo “y con fuego” (**Mateo 3:11; Lucas 3:16**). Algunos expositores han señalado a Pentecostés como un cumplimiento, basándose en el hecho de que lenguas como de fuego se asentaron sobre cada uno de ellos reunidos en el aposento alto. Otros han imaginado la posibilidad de que esta sea una experiencia presente, un segundo Pentecostés. Sin embargo, un examen cuidadoso de las referencias en los Evangelios parece descartar ambas interpretaciones. El contexto de los pasajes apunta al juicio, cuyo carácter podría cumplirse solo en la segunda venida de Cristo y el establecimiento del reino. Mientras que la era de la Iglesia es introducida por el bautismo del Espíritu, la era del reino será introducida con un bautismo de fuego. En las epístolas nunca se encuentra ninguna referencia al bautismo por fuego, y el uso del fuego generalmente se refiere al juicio futuro en la mayoría de los casos. Si bien los pasajes sobre el bautismo de fuego no se explican definitivamente en la Palabra de Dios, es seguro concluir que no existe una aplicación actual del bautismo de fuego, y que se hace referencia al juicio futuro del mundo por parte de Cristo mismo en Su segundo advenimiento. antes. La nueva posición del cristiano es un desafío e incentivo para una vida piadosa y la base de la victoria sobre el pecado.

7. Una Nueva Asociación.

Debido a la nueva unión y nueva posición del cristiano, a través del bautismo del Espíritu, él es llevado a muchas asociaciones nuevas. Su asociación con la Trinidad es infinitamente maravillosa, a realizarse plenamente en las edades futuras, pero formando un aspecto importante de su experiencia presente si está lleno del Espíritu. Se altera la antigua asociación del cristiano con el mundo, y por la gracia el cristiano puede ser librado del poder del sistema del mundo, aunque permanezca en el mundo y esté sujeto a su gobierno. En esta nueva asociación, el cristiano es objeto del ataque de Satanás en el sentido especial en que Satanás está atacando a Dios mismo y todo lo que pertenece a Dios. El cristiano necesita el poder liberador de Dios al enfrentarse a este nuevo enemigo. Las Escrituras trazan muchos otros aspectos de la asociación del creyente. Se declara su relación con la iglesia organizada. La relación de padres e hijos, esposos y esposas, amos y sirvientes, y otras relaciones similares se notan en las Escrituras. A menudo se mencionan los deberes particulares de un cristiano al vivir con otros cristianos, incluida la relación del cristiano con su hermano pecador, con los hermanos débiles en la fe o en la práctica, y con los hermanos que reprenden o corrigen. Por la nueva asociación del cristiano bautizado por el Espíritu, se reclama una nueva norma de conducta basada en su posición en la gracia, conforme a la rica provisión de Dios. En resumen, cada aspecto de la vida del cristiano cambia debido al bautismo del Espíritu. La importancia de esta doctrina, entonces, para el cristiano y el teólogo no puede ser sobreestimada.

IV. La morada del Espíritu Santo

Introducción.

Una de las características distintivas de la dispensación de la gracia en contraste con períodos anteriores es el hecho de que el Espíritu Santo mora en todos los que son regenerados. Solo en el período venidero del reino en la tierra habrá tal despliegue de bendición divina que todo el que sea salvo será habitado por el Espíritu Santo. La doctrina del Espíritu que mora en nosotros es sumamente importante como fundamento de los muchos ministerios del Espíritu para los salvos en esta era. La obra del Espíritu

en la llenura está universalmente disponible para aquellos que se rinden a Dios en virtud de la presencia permanente del Espíritu en cada corazón. El hecho de Su presencia es una rica doctrina en su amplio significado.

1. La morada del Espíritu Santo Universal entre los cristianos.

A veces se representa que la presencia del Espíritu Santo en la vida del cristiano es evidencia de poderes o sumisión inusuales. Por el contrario, las Escrituras representan a cada cristiano como poseedor del Espíritu. El hecho de Su morada se menciona en muchos pasajes (**Juan 7:37-39; Hechos 11:17; Romanos 5:5; 8:9, 11; 1 Corintios 2:12; 6:19, 20; 12:13; 2 Corintios 5:5; Gálatas 3:2; 4,6; 1 Juan 3:24; 4:13**). En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo vino a hacer de la Iglesia Su residencia, morando en cada creyente. Varias consideraciones apuntan a la doctrina de que el Espíritu Santo mora en cada cristiano.

a. Ausencia del Espíritu Santo Prueba de condición de no salvo.

Una de las evidencias positivas para la morada universal entre los cristianos es la clara declaración de **Romanos 8:9**: “*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él*”. La posesión del Espíritu que ha sido enviado por Cristo mismo y dado a cada cristiano es necesaria para ser salvo y pertenecer a Cristo. En consecuencia, los no salvos son descritos como “*no teniendo el Espíritu*” (**Judas 19**).

b. Los cristianos pecadores poseen el espíritu que mora en ellos.

Nunca en la dispensación de la gracia se les advierte a los cristianos que la pérdida del Espíritu ocurrirá como resultado del pecado. Por el contrario, en el caso notable de la iglesia de Corinto, se les exhorta a vivir una vida piadosa y abandonar el pecado porque el Espíritu mora en ellos: “*¿Qué? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?*” (**1 Corintios 6:19**). La inferencia es clara de que la presencia del Espíritu mora incluso en los corazones de los cristianos que no se rinden y viven en pecado. Si bien la sumisión sigue siendo una condición para la llenura del Espíritu, la morada del Espíritu es incondicional para los cristianos genuinos.

C. El Espíritu Santo un Don.

El Espíritu Santo es mencionado en muchos casos como un don” (**Juan 7:37-39; Hechos 11:17; Romanos 5:5; 1 Corintios 2:12; 2 Corintios 5:5**). Un regalo por su naturaleza se otorga sin mérito. El don del Espíritu Santo nunca se menciona como una recompensa justa; su única condición es que Cristo sea recibido como Salvador. Se sigue, por tanto, que es un don universal entre los cristianos.

d. El Alto Estándar de Gracia Requiere Habilidad Sobrenatural.

Una prueba más de la universalidad del Espíritu que mora en nosotros se encuentra en el hecho de que Su presencia se presupone en el alto nivel de vida revelado en las epístolas para los cristianos. Cristo predijo que “*ríos de agua viva*” fluirían del interior del cristiano (**Juan 7:37-39**). El flujo de bendición y capacitación proviene del interior del cristiano y no de una influencia externa. Cristo insinuó que la enseñanza apostólica se basaría en ella y que la obra del Espíritu estaría dentro del cristiano. A partir de estas diversas evidencias, la revelación bíblica es clara de que la morada del Espíritu Santo es una bendición universalmente poseída por todos los cristianos, así como todos los cristianos son regenerados y bautizados por el mismo Espíritu.

2. Pasajes problemáticos.

La doctrina de la presencia del Espíritu Santo que mora en nosotros es comparativamente simple en su declaración y en su contenido principal. Sin embargo, la doctrina ha estado sujeta a muchos malentendidos, todo lo cual cede a un estudio cuidadoso de

cada pasaje problemático. Un total de siete pasajes han sido objeto de graves interpretaciones erróneas (**1 Samuel 16:14; Salmo 51:11; Lucas 11:13; Hechos 5:32; 8:14-20; 19:1-6; 1 Juan 2:20 , 27**).

a. Pasajes dispensacionalmente mal aplicados.

El problema de los tres pasajes resulta de la falsa suposición de que la obra del Espíritu Santo es la misma en cada dispensación. El hecho de que el Espíritu Santo partiera de Saúl prueba solamente que esto era posible en el Antiguo Testamento cuando el Espíritu Santo no moraba en todos los santos (**1 Samuel 16:14**). La oración de David (**Salmo 51:11**) para que no se le quitara el Espíritu Santo fue en vista de la posibilidad de que esto pudiera ocurrir como resultado del pecado, como en el caso de Saúl. La oración de David no es apropiada para el cristiano a quien se le ha dado toda seguridad de que el Espíritu es un don permanente. Cristo introdujo la posibilidad, aparentemente limitada a sus seguidores inmediatos durante su vida en la tierra, de que el Espíritu Santo sería dado a aquellos que lo pidieran (**Lucas 11:13**). No tenemos constancia de que los discípulos alguna vez cumplieron esta promesa y, en contraste, tenemos la promesa de Cristo de que el Espíritu moraría en ellos después de su partida, lo que infiere que no habitaron en ellos cuando les dio la promesa. Podemos concluir que el contexto de estos tres pasajes prohíbe la aplicación a la doctrina del Espíritu que mora en los cristianos de la época actual.

b. Hechos 5:32.

A veces se interpretan tres pasajes de las Escrituras en el sentido de que la morada del Espíritu es una experiencia posterior al nuevo nacimiento y que, por lo tanto, no es una característica de las posesiones de cada creyente (**Hechos 5:32; 8:14-20; 19:16**). El primero de estos pasajes, **Hechos 5:32**, declara: *"Y nosotros somos sus testigos de estas cosas; y también lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que le obedecen."* A veces se infiere que la obediencia o el sometimiento a la voluntad de Dios es una condición para recibir el Espíritu Santo que mora en nosotros. El contexto de este pasaje, sin embargo, aclara que la obediencia requerida no se refiere a mandamientos morales o un estándar de vida, sino más bien a la obediencia al mandato de creer en Cristo. Se resuelve en otra afirmación de que Dios da el Espíritu Santo a los que creen en Cristo.

C. Hechos 8:14-20.

El problema de **Hechos 8:14-20** sin duda presenta la dificultad más seria en el apoyo de la doctrina de la morada universal. Según el registro, los creyentes que habían sido bautizados por Felipe no habían recibido el Espíritu Santo. El pasaje revela que cuando llegó Pedro, recibieron el Espíritu Santo al imponerles las manos. De esto se ha inferido falsamente que recibir el Espíritu Santo es una obra posterior a la salvación y que requiere la imposición de manos.

El problema tiene solución en al menos tres particularidades. Primero, si bien puede admitirse la demora de la morada normal del Espíritu hasta la llegada de Pedro, es claro que este fenómeno nunca se repitió. Se admite que los primeros capítulos de Hechos son transitorios.

Las operaciones normales de Dios para esta era solo se asumen gradualmente. Había una buena razón por la que la extensión del Evangelio debía identificarse estrechamente con los apóstoles mismos, y por esta razón se les otorgaron poderes extraordinarios y mucha bendición dependía de su presencia. El ministerio pleno del Espíritu entre los gentiles comienza en Hechos 10, cuando el Espíritu Santo mora en el momento de la fe en el Evangelio. A Pedro se le aclara que la obra del Espíritu a partir de ese momento no estuvo condicionada a ningún acto especial de su parte, sino únicamente a la fe en Cristo. Esta solución al problema apoya plenamente la doctrina de la morada universal del Espíritu Santo.

Sin embargo, son posibles otras dos soluciones. Una segunda solución se encuentra en la explicación de que antes de Hechos 10, la morada del Espíritu pudo haber estado limitada a los gentiles ministrados por los mismos apóstoles, y solo los judíos recibieron el Espíritu inmediatamente. Está claro, al menos, que cada nueva extensión del Evangelio fue asistida por la agencia inmediata de los apóstoles. A veces se ofrece una tercera solución en la que la expresión *"recibieron el Espíritu Santo"* (**Hechos 8:17**) se interpreta como la llenura del Espíritu, un fenómeno externo en lugar de una morada. Es dudoso que la palabra "recibido" se use alguna vez para expresar la llenura del Espíritu. Las dos primeras soluciones proporcionan una explicación suficiente del pasaje. En cualquier evento, el

fenómeno de una morada tardía del Espíritu Santo nunca se repite, y razonar a partir de este único evento que esto es normal para toda la era de la Iglesia es injustificado.

d. Hechos 19:1-6.

El problema de **Hechos 19:1-6** cede a un estudio cuidadoso del contexto y una traducción precisa del texto. Del contexto deducimos que los discípulos de Éfeso eran seguidores de Juan el Bautista y no habían entrado en contacto con el Evangelio de la gracia. Tras su bautismo y confesión de fe en Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre ellos. Se indica que Pablo “*les impuso las manos*” (**Hechos 19:6**), ya sea en el acto del bautismo o de otra manera, y la presencia del Espíritu Santo se manifestó en que hablaron en lenguas. Es evidente a partir de la narración que el Espíritu habitó y llenó a estos discípulos, siendo conocida la morada por la manifestación que acompañó a la llenura. No se puede inferir, por lo tanto, de este pasaje que el Espíritu viene a morar como una obra posterior a la salvación.

La traducción de **Hechos 19:2**, “*¿Habéis recibido el Espíritu Santo desde que creísteis?*” debería traducirse, “*¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?*” En lugar de apoyar la supuesta teoría de que solo se habita en algunos cristianos, en realidad es una refutación. En el hecho de que no habían recibido el Espíritu Santo, Pablo encontró prueba de la falta de regeneración.

La ausencia del Espíritu Santo indicaba una falta de salvación. Se puede concluir, por lo tanto, que los eventos de esta sección de la Escritura no indican ninguna desviación de la norma de la doctrina, que todos los cristianos son habitados en el momento de la regeneración.

E. La Unción del Espíritu Santo.

Los pasajes que se refieren a la unción del Espíritu Santo introducen otro problema. Algunos han inferido de estos pasajes que esta es una obra separada del Espíritu en contraste con la morada. Un estudio cuidadoso de los siete pasajes con referencia a la unción del Espíritu Santo (**Lucas 4:18; Hechos 4:27; 10:38; 2 Corintios 1:21; 1 Juan 2:20, 27**) revelará que todo uso de la unción en relación con el Espíritu puede interpretarse con seguridad como el acto inicial de morar. La palabra ungir se usa en el sentido de aplicar, y es especialmente apropiada en vista del hecho de que el aceite se usa como un tipo del Espíritu. La presencia del Espíritu es el resultado de la unción, y toda referencia a la unción por el Espíritu se usa en este sentido.

3. El carácter distintivo de la morada del Espíritu Santo.

Si bien la morada del Espíritu Santo comienza al mismo tiempo que otras tremendas empresas de Dios para el alma recién salvada, se debe mantener una distinción cuidadosa entre estas diversas obras de Dios. Morar no es sinónimo de regeneración. Mientras que la nueva vida del creyente es divina y por su naturaleza se identifica con la vida de Dios, la posesión de la vida divina y la presencia divina son distintas. La obra del bautismo por el Espíritu también debe distinguirse de la inhabitación. El bautismo ocurre una vez por todas y se relaciona con la separación del mundo y la unión con Cristo. La morada, aunque comienza en el mismo momento que el bautismo, es continua. Como se indicará en el material siguiente, la presencia del Espíritu Santo que mora en nosotros tiene una relación muy íntima con el sellamiento del Espíritu Santo, la presencia del Espíritu Santo constituye el sello.

Probablemente la distinción más difícil es la de la morada y la llenura del Espíritu. Las dos doctrinas están estrechamente relacionadas, pero no son sinónimas. El llenado se relaciona completamente con la experiencia, mientras que el habitar no es experimental en sí mismo. En el período del Antiguo Testamento, algunos santos fueron llenados temporalmente sin que el Espíritu los habitara permanentemente. Mientras estaban llenos del Espíritu, los santos del Antiguo Testamento podían, en cierto sentido, ser considerados también morados, pero no de la manera permanente e inmutable revelada en el Nuevo Testamento. En la era de la Iglesia, es imposible que alguien que no esté habitado en él sea lleno del Espíritu. La morada es la presencia permanente del Espíritu, mientras que la llenura del Espíritu indica el ministerio y el alcance del control del Espíritu sobre el individuo. La residencia no está activa. Todo el ministerio del Espíritu y la experiencia relacionada con el compañerismo y el fruto surgen de la llenura del Espíritu. Por lo tanto, aunque nunca se nos exhorta a ser habitados, se nos insta a ser llenos del Espíritu (**Efesios 5:18**).

4. La importancia de la morada del Espíritu Santo.

No se puede subestimar la importancia de la presencia permanente del Espíritu Santo en la vida del cristiano. Constituye una prueba significativa de la gracia y del propósito divino en la fecundidad y la santificación. La presencia del Espíritu Santo es nuestra “arranque” de la bendición que nos espera (**2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:14**). La presencia del Espíritu no solo trae toda la seguridad del cuidado y ministerio constante de Dios en esta vida, sino también el propósito infalible de Dios de cumplir todas Sus promesas para con nosotros. La presencia del Espíritu Santo hace del cuerpo del creyente templo de Dios (1 Corintios 6,19). Revela el propósito de Dios de que el Espíritu resida en la tierra durante la era presente. Renunciar a esta doctrina o permitir que se cuestione su certeza asesta un duro golpe a todo el sistema de la doctrina cristiana. El hecho bendito de que Dios haya hecho de los cuerpos terrenales de los cristianos su actual templo terrenal le da a la vida y al servicio un poder y un significado que está en el corazón de toda experiencia cristiana.

V. El Sellamiento del Espíritu Santo

Introducción.

Tres pasajes de la Escritura indican una obra del Espíritu Santo revelada bajo el símbolo del “sellamiento” (**2 Corintios 1,22; Efesios 1:13; 4:30**). El contexto de estos pasajes revela que el sellamiento es por el Espíritu Santo. Cristo mismo fue sellado por el Padre, pero no se revela si el Espíritu Santo está directamente relacionado con él (**Juan 6:27**).

Todos los pasajes aclaran que el acto de sellar lo realiza Dios en su totalidad. Nunca se da en forma de exhortación, ni se representa como una meta a la que los cristianos deben esforzarse. Más bien es un acto de gracia de Dios para aquellos a quienes Él salvó.

1. El Espíritu Santo es el Sello.

Según **Efesios 1:13** y **Efesios 4:30**, el creyente es sellado por o en el Espíritu Santo. Ningún ministerio posterior se remonta a esta operación. De **2 Corintios 1:22** se puede inferir que el sello no es otro que el mismo Espíritu Santo. Dios en su misericordia ha provisto en la presencia del Espíritu un sello de mayor significado que el que podría encontrarse en cualquier otra persona o cosa. La cifra es la de una transacción finalizada. Lo que asegura el cumplimiento del objeto contemplado es el sello, propio de la propiedad, autoridad o control, y responsabilidad. El sello se proporciona como señal de lo que se llevará a cabo en el día de la redención.

2. Sellamiento del Espíritu Santo Universal entre los cristianos.

El ministerio del Espíritu Santo al constituir el sello de la redención ha sido presentado como una obra de gracia posterior a la salvación, y por lo tanto codiciada y buscada. Varias experiencias se han relacionado con este ministerio como evidencia de que el individuo ha sido sellado. Sin embargo, un estudio cuidadoso de las tres referencias en las Escrituras demostrará que todo cristiano está sellado por el Espíritu Santo. Se dice que los corintios, a pesar de sus muchas fallas, están sellados (2 Corintios 1:22). Se contradice la posibilidad de que algunos sólo posean esta bendición.

Gran parte de la tergiversación de esta doctrina ha surgido de la traducción defectuosa en la Versión Autorizada en Efesios 1:13, donde se declara: “Después que creísteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Una traducción adecuada sería:

“Cuando creísteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. La frase “cuando creísteis” no es significativa de tiempo sino de causa. El sellamiento fue inmediato al creer. Fue “después de eso” sólo en el sentido de causa y resultado.

El tercer pasaje, que se encuentra en **Efesios 4:30**, constituye una prueba razonable de que el sellamiento del Espíritu es universal entre los cristianos. En este pasaje se nos exhorta: “*No contristéis al Espíritu Santo de Dios*”, porque estamos sellados por Él para el día de la redención. Se supone que todos están sellados, y por eso se exhorta a todos a no contristar al Espíritu. Si el sellamiento del Espíritu fuera una realidad sólo para los espirituales, no sería necesario exhortarlos a dejar de contristar al Espíritu. Toda referencia al sellamiento, sin embargo, lo contempla como un acto consumado, dependiente únicamente de la fe salvadora. Todo cristiano, en consecuencia, puede recibir por fe el hecho de que el Espíritu mora en nosotros como el sello de Dios, apartándolo para la redención eterna.

3. El Sellamiento del Espíritu No Experimental.

Del hecho de que todos los cristianos son sellados por el Espíritu, es evidente que el sellamiento no es una experiencia ni en el momento de la salvación ni después. Ocurre de una vez por todas, como lo demuestra el hecho de que todos los que están sellados están sellados para el día de la redención (**Efesios 4:30**). El cristiano, por lo tanto, no necesita ninguna experiencia inusual para confirmar el sellamiento del Espíritu, ni debe el cristiano orar por el sellamiento del Espíritu. Es una gran verdad ser aceptado por fe como una señal del propósito infalible de Dios en la salvación.

4. El significado del sellamiento del Espíritu Santo.

El punto de mayor importancia en el sellamiento del Espíritu Santo es la seguridad eterna del creyente. Se declara claramente que el sello se coloca sobre el cristiano con miras a mantenerlo a salvo hasta el día de la redención, el tiempo de la liberación completa de todo pecado. El asunto no se deja en manos humanas, sino que depende enteramente del poder de Dios. La naturaleza del sello prohíbe cualquier posibilidad de falsificación o anulación de la ficha. La Persona del Espíritu Santo, que posee todos los atributos de Dios, por Su presencia es una señal de la gracia permanente de Dios que no puede ser superada. Así como Dios ha prometido que Su Espíritu morará en el creyente, así el Espíritu mismo como el sello de nuestra salvación trae toda seguridad al corazón del creyente.

Dallas, Texas

(Serie que continuará en el Número de enero-marzo de 1942)

“Entre los temas más importantes, tanto de interés teológico como práctico, la obra del Espíritu Santo quizás sea considerada como la que más necesita estudio. El arreglo de esta doctrina se ha pospuesto porque no había llegado el momento en que se pudiera llegar a su arreglo. La iglesia se dedica a un solo gran tema a la vez, y toma siglos en lugar de años para llegar a una decisión duradera... Entonces, nadie debería sorprenderse de encontrar a John Wesley a mitad de camino entre los días de Lutero y los nuestros, tomando primero la decisión. comprendió que un nuevo engendrar por el Espíritu Santo y un progreso definitivo en la vida nueva, junto con el testimonio del Espíritu de su propia obra, están al alcance de la mano. Hasta la época de Wesley se había puesto énfasis en lo que el Espíritu Santo hace por la iglesia, que da autoridad a sus enseñanzas y eficacia a sus sacramentos; Wesley predicó la obra del Espíritu en el individuo. Su contribución al desarrollo de la doctrina cristiana fue tan oportuna como la de Lutero, y dejó mucho para una mayor investigación dentro del rango mismo de la verdad que él tomó en sus manos para exponer. Era un sentimiento de culpa por los pecados pasados con lo que negociaba Tetzal, y que estaba plenamente satisfecho en la doctrina de la justificación por la fe de Lutero. Fue el espectáculo del pecado que aún reina en la iglesia lo que

¹ Charlas sencillas sobre el Espíritu Santo.

² Gracia, págs. 307, 308.

³ pág. 6.

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 8

La Obra del Espíritu Santo en el Creyente

(Continuación del número de octubre-diciembre de 1941)

[Nota del autor: Habiendo considerado previamente la obra del Espíritu Santo en la salvación, tratamos aquí la importante obra del Espíritu Santo en la vida del cristiano como se evidencia en los dones espirituales, la experiencia y el servicio a Dios.]

Introducción.

Pocos temas son de un momento más inmediato en la experiencia del creyente en Cristo que la doctrina del Espíritu Santo en su relación con la vida espiritual. Por importantes que puedan ser otras consideraciones desde el punto de vista de la doctrina y la interpretación precisa de las Escrituras, la obra del Espíritu Santo en el creyente tiene un lugar prioritario porque está directamente relacionada con cada realidad de la experiencia del creyente. La santificación, la comprensión espiritual, la seguridad, el servicio, la oración y la adoración del creyente surgen de la obra del Espíritu interior. Una comprensión adecuada de la doctrina de la obra del Espíritu Santo en el creyente hará mucho para desbloquear las posibilidades de bendición y utilidad espiritual, y es, en consecuencia, el deber de quienes enseñan y predicar prestar cuidadosa atención a su estudio, y proclamación.

La obra del Espíritu Santo en el creyente se divide en dos categorías bien definidas. El importante tema de los dones espirituales otorgados por el Espíritu Santo debe ser considerado primero, como preliminar a todas las operaciones del Espíritu. En segundo lugar, se debe presentar la obra del Espíritu Santo al llenar al creyente, considerando sus condiciones y resultados bíblicos. Los dos aspectos juntos determinan el lugar y la fecundidad de cada creyente.

I. La obra del Espíritu Santo al otorgar dones espirituales

La iglesia desde el principio ha estado plagada de dos extremos opuestos en su doctrina de los dones espirituales. Desde el principio, como atestiguan las epístolas a los corintios, hubo abuso de los dones espirituales. En el curso de la historia de la iglesia, se encuentran excesos de la clase más salvaje en relación con esta doctrina. Por otro lado, ha habido una falla terrible en apreciar la importancia de los dones espirituales como determinantes del ministerio de la iglesia y como esenciales para toda su fecundidad. El equilibrio apropiado de la doctrina se encuentra en las Escrituras, y los excesos han sido notables en su descuido de lo que las Escrituras realmente enseñan. En la revelación bíblica, ciertos hechos son de gran importancia. Primero, la naturaleza de los dones del Espíritu Santo debe determinarse a partir de las Escrituras. Esto distingue a la vez lo verdadero de lo falso. Segundo, los dones espirituales que claramente permanecen a lo largo de la dispensación cristiana deben ser

examinados y analizados. Aquí se proporcionan los dones sin los cuales incluso los hombres salvos encontrarían imposible ministrar para Dios. Tercero, los dones espirituales que se encuentran en la era apostólica deben ser estudiados para determinar si, de hecho, están incluidos en el programa de Dios después de la era apostólica. En otras palabras, ¿se dieron temporalmente ciertos dones espirituales a los apóstoles para propósitos específicos que dejaron de existir después de su fallecimiento?

1. La Naturaleza de los Dones Espirituales.

Algo de la naturaleza de los dones espirituales se revela en las diversas palabras usadas en el Nuevo Testamento para expresar la idea.

El pasaje principal del Nuevo Testamento sobre el tema de los dones se encuentra en **1 Corintios 12-14**. En el versículo inicial del pasaje, el tema es introducido por la palabra πνευματικῶν, que con el artículo indica las cosas del Espíritu, es decir, los dones espirituales. La palabra dirige la atención a la fuente, el Espíritu Santo y el ámbito de estos dones. Tal como se usa, la expresión tiene la misma referencia que χάρισμα, que significa en singular, un don de la gracia, y en relación con los dones espirituales, los *"poderes extraordinarios, que distinguen a ciertos cristianos y los capacitan para servir a la iglesia de Cristo, cuya recepción se debe al poder de la gracia divina que obra en sus almas por el Espíritu Santo."*¹ Esta palabra pone de manifiesto el fundamento y la naturaleza de los dones espirituales. Se otorgan en gracia, son totalmente inmerecidos, y su poder y operación se deben solo a Dios. Este pensamiento se enfatiza aún más con el uso del verbo διδοται (**1 Corintios 12:7ss**), que significa dar. Está claro a partir de estos varios factores que toda la idea de los dones espirituales requiere una obra sobrenatural de Dios muy distinta de cualquier poder natural del hombre, o incluso de cualquier cualidad espiritual que sea universal entre los salvos. Los dones espirituales por su naturaleza son individuales y provienen de Dios.

Puede observarse una distinción en el Nuevo Testamento entre los dones espirituales y los hombres dotados. Si bien las dos ideas son inseparables, los dones espirituales se refieren a los poderes sobrenaturales que poseen los individuos, mientras que los hombres dotados se refieren a la colocación soberana de hombres dotados en la Iglesia con el propósito de ministrar al cuerpo. Mientras que el pensamiento principal de **1 Corintios 12-14** es el de los dones espirituales, encontramos una referencia al otorgamiento de hombres dotados a la Iglesia en **Efesios 4:11**. Las dos ideas no están estrictamente separadas como lo indican las referencias en el pasaje de Corinto tanto a los dones espirituales como a los hombres dotados. Cabe señalar, sin embargo, que los hombres dotados son normalmente un don de Cristo o de Dios, mientras que los dones espirituales son una obra de la Tercera Persona. La esfera de los dones espirituales es peculiarmente una doctrina del Espíritu Santo, y por lo tanto es la principal preocupación del presente estudio.

La palabra principal para dones espirituales (χάρισμα) se encuentra frecuentemente en el Nuevo Testamento (**Romanos 1:11; 5:15, 16; 6:23; 11:29; 12:6; 1 Corintios 1:7; 7:7; 12:4, 9, 28, 30, 31; 2 Corintios 1, 11; 1 Timoteo 4:14; 2 Timoteo 1:6; 1 Pedro 4:10**). La mayoría de estos casos agregan poco al pasaje central de **1 Corintios 12-14**. Todos, excepto el pasaje de Pedro, se encuentran en las epístolas paulinas. Varios de estos casos no tienen referencia a poderes extraordinarios evidenciados en los dones espirituales propiamente dichos. En Romanos 5:15, 16, el don a la vista es el de la justificación, mientras que en **Romanos 6:23**, la vida eterna es el don. El plan soberano de Dios para cada vida, que algunos se casen y otros que no se casen, se menciona como un don en **1 Corintios 7:7**. Las bendiciones de Dios en general como resultado de las oraciones del pueblo de Dios se mencionan como un regalo en **2 Corintios 1:11**. En **Romanos 1:11**, Pablo habla de impartir un don espiritual a los romanos, ya sea en el sentido de una bendición distinta a través de su ministerio, o en el sentido específico de impartir un poder especial o un don espiritual propiamente dicho. El apóstol pudo haber tenido una autoridad extraordinaria en este sentido, como se indica en la impartición de un don espiritual a Timoteo (**1 Timoteo 4:14; 2 Timoteo 1:6**), aunque el acto de imponer las manos parece haber sido en realidad simplemente un reconocimiento solemne de los dones espirituales ya impartidos por Dios, y un apartamiento para su pleno ejercicio. En cualquier caso, no hay garantía para creer que alguien tiene poder para impartir dones espirituales excepto Dios en los tiempos post-apostólicos. Las otras referencias a los dones espirituales (**Romanos 12, 6; 1 Corintios 1:7; 12:4, 9, 28, 30, 31; 1 Pedro 4:10**) pueden tomarse como referencia a los dones espirituales propiamente dichos, poderes extraordinarios dados por Dios como señales de Su gracia y el medio por el cual se puede cumplir el lugar del individuo en el ministerio del cuerpo de Cristo.

Antes de pasar a la discusión de los regalos mismos, se pueden mencionar ciertos factores generales relacionados con los regalos. Primero, se revela que los dones espirituales son dados soberanamente por Dios y, como tales, no son propiamente el objeto de la búsqueda de los hombres. A los corintios, que estaban exaltando los dones menores y descuidando los dones más importantes, Pablo escribió: *“Codiciad los mejores dones”* (**1 Corintios 12:31**); sin embargo, en sus otras epístolas queda claro por su silencio sobre el tema, que buscar los dones espirituales no es un tema adecuado para la exhortación. Debido a que su otorgamiento es soberano, se sigue que no es una cuestión de espiritualidad. Un cristiano que no se ha rendido al Señor puede poseer grandes dones espirituales, mientras que uno rendido puede tener habilidades espirituales relativamente menores. Según las Escrituras, *“Todo esto lo hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere”* (**1 Corintios 12:11**). Sigue siendo cierto, por supuesto, que el ajuste apropiado en la vida espiritual del creyente es esencial para el ejercicio apropiado de sus dones, pero la espiritualidad en sí misma no trae dones espirituales.

Se ha planteado la cuestión de si los dones espirituales son parte del otorgamiento original de la gracia que acompaña a la salvación, o si son una obra posterior. Las Escrituras no dan una respuesta clara, pero de la naturaleza del bautismo del Espíritu Santo, que ocurre en el momento del nuevo nacimiento, y la colocación resultante en el cuerpo de Cristo, sería razonable inferir que los dones espirituales se otorgan en ese tiempo de acuerdo con el lugar del creyente en el cuerpo de Cristo, incluso si estos los dones no se observan o ejercen inmediatamente. En consecuencia, los dones espirituales probablemente acompañan al bautismo del Espíritu Santo, aunque su otorgamiento no esté incluido en el acto del bautismo. En la analogía de los dones naturales vistos en el hombre natural, es claro que todos los factores de habilidad y don natural están latentes en el recién nacido. Así, también, puede ser cierto para los dones espirituales en el nacido de nuevo. Tanto en la esfera natural como en la espiritual, se trata de un uso adecuado y desarrollo de los dones en lugar de otorgar dones adicionales.

Segundo, se puede observar que todo cristiano tiene algunos dones espirituales. Según las Escrituras, *“A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho”* (**1 Corintios 12, 7**), y *“Todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere”* (**1 Corintios 12,11**). Los cristianos son “miembros en particular” (**1 Corintios 12:27**), y *“somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”* (**Romanos 12:5**). Por pequeño que sea el don, o insignificante el lugar, todo cristiano es esencial para el cuerpo de Cristo. Como dice la Escritura: *“Antes bien, son mucho más necesarios los miembros del cuerpo que parecen más débiles”* (**1 Corintios 12:22**). Hay un propósito divino en la vida de cada cristiano, y los dones espirituales están de acuerdo con ese propósito. Es el desafío de la Escritura sobre este tema (compare **1 Pedro 4:10**) que cada cristiano cumpla el ministerio para el que ha sido equipado por Dios.

Tercero, está claro que los regalos difieren en valor. Si bien existe igualdad de privilegios en la fe cristiana, no existe igualdad de dones. Según **1 Corintios 12:28**, *“A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, después los que hacen milagros, después los que oían, los que ayudan, los que gobiernan, los que tienen diversidad de lenguas”*. En la naturaleza de los diversos dones, algunos son más efectivos y esenciales que otros. Pablo contrasta el don de profecía y el don de lenguas con las palabras, *“Quisiera que todos vosotros hablarais en lenguas, pero más bien que profetizaseis”* (**1 Corintios 14:5**); y otra vez: *“Sin embargo, en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros con mi voz, que diez mil palabras en lengua desconocida”* (**1 Corintios 14:19**).

Cuarto, como da testimonio **1 Corintios 13**, los dones espirituales para que sean provechosos deben usarse con amor. Los dones espirituales en sí mismos no hacen grandes cristianos. Su uso de manera adecuada, motivado por el amor divino, que es fruto del Espíritu, es eficaz y da fruto para la gloria de Dios.

Una quinta característica general de los dones espirituales es que ciertos dones eran temporales en su otorgamiento y uso. Está claro que el gran cuerpo de cristianos amantes de la Biblia no tiene todos los dones espirituales manifestados en su seno como los tuvo la iglesia apostólica primitiva. Por otro lado, ciertos dones caracterizan claramente toda la dispensación actual. Las consideraciones conducentes a la clasificación de cada donación se anotarán en su tratamiento individual.

Una sexta y última característica de los dones espirituales que es de gran importancia es el contraste evidente entre los dones espirituales y los dones naturales. Si bien Dios puede elegir hombres de capacidad natural, está claro que los dones espirituales se

relacionan con el nacimiento espiritual de los cristianos en lugar de su nacimiento natural. Las cualidades de los dones espirituales no son evidentes en el individuo antes de su salvación. Los dones espirituales pertenecen a su nueva naturaleza más que a la vieja. El don espiritual no debe ser considerado, entonces, como una ampliación de los poderes naturales, sino como un don sobrenatural otorgado de acuerdo con el propósito de Dios de colocar a ese individuo en el cuerpo de Cristo. Puede observarse con frecuencia que los individuos con poco talento natural a menudo son usados poderosamente por Dios cuando los que tienen un gran talento natural, aunque salvos, nunca son usados de manera similar. El don espiritual no es, pues, una demostración de lo que el hombre puede hacer incluso en circunstancias favorables, sino que revela lo que Dios puede dar en

2. Dones Espirituales Permanentes.

Un examen de los quince dones espirituales revelados en el Nuevo Testamento revelará diferencias considerables en el carácter de los dones. Ciertos dones son claramente posesión de la Iglesia hoy en día, como se muestra en su ejercicio en hombres dotados a lo largo de la presente dispensación. No hay duda de que algunos hombres hoy en día tienen (1) el don de enseñar, (2) el don de ayudar o ministrar, (3) el don de administración o gobernar, (4) el don de evangelización, (5) el don de ser pastor, (6) el don de exhortación, (7) el don de dar, y (8) el don de mostrar misericordia. En contraste con estos, como demostrará su exposición individual, están otros dones espirituales conocidos por los primeros cristianos, que parecen haber desaparecido de la escena con el período apostólico. Algunos de estos son reclamados hoy por ciertas sectas, cuyo descuido de las instrucciones bíblicas para el uso de estos dones es en sí mismo un testimonio de la calidad espuria de sus dones afectados. Entre estos dones temporales se pueden nombrar los siguientes: (1) el don de apostolado, (2) el don de profecía, (3) el don de milagros, (4) el don de sanidad, (5) el don de lenguas, (6)) el don de interpretar lenguas, (7) el don de discernir espíritus. El propósito de la presente discusión es examinar, primero, los dones espirituales admitidos por todos como posesión de varios hombres dotados a lo largo de la presente dispensación, dejando el tratamiento de los aspectos controvertidos de la doctrina para la discusión que sigue.

a. El don de la enseñanza.

El don de enseñanza se menciona específicamente varias veces en el Nuevo Testamento (**Romanos 12:7; 1 Corintios 12:28; Efesios 4:11**), y debe ser considerado como uno de los dones mayores. El carácter fundacional de un ministerio de enseñanza se demuestra en las actividades de los apóstoles. Su trabajo principal era enseñar a los cristianos recién nacidos que habían sido salvados de su estado pagano. El don de enseñanza consistía en una capacidad sobrenatural para explicar y aplicar las verdades que ya habían sido recibidas por la Iglesia.

Como tal, se relaciona con la iluminación, pero no es idéntica a ella, la cual es una comprensión de la verdad obrada por Dios. Obviamente, muchos cristianos son enseñados por el Espíritu, pero no poseen la capacidad de enseñar lo que saben a otros con tanta eficacia como aquellos que poseen el don de la enseñanza. El don de enseñanza no reclama necesariamente ningún conocimiento superior de la verdad, y es distinto del don profético, en el que el profeta habla como portavoz de Dios. El maestro debe comprender la verdad y ser enseñado por el Espíritu, pero el don de enseñanza se refiere a la explicación y aplicación de la verdad más que al método por el cual se recibió originalmente la verdad. En la actualidad, el don de enseñanza es exclusivamente el de enseñar la Palabra de Dios por medio de la habilidad obrada por Dios.

b. El don de ministrar.

Un don que se posee universalmente entre los cristianos, aunque de diversas cualidades, es el don de servir o ayudar (**Romanos 12:7; 1 Corintios 12:28**). Es difícil imaginar a algún cristiano que no posea alguna habilidad para ministrar o ayudar en cosas espirituales. Mientras que a unos pocos se les encomiendan los dones de enseñanza y liderazgo, todos los cristianos son capaces de ministrar y ayudar. Si bien esta habilidad es universal, sigue siendo un don otorgado soberanamente según el lugar de cada individuo en el cuerpo de Cristo. Las distinciones dentro del don son muchas, diferentes individuos pueden ministrar de diferentes maneras, conservando así una cualidad peculiar del don de acuerdo con

el propósito de Dios en su otorgamiento. La tarea de la Iglesia sería imposible sin el don y su ejercicio, por muy dotados que estén sus líderes.

C. El don de la administración.

Necesario para el trabajo de la Iglesia es el liderazgo que Dios le ha dado. De acuerdo con esta necesidad, el don de administración y dominio se concede soberanamente a unos pocos (**Romanos 12:8; 1 Corintios 12:28**). Está claro que todos los cristianos están en el mismo nivel de privilegio en las cosas espirituales, pero en la providencia de Dios, a algunos se les dan lugares de mayor autoridad. Todos los cristianos deben prestar la debida atención a los que poseen los dones de administración y gobierno, siendo exhortados a observar tales dones y honrarlos con la obediencia (**Hebreos 13:7**).

d. El don del evangelismo.

De primordial importancia en la propagación del Evangelio es el don del evangelismo (**Efesios 4:11**). Por su título, es claro que este don se refiere a la predicación eficaz del mensaje del Evangelio a los incrédulos, y como tal debe compararse con el don de enseñanza que instruye a los salvos. Está claro, experimentalmente, que el conocimiento del Evangelio no trae consigo la capacidad de predicarlo con éxito a los demás. Los hombres pueden poseer el don de la enseñanza, por ejemplo, sin poseer el don del evangelismo, y viceversa. En algunos casos, los hombres han poseído tanto el don de la enseñanza como el de la evangelización, como lo ilustra la persona del Apóstol Pablo. Si bien todos están llamados a llevar el Evangelio a los perdidos por cualquier medio que esté a su disposición, y en consecuencia, como Timoteo, deben hacer el trabajo de un evangelista (**2 Timoteo 4:5**), es el propósito soberano de Dios que ciertos los hombres deben tener un don especial en el evangelismo.

E. El don de ser pastor.

El cuidado general del rebaño cristiano es obra del pastor, y con este fin a algunos se les da el don de ser pastores (**Efesios 4:11**). Por su mismo título, se compara con el trabajo de un pastor que cuida a sus ovejas, siendo la palabra pastores la traducción de ποιῆντας, una palabra que significa literalmente pastores. Por la naturaleza de la figura, un pastor es aquel que conduce, provee, protege y cuida a su rebaño. Así como en la figura natural, no se requiere poca habilidad para cuidar adecuadamente del rebaño, así en la realidad espiritual un pastor necesita un don sobrenatural para ser para su rebaño todo lo que debe ser un pastor.

Una luz interesante sobre el carácter de la labor de un verdadero pastor la proporciona la estrecha conexión entre la labor pastoral y la enseñanza.

En **Efesios 4:11**, el uso de καὶ, vinculando pastores y maestros en lugar del habitual ὁτι, infiere que uno no puede ser un verdadero pastor sin ser también un maestro. El principio involucrado es de tremenda importancia. Si bien no es necesario que un maestro tenga todas las cualidades de un pastor, es vital para el trabajo de un verdadero pastor que enseñe a su rebaño. Es obvio que un pastor que no apacentaba a su rebaño no sería digno de ese nombre. Asimismo, en el ámbito espiritual, el primer deber de un pastor es alimentar a su rebaño con la Palabra de Dios. Aparte de ser un mero organizador, promotor o líder social, el verdadero pastor se entrega a la predicación de la Palabra.

F. El don de la exhortación.

Como parte de la obra de predicación, la exhortación ocupa un lugar importante. A diferencia de la enseñanza en que es un llamado a la acción, la exhortación es siempre el aspecto práctico de un ministerio de predicación. A algunos se les da un don especial en este trabajo, capacitándolos para guiar a los cristianos a la realización activa de la voluntad de Dios. La palabra griega traducida exhortar (**Romanos 12:8**), παρακαλῶν, además del pensamiento de exhortación, encarna la idea de aliento, consuelo, amonestación y súplica.² Todos estos forman aspectos vitales del ministerio de la predicación que resultan como una manifestación del don espiritual de la exhortación.

G. El don de dar.

Mientras que el don de dar limita con las gracias que se encuentran universalmente en todos los creyentes llenos del Espíritu, tiene un lugar definido en la lista de dones espirituales revelados en **Romanos 12:8**, teniendo en vista el uso adecuado de los medios temporales en relación con otros.

Si bien todos los cristianos lo ejercen hasta cierto punto, y su manifestación está relacionada de alguna manera con la capacidad de dar, se puede observar como un don espiritual distinto en algunos cristianos, quienes demuestran en el superlativo la cualidad de encomendar posesiones terrenales al Señor para Su uso. .

H. El don de mostrar misericordia.

El don final revelado en la serie de dones mencionados en Romanos 12 es el don de mostrar misericordia (**Romanos 12:8**). Mientras que el don de dar tenía en vista a los pobres y necesitados con respecto a las necesidades temporales, este don se relaciona con los enfermos y afligidos y cualquier otro que pueda caer dentro de la esfera de la necesidad de socorro. Al tratar con tales, a algunos cristianos se les da la habilidad especial de mostrar misericordia con alegría. La inusual palabra griega aquí para alegría, *ἰλαρο•της*, que se encuentra solo aquí en el Nuevo Testamento en forma de sustantivo, tiene en sí el pensamiento de disposición mental, prontitud, desde su raíz que significa propicio.³ Es esta actitud la cual es obrado divinamente por el Espíritu en algunos cristianos, y se puede decir que estos poseen este don.

3. Dones Espirituales Temporales.

Está claro de una comparación de la experiencia cristiana actual con la de la era apostólica que existen ciertos contrastes evidentes. Si bien el Evangelio permanece sin cambios, y muchos de los métodos de Dios para tratar con los Suyos continúan a lo largo de la presente dispensación, ciertos factores desaparecieron con el fallecimiento de los apóstoles y su generación. Se han ofrecido diferentes explicaciones para dar cuenta de esto. Sin duda, la iglesia como un todo se ha desviado de sus amarras y es indigna de la misma demostración de poder espiritual. En cada generación, sin embargo, ha habido un resto fiel de santos fieles a Dios y a estos Dios puede continuar revelándose en plenitud, pero incluso aquellos que se han mantenido cerca de la doctrina apostólica han fallado en evidenciar los mismos fenómenos externos.

La mejor explicación del paso de ciertos dones y su manifestación se encuentra en el propósito evidente de Dios en la era apostólica. Durante la vida de los apóstoles, agradó a Dios realizar muchos milagros notables, en algunos casos bastante aparte de la cuestión de si se merecía el beneficio. Un período de milagros es siempre un tiempo en el que se necesita un testimonio especial de la autenticidad de los profetas de Dios. Tres períodos notables de milagros están registrados en la Biblia como historia: (1) el período de Moisés; (2) el período de Elías y Eliseo; (3) el período de Cristo y los apóstoles. En cada uno de estos períodos hubo necesidad de evidencia para autenticar el mensaje de Dios. En el caso de Moisés, los milagros realizados dieron testimonio de su oficio de profeta y líder, haciendo que el pueblo aceptara sus mensajes como de Dios. En la época de la apostasía y el declive bajo Elías y Eliseo, se necesitaba un testimonio inusual del poder de Dios para llamar a un pueblo a volver a Él, especialmente en lugar de sacerdotes que fueran fieles a Dios. En el tiempo de Cristo, nuevamente hay una necesidad especial de milagros para dar testimonio de Su Persona, para dar las credenciales apropiadas para el Mesías y, en el caso de los apóstoles, para demostrar que su Evangelio era un mensaje de Dios. Una exhibición inusual de milagros, por lo tanto, no es una característica ordinaria de cada generación, para ser llamada a voluntad incluso por los piadosos, sino que está articulada en el propósito de Dios por su valor en la promoción de Su verdad.

Con la finalización del Nuevo Testamento, y su aceptación casi universal por parte de los fieles a Dios, cesó la necesidad de una exhibición más inusual de obras milagrosas. El predicador de hoy no necesita la evidencia externa de la capacidad de sanar o hablar en lenguas para corroborar la validez de su evangelio. Más bien, la Palabra escrita habla por sí misma y es asistida por el poder de convicción del Espíritu. No es una cuestión del poder de Dios para realizar milagros, sino simplemente si es Su propósito

continuar con la misma forma de manifestación del poder divino que se vio en los tiempos apostólicos. Ciertas sectas se han aferrado a la idea de que las características inusuales de la era apostólica se reproducirán en cualquier época donde la gente verdaderamente las busque en la fe de Dios. Es evidente, sin embargo, que algunas de las personas más piadosas de las generaciones recientes han carecido por completo de los dones espirituales que aquí se clasifican como temporales. Es evidente, también, que algunos de los que han reclamado estos dones temporales en la actualidad han evidenciado una gran indiferencia hacia la Biblia como un todo, hacia la moralidad cristiana y hacia los reclamos superiores de una vida espiritual. La historia de estas sectas es más convincente al demostrar que la búsqueda indebida de dones espirituales sólo resulta en excesos de la clase más profana.

Por la naturaleza del caso, es imposible que alguien abarque todo el ámbito de la experiencia cristiana. No sólo en el ámbito de los dones espirituales sino también en otros campos de la doctrina ha habido un desfile constante de quienes justifican doctrinas sobre la base de variadas experiencias. La prueba final siempre debe ser lo que las Escrituras realmente enseñan. La experiencia puede servir como una prueba parcial de las conclusiones, pero la Biblia en sí misma debe tomarse como la autoridad final. La experiencia siempre posee dos motivos fatales para el error: (1) una mala interpretación de la experiencia misma en su contenido y origen divino; (2) una conclusión defectuosa en cuanto al significado doctrinal de la experiencia. Por lo tanto, por un lado, una experiencia supuestamente de origen divino puede ser puramente psicológica o, peor aún, un dispositivo engañoso del mismo Satanás. Por otro lado, una experiencia genuina puede ser mal entendida y etiquetada, como la denominación común de la obra de la llenura del Espíritu como el bautismo del Espíritu. El cristiano que busca la verdad debe acercarse con toda humildad y dependencia del Espíritu a la Palabra de Dios, apoyándose implícitamente en sus enseñanzas, evitando incluso con un énfasis indebido cualquier distorsión de la verdad.

a. El Don del Apostolado.

La palabra apóstol, una traducción del griego ἀποστολος, significa literalmente, un delegado, mensajero o uno enviado con órdenes.⁴ Según Thayer (después de Lightfoot) se usa 79 veces en el Nuevo Testamento, con 68 de estos casos en Lucas, Hechos o las epístolas de Pablo.⁵ Su primer uso en el Nuevo Testamento se encuentra en el envío de los doce a predicar la inminencia del Reino (**Mateo 10:2; Marcos 3:14; 6: 30; Lucas 6:13**). Entre los llamados al oficio de apóstol estaba Pablo (**Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1**, etc.), Bernabé (**Hechos 14:14; compare Gálatas 2:9**); Matías (**Hechos 1:25, 26**); y posiblemente Santiago (**1 Corintios 15:7; Gálatas 1:19**; y Apolos (**1 Corintios 4:6, 9**). A estos algunos han añadido Silvano y Timoteo (**1 Tesalonicenses 1:1; 2:6**); Epafrodito (**Filipenses 2:25, compare margen griego y ASV**); los hermanos anónimos (**2 Corintios 8:23, compare griego**); y Andrónico y Junia (**Romanos 16:7**). de impartir el Espíritu a los creyentes judeocristianos; una nueva relación, la de las piedras fundamentales del nuevo templo (**Efesios 2:20-22**), y una nueva función, la de predicar las buenas nuevas de salvación a través de un Señor crucificado y resucitado a judíos y gentiles por igual. (7) La cualidad indispensable de apóstol era que debía haber sido testigo ocular de la resurrección (**Hechos 1:22; 1 Corintios 9.1**).⁸

En vista de la naturaleza distinta del oficio apostólico, se lo designa como don en el Nuevo Testamento (**1 Corintios 12:28; Efesios 4:11**). Se declara expresamente que es el don más importante (**1 Corintios 12:28**), en el sentido de que “a unos puso Dios en la iglesia, primeramente, apóstoles...” Los apóstoles se distinguen de los profetas, maestros, obradores de milagros, etc. (**1 Corintios 12:28**). Está claro, pues, que el don apostólico se da sólo a los que son apóstoles en el sentido estricto de la palabra. Como indica Scofield, como se citó anteriormente, se debe distinguir la obra de los apóstoles antes de Pentecostés y después de Pentecostés. La obra anterior a Pentecostés consistía principalmente en anunciar que el reino estaba cerca. Durante el período inmediatamente posterior a Pentecostés, fueron líderes en la introducción del Evangelio de salvación, teniendo una comisión divina y autoridad en este liderazgo, y recibieron una revelación especial como fundamento de su enseñanza. Los apóstoles en la mayoría de los casos también tenían el don profético y el don de hacer milagros (**2 Corintios 12:12**), aunque no todos los que tenían estos dones eran apóstoles. El oficio apostólico murió con la primera generación de cristianos, no habiendo provisión para sucesores, ni ha habido en la historia de la iglesia ninguno que pudiera estar con los apóstoles. El hecho de que los apóstoles fueran elegidos entre aquellos que fueron testigos oculares de Cristo resucitado en la naturaleza del caso elimina cualquier posibilidad de que las generaciones posteriores participen en el llamado al apostolado. Las invenciones de la iglesia romana en el intento de continuar el oficio apostólico han sido refutadas a menudo.

b. El Don de Profecía.

Clasificado en segundo lugar en importancia en la lista de los dones espirituales está el don de profecía (**1 Corintios 12:28**). La importancia de este don está atestiguada por una mención concreta en otros pasajes (**Romanos 12:6; 1 Corintios 12:10; 14:1-40**). Evidentemente, muchos poseían el don de profecía durante la era apostólica. Agabo con evidente don profético predijo una hambruna (**Hechos 11:27, 28**) y advirtió a Pablo de sus sufrimientos (**Hechos 21:10, 11**). Bernabé, Simeón, Lucio, Manaén y Pablo se mencionan entre los “profetas y maestros” en Antioquía (**Hechos 13:1**). Las cuatro hijas de Felipe poseían el don de profecía (**Hechos 21:9**), indicando que tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo Testamento el don profético no se limitaba a los hombres. La indicación de que Pablo poseía perspicacia profética es evidente en su guía directa de Dios (**Hechos 16:6ss; 18:9, 10; 22:17-21; 27:23, 24**). Evidentemente, Judas y Silas eran profetas (**Hechos 15:32**). Con toda probabilidad todos los apóstoles poseían el don de profecía.

El profeta del Nuevo Testamento participó de algunas de las características del profeta del Antiguo Testamento. Ambos hablaron por Dios; ambos advirtieron del juicio sobre el pecado; ambos entregaron su mensaje como de Dios; ambos trataban de eventos contemporáneos así como de eventos previstos del futuro. El profeta del Antiguo Testamento, sin embargo, a menudo tenía el carácter de un líder nacional, reformador o patriota, y entregaba su mensaje normalmente a Israel. El profeta del Nuevo Testamento no tiene características nacionales; su mensaje es individual y personal; reveló la voluntad de Dios que de otro modo podría haber sido desconocida, satisfaciendo la necesidad que más tarde sería satisfecha por el Nuevo Testamento escrito.

Tres elementos eran esenciales para el don de profecía: (1) el profeta debe haber recibido su mensaje de Dios en forma de alguna revelación especial; (2) el profeta debe tener la guía divina en la declaración de esta revelación, correspondiente a la inspiración de la Palabra escrita; el mensaje entregado por el profeta debe llevar consigo la autoridad de Dios. A menudo se ha señalado que el mensaje del profeta no se refería necesariamente a cosas futuras, sino que podía ser una interpretación de hechos o doctrina presentes. Sin embargo, esto no destruye el carácter de su mensaje como proveniente de Dios. La mera enseñanza guiada por el Espíritu, tal como la experimentaron muchos cristianos a lo largo de la presente dispensación, no es evidencia del don profético. El profeta, si es un verdadero profeta, necesariamente debe entregar un mensaje libre de error, un producto no de su propia mente, sino una revelación de Dios. Si bien los profetas eran hombres que podían errar en el juicio y en la conducta, como se ilustra en el compromiso de Pedro con el legalismo, en sus mensajes proféticos deben evitar el error. En consecuencia, no hay ninguna referencia en el Nuevo Testamento a alguien que enseñe el error y que sea designado como un verdadero profeta.

La necesidad del don profético en el período apostólico es evidente. Había habido una tremenda transición doctrinal de lo que comúnmente creían los judíos a lo que constituía la fe cristiana. El Nuevo Testamento no fue escrito inmediatamente, y había una necesidad imperiosa de una fuente autorizada de revelación de la voluntad de Dios. Se necesitaba guía para formular la doctrina de la iglesia como comúnmente se creía. Con este fin Dios dio a la iglesia profetas que poseían el don sobrenatural de la profecía. A ellos la iglesia prestó atención y se mantuvo en relativa pureza doctrinal a pesar del hecho de que muchos de la primera generación de cristianos no vivieron para ver el día del canon completo.

La importancia del don profético se indica en 1 Corintios 14, donde se presenta como el mayor don en cuanto a edificación, exhortación y consolación (**1 Corintios 14:3**). En contraste con el don de hablar en lenguas, se declara que la enseñanza en ejercicio del don profético es muy superior: “Sin embargo, en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros con mi voz, que diez mil palabras en lengua desconocida” (**1 Corintios 14:19**). Se declara que la profecía tiene un beneficio especial para enseñar a los que creen (**1 Corintios 14:22**). Al establecer el orden en las asambleas de la iglesia, Pablo indica que los profetas deben hablar por turno: “Porque todos podéis profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean consolados” (**1 Corintios 14:31**). Probablemente relacionado con el don profético está la “palabra de sabiduría” y la “palabra de ciencia” dada a algunos por el Espíritu (**1 Corintios 12:8**).

Si bien puede admitirse libremente que los hombres de hoy en día poseen el don de enseñanza, el don de exhortación y el don de evangelización, es una conclusión segura que ninguno posee el don de profecía. Con el Nuevo Testamento completo, es evidente

que ya no hay necesidad de revelación adicional. Es el propósito de Dios revelarse a Sí mismo a través de la Palabra, en lugar de más allá de la Palabra. No hay más posibilidades de que alguien posea el don profético en la presente dispensación que de que alguien escriba más libros inspirados para ser añadidos al canon. Es bajo esta luz que podemos interpretar **1 Corintios 13:8**, donde en contraste con el carácter permanente del amor, se dice que la profecía y la revelación especial (conocimiento) “*fallan*” y “*se desvanecen*”.

La advertencia solemne del Apocalipsis (**Apocalipsis 22:18-19**), el último escrito del Nuevo Testamento, es que el juicio de Dios recaerá sobre los que añadan al libro, referencia específica al libro del Apocalipsis, pero que encarna el principio que subyace a todo el canon.

C. El Don de los Milagros.

El don de los milagros (**1 Corintios 12:28**) se clasifica como el primero de los dones menores. Mientras que los apóstoles, profetas y maestros son de primordial importancia, los milagros y otros dones son secundarios. El uso de *ε•πειτα* deja en claro que la orden es deliberada. El apóstol está poniendo primero lo primero. La palabra para milagros *δυνα•εις* contiene el pensamiento de poder inherente, poder que reside en una cosa en virtud de su naturaleza.⁹ De esta idea se extrae la aplicación específica del poder para realizar milagros. Es la palabra común que se usa para los milagros de Cristo (**Marcos 5:30; Lucas 5:17; 6:19; 8:46**, etc.), y se usa en combinación con otras palabras para indicar la naturaleza o el propósito del milagro. En **2 Corintios 12:12**, se agrupa con señales (*ση•ει•οις*), prodigios (*τε•ρα•σιν*) y prodigios (*δυνα•ει•σιν*), como las “señales de un apóstol”. Los milagros eran, por tanto, una manifestación del poder divino con vistas a autenticar el don apostólico o profético.

Como se ha indicado anteriormente, evidentemente era el propósito de Dios limitar esta exhibición inusual del poder divino a la era apostólica, ya que la necesidad de obras milagrosas subsiguientes cesó con el advenimiento de la Palabra escrita de Dios con su inspiración manifiesta de Dios. Mucha de la objeción a la posición de que el don de los milagros estaba confinado a la era apostólica surge de la confusión de pensamiento que identifica cada milagro con el don de los milagros. La era apostólica es distinta porque en ella algunos hombres tenían el poder de hacer milagros a voluntad en el nombre de Cristo. No era simplemente que se hiciera un milagro, sino que los hombres poseían el don de hacer milagros con frecuencia. En consecuencia, en la historia de la iglesia ha habido milagros ocasionales, y Dios ha intervenido en respuesta a la fe y la oración y ha realizado obras poderosas. Sin embargo, a nadie, desde los tiempos apostólicos, se le ha dado el poder de sanar a todos los que están enfermos, de resucitar a los muertos y de otras maneras mostrar un poder inusual para realizar milagros. Como han cesado el don del apostolado y el don de profecía, ha cesado también la necesidad de las señales del don. Un cristiano todavía puede apelar a Dios para que haga maravillas, y Dios responde la oración. Dios todavía puede sanar e incluso resucitar a los muertos si así lo desea, pero estos milagros son soberanos e individuales, no están comprometidos con la voluntad de los hombres ni se otorgan como un don espiritual. Si bien, por lo tanto, el don de los milagros no es parte del programa actual de Dios, se debe afirmar el poder de Dios para realizar milagros.

D. El don de la curación.

La única referencia en las Escrituras a la sanidad como un don se encuentra en **1 Corintios 12 (vss. 9, 28, 30)**. En cada uno de los tres casos, la curación (*ι•α•α•των*) se usa con *χαρι•σ•μα•τα* (dones). Es un aspecto del don de los milagros, una aplicación específica del poder de Dios. El don de milagros, sin embargo, en algunos casos no se desplegó en la curación, como prueba el cegamiento de Elimas (**Hechos 13:11**). El don de sanidad tenía una referencia específica a la restauración de la salud del cuerpo. Como el don de los milagros, fue diseñado para ser un testimonio de la verdad proclamada, y cesó como don con el fallecimiento de los apóstoles. La misma distinción entre el don de milagros y la posibilidad de milagros existe entre el don de curación y la posibilidad de curación. Si bien el don de la sanidad ya no se otorga, Dios puede sanar en respuesta a la oración y la fe. Es posible que algunos cristianos puedan tener experiencias inusuales en las respuestas a la oración por sanidad y, sin embargo, la sanidad como un don no está ahora encomendada a los hombres. En todos los casos, la curación se otorga soberanamente. Nadie hoy, por lleno de fe y poderoso en la oración, es capaz de curar en virtud de un don permanente.

E. El don de lenguas.

A lo largo de la historia de la iglesia, ningún don espiritual ha ocasionado tanta controversia continua como el don de lenguas. Se han ofrecido muchas soluciones al problema de la naturaleza de este don, pero cada una tiene algunas dificultades. Una discusión completa del problema sólo se puede permitir en trabajos que traten de este único tema. Sin embargo, dentro de la esfera limitada del presente estudio, se puede plantear el problema, examinar la naturaleza del hablar en lenguas y exponer los argumentos para concluir que este don era temporal.

(1) El Problema Planteado.

El punto de partida en el examen de la doctrina del hablar en lenguas es el relato de Pentecostés (Hechos 2:1-13). Según las Escrituras, junto con la llenura del Espíritu Santo (**Hechos 2:4**), toda la numerosa multitud reunida ese día en comunión cristiana, “comenzó a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran”. Este fenómeno asombró a los incrédulos que acudieron en masa a la escena. Confesaron oír cada uno su propia lengua (**Hechos 2:8-11**), y en su propia lengua se ensalzaban las maravillas de Dios. Algunos consideraron esto como una expresión de embriaguez, pero Pedro lo refutó al afirmar que era una señal predicha del derramamiento del Espíritu, citando **Joel 2:29**, “Y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días de mi Espíritu; y profetizarán” (**Hechos 2:18**).

El relato de las Escrituras definitivamente afirma que hablaron en otras lenguas (λαλει•ν ε•τε•ραις γλω•σσαις). Además de esta declaración definitiva, existe la evidencia que confirma que fueron escuchados y entendidos en varios idiomas. Todas las explicaciones naturalistas deben ser descartadas. Claramente es una obra sobrenatural de Dios, diseñada para ser una señal de Su poder presente en los eventos de Pentecostés.

En **Hechos 10:46**, en conexión con la conversión de Cornelio y su casa, ocurre un segundo caso de hablar en lenguas. Mientras Pedro les traía el Evangelio, el Espíritu descendió sobre ellos y “les oyeron hablar en lenguas y engrandecer a Dios”. Asistiendo a la extensión formal del Evangelio a los gentiles, se repite el hablar en lenguas, como vinculando definitivamente este acontecimiento con Pentecostés. Pedro evidentemente se refiere a esto cuando, al recitar el evento, dice: “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, como sobre nosotros al principio” (**Hechos 11:15**).

Un tercer pasaje importante se encuentra en **Hechos 19:6**. Pablo había descubierto a algunos discípulos de Juan el Bautista que nunca habían escuchado el Evangelio de la Gracia y, en consecuencia, no se habían vuelto en fe a Cristo. Después de su bautismo, Pablo les impuso las manos y “vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.” Los tres casos en Hechos constituyen la única referencia bíblica a las lenguas en el Nuevo Testamento excepto por el relato en 1 Corintios (**1 Corintios 12:10, 28, 30; 14:1-40**). Los pasajes en Hechos no explican el don de lenguas, ni hay ninguna evidencia en Hechos de que el acto de hablar en lenguas haya sido alguna vez repetido por aquellos que tuvieron parte en estos tres casos. Fuera de 1 Corintios no hay exposición de la doctrina en ninguna de las epístolas. En consecuencia, es el problema de la doctrina de las lenguas examinar las instancias en Hechos para las claves en cuanto a la naturaleza del don, y determinar su regulación y alcance a partir de los pasajes de 1 Corintios.

Antes de intentar llegar a conclusiones en la doctrina, debe tomarse nota de los intentos de resolver el problema por varios expedientes simples. Los teólogos liberales han tratado de resolver el problema colocando una fecha tardía en los Hechos e inventando una teoría de que estas referencias son interpolaciones textuales. Por supuesto, no hay estudios que apoyen este punto de vista más allá de las ilusiones.

Ha habido una tendencia por parte de algunos escritores en todas las clases de teología a reclamar una distinción entre Hechos 2 y los pasajes de 1 Corintios. Si bien algunos admiten que en Hechos 2, el hablar en lenguas consistía en expresiones en idiomas extranjeros que podían ser entendidos naturalmente por quienes estaban familiarizados con ellos, se afirma que en 1 Corintios el hablar en lenguas consistía en expresiones extáticas en las que el lenguaje humano era no se usa, los extraños

sonidos que salen de la lengua son interpretados por otros que tenían el don de interpretación. En consecuencia, Thayer define el hablar en lenguas en 1 Corintios como *“el don de hombres que, embelesados en un éxtasis y sin ser ya dueños de su propia razón y conciencia, vierten sus emociones espirituales resplandecientes en declaraciones extrañas, toscas, oscuras, desconectadas, bastante incapacitado para instruir o influir en las mentes de otros: **Hechos 10:46; 19:6; 1 Corintios 12:30; 13:1; 14:2, 4-6, 13, 18, 23, 27, 39.**”*¹⁰

En un intento por repudiar los excesos del movimiento moderno de lenguas, ha servido al propósito de algunos escritores de minimizar el don de lenguas y negarle la realidad de un idioma desconocido. Algunos, como Thayer, extienden esto solo al pasaje de 1 Corintios. Otros incluyen los pasajes de Hechos como simples declaraciones extáticas que incluían algunas palabras extranjeras. Cualquier punto de vista que niegue que el hablar en lenguas usó lenguajes reales es difícil de armonizar con el concepto bíblico de un don espiritual. Por su naturaleza, un don espiritual tenía realidad, y siendo sobrenatural, no necesita explicación naturalista. El fenómeno de hablar en lenguas fue aceptado por los creyentes como una obra del Espíritu Santo. Todos los intentos de relacionar el hablar en lenguas con los desvaríos de los místicos y adivinos paganos, como lo hacen algunos, deben rechazarse como, en efecto, un ataque a la exactitud de la revelación bíblica.

Hay buenas razones para creer que la posición de Thayer, que ilustra el punto de vista de oposición moderada a considerar todas las referencias bíblicas a las lenguas como esencialmente una, se basa en una concepción inadecuada del don. Por declaración expresa de **Hechos 11:15**, el fenómeno del hablar en lenguas en Cesarea fue similar a la experiencia de Pentecostés. Si estos dos casos son esencialmente iguales, seguiría **Hechos 19**. Sería, ciertamente, una exégesis arbitraria y forzada hacer una distinción cuando no se hace ninguna en el texto.

El uso de términos idénticos en referencia al hablar en lenguas en Hechos y en 1 Corintios no deja fundamento para una distinción. En todos los pasajes se usa el mismo vocabulario: λαλε•ω y γλω•σσα, en varias construcciones gramaticales. Sobre la base del griego y la declaración del texto no se encuentra ninguna distinción. La apelación a la psicología es, en el mejor de los casos, un argumento a priori basado en la presunción.

Algunos han ignorado el problema de los Hechos y han intentado resolver las declaraciones de 1 Corintios haciendo todas las referencias a lenguas una referencia al idioma hebreo, es decir, un idioma desconocido para los corintios. No hay base para esto en el texto, ni garantiza la designación de un don espiritual, si se trata de un idioma conocido por los hablantes por medios naturales.

El único principio seguro a seguir para discernir la doctrina de hablar en lenguas es asumir que básicamente el don es el mismo en sus diversas referencias. Hay distinciones, como se notará, pero en cada caso el hablar en lenguas es real, no simplemente aparente; sobrenatural, no natural; una obra del Espíritu, no un producto de la psicología o la educación; y una señal dada especialmente para los incrédulos.

El problema de si el don de lenguas fue temporal durante el período apostólico o permanente a lo largo de la dispensación debe resolverse únicamente sobre la base de 1 Corintios. Este problema se vuelve más simple si primero se determina el carácter real del hablar en lenguas. Un examen de todos los hechos corroborará la doctrina de que hablar en lenguas no es normal para toda la era actual.

(2) Hablar en lenguas en Hechos.

La discusión previa de los tres pasajes notables en **Hechos (2:4; 10:46; 19:6)** ha mostrado una unidad en el vocabulario, uniendo las instancias. Es evidente que todos son reales, como lo demuestra tanto la declaración directa de las Escrituras como la evidencia confirmatoria de aquellos que los escucharon. Todo debe haber sido de carácter sobrenatural, una obra del Espíritu Santo. Queda por señalar que todos los casos tienen su significado revelado en su carácter de signos.

En el día de Pentecostés, se hizo realidad toda la obra plena del Espíritu que ahora disfrutaban los creyentes. Además de la plena realidad de la regeneración, los creyentes fueron bautizados en el cuerpo de Cristo, habitados por el Espíritu, sellados para el día de la redención y llenos del Espíritu. En el día de Pentecostés la Iglesia como cuerpo de Cristo comenzó por el acto del bautismo. Es evidente que alguna manifestación externa de la plenitud del Espíritu era adecuada. En la providencia de Dios, la habilidad de hablar en lenguas fue dada como confirmación de que Dios había obrado en ellos y como señal de la máxima extensión universal del Evangelio a todas las naciones.

En la predicación del Evangelio a Cornelio se dio otro paso importante. El Evangelio había sido predicado antes a los gentiles, pero ahora se estaba revelando que los gentiles podían aceptar el Evangelio sobre la misma base que los judíos: tenían los mismos privilegios. Esta fue la verdad que quedó grabada en Pedro. En consecuencia, Dios consideró adecuado dotar a la ocasión con una demostración del poder divino que reprodujo hasta cierto punto el fenómeno del hablar en lenguas manifestado en Pentecostés. Se necesitaba una señal externa, y Dios la proveyó.

La tercera instancia en **Hechos 19:6** ofrece otra instancia en la que se necesitaba una señal externa. La señal era necesaria no sólo para convencer a los incrédulos, sino también para confirmar la fe de los creyentes que recién entonces habían llegado a conocer a Aquel de quien hablaba Juan. ya sea actividad psicológica o demoníaca. Un argumento más convincente es la historia del movimiento de las lenguas con sus excesos y sus características perversas obvias. Sin embargo, algunos cristianos fervientes se cuentan entre los que afirman hablar en lenguas, y dada la naturaleza del caso, no es posible examinar la experiencia de todos. Los males del movimiento de las lenguas no han surgido de la creencia en hablar en lenguas, sino más bien del descuido de las Escrituras en su enseñanza sobre el tema, su regulación del don y la misma doctrina falsa moderna de lenguas.

Tres líneas importantes de argumento sustentan la afirmación de que hablar en lenguas era un don temporal. Primero, por su carácter de señal, las lenguas ya no son necesarias. Isaías predijo: "*En lengua de tartamudos y en extraña lengua hablará a este pueblo*" (**Isaías 28,11**; compare **1 Corintios 14:21**). Estando plenamente establecido el cumplimiento, ya no hay necesidad de la señal. Segundo, algunos otros dones espirituales son temporales, como se ilustra en el don del apostolado, el don de profecía, el don de milagros y el don de sanidad. Aparentemente, era el propósito de Dios retirar los fenómenos inusuales que asistieron a la iglesia primitiva.

Tercero, se predice que cesarán las lenguas (**1 Corintios 13:8**). En vista del hecho de que lenguas como se menciona en el contexto se refiere al don de lenguas, es razonable concluir que la misma referencia está aquí. Sobre la base tanto de la inferencia como de la referencia específica, el don de lenguas se revela como una provisión temporal de Dios para el período apostólico.

(5) El Peligro de Abuso de la Doctrina.

Es evidente por 1 Corintios que el hablar en lenguas por su propia naturaleza es peculiarmente propenso al abuso. Teniendo esto en cuenta, ciertos hechos pueden ser replanteados en conclusión. Primero, hablar en lenguas es el menor de todos los dones espirituales. Por lo tanto, no debía ser exaltado como una evidencia de gran poder o utilidad espiritual. La prominencia que le dan ciertas sectas está bastante alejada de las Escrituras. Segundo, hablar en lenguas no era en ningún sentido una prueba de salvación. Por su misma naturaleza de don, es claro que no todos los cristianos lo poseyeron incluso en tiempos apostólicos. La falta total de referencia fuera de Hechos y 1 Corintios debe suponer que no era esencial. Si las lenguas fueran esenciales incluso como una señal exterior de la salvación interior, es inconcebible que no se les deba dar un lugar destacado en el plan de salvación. Es significativo que ni el Evangelio de Juan ni el de Romanos lo mencionen.

Tercero, el don de hablar en lenguas no era una indicación de espiritualidad. De todas las iglesias a las que Pablo escribió, la iglesia de Corinto manifestó la mayor carnalidad y pecado craso, sin embargo, el hablar en lenguas fue más evidente aquí que en las otras iglesias. Es una cuestión de historia que el movimiento de las lenguas no ha conducido a la santidad de vivir, sino que ha sido culpable de toda clase de excesos. Muchos hombres y mujeres piadosos a lo largo de los siglos han estado completamente apartados de cualquier experiencia de hablar en lenguas.

Cuarto, el hablar en lenguas no es inseparable del bautismo del Espíritu. Según **1 Corintios 12:13**, todo cristiano es bautizado por el Espíritu, pero es obvio que no todos los cristianos hablan en lenguas. El intento de hacer del hablar en lenguas una condición necesaria para el bautismo del Espíritu es uno de los muchos males que acompañan al abuso de la doctrina bíblica.

F. El Don de Interpretar Lenguas.

En conexión con el otorgamiento del don de hablar en lenguas a algunos en la iglesia primitiva, había necesidad de que otros interpretaran lo dicho. Es posible que en algunos casos el hablar en lenguas se convirtiera en el vehículo de la revelación, aunque se distingue claramente de la profecía. Consistía principalmente en adscripciones extáticas de adoración y culto. El don de interpretar lenguas (**1 Corintios 12:10; 14:26-28**) era simplemente la habilidad obrada por Dios para traducir el habla de los que hablaban en lenguas. Si el hablar en lenguas ya no existe en la iglesia de hoy, es claro que el don de interpretar lenguas también ha pasado del propósito presente de Dios. Dios englobado en cada vida se despliega según el patrón divino. Puede rastrearse mejor en el amor, en la dependencia de Dios y en la sumisión a Su voluntad soberana.

Dallas, Texas

(Serie que continuará en el Número de abril-junio de 1942)

¿La experiencia cristiana nos ha enseñado a alguno de nosotros alguna otra lección que no sea que el Espíritu Santo lleva adelante su obra dentro de nosotros en la medida en que pensamos en la verdad? ¿Quién no ha descubierto que apartar su mente de la meditación sobre la verdad es quitarle las herramientas de la mano al Espíritu Santo? Y qué pastor no ha sido testigo de la prueba más triste y ridícula de esto en el silencio obstinado en sus reuniones de oración de aquellos que alegan que el Espíritu Santo no les ha dado ningún mensaje a sus hermanos, mientras que el hecho es que vienen con la mente vacía; o peor aún, en la locuacidad excesiva de algunos que alegan que el Espíritu Santo les da en cada ocasión más o menos lo mismo que decir, y que, naturalmente, son los únicos presentes de esa opinión? Si la gente cristiana se detiene en los pensamientos de Dios, se detendrá en Dios; y cuando vengan a las asambleas de los santos vendrán cada uno con un salmo, una doctrina, una revelación, una interpretación. Ciertamente cada pastor puede ser citado por su propia experiencia de que el oficio todo-inclusivo del Espíritu Santo en la iglesia es ministrar la verdad-Bibliotheca Sacra, julio de 1892.

¹ Léxico griego-inglés de Thayer del Nuevo Testamento, in loco.

² Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento de Thayer, in loco.

³ Thayer, op. cit., in loco.

⁴ Thayer, op. cit., in loco.

⁵ lugar cita

⁸ La Biblia de referencia de Scofield, p. 1008, nota 1.

⁹ Thayer, op. cit., en loc.

¹⁰ En. cit., en. locomotora.

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 9

La Obra del Espíritu Santo en el Creyente

(Continuación del Número de enero-marzo de 1942)

[Nota del autor: El presente artículo continúa el estudio de la obra del Espíritu Santo en el creyente iniciado en el último número, con consideración del tema de los dones espirituales.]

{Nota del editor: las notas al pie en la edición impresa original estaban numeradas del 11 al 13, pero en esta edición electrónica están numeradas del 1 al 3 respectivamente.}

II. La obra del Espíritu Santo al llenar al creyente

Desde el punto de vista del valor práctico para el cristiano individual, ningún campo de doctrina relacionado con el Espíritu Santo es más vital que el tema de la llenura del Espíritu. Ha sido muy descuidado en la teología promedio, junto con otras aplicaciones prácticas de la doctrina. La doctrina de la llenura del Espíritu exige además del conocimiento teológico una comprensión experimental de la verdad. Es necesario tener presente el importante fundamento puesto en la delineación de los otros ministerios del Espíritu Santo, y sobre este fundamento erigir la gran estructura de la experiencia viviente enteramente de acuerdo con la doctrina de las Escrituras sobre esta verdad. Muchos han sido los intentos de explicar la doctrina sin una comprensión adecuada de su trasfondo en el bautismo, la morada, la regeneración y el sellamiento del Espíritu. Algunos han ignorado las enseñanzas de las Escrituras a favor de conclusiones basadas únicamente en la experiencia. La tarea que tenemos ante nosotros es exponer esta doctrina a la luz de las Escrituras, teniendo en cuenta también los variados fenómenos de la experiencia cristiana. El tema se trata aquí desde tres puntos de vista: (1) la naturaleza de la llenura del Espíritu Santo; (2) las condiciones para la llenura del Espíritu Santo; (3) los resultados de la llenura del Espíritu Santo.

1. La naturaleza de la llenura del Espíritu Santo.

Un estudio cuidadoso de la naturaleza de la llenura del Espíritu Santo revelará que es la fuente de toda experiencia espiritual vital en la vida del cristiano. Como tal, se distingue claramente de la experiencia que precede a la salvación, como la convicción, y es distinta de la salvación misma, con todos los ministerios concomitantes del Espíritu. Los hechos que sustentan estas conclusiones se encuentran en la representación bíblica de la llenura del Espíritu Santo, incluyendo sus condiciones y resultados.

a. La diversidad de la experiencia espiritual.

No hay hecho experimental más abundantemente sustentado en las Escrituras que la amplia diversidad de la experiencia espiritual. Como bien ha escrito el Dr. Lewis Sperry Chafer en las palabras iniciales de su obra sobre el Espíritu Santo, "Hay una diferencia obvia en el carácter y la calidad de la vida diaria de los cristianos. Esta diferencia es reconocida y definida en el Nuevo Testamento."¹ Las Escrituras distinguen fundamentalmente entre los salvos y los perdidos mediante el uso de muchos términos distintivos, pero las divisiones espirituales de la humanidad no se detienen ahí. Las Escrituras también distinguen lo "espiritual" y lo "carneal" (**1 Corintios 2:9-3:4**); los que "*andan en el Espíritu*", y los que andan "*según la carne*" (**2 Corintios 10:2**; **Gálatas 5:16**); los que andan "*en novedad de vida*" y los que no (**Romanos 6:4**); los que "*permanecen en Cristo*" y los que no (**Juan**

15:1-11); los que andan “como es digno del Señor”, y los que “*andan como hombres*” (**1 Corintios 3:3; Colosenses 1:10**). La distinción representada en estos frecuentes contrastes está dentro del redil de la Iglesia cristiana y definitivamente se remonta a una diferencia en relación con el Espíritu Santo. En consecuencia, Pablo escribe a los Gálatas: “*Esto, pues, digo: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*” (**Gálatas 5:16**).

La diversidad de experiencias y bendiciones espirituales se contrasta en las Escrituras con otro aspecto importante de la doctrina, el crecimiento de los cristianos en la gracia. Si bien cualquier cristiano puede ser espiritual, puede caminar en el Espíritu y permanecer en Cristo, aunque sea un santo recién nacido, hay un crecimiento espiritual gradual que resulta en madurez y conformidad final con Cristo cuando el cuerpo de carne es desechado en muerte o en la venida del Señor por los suyos. Este crecimiento gradual, aunque condicionado hasta cierto punto por la espiritualidad del individuo, está sin embargo bajo el control soberano de Dios, y al cristiano individual se le promete la máxima perfección. La referencia frecuente a esta verdad en las Escrituras le asegura una parte importante en el propósito de Dios. El trigo y la cizaña crecen juntos hasta que el trigo está maduro y listo para la cosecha (**Mateo 13:30**). El propósito del don de hombres dotados a la Iglesia es “*Para la perfección de los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo... Antes bien, hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en él, que es la cabeza, aun Cristo*” (**Efesios 4:12, 13, 15**). Se exhorta a los cristianos: “*Desead, como niños recién nacidos, la leche pura de la palabra, para que por ella crezcáis*” (**1 Pedro 2:2**). Debemos “*crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*” (**2 Pedro 3:18**).

Hay, sin embargo, una relación vital entre el crecimiento del cristiano en la gracia y la espiritualidad del cristiano. Mientras que al cristiano se le asegura la máxima perfección en el cielo, se le exhorta a crecer hasta la madurez espiritual. Si bien es imposible para cualquier cristiano alcanzar la madurez espiritual aparte del proceso gradual que implica, cualquier cristiano al reunir las condiciones puede entrar de inmediato en toda la bienaventuranza de la plenitud del Espíritu. Es patente la correspondencia de la espiritualidad y la madurez con la salud y el crecimiento del cuerpo físico. Un niño puede ser inmaduro en cuanto a la etapa de crecimiento, pero al mismo tiempo estar perfectamente sano. El crecimiento del cuerpo requiere tiempo y desarrollo, mientras que la salud es un estado inmediato del cuerpo que determina su disfrute y crecimiento presentes. Del mismo modo, en el ámbito espiritual, un santo recién nacido puede tener la plenitud del Espíritu, aunque sea bastante inmaduro, y en contraste, un santo maduro puede carecer de la plenitud del Espíritu. Sin embargo, nadie puede negar que existe una conexión importante entre la madurez y la espiritualidad. Un santo madurará en la fe más rápidamente cuando viva en comunión consciente con Dios en la plenitud del Espíritu que si deambule en el ámbito de la carne. Un “bebé en Cristo” es aquel que ha tenido tiempo de alcanzar cierta madurez, pero cuyo desarrollo ha sido detenido por la carnalidad. Lo que la salud física es para el crecimiento del cuerpo físico, la plenitud del Espíritu es para el crecimiento espiritual.

Ha habido cierta oposición al punto de vista de que cualquier cristiano, por inmaduro que sea, puede alcanzar inmediatamente un estado espiritual al cumplir con sus condiciones. La prueba de la posibilidad se encuentra en el hecho de que se exhorta a los cristianos a tener la plenitud del Espíritu. Como dice J. East Harrison: “*Algunos cristianos que viven en el plano inferior de la experiencia religiosa no solo se contentan con morar allí, sino que les molesta la sugerencia de que hay algo más noble o mejor; mientras que otros van constantemente de luto y quejándose del lúgubre camino desértico que están pisando. En cualquier caso, la pérdida es indescriptible, y el daño causado a la causa del cristianismo por su testimonio y carácter defectuosos es lamentable.*”²

La diversidad de la experiencia espiritual puede, por lo tanto, atribuirse a los dos factores de la plenitud del Espíritu y la madurez espiritual. De los dos, la plenitud del Espíritu es, con mucho, el más importante en la experiencia espiritual. Todos los ministerios del Espíritu pueden ser conocidos por el cristiano inmaduro si vive en la debida adaptación al Espíritu. Dios tiene la intención de que el fruto del Espíritu sea producido en cualquier cristiano en quien el Espíritu tenga plena influencia. El hecho evidente de que muchos cristianos nunca conocen el ministerio completo del Espíritu en sus propias vidas constituye un desafío para la iglesia y su ministerio para proclamar este importante aspecto de la verdad.

b. El ministerio sin trabas del Espíritu Santo que mora en nosotros.

La obra del Espíritu Santo al llenar al creyente puede definirse simplemente como ese ministerio que se lleva a cabo en el creyente cuando se entrega por completo al Espíritu Santo que mora en él. Toda referencia a la llenura del Espíritu Santo indica una condición espiritual por parte de la persona llena que se produce por el control total del Espíritu. Hay catorce referencias a la llenura del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, incluyendo las referencias en los Evangelios. El verbo griego πληροῖ se usa ocho veces en relación con esto (**Lucas 1:15, 41, 67; Hechos 2:4; 4:8, 31; 9:17; 13:9**). Otra forma del mismo verbo, πληροῦν, se encuentra dos veces en referencia a la llenura del Espíritu (**Hechos 13:52; Efesios 5:18**). Además de los dos verbos usados para expresar la idea, el adjetivo πλήρης se usa en cuatro instancias (**Lucas 4:1; Hechos 6:3; 7:55; 11:24**).

Está claro en todos estos casos que el Espíritu de Dios está ministrando a las personas involucradas en completa libertad de obstáculos. Con frecuencia, hay evidencia externa de este ministerio en la forma de una obra para Dios realizada en el poder del Espíritu. El pensamiento no es que los individuos por algún proceso hayan recibido más del Espíritu, sino que el Espíritu tiene posesión completa del individuo. En el acto original de morar en el creyente en el momento de la salvación, es claro que cada individuo recibió la totalidad de la Persona del Espíritu, así como los demás miembros de la Trinidad. En la naturaleza de las Personas de la Trinidad, su personalidad es indivisa, ministrando y morando en su totalidad dondequiera que se indique cualquier ministerio o presencia. En consecuencia, no se trata de obtener más de la presencia de Dios, sino de entrar en la realidad de Su presencia y ceder a todos el control y el ministerio por el cual Él ha venido a morar. Si bien en esta época es imposible ser lleno del Espíritu Santo a menos que more permanentemente, es un triste reflejo del estado espiritual de muchos cristianos que, aunque sus cuerpos son el templo del Espíritu Santo, no se rinden a Él y no saben nada de las grandes bendiciones que su ministerio sin trabas traería.

Un estudio de los varios pasajes que se refieren a la llenura del Espíritu resalta estos aspectos con claridad. Según **Lucas 4:1**, Cristo fue lleno del Espíritu Santo, hablando de más que la unidad de las Personas de la Trinidad, extendiendo un ministerio definido particularmente a Su naturaleza humana. Está profetizado que Juan el Bautista sería lleno del Espíritu desde el vientre de su madre (**Lucas 1:15**), e Isabel, su madre, y Zacarías, su padre, en ocasiones son llenos del Espíritu (**Lucas 1:41, 67**). Estas referencias a la llenura del Espíritu en los Evangelios participaban del carácter de este ministerio que se encuentra en el Antiguo Testamento, siendo, con la excepción de Cristo (**Lucas 4:1**), una llenura temporal gobernada por el propósito soberano de Dios, más bien que ser un privilegio universal extendido a todos los santos rendidos. Todas las referencias en Hechos y Efesios hablan de la experiencia normal de esta dispensación.

La doctrina del Espíritu Santo está sujeta a un desarrollo gradual en los Hechos, estando sujetos ciertos aspectos de su ministerio a la agencia inmediata de los apóstoles. En la doctrina de la llenura del Espíritu Santo, sin embargo, cada instancia sustenta plenamente la premisa de que este ministerio se encuentra sólo en los cristianos rendidos a Dios. Por consiguiente, en Hechos 2:4, el día de Pentecostés, el compañero que esperaba en el aposento alto fue lleno del Espíritu. Pedro buscando honrar a Dios antes de que se llenara el Sanedrín (**Hechos 4:8**). Los primeros cristianos experimentaron una segunda llenura después de la oración (**Hechos 4:31**). Una cualidad esencial que se buscaba en la selección de los primeros diáconos era que debían estar “*llenos del Espíritu Santo*” (**Hechos 6:3**). Esteban estaba “*lleno del Espíritu Santo*” mientras miraba a los cielos para ver la gloria de Dios antes de su martirio (**Hechos 7:55**). Pablo al recibir al mensajero del Señor, Ananías, fue lleno del Espíritu Santo (**Hechos 9:17**). En este caso, una característica inusual fue que Pablo no fue llenado hasta que Ananías le impuso las manos, una restricción temporal diseñada para autenticar a Ananías como mensajero de Dios. Pablo es mencionado como lleno del Espíritu nuevamente años después (**Hechos 13:9**). Bernabé es descrito como “*lleno del Espíritu Santo*” (**Hechos 11:24**), y todos los discípulos en Antioquía de Pisidia estaban “*llenos de gozo y del Espíritu Santo*” (**Hechos 13:52**). Cada caso histórico de la llenura del Espíritu ilustra el principio de que solo los cristianos rendidos a Dios son llenos.

C. El mandato de ser llenos del Espíritu Santo.

La obra del Espíritu Santo al llenar al creyente participa de la cualidad peculiar de ser mandada de todo cristiano. Según **Efesios 5:18**, todos los cristianos tienen la responsabilidad de ser llenos del Espíritu: “Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; mas sed llenos del Espíritu.” Como tal, el ministerio del Espíritu Santo contrasta marcadamente con otros ministerios. Mientras que a todos los hombres se les ordena obedecer el Evangelio y creer en Cristo para salvación, a nadie se le exhorta nunca a nacer de nuevo por ningún esfuerzo de la carne, ni se le exhorta a ser habitado, sellado o bautizado por el Espíritu. Estos ministerios del Espíritu vienen inmediatamente sobre la fe salvadora en Cristo. Pertenecen a la salvación, no a la vida espiritual del cristiano. Sin embargo, a los cristianos se les ordena ser llenos del Espíritu. Por supuesto, es imposible que cualquier cristiano sea lleno del Espíritu simplemente deseándolo. Se revelan las condiciones bíblicas para esta plenitud del Espíritu. Es responsabilidad del cristiano cumplir con estas condiciones de sumisión. La plenitud del Espíritu inevitablemente resultará.

En la naturaleza del hecho de que a los cristianos se les ordena ser llenos del Espíritu, también está claro que es posible ser cristiano sin ser lleno. A ningún cristiano se le advierte jamás que busque los otros ministerios del Espíritu porque en su naturaleza están forjados en la salvación. Es evidente, entonces, que la llenura del Espíritu Santo, aunque sólo es posible para los salvos, no es parte de la salvación misma. También es evidente que la llenura del Espíritu debe contrastarse claramente con el bautismo del Espíritu, siendo el primero una cualidad de la vida espiritual, el segundo la posesión de cada cristiano por la cual se ha convertido en miembro del cuerpo de Dios. Cristo. La llenura del Espíritu también debe contrastarse con la morada del Espíritu, ya que todos los cristianos son habitados desde el momento de la salvación (Romanos 8:9), mientras que la llenura del Espíritu se encuentra solo en algunos cristianos. No se puede decir que ningún cristiano está en la voluntad de Dios a menos que esté lleno del Espíritu. Es una responsabilidad universal así como un privilegio, que se extiende por igual a todos los cristianos, pero nunca dirigida a los no salvos.

d. La llenura del Espíritu Santo una experiencia repetida.

Una contribución importante a la doctrina de la llenura del Espíritu es el tiempo del verbo en el mandato de ser llenos (**Efesios 5:18**). El verbo πληρου•σθε se encuentra en presente imperativo. El tiempo presente indica claramente una idea durativa, y podría traducirse, “seguir siendo lleno”. El contraste con el estado de embriaguez mencionado en el verso es patente. En lugar de estar constantemente en un estado de embriaguez con vino, con todas las facultades del cuerpo sujetas a su poder e influencia, el cristiano debe estar constantemente lleno del Espíritu. El presente imperativo se usa regularmente en el Nuevo Testamento para expresar esta idea durativa,³ y no se puede dudar de que tiene un gran significado aquí. Su mayor contribución es poner de manifiesto el contraste entre el bautismo del Espíritu y la llenura del Espíritu, cuya confusión ha sido la debilidad de muchos estudios sobre el Espíritu Santo. Un estudio de **1 Corintios 12:13**, revela que la palabra bautizar, βαπτι•σθη•εν, se encuentra en el aoristo, una acción que ocurre una vez por todas. En contraste con esto, está el ministerio continuo del Espíritu Santo en la llenura.

El uso del tiempo presente en el mandato de ser llenos del Espíritu hace evidente que esta obra del Espíritu es una realidad continua en aquellos que se entregan a Dios. Es una relación de momento a momento que puede ser obstaculizada por el pecado. No se trata de una llamada “segunda obra de gracia” ni de ninguna experiencia de época. Si bien la evidencia externa de la plenitud del Espíritu puede variar, Dios pretende que la realidad permanente sea la experiencia normal de los Suyos. Es sólo cuando el cristiano experimenta la realidad presente de la plenitud del Espíritu que puede realizarse el ministerio pleno del Espíritu.

Las Escrituras dan un testimonio decisivo de que la llenura del Espíritu Santo es una experiencia repetida. La iglesia primitiva fue llena del Espíritu el día de Pentecostés (**Hechos 2:4**). En **Hechos 4:8**, se menciona que Pedro fue nuevamente lleno del Espíritu Santo, y toda la multitud reunida en Jerusalén para escuchar el informe de Pedro sobre su encuentro con el Sanedrín es nuevamente llena del Espíritu Santo (**Hechos 4:31**). Esteban, originalmente elegido diácono porque estaba lleno del Espíritu, se revela que estaba “lleno del Espíritu Santo” inmediatamente antes de su martirio (**Hechos 7:55**). Tanto Pablo como Bernabé se encuentran llenos del Espíritu Santo en períodos muy diferentes de sus vidas (**Hechos 9:17; 11:24; 13:9, 52**). La evidencia de la naturaleza experimental de la llenura del Espíritu Santo se sostiene plenamente en todos los casos.

De este estudio de la naturaleza de la llenura del Espíritu se puede concluir que las Escrituras señalan que este ministerio explica, en gran medida, la amplia diversidad de la experiencia espiritual. Se ha demostrado que la llenura del Espíritu Santo es el ministerio realizado en el creyente que se entrega completamente a su control. Se encontró que la responsabilidad universal por parte de los cristianos de ser llenos del Espíritu estaba fundamentada por el mandato explícito de las Escrituras. Se demostró que es posible para cualquier cristiano ser lleno continuamente del Espíritu, siendo la experiencia repetida de los primeros cristianos un ejemplo esclarecedor. La llenura del Espíritu Santo en todos los aspectos contrasta marcadamente con los ministerios de regeneración, morada, sellamiento y bautismo, que se cumplen de una vez por todas en el momento de la salvación.

Dallas, Texas

(Serie que continuará en el Número de julio-septiembre de 1942)

¹ El que es espiritual, pág. 3.

² Reinando en vida, págs. 42-43.

³ Compare Una Gramática del Nuevo Testamento Griego a la Luz de la Investigación Histórica, AT Robertson, p. 890.

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 10

La Obra del Espíritu Santo en el Creyente

(Serie continuada del número de abril-junio de 1942)

[Nota del autor: Este artículo continúa el tema de la llenura del Espíritu Santo que comenzó en el artículo anterior con la discusión de la naturaleza de la llenura del Espíritu. En el presente artículo se presentan las condiciones importantes para la llenura del Espíritu y los resultados de la llenura del Espíritu].

{Nota del editor: las notas al pie en la edición impresa original estaban numeradas del 14 al 24, pero en esta edición electrónica están numeradas del 1 al 11 respectivamente.}

II. La obra del Espíritu Santo al llenar al creyente (cont.)

2. Las Condiciones para la Llenura del Espíritu Santo.

Introducción.

El excelente trabajo sobre el Espíritu Santo del Dr. Lewis Sperry Chafer, El que es espiritual, ha hecho mucho durante los últimos veinticinco años para dirigir la atención al bosquejo simple y efectivo de este tema provisto en las Escrituras mismas.

En **1 Tesalonicenses 5:19**, se da el mandato: "*No apaguéis el Espíritu*". En Efesios 4:30 se encuentra otro mandato: "*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*". Un tercer mandamiento está registrado en **Gálatas 5:16**: "*Esto, pues, digo: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*". Estas tres Escrituras proporcionan un bosquejo divinamente inspirado de las condiciones para la llenura del Espíritu Santo. Si bien hay muchos aspectos de la vida y la experiencia espiritual, se encontrará que todos están relacionados con estos simples mandamientos. La importancia de estas Escrituras como la clave para descubrir la verdad de las condiciones para la llenura del Espíritu Santo no se puede exagerar. Es un comentario triste sobre muchas de las supuestas exhortaciones que trata de las cosas externas en lugar de las causas principales de la derrota y la apatía espiritual. Cuando uno se vuelve hacia este importante tema, debe ser con una nueva comprensión de que aquí se encuentra una de las doctrinas más importantes de la Escritura.

a. No apaguéis el Espíritu.

(1) Definición.

La expresión que se encuentra en **1 Tesalonicenses 5:19** no se explica formalmente en ninguna parte de las Escrituras. Apagar a menudo se usa en la Biblia en su sentido físico apropiado, como se ilustra en **Mateo 12:20**, donde Cristo habló de no apagar el lino, y en **Hebreos 11:34**, se revela que los héroes de la fe han "*apagado la violencia de fuego*". En **Efesios 6:16**, se dice que el escudo de la fe "*podrá apagar todos los dardos de fuego del maligno*". En 1 Tesalonicenses, sin embargo, se usa en un sentido metafísico, es decir, según Thayer, "*suprimir, sofocar*".¹ Es evidentemente imposible extinguir el Espíritu Santo en el sentido absoluto, o apagarlo. Su presencia permanente está asegurada para todos los cristianos. Su Persona es indestructible. Es, por

lo tanto, apagar en el sentido de resistir u oponerse a Su voluntad. Apagar el Espíritu puede definirse simplemente como no ceder a Él, o diciendo: “No”. La cuestión es, por lo tanto, la cuestión de la voluntad de hacer Su voluntad.

En la introducción del pecado en la creación de Dios por la rebelión original de Satanás, se revela que Lucifer se opuso a la voluntad de Dios con cinco “yo quiero” que se resumen en el quinto, “*seré semejante al Altísimo*” (**Isaías 14:14**). Toda rebelión contra Dios se identificó con Satanás y los ángeles inicuos que cayeron con él. Con la introducción del pecado en la raza humana en Adán, el campo de rebelión se extendió al hombre. El cristiano que ha sido rescatado de la muerte espiritual y la condenación en Adán enfrenta el tema crucial de la sumisión a la voluntad de Dios a pesar de la debilidad de la carne, las tendencias naturales de la naturaleza pecaminosa, el poder del mundo y el poder de Satanás. No puede haber compromiso sobre el tema si se ha de realizar la plenitud del Espíritu Santo. Es necesario estar rendido a la voluntad de Dios para tener las bendiciones plenas de Su ministerio. La vida de entrega tiene varios aspectos, como se verá.

(2) El Acta Inicial de Entrega.

Todo cristiano se enfrenta al hecho evidente de que ningún hombre puede servir a dos señores o señores (**Mateo 6:24**). Es imposible entrar en los gozos presentes de la salvación sin aceptar al Salvador como Señor, pero esta es una verdad que debe aprehenderse tanto en la experiencia como en la doctrina. En consecuencia, a los cristianos se les exhorta constantemente a entregarse a Dios. En **Romanos 6:13**, se encuentra la exhortación: “*Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia*”. La palabra griega para ceder se encuentra en dos tiempos en este versículo, lo que ilustra claramente que la apelación es a ceder a Dios, lo cual se logra de una vez por todas.

En primera instancia, ceder se encuentra en el tiempo presente, *παριστάνετε*, que significa, “*Dejad de presentar vuestros miembros como instrumentos de iniquidad al pecado*”. Había una experiencia constante y permanente de pecaminosidad. En contraste con esto, la exhortación es ceder a Dios, *παράστησατε*, en tiempo aoristo, que significa, “*Ríndete a Dios de una vez por todas*”. Un cristiano está llamado a hacer una entrega definitiva de su vida a Dios para hacer posible su plena bendición y utilidad tal como fue llamado a creer para ser salvo. La exhortación familiar que se encuentra en **Romanos 12:1**, de “*presentarnos*” a Dios es la misma palabra en tiempo aoristo, nuevamente un acto definido de someterse a Dios. Para estar llenos del Espíritu es requisito previo una entrega de vida y voluntad a Su guía y dirección. El acto original de entrega es una entrega de nuestra voluntad a la voluntad de Dios. No se trata de un área particular de conflicto de voluntades.

El Dr. Lewis Sperry Chafer ha resumido el tema de manera concisa: “*La sumisión a la voluntad de Dios no se demuestra por un tema en particular: es más bien una cuestión de haber tomado la voluntad de Dios como la regla de la vida de uno. Estar en la voluntad de Dios es simplemente estar dispuesto a hacer Su voluntad sin referencia a ninguna cosa en particular que Él pueda elegir. Es elegir Su voluntad para que sea definitiva, incluso antes de que sepamos lo que Él puede desear que hagamos. No se trata, pues, de estar dispuesto a hacer una sola cosa: se trata de estar dispuesto a hacer cualquier cosa, cuándo, dónde y cómo parezca mejor en Su corazón de amor. Es tomar la posición normal y natural de confianza infantil que ya ha consentido el deseo del Padre incluso antes de que se revele algo de la realización de Su deseo.*”²

(3) La Vida Continuada de Rendimiento.

Es una cuestión de experiencia, así como de revelación, que las cuestiones de la sumisión no se resuelven con el acto inicial. El acto inicial acepta por fe la voluntad de Dios antes de que sea conocida. Al enfrentar la guía real del Espíritu, la clara enseñanza de Su Palabra y los tratos providenciales de Dios, hay muchas luchas con el hombre interior. Es en este ámbito que se aplica el mandato preciso: “No apaguéis el Espíritu”. La palabra apagar (*σβεβνυτε*) se encuentra en el presente imperativo. El pensamiento puede ser no apagar, o puede suponer que el lector ya ha estado apagando el Espíritu, en cuyo caso el llamado es a dejar de apagar el Espíritu. Es una exhortación para mantener la misma actitud que se adoptó en la entrega original a la voluntad de Dios. No es una reconsagración, sino un llamado a reconocer que el Espíritu tiene el derecho de gobernar. No debemos resistir a aquel a quien hemos entregado nuestra vida y entregado nuestra voluntad.

La vida continua de sumisión a Dios implica una relación con la voluntad de Dios en varios aspectos. El cristiano rendido tiene una relación inusual con la Palabra de Dios. A medida que se conozca su revelación y se haga evidente su aplicación, la cuestión de rendirse a la verdad como la da a conocer el Espíritu Santo se vuelve muy real. Es evidente que negarse a someterse a la Palabra de Dios es apagar el Espíritu, haciendo imposible la plenitud del Espíritu.

Apagar el Espíritu está íntimamente relacionado con Su guía. Hay muchas decisiones espirituales para las cuales la Palabra de Dios no da instrucciones específicas. Las verdades generales de la Escritura deben aplicarse a una vida y circunstancia dadas. En este aspecto de la verdad, la Palabra de Dios da los principios, pero el Espíritu de Dios da las instrucciones. Esta es una porción muy preciosa de la herencia del creyente y una marca de su filiación (**Romanos 8:14**). Negarse a seguir esta dirección evidente es apagar el Espíritu. La orientación puede tomar varias formas y no sigue un patrón regular. El Espíritu puede guiar a uno a un campo de servicio y excluir a otro. La orientación generalmente se relaciona con el servicio y es esencial para él. El hombre no fue creado con una facultad de autodirección, sino que depende de Dios para recibir dirección. El Espíritu puede prohibir un curso de acción como prohibir a Pablo predicar el Evangelio en Asia y en Bitinia, para luego dirigir sus pasos a estos mismos campos y bendecir en el ministerio de la palabra (compare **Hechos 16:6, 7; 19:10**). Es esencial para el servicio eficaz y la acción sabia seguir implícita y confiadamente los pasos ordenados indicados por la guía divina. La plenitud de la bendición espera solo en el camino divinamente señalado.

Un campo importante de la sumisión está en relación con los actos providenciales de Dios, que a menudo son contrarios a los deseos naturales de nuestro corazón, y pueden parecer externamente desde el punto de vista humano como un triunfo del mal más que del bien. El “aguijón en la carne”, cualquiera que sea su carácter, debe aceptarse con fe en el amor y la sabiduría de Dios. El hijo de Dios que desea vivir sin apagar el Espíritu debe conocer la dulzura de la sumisión a la voluntad de Dios. A menudo se puede observar que el santo que sufre muestra una dulzura de testimonio y una plenitud del Espíritu que los demás desconocen. La sumisión al Espíritu incluye, entonces, la sumisión a las claras enseñanzas de la Palabra de Dios, la obediencia a la guía del Espíritu y la aceptación en la fe de los actos providenciales de Dios. Todos estos son parte de la experiencia de vivir momento a momento en la voluntad de Dios con un Espíritu que mora en nosotros y que no está apagado.

(4) La Suprema Ilustración de Cristo.

Como han señalado muchos escritores, Cristo mismo es la ilustración suprema no sólo de alguien en quien la plenitud del Espíritu se manifestó en todo momento, sino también de alguien que se sometió a toda la voluntad de Dios. El pasaje clásico de Filipenses 2:5-11 revela no solo la gloria y la victoria que pertenece a nuestro Señor, sino Su sumisión a la humillación de la cruz. Cristo estuvo dispuesto a ser lo que Dios escogió: *“un siervo... hecho semejante a los hombres”*. Estaba dispuesto a ir a donde Dios escogiera, a un mundo pecaminoso que lo rechazaría y lo crucificaría. Estuvo dispuesto a hacer lo que Dios escogió: *“obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”*. El jardín de Getsemaní con su lucha personificada por las palabras épicas, *“No se haga mi voluntad, sino la tuya”* (**Lucas 22:42**), ha tenido su equivalente menor en la vida de todos los grandes cristianos. El hijo de Dios que tiene “la mente de Cristo” es aquel que está completamente rendido a la voluntad de Dios para su vida en cada detalle como lo estuvo Cristo para la voluntad de Dios en Su vida. Para la plenitud del Espíritu, es absolutamente necesario entregarse a Él.

b. No contristéis al Espíritu.

(1) Definición.

Las Escrituras dan testimonio frecuente del hecho de que el Espíritu de Dios es santo y que Él es una Persona. La presencia interior de esta Persona santa constituye el cuerpo de un creyente en un templo de Dios. En la naturaleza del caso, la presencia del pecado en cualquier forma entristece al Espíritu Santo. En consecuencia, cuando se exhorta al cristiano a *“no contristar al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”* (**Efesios 4:30**), es un llamamiento para no permitir nada en su vida contrario a la santidad del Espíritu. Está claro que la única causa para entristecer al Espíritu Santo es el pecado.

Entristecer al Espíritu Santo implica varios factores. Es una condición espiritual que caracteriza a los cristianos indómitos. El primer paso bien puede ser apagar el Espíritu, es decir, negarse a seguir Su dirección y resistir Su voluntad. No es una cuestión de salvación, ya que esto se resuelve de una vez por todas cuando se lleva a cabo la regeneración. La persistente resistencia a la dirección del Espíritu resulta en un mayor alejamiento de la voluntad de Dios. El Espíritu ya no puede dirigir y bendecir en plenitud ya que Su ministerio ha sido negado. Es esta condición la que se designa en las Escrituras como que entristece al Espíritu.

El hecho de que el Espíritu de Dios haya sido ofendido puede determinarse fácilmente en la experiencia del cristiano. Hay una pérdida de la comunión con Dios y el fruto del Espíritu, y parte de la oscuridad espiritual que envuelve a los no salvos descende sobre la conciencia. Por esta razón, los cristianos que han ofendido al Espíritu Santo pueden parecer exteriormente que viven en el mismo plano de experiencia que los no salvos. Sin embargo, es posible equivocarse con respecto a los factores de la experiencia. Los escritores cuidadosos han señalado a menudo que las condiciones físicas afectan la experiencia espiritual. Alguien que está cansado y hambriento o que está enfermo puede no tener la evidencia de una vida espiritual desbordante sin necesariamente vivir en pecado. El problema también se limita al pecado que es conocido por el cristiano. El Espíritu se entristece por los pecados definidos, no por la presencia de la naturaleza pecaminosa. Es el deber del cristiano que siente una pérdida de poder y comunión espiritual buscar la causa en la oración y el estudio de la Palabra. Siempre es cierto que, si nos acercamos a Dios, podemos esperar que Dios se acerque a nosotros (**Santiago 4:8**).

Puede concluirse que el pecado constituye la causa de entristecer al Espíritu. Así como la causa de entristecer al Espíritu es definida, así el remedio se establece específicamente en la Palabra de Dios.

(2) El Remedio: Confesión de Pecado.

Ha habido una sorprendente falta de comprensión de la doctrina de contristar al Espíritu Santo por parte de los teólogos. Incluso una obra tan grandiosa como la de Kuyper³ ni siquiera menciona Efesios 4:30, ni la importancia de la confesión del pecado como se indica en **1 Juan 1:9**. Este descuido es bastante común, sin embargo, como lo corroborará un estudio de la mayoría de las obras sobre el Espíritu Santo. Sin embargo, es una deficiencia lamentable, ya que el corazón de la doctrina del Espíritu Santo es su relación con la vida espiritual del creyente, y un Espíritu Santo afligido hace imposible la plenitud de la bendición espiritual. La Biblia sigue siendo la mejor obra sobre la doctrina del Espíritu, y quien lea atentamente sus páginas encontrará la respuesta a todos los problemas.

El remedio para entristecer al Espíritu Santo se resume en la simple palabra confesar. Según **1 Juan 1:9**, “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*”. Este pasaje, que se encuentra en el centro de una revelación de la base de la comunión con Dios (**1 Juan 1:5-2:2**), es un mensaje para los cristianos. A los que no son salvos no les sirve de nada confesar sus pecados, ya que no han aceptado al Salvador que fue el sacrificio por los pecados. Para los incrédulos, la exhortación se resume igualmente en una sola palabra: creer. Para el cristiano que está en toda la bendita relación con Dios forjada por la fe salvadora en Cristo, queda el asunto de mantener la comunión. Es este tema el que está en primer plano en 1 Juan. La promesa del perdón no debe confundirse con la justificación ni con la cuestión de la culpa del pecado. En lo que se refiere al aspecto judicial, la cuestión del pecado se resolvió en el momento de la fe salvadora. La presencia del pecado en la vida del cristiano, sin embargo, constituye una barrera para la comunión. Mientras que la filiación del cristiano no se ve afectada de ninguna manera, la relación familiar feliz se ve perturbada. Del lado humano, la confesión debe venir antes de que sea posible la restauración a la comunión. La causa de entristecer al Espíritu debe ser juzgada como pecado y confesada. La confesión implica un juicio propio (**1 Corintios 11:31**), en el que el cristiano actúa como su propio juez, condena su propio pecado y luego confiesa su pecado a su Padre celestial.

Se da completa seguridad de que este enfoque del problema del pecado es aceptable para Dios. No se trata de hacer penitencia o de infligirse castigos escarmentadores. Tampoco es cuestión de indulgencia con el Padre cuando acepta la confesión. Todo el acto se basa en la obra terminada de Cristo, y la cuestión de la pena no está a la vista. El precio de la

restauración ya ha sido pagado. En consecuencia, el Padre es fiel y justo en el perdón, no sólo indulgente y misericordioso. El Padre no podía hacer otra cosa que perdonar al cristiano que busca el perdón, porque Su propio Hijo ya ha provisto una completa satisfacción por el pecado. El proceso desde el lado humano es, en consecuencia, sorprendentemente simple.

A menudo se pasa por alto la promesa adicional dada a los que confiesan el pecado. No solo se perdonan los pecados, refiriéndose a los pecados ya cometidos, sino que se da la promesa de “limpiarnos de toda maldad”. Si bien esta promesa no puede interpretarse como una garantía de la erradicación total del pecado, ni para hacer imposible que el cristiano peque, sí constituye una revelación del compromiso de Dios de prevenir más pecados. La confesión por su propia naturaleza es una fuerza santificadora. El cristiano que ha agonizado ante Dios en el conocimiento de su propia culpa, y reclamado la purificación de la sangre preciosa, por esta misma operación será menos propenso a volver a los caminos del pecado. El pródigo al regresar a su padre ya no deseaba la vida de un pródigo. El acto de confesión es también en efecto un acto de dependencia de Dios, un reconocimiento de la debilidad humana y de la necesidad del poder divino. Esto se verá, en la discusión de andar en el Espíritu, como un aspecto importante de la victoria sobre el pecado.

La confesión está enteramente del lado humano. La revelación de **1 Juan 2:1, 2**, indica que del lado divino el ajuste que el pecado hace necesario en la vida del cristiano es inmediato: *“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.”* Es un hecho bendito que cuando un cristiano peca, Cristo emprende inmediatamente Su obra como Abogado, presentando Su propia justicia y obra consumada en favor del pecador. El lado divino siempre está en el ajuste apropiado. Sin embargo, esto permanece desconocido para la experiencia del cristiano, hasta que la confesión del pecado restablece la comunión. Como en un circuito eléctrico, una ruptura detendrá la corriente, así en nuestra comunión con Dios. Las Escrituras dejan en claro que la ruptura siempre está de nuestro lado, y los extremos desgarrados de la comunión se unen rápidamente mediante la confesión del pecado y se realizan de nuevo todo el poder y la bendición de la comunión con Dios. Es posible que los cristianos que han vivido mucho tiempo en pecado requieran un tiempo de examen de conciencia antes de que todo sea restaurado, pero el remedio en cualquier caso es la confesión del pecado. que bien podría evitarse. Como escribió el apóstol que negó a su Señor y lloró amargamente en su epístola inspirada: *“Si sois vituperados por el nombre de Cristo, dichosos sois; porque el espíritu de gloria y de Dios reposa sobre vosotros; de parte de ellos se habla mal de él, pero de parte vuestra es glorificado. Pero ninguno de vosotros padezca como homicida, o como ladrón, o como malhechor, o como entrometido en asuntos ajenos” (1 Pedro 4:14, 15).*

C. Camine en el Espíritu.

El tema de esta sección podría proporcionar un tema para toda una obra, en lugar de ser considerado meramente como un aspecto de la obra del Espíritu Santo en el creyente. Es en este campo de la doctrina donde han surgido muchos malentendidos y se han adelantado las herejías más peligrosas. Es, al mismo tiempo, una doctrina intensamente práctica. Los dos requisitos anteriores para una vida llena del Espíritu eran de carácter negativo: No podemos decir “no” al Espíritu, apagándolo; y no podemos seguir contristando al Espíritu, si deseamos la llenura del Espíritu. El tercer requisito, andar en el Espíritu, es el aspecto positivo de la verdad, y en contenido es más importante que el otro.

(1) Definición.

En el mandato “Andad en el Espíritu” (**Gálatas 5:16**), hay una exhortación urgente a andar por el poder y la presencia del Espíritu que mora en vosotros. El griego es simple y directo: Πνευ••ατι περιπατει•τε. Πνευ••ατι es un dativo simple, para ser traducido por el Espíritu y no en el Espíritu. Como en **Gálatas 5:5**, la ausencia del artículo no indica un espíritu impersonal, ya sea humano o divino, sino el Espíritu Santo mismo. Como escribe Charles J. Ellicott al comentar sobre **Gálatas 5:5**, un ejemplo similar:

“El dativo no es equivalente a ε•ν Πνευ••ατι (Copt.), menos aún para ser explicado como meramente adverbial, 'espiritualmente' (Middl. in loc.), pero, como sugiere el contexto, tiene su ablativo definido fuerza y referencia personal distinta; nuestra esperanza fluye de la fe, y esa fe es impartida y vivificada por el Espíritu Santo. No se puede presentar ninguna objeción contra esta interpretación. fundado en la

ausencia del artículo, ya que ni el canon de Middleton (Gr. Art. p. 126, ed. Rose), ni el similar sugerido por Harless (Eph. ii.22.), -que το Πνευ• α es el Espíritu Santo personal, πνευ•α la influencia del Espíritu que mora en nosotros (Rom. 8:5), puede considerarse de aplicación universal; ver ver. 16. Es mucho más natural considerar Πνευ•α, Πνευ•α αγγιον y Πνευ•α Θεου como nombres propios, y extenderles la misma latitud en relación con el artículo; ver Fritz. ROM. viii.4, vol. II. pag. 105.”⁴

La exégesis es, en consecuencia, sencilla. A los cristianos se les ordena caminar por la Persona y el poder del Espíritu Santo si desean que los deseos de la carne no sean satisfechos. Es claro que caminar por el Espíritu es una experiencia continua, como περιπατει•τε es en tiempo presente, con el pensamiento, seguir caminando por el Espíritu, o seguir caminando por el Espíritu. El fracaso de continuar caminando por el Espíritu resultará en un fracaso espiritual inmediato.

(2) La Norma Cristiana de Vida Espiritual.

La necesidad de caminar por el Espíritu Santo es especialmente evidente en vista del alto nivel de vida espiritual que se exige del cristiano en las Escrituras. Israel tenía un alto estándar de vida adecuado para su vida bajo la ley, pero no tenían la

la morada universal del Espíritu Santo ni la habilitación universal proporcionada al cristiano, y sus normas de conducta eran, en consecuencia, elementales en comparación con las normas cristianas. Las normas del futuro reino también son elevadas, pero sus requisitos están en sintonía con las condiciones especiales que prevalecerán en ese momento: un diablo atado, Cristo en el trono, justicia y paz universales en todo el mundo, un sistema, no obstante, de carácter legal. Las normas que son particularmente aplicables a la presente dispensación se encuentran en el Nuevo Testamento, particularmente en los Hechos y las epístolas y parte de los Evangelios. Un examen de estos estándares demostrará que solo los pueden alcanzar aquellos que caminan por el Espíritu. Si bien algunos de los mandamientos de la ley de Moisés pueden considerarse normas igualmente imposibles, existe una distinción. La ley de Moisés fue diseñada como un medio para la condenación. Las normas de la gracia en la era actual están diseñadas para la santificación. Lo que el hombre no podía hacer bajo la ley, con la habilitación provista entonces, el hombre puede hacerlo bajo la gracia por el poder del Espíritu Santo. El efecto de estas verdades es que el cristiano es responsable de una vida empoderada por el Espíritu como no lo fueron los santos en dispensaciones anteriores, cuando el Espíritu no se concedió tan libremente.

Un estudio superficial de las normas de esta época lo aclarará suficientemente. Se nos ordena amarnos unos a otros como Cristo nos ama (**Juan 13:34; 15:12**). Incluso “*todo pensamiento*” debe ser llevado “*a la obediencia de Cristo*” (**2 Corintios 10:5**). Debemos “*ser pacientes con todos los hombres*” y “*seguir siempre lo bueno*” (**1 Tesalonicenses 5:14, 15**). Deberíamos “*Alegrarnos siempre. Orar sin cesar. Dad gracias en todo*” (**1 Tesalonicenses 5:16-18**). Se pueden multiplicar ilustraciones de estándares similares igualmente imposibles para la carne. Lo que es imposible para el hombre sin la ayuda del Espíritu Santo es posible para el que camina por el Espíritu.

La absoluta necesidad del poder del Espíritu en la vida de cada cristiano es una de las grandes realidades tanto de la revelación como de la experiencia.

(3) El Poder del Sistema Mundial.

Las normas cristianas de la vida espiritual se vuelven mucho más difíciles de alcanzar en vista de la influencia corruptora del sistema mundial actual. Cuando Cristo oró por sus discípulos, no pidió que fueran quitados inmediatamente del mundo, sino que fueran guardados del mal en el mundo (**Juan 17:15**). Debían estar en el mundo corporalmente, pero espiritualmente “en los lugares celestiales”. Las Escrituras no escatiman palabras al denunciar al mundo. La amistad con el mundo se llama adulterio espiritual y el amigo del mundo es enemigo de Dios (**Santiago 4:4**). El amor al mundo excluye el amor al Padre (**1 Juan 2:15**).

Está prohibida la unión con el mundo y el conformarse al mundo (**Romanos 12:2; 2 Corintios 6:14**). El mundo entero es declarado sin valor en comparación con el valor de un alma humana (**Mateo 16:26**). La mundanalidad se revela para robarle fruto al cristiano, ahogando la Palabra (**Mateo 13:22**). El mundo es declarado crucificado por la cruz de Cristo (**Gálatas 6:14**). El cristiano debe estar en el mundo, pero no ser del mundo, dar testimonio al mundo, pero no permitir que el mundo lo corrompa. Sin embargo, el poder del mundo es tal que esto es imposible excepto por el poder del Espíritu Santo.

(4) El poder de Satanás.

Las importantes doctrinas de la satanología, tan descuidadas en la mayoría de las discusiones teológicas, hacen que la responsabilidad de alcanzar las normas cristianas de conducta sea aún más difícil. Satanás se revela en las Escrituras como el mayor poder aparte de Dios. La guerra del cristiano es esencialmente con Satanás. Como Pablo sabía tanto por revelación como por experiencia, “*No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra la maldad espiritual en las alturas*” (**Efesios 6:12**). Satanás ciega la mente de los incrédulos al Evangelio (**2 Corintios 4:4**), haciendo necesaria una obra del Espíritu Santo para que puedan creer. Se exhorta a los cristianos: “*Sed sobrios, velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar*” (**1 Pedro 5:8**). Al mismo tiempo, las Escrituras revelan que “el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (**2 Corintios 11:14**). Satanás es un mentiroso y asesino como Cristo mismo da testimonio (**Juan 8:44**). El poder de Satanás es tan grande que “Miguel arcángel, cuando contendía con el diablo y disputaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a lanzar contra él una acusación injuriosa, sino que dijo: El Señor te reprenda” (Judas 9). Está claro por la revelación bíblica que este enemigo de Dios es también el enemigo de todo santo y que la victoria sobre él es imposible sin el poder y la protección divinos. El andar del cristiano en la voluntad de Dios es imposible a causa de este enemigo a menos que ande por el Espíritu. Es significativo que Satanás, el archiengañador, haya persuadido a muchos de que él no existe, y mucho menos constituye nuestro mayor enemigo. A la luz de la apatía moderna con respecto al campo de la satanología, ¿es de extrañar que haya poca comprensión con respecto a los problemas de caminar en el Espíritu?

(5) La Naturaleza Pecaminosa.

La total dependencia de cada alma del Espíritu para la victoria no es sólo el resultado de los enemigos externos, sino que también es ocasionada por la debilidad interna. Las Escrituras revelan que todo hijo de Adán posee la naturaleza de Adán, con toda su predisposición al pecado. Ya sea designada como la naturaleza pecaminosa (**Romanos 5:21; 1 Juan 1:8**), la naturaleza adámica, la carne (**Romanos 13:14; 1 Corintios 5:5; 2 Corintios 7:1; 10:2, 3; Gálatas 5:16-24; 6:8; Efesios 2:3; etc.**); el anciano (**Romanos 6:6; Ef 4:22; Colosenses 3:9, 10**), o cualquier otro término, la referencia es a la naturaleza humana, incluyendo alma, espíritu y cuerpo. Cuando la palabra pecado se encuentra en singular, como en Romanos seis y siete, por ejemplo, puede entenderse como una referencia a la naturaleza más que al acto. Es la fuente de todo mal interior, la que desea el pecado y presta oídos al diablo. Una clara comprensión de esta doctrina es esencial para darse cuenta de la necesidad de andar en el Espíritu.

Prácticamente todas las herejías que caracterizan al movimiento de santidad y las falsas doctrinas de santificación, erradicación o perfeccionismo tienen su origen en la falta de comprensión de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza pecaminosa. Es imposible dentro del alcance de la presente discusión examinar en detalle toda la verdad involucrada, pero se pueden presentar los elementos principales.

(a) La teoría del perfeccionismo.

La doctrina del perfeccionismo no siempre es expresada precisamente en los mismos términos por sus adherentes. La definición del Diccionario de Webster es probablemente justa para todas las partes: “*Perfeccionismo: 2. Teol. La doctrina de que un estado de libertad del pecado es alcanzable en la vida terrenal.*” Algunos perfeccionistas limitan esta libertad al pecado voluntario. Otros limitan la libertad del pecado, que conciben como alcanzable en esta vida, a la libertad del pecado conocido, excluyendo los pecados de ignorancia ya sea porque no son pecado o porque en ningún caso pueden ser incluidos en el reino de la perfección. Algunos creen que la naturaleza pecaminosa misma es erradicada. Un examen de las Escrituras no solo sustentará los elementos fundamentales de la doctrina de la naturaleza pecaminosa en sí misma, sino que aclarará que la doctrina del perfeccionismo no se enseña en la Biblia en absoluto como la sostienen sus defensores.

En el Antiguo Testamento, aunque varias palabras hebreas se traducen como perfectas, está claro por el contexto que los personajes involucrados no estaban libres de pecado (**Génesis 6:9; 1 Reyes 15:14; 2 Reyes 20:3; 1 Crónicas 12: 38; Job 1:1, 8; Salmos 37:37; 101:2, 6; etc.**). En el Nuevo Testamento, que nos interesa principalmente, hay trece palabras traducidas como

perfectas. Sin embargo, se encuentra que estos trece se reducen a cinco raíces, y solo dos tienen una relación importante con la doctrina de la perfección en relación con el pecado.

El verbo καταρτίζω, que tiene la idea de ser completo en todos los detalles y por lo tanto adecuado o ajustado, se encuentra frecuentemente como verbo, sustantivo y adjetivo con variaciones e indica perfección en el sentido de plenitud (**2 Corintios 13:9, 11; Efesios 4:12; 1 Tesalonicenses 3:10; 2 Timoteo 3:17**, etc.). Una palabra de igual o mayor importancia, que se encuentra en cinco formas diferentes, es τελειοω, que significa llevar al final, o llevar a la meta (**1 Corintios 2:6; Efesios 4:13; Filipenses 3:15; Colosenses 3:14; 4:12; Hebreos 6:1; 7:11; 10:14**; etc.). La palabra tiene la idea, por lo tanto, de logro.

Otras palabras se encuentran traducidas perfectas en el Nuevo Testamento, pero contribuyen poco o nada a la doctrina de la perfección. Uno de ellos se relaciona con la perfección en el conocimiento, ακριβεια, más que con el pecado, y se encuentra en forma de adjetivo (**Hechos 22:3**) y más a menudo como adverbio (**Lucas 1:3; Hechos 18:26**; etc.). Otra palabra, πληρωω, se encuentra traducida en un caso perfecto (**Apocalipsis 3:2**), pero significa esencialmente llenar o hacer lleno, como se puede llenar un vaso, y se traduce cumplir cincuenta y una veces, y llenar diecisiete veces. En **Lucas 8:14**, se encuentra τελεσφορεω, es decir, llevar a la meta, pero no tiene nada que ver con la doctrina de la perfección. Prácticamente, las dos primeras palabras consideradas, en sus diversas formas, nos proporcionan toda la información bíblica sobre la doctrina de la perfección.

La perfección en relación con el pecado se encuentra en las Escrituras en tres aspectos. Primero, se revela que la perfección posicional es posesión de todo cristiano. En **Hebreos 10:14** se declara: *"Porque con una sola ofrenda hizo perfectos [τετελειωκεν] para siempre a los santificados"*. El verbo se encuentra en el indicativo perfecto, lo que indica que la perfección indicada se completó de una vez por todas en el tiempo pasado, un acto que nunca se repetirá. Es, por tanto, la perfección absoluta, que Cristo realizó por nosotros en la cruz. Aquí no se hace referencia a la calidad de vida del cristiano. El tema de la impecabilidad no está a la vista. Todos los santos (santificados) son partícipes de la perfección lograda por la muerte de Cristo.

Segundo, la perfección relativa se menciona con frecuencia en las Escrituras, como lo indica el contexto. En algunos casos, la madurez espiritual se conoce como perfección. Pablo escribe a los filipenses: *"Así que, todos los que somos perfectos, [τελειοι] esto mismo sintamos"* (**Filipenses 3:15**). Que él se está refiriendo a la madurez espiritual en lugar de la perfección sin pecado se hace claro por la referencia en el mismo pasaje en el versículo doce: *"No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; por lo cual también soy asido de Cristo Jesús."* La referencia en **Filipenses 3:12** es a la máxima perfección que incluirá la impecabilidad, por supuesto, pero esto Pablo lo niega como una posesión presente. La madurez espiritual puede compararse con la madurez física, el pleno desarrollo sin, sin embargo, la perfección absoluta. La madurez es vista en **Filipenses 3:15** como alcanzada.

En otros pasajes, puede estar a la vista algún aspecto particular de la madurez espiritual. Podemos ser espiritualmente maduros con respecto a la voluntad conocida de Dios (**Colosenses 4:12**); en amor (**1 Juan 4:17, 18**); en la santidad (**2 Corintios 7:1**); en paciencia (**Santiago 1:4**); en *"toda buena obra"* (**Hebreos 13:21**). En todos estos casos, no hay indicios de la posibilidad de alcanzar estos logros de una vez por todas en esta vida. Es perfección sólo en el sentido relativo, una posición avanzada de logro. santidad, santo y otras traducciones menos frecuentes, se deriva de la palabra griega αγιαζω. Sus otras formas en inglés son traducciones de varias palabras griegas derivadas de la misma raíz. A todos los efectos esenciales se puede concluir que santificación, santidad y santo tienen el mismo significado esencial, que según Thayer es *"rendir o declarar sagrado o santo, consagrar"*.⁵ Entre los significados secundarios se encuentra el pensamiento, *"separar de lo profano y dedicarlo a Dios"* y *"purificar"*.⁶ Emergen las tres ideas principales de consagración, separación y purificación, las cuales, a su vez, se combinan en la idea central de santidad. La doctrina tiene un trasfondo rico en las ofrendas del Antiguo Testamento y la revelación añadida de la verdad del Nuevo Testamento.

Como se presenta en el Nuevo Testamento, en resumen, la santificación se divide en tres divisiones principales, como lo han señalado muchos otros escritores, que corresponden aproximadamente a las mismas divisiones en la doctrina de la perfección: santificación posicional, santificación experimental o progresiva, y última santificación. En la doctrina de la santificación, el pensamiento se concentra en la santidad o en ser apartado para un uso santo, en lugar de la perfección en su sentido más amplio. La santificación se extiende, por tanto, también a los objetos inanimados, como el oro santificado por el templo (Mateo 23,17), a la mujer o al marido incrédulos donde se salva la otra parte (**1 Corintios 7:14**), a los alimentos santificados por oración (**1 Timoteo**

4:5). La santificación se usa en relación con Cristo mismo en el sentido de que Él fue apartado para uso santo (**Juan 10:36; 17:19; 1 Pedro 3:15**). La santificación en estos casos no significa purificar o santificar, sino solo separarse de lo profano y consagrarse a Dios para santidad.

La referencia más frecuente en el Nuevo Testamento es a la santificación posicional, la obra por Cristo para cada creyente, y que es posesión del creyente desde el momento de la fe salvadora. Todas las aproximadamente sesenta y cinco referencias a santos en el Nuevo Testamento deben clasificarse bajo esta división. Además de estos, se encuentran otras referencias importantes (**Hechos 20:32; 26:18; Romanos 15:16; 1 Corintios 1:2, 30; 6:11; 2 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 2:11; 10:10, 14; 13:12; 1 Pedro 1:2; Judas 1**). Una referencia particularmente significativa es 1 Corintios 1:2, donde los corintios notoriamente mundanos son declarados santos, esta única referencia aclara que la santificación no significa impecabilidad.

La santificación progresiva o experimental es una doctrina importante de las Escrituras, aunque con una referencia menos específica que la santificación posicional. Este aspecto de la santificación probablemente estuvo presente en la oración de nuestro Señor en **Juan 17:17**, donde oró: "Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Otro ejemplo de santificación se menciona en Efesios 5:26, donde se revela que Cristo se entregó a sí mismo en sacrificio, "para santificarla y purificarla [la Iglesia] en el lavamiento del agua por la palabra". Si bien muchos han tomado esto como una referencia al bautismo en agua, el texto no garantiza la interpretación, y es más probable que sea una referencia al poder santificador de la Palabra de Dios misma. La sangre de Cristo se revela como el agente limpiador en **Hebreos 9:13, 14**. Toda la obra de Dios al limpiarnos del pecado en esta vida, se use o no la palabra santificar, pertenece a este aspecto de la verdad. Se exhorta a los santos, en consecuencia, a reconocer la necesidad de la santificación experimental (**1 Tesalonicenses 4:3, 4; 2 Pedro 3:18**). Este aspecto de la santificación es el objetivo principal de la obra del Espíritu y se logra al caminar por el Espíritu.

Como señala el Dr. Lewis Sperry Chafer en su admirable sección sobre andar en el Espíritu,⁷ la santificación experimental tiene tres relaciones: (1) la sumisión del creyente a Dios; (2) la liberación del creyente del poder del pecado a través del poder del Espíritu; (3) el crecimiento del creyente en la gracia, que es un desarrollo constante a lo largo de la vida.⁸ Es el corazón mismo de la doctrina de la vida espiritual, y debe ser el tema de ferviente estudio y oración por parte de todo cristiano.

La santificación máxima es la expectativa de toda la obra de Dios al tratar con el creyente. La santificación posicional tiene la promesa de producir esa santificación perfecta que será la porción de los santos en el estado eterno. La santificación experimental y progresiva tiene como fin último la realización en la vida futura. En la Escritura, sin embargo, la palabra santificación se usa solo en relación con la vida presente. Es dudoso que alguno de los muchos casos en los que se encuentra se aplique específicamente al último aspecto, aunque todos lo anticipan. La doctrina de la santificación máxima se deriva de las Escrituras que representan el logro de la meta por la que nos esforzamos en esta vida. En **1 Juan 3:2**, por ejemplo, leemos: *"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él; porque le veremos tal como es."* Esta Escritura es significativa al designar el tiempo para la santificación final como ese glorioso momento futuro cuando Él aparecerá. En **Efesios 5:27**, se revela que nuestra santificación presente resulta en el estado futuro de perfección: *"Para presentársela a sí mismo como una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante; sino que sea santa y sin mancha."* Según **Romanos 8:29**, seremos *"conformes a la imagen de su Hijo"*. Según **Hebreos 12:14**, todo santo alcanzará la santidad a la perfección cuando vea al Señor. Estas y muchas otras Escrituras se combinan para anticipar la perfección del estado eterno en cada detalle. Estas Escrituras son específicas, sin embargo, al referirse el tiempo de la santificación final a la vida futura.

Los pasajes que se usan en un esfuerzo por probar la necesidad o posibilidad de una santificación completa en esta vida revelarán, tras un estudio cuidadoso, una armonía perfecta con la verdad tal como se ha expuesto aquí. El malentendido y la falsa doctrina resultante surgen de tres fuentes. Primero, la santificación posicional, que por naturaleza es perfecta incluso en esta vida, se interpreta como sin pecado. Este punto de vista es fácilmente refutado por un estudio de los pasajes que hablan de este aspecto de la doctrina. Está claro en las Escrituras que los santos cometen pecado, aunque su posición en Cristo es perfecta. Una segunda causa de malentendido es la falta de comprensión de los variados usos de la palabra santificación misma. La palabra tal como se usa en la Biblia nunca se usa en el sentido de impecabilidad, aunque en el caso de Cristo Él es, de hecho, sin pecado. Incluso cuando se usa en el sentido de separación o purificación, no puede considerarse absoluto. La tercera fuente de

malentendidos ha surgido de ciertos pasajes que parecen demandar la impecabilidad como condición para la salvación. Aquí nuevamente el estudio resolverá el problema de cada pasaje.

Una ilustración de la idea falsa de que la impecabilidad es esencial para la salvación se encuentra en 1 Juan 3:6-9, "Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe: el que hace justicia es justo, como él es justo. El que comete pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no comete pecado; porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." Como se indica en la traducción al inglés, hay lugar para malentendidos. En el griego, sin embargo, la dificultad desaparece en gran medida. A lo largo del pasaje se usa el tiempo presente. La revelación es que cualquiera que peca continuamente, es decir, cuya vida se caracteriza por vivir en pecado, no es salvo. Los que permanecen en Cristo y los que nacen de nuevo no pueden por su naturaleza continuar sin control en una vida de pecado. Puede ser difícil para nosotros juzgar casos límite, pero la Palabra de Dios es específica en que Dios castigará a los creyentes pecadores y los tratará de otras maneras para traerlos a Él. Desde nuestro punto de vista humano, tenemos el derecho de cuestionar la salvación de aquellos que viven en pecado sin control. Puede ser que haya una referencia en este pasaje a la nueva naturaleza, la que es nacida de Dios, que sabemos que no peca. En cualquier caso, la teoría de que la impecabilidad es esencial para la salvación en esta vida destruiría la doctrina de la gracia, la doctrina de la seguridad, y colocaría la salvación en el nivel de las obras humanas. Es por esta razón que la iglesia histórica, independientemente de sus fallas en comprender muchas doctrinas importantes, ha tenido cuidado de afirmar que la impecabilidad en esta vida no es esencial para la salvación. Una doctrina apropiada de la santificación no solo da gloria a Dios sino que le da al creyente una revelación de su propia necesidad de andar por el Espíritu. Aparte del poder de Dios, la salvación en cualquiera de sus aspectos es imposible.

(c) La Teoría de la Erradicación.

Se ha avanzado la teoría de que es posible en esta vida alcanzar un punto en el desarrollo espiritual donde la naturaleza pecaminosa sea erradicada y ya no esté operativa. Esta teoría es, en efecto, una combinación de la idea de la perfección y la impecabilidad en esta vida e intenta establecer un cambio radical en la naturaleza del hombre. La teoría es contradicha por tantas enseñanzas claras de las Escrituras y es tan ajena a la experiencia normal que los cristianos pensantes no la promueven seriamente. Los muchos pasajes de la Escritura que hablan de la lucha con la carne y la necesidad universal de depender de Dios para la liberación son en sí mismos obstáculos insuperables para esta enseñanza.

Como escribe el Dr. Lewis Sperry Chafer al analizar el método divino para tratar con la naturaleza pecaminosa: *"Se sostienen dos teorías generales en cuanto al método divino para tratar con la naturaleza pecaminosa de los creyentes. Uno sugiere que la vieja naturaleza es erradicada, ya sea cuando uno es salvo, o en alguna crisis subsiguiente de experiencia y bendición espiritual, y la calidad de vida del creyente depende, por lo tanto, de la ausencia del carácter de pecado. La otra teoría sostiene que la vieja naturaleza permanece mientras el cristiano está en este cuerpo y que la calidad de vida depende del control inmediato y constante sobre la 'carne' por parte del Espíritu de Dios que mora en nosotros, y esto es posible gracias a la muerte de Cristo. En ambas proposiciones hay un intento sincero de realizar la victoria plena en la vida diaria que se promete al hijo de Dios... La vida que se libera de la servidumbre del pecado es el objetivo de cada teoría. Por lo tanto, es solo una cuestión de cuál es el plan y el método de Dios en la realización. Ambas teorías no pueden ser verdaderas, porque son contradictorias."*⁹

Después de mostrar que la teoría de la erradicación no es el método divino para lidiar con las dificultades del creyente y que es contraria a la experiencia, el Dr. Chafer enumera siete argumentos para probar que la erradicación no está de acuerdo con la revelación divina:

"En la Palabra de Dios tenemos 'instrucción', 'corrección' y 'reprensión'. Por estos debemos determinar nuestras conclusiones más que por cualquier impresión de la mente, o analizando la experiencia de cualquier persona. La Biblia enseña:

"(1), Se advierte a todos los creyentes contra las suposiciones de la teoría de la erradicación: 'Si decimos que no tenemos pecado [la naturaleza], nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros' (1 Juan 1:8).

"(2), El Espíritu ha venido para ser nuestro Libertador y toda la enseñanza bíblica acerca de Su presencia, propósito y poder manifestamente no tiene sentido si nuestra victoria debe ser por otros medios. Por eso la teoría de la erradicación deja poco lugar a la Persona y obra del Espíritu.

"(3), El Espíritu libera por un conflicto incesante. 'La carne [que incluye la vieja naturaleza] codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; y estos son contrarios entre sí, de modo que [al andar por el Espíritu] no podéis hacer las cosas que [de otro modo] quisiera' (**Gálatas 5:17**, compare **Santiago 4:5**). Así también, en **Romanos 7:15-24 y 8:2**, se dice que la fuente del pecado en el creyente es la naturaleza pecaminosa que actúa a través de la carne, y la victoria es por el poder superior del Espíritu. Las enseñanzas extremas de la teoría de la erradicación son en el sentido de que un cristiano no tendrá disposición para pecar mañana y, por lo tanto, la teoría lo impulsa a uno a un desprecio alarmante por la verdadera vigilancia y confianza en el poder de Dios. La Biblia enseña que la fuente latente del pecado permanece y, si cesa el 'caminar en el Espíritu', habrá un retorno inmediato a los 'deseos' y 'concupiscencias' de la carne. Mientras andéis 'por el Espíritu, no satisfagáis los deseos de la carne'. Somos criaturas de hábito y podemos adaptarnos cada vez más para caminar en el Espíritu. También almacenamos conocimiento a través de la experiencia. Así, el andar en la 'carne' puede cesar en un momento dado; pero la capacidad de andar según la 'carne' permanece. En este aspecto de ella, la verdadera espiritualidad significa, por el momento, no querer pecar (**Filipenses 2:13**); pero esto no implica la erradicación de la capacidad de pecar: significa más bien que, por el poder energizante de Dios, es posible una victoria completa para el tiempo presente. Sigue siendo cierto que siempre lo necesitamos por completo. Él dijo: 'Separados de mí nada podéis hacer' (**Juan 15:5**). Debido a que la 'infección' del pecado siempre está en nosotros, necesitamos en cada momento 'la contrarreacción vencedora del Espíritu'. El 'caminar' en el Espíritu está divinamente habilitado en cada paso del camino.

"(4), Los tratos provisionales divinos con la 'carne' y el 'viejo hombre' no han sido para la erradicación. Dios ha obrado en una escala infinita en la muerte de Su Hijo para que se abra el camino por el cual podamos 'caminar en vida nueva'. La forma de este caminar se establece en mandatos tales como 'considerar', 'ceder', 'no dejar', 'aplazar', 'mortificar', 'permanecer': sin embargo, ninguno de estos mandatos tendría la apariencia de significado bajo la teoría de la erradicación. Las Escrituras no nos aconsejan que 'consideremos' que la naturaleza está muerta: nos insta a 'considerarnos' a nosotros mismos como muertos a ella.

"(5), Las enseñanzas de los erradicacionistas se basan en una falsa interpretación de las Escrituras acerca de la presente unión del creyente con Cristo en Su muerte. Lo que en la Biblia se sostiene que es posicional y que existe solo en la mente y el cómputo de Dios, y que se cumple una vez por todas para cada hijo de Dios, se supone que significa una experiencia en la vida diaria de unos pocos que se atreven a clasificarse como aquellos que están libres de la disposición al pecado, esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él", en lugar de, "es crucificado". El verbo está en aoristo, refiriéndose al único acto de Cristo. Incluso una referencia más decidida es la de **Gálatas 2:20**, donde Pablo escribe: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, pero vivo; pero no yo, sino Cristo vive en mí..." El verbo para crucificado está en tiempo perfecto, acción que tuvo lugar definitivamente en el tiempo pasado, pero sus efectos continúan en el presente. En contraste con el tiempo de crucificado, Pablo afirma: "Sin embargo, vivo", con el verbo en presente. La presente vida victoriosa de Pablo fue posible por el hecho de que murió en Cristo en el Calvario. La exhortación no es morir a nosotros mismos por nuestro propio acto, sino darnos cuenta de que morimos a nosotros mismos con Cristo en la cruz y que debemos vivir a la luz de esta revelación. La verdad importante es que debemos considerarnos muertos a nosotros mismos, y esto debe ser hecho continuamente por el cristiano.

Sin embargo, el hecho de que el creyente murió con Cristo en la cruz no quita la naturaleza pecaminosa ni la hace inoperante. El pasaje importante en Romanos seis donde se discute la muerte del creyente con Cristo incluye la exhortación: "Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedecéis en sus concupiscencias" (**Romanos 6:12**). El cristiano debe considerarse muerto a la naturaleza pecaminosa porque por la muerte de Cristo el poder de Dios puede triunfar sobre ella. Es la verdad importante que la muerte de Cristo no solo expía la culpa del pecado, sino que tiene poder para liberar al creyente de la esclavitud y corrupción del pecado mismo.

(e) Conclusión: La total debilidad de la carne.

La discusión de las doctrinas de perfección, santificación, erradicación y muerte a sí mismo, al ser entendidas a la luz de la revelación de la Palabra de Dios, dan un poderoso testimonio de la debilidad de la carne y la dependencia de todo creyente en el Espíritu por la victoria. La doctrina de la naturaleza pecaminosa combinada con la verdad concerniente a la alta norma de la vida cristiana revelada en las Escrituras, el poder de Satanás y las fuerzas de las tinieblas, y la influencia corruptora del mundo ponen de relieve la absoluta necesidad del creyente en Cristo para el ministerio de poder del Espíritu Santo. Las fuerzas en contra del cristiano y la incapacidad latente del cristiano para hacerles frente no permiten otra alternativa para una vida espiritual en la voluntad de Dios que andar en el Espíritu.

(6) El Poder del Espíritu Santo Apropriado.

No puede haber duda de que el cristiano medio es sólo vagamente consciente de la naturaleza de las dificultades que impiden una victoria cristiana normal en su vida espiritual. Existe la imperiosa necesidad de dar a conocer la naturaleza de las fuerzas del mal y la desesperanza de enfrentarlas sin la ayuda de Dios. El primer paso para hacer la guerra es conocer al enemigo y conocer los propios recursos. En la guerra espiritual, los muchos aspectos involucrados se reducen en términos simples a las admoniciones bíblicas de “no apagar el Espíritu”, “no entristecer al Espíritu” y “andar en el Espíritu”. Esto no es simplemente una cuestión de educación. Se debe aprehender la verdad y se debe buscar la plena voluntad de Dios. El creyente que busca el poder del Espíritu debe someterse a la búsqueda de la Palabra de Dios en su revelación de la voluntad de Dios. Debe esperarse en Dios en oración para que estemos dispuestos a hacer Su voluntad. La inspiración de la comunión con el pueblo de Dios y compartir con ellos las bendiciones de Dios es una importante fuente de ayuda. Andar por el Espíritu supone actividad; no es una posición defensiva contra el enemigo, sino un acercamiento positivo a los problemas de la vida espiritual, esforzándose por ser activo en la voluntad de Dios así como descansar en Su suficiencia. El meollo del asunto permanece en la continua dependencia del Espíritu para que haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos, en rendirnos al Espíritu en toda Su dirección, en confesar todo pecado conocido y en buscar del Espíritu con fe que ministerio que obrará en nosotros “tanto el querer como el hacer por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). El andar por el Espíritu es un deleite al corazón del creyente en el que se conocen los gozos íntimos de la comunión con Dios y se produce el fruto del Espíritu en el corazón y en la vida. Aquí, de hecho, hay un anticipo de las bendiciones ilimitadas y sin trabas que recibiremos cuando veamos el rostro glorioso de Aquel que sufrió y se levantó triunfante de la tumba para que podamos tener la victoria en un mundo sobre el cual Él mismo ha triunfado.

3. Los resultados de la llenura del Espíritu Santo.

El efecto de ser lleno del Espíritu Santo se manifiesta en todos los aspectos de la vida y experiencia cristiana. Obviamente, una vida empoderada y dirigida por el Espíritu Santo evidenciará una calidad distinta de vida espiritual. Una búsqueda de las Escrituras revelará que todo el programa presente de Dios en santificación, experiencia espiritual y servicio está calificado por el factor de la llenura del Espíritu Santo. Hay por lo menos siete resultados de la llenura del Espíritu.

a. Santificación progresiva.

La discusión previa ha puesto de manifiesto que la santificación tiene tres aspectos: posicional, progresivo y último. La obra del Espíritu Santo está especialmente relacionada con el aspecto presente de la santificación progresiva. El cristiano controlado por el Espíritu y facultado para hacer la voluntad de Dios manifiesta un cambio fundamental en el carácter. Si bien su naturaleza pecaminosa anterior todavía está presente, se la ha dado por muerta, y la nueva naturaleza energizada por el Espíritu está produciendo el fruto del Espíritu. Según **Gálatas 5:22, 23**, el efecto de la llenura del Espíritu es que se produce Su fruto: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; Contra tales cosas no hay ley.”* Este pasaje de la Escritura es digno de un estudio más detenido. Ha sido considerado por algunos para presentar una trilogía, como indica el Dr. C.I. Scofield: *“El carácter cristiano no es mera corrección moral o legal, sino la posesión y manifestación de nueve gracias: amor, alegría, paz - el carácter como un estado interior; longanidad, mansedumbre, bondad - carácter en la expresión hacia el hombre; fe,*

*mansedumbre, templanza - carácter en expresión hacia Dios. En conjunto, presentan un retrato moral de Cristo, y pueden tomarse como la explicación del apóstol de **Gálatas. 2:20**, 'No yo, sino Cristo', y como definición de 'fruto' en **Juan 15:1-8**. Este carácter es posible debido a la unión vital de los creyentes con Cristo (**Juan 15.5; 1 Corintios 12:12,13**), y es enteramente el fruto del Espíritu en aquellos creyentes que se entregan a Él (**Gálatas 5.22,23**)."*¹¹

Otro punto de vista del pasaje es que el fruto del Espíritu es el amor, del cual fluyen las evidencias del amor: gozo, paz, paciencia, mansedumbre, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Mientras que el método de acercamiento es relativamente poco importante, el hecho central es que la santificación progresiva no procede del esfuerzo propio o de la voluntad del hombre natural, ni procede de la nueva naturaleza en sí misma. Es un producto del Espíritu Santo obrado en una vida entregada. El hecho más importante es que el verdadero carácter cristiano no se puede producir aparte de la obra del Espíritu Santo. El llamado de las Escrituras, en consecuencia, es primero para adaptarse correctamente al Espíritu de Dios, con la promesa de que a través de la llenura del Espíritu, los anhelos de la nueva naturaleza por una vida santa en la voluntad de Dios pueden ser satisfechos.

b. Enseñando.

El ministerio de enseñanza del Espíritu Santo fue predicho por Cristo como medio de proveer la revelación necesaria para el ministerio de los apóstoles (**Juan 16:12-15**), y su cumplimiento se encuentra primero en ellos. La enseñanza del Espíritu Santo se extiende, sin embargo, a todos los cristianos, teniendo el carácter peculiar de iluminar las Escrituras. La obra del Espíritu en la enseñanza es característica. La Palabra de Dios está escrita por inspiración del Espíritu Santo, y su divino autor, el Espíritu de verdad, es su mejor maestro. Ante el problema de la ignorancia de los discípulos, Cristo les dijo: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad: porque no hablará por su propia cuenta; pero todo lo que oiga, eso hablará, y os hará saber las cosas por venir" (**Juan 16:12, 13**). Antes de la cruz, era imposible que Cristo enseñara a sus discípulos las grandes verdades acerca de su muerte, resurrección y el propósito para la era actual, ya que no estaban en condiciones de comprender sus enseñanzas. El ministerio posterior a la resurrección de Cristo sin duda trató con algunas de estas verdades, pero el Espíritu de Dios fue el agente principal de la enseñanza después de la muerte de Cristo.

A los cristianos que son espirituales, es decir, llenos del Espíritu, es posible que el Espíritu les revele las cosas profundas de Dios. En la revelación extendida de esta verdad en **1 Corintios 2:9-3:2**, se aclara que las cosas más profundas de la verdad espiritual pueden ser entendidas solo por aquellos que están espiritualmente capacitados para ser enseñados por el Espíritu. El hombre natural es incapaz de entender incluso las verdades simples que entienden aquellos que son enseñados por el Espíritu. La terrible ignorancia de muchos cristianos con respecto a las cosas de la Palabra de Dios se debe directamente a su carnalidad y fracaso en la búsqueda de las bendiciones de una vida llena del Espíritu. La obra de enseñanza del Espíritu también se extiende a la advertencia contra el error, y se nos dice en **1 Juan 2:27** que la unción del Espíritu, es decir, Su morada en nosotros, hace posible que se nos enseñe la verdad incluso sin maestros humanos Si bien es imposible extender aquí el tratamiento de este importante tema, obviamente es un factor sumamente importante en la experiencia y el conocimiento cristianos, y una importante revelación que explica al mismo tiempo las causas del conocimiento espiritual y la ignorancia espiritual.

C. Guía.

Estrechamente relacionada con la obra de enseñanza del Espíritu Santo está la obra del Espíritu al guiar al cristiano. La guía es un elemento muy importante en la experiencia cristiana, y es esencial para una vida en la voluntad de Dios. La guía, si bien es similar a la obra de enseñanza del Espíritu, tiene un carácter distinto. Mientras que el ministerio de enseñanza del Espíritu en esta época está dirigido a aclarar el contenido de la Palabra de Dios, la guía es la aplicación de las verdades así conocidas a los problemas individuales de cada vida. Si bien la Palabra de Dios puede revelar el propósito de Dios de predicar el Evangelio en todo el mundo, solo el Espíritu de Dios puede llamar a una vida individual a un campo de servicio designado. En los muchos detalles de cada vida, sólo el Espíritu de Dios puede brindar la guía necesaria.

Un punto importante en este aspecto de la verdad es que la guía se da especialmente a aquellos que ya están caminando en la voluntad de Dios. Según **Romanos 12:1, 2**, la entrega a Dios es necesaria, “para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. Incluso en los tiempos del Antiguo Testamento, el siervo de Abraham pudo dar testimonio: “Estando yo en el camino, el Señor me llevó a la casa de los hermanos de mi amo” (**Génesis 24:27**). Para quien está lleno del Espíritu de Dios, la guía se convierte en la dirección personal de la vida en la voluntad de Dios. Las Escrituras aclaran que es una parte esencial de la provisión de Dios para el cristiano. Según **Romanos 8:14**, la guía es una evidencia de salvación genuina: “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*”. La guía es la esfera actual de la obligación cristiana, proporcionando libertad de los requisitos impersonales y más arbitrarios de la ley para Israel, como se indica en **Gálatas 5:18**, “*Mas si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.*”

d. Garantía.

Si bien la seguridad de la salvación no es esencial para la salvación genuina, sin embargo, es el privilegio de todo cristiano. La posesión de seguridad, sin embargo, depende de una comprensión adecuada de la revelación y del testimonio del Espíritu. Una de las razones importantes por las que algunos cristianos no tienen la seguridad de la salvación es que no cumplen las condiciones para la llenura del Espíritu y el ministerio resultante del Espíritu en sus propios corazones. Una de las preciosas realidades de la comunión con Dios es la seguridad de que Él es nuestro y nosotros le pertenecemos. De este importante hecho el Espíritu da Su testimonio. Romanos 8:16 habla específicamente: “*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*”. Otros pasajes confirman la misma idea (**Gálatas 4:6; 1 Juan 3:24; 4:13**). Mientras que la razón humana que opera sin un entendimiento de la gracia y aparte del ministerio del Espíritu puede llegar a una conclusión diferente, es el ministerio del Espíritu asegurar al hijo de Dios de su relación eterna con su Padre en la salvación a través de Cristo, de del cual el Espíritu mismo es el sello. Es una de las penas de la carnalidad y el pecado en la vida del cristiano que muchos pierden la bendición de la seguridad y son despojados al menos temporalmente de esta bendición.

e. Culto.

En la mente de algunos cristianos, la adoración está asociada con lugares de adoración terrenales, rituales y otras características comunes de la adoración pública. Sin embargo, según las Escrituras, la adoración es la adoración de Dios por parte de aquellos que lo conocen. Importante en su contenido es la alabanza y la acción de gracias de todo corazón que pueden surgir solo en un corazón en el debido ajuste espiritual con Dios. Así, en **Efesios 5:18-20**, inmediatamente después del mandato de ser llenos del Espíritu, se menciona la alabanza y acción de gracias que es fruto de una vida vivida en comunión con Dios, y que es al mismo tiempo un resultado del Espíritu que produce en el corazón el gozo, la paz y la seguridad de los cuales Él es la fuente. El alma que vive en comunión sin trabas con Dios no sólo puede percibir el contenido de las inapreciables bendiciones de Dios, sino que tiene todos los motivos para alabar al Dios a quien adora. Para él es una bendita realidad que “*a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*” (**Romanos 8:28**), y en todos los tratos providenciales de Dios permanece la dulzura de la confianza en su amor y poder, y la seguridad de que la sabiduría de Dios prevalece. La verdadera adoración en el sentido más pleno de la palabra sólo es posible para aquellos que están llenos del Espíritu.

F. Oración.

La vida de oración del creyente está inseparablemente integrada en su vida espiritual. El ministerio de enseñanza del Espíritu recuerda las muchas promesas de la Palabra de Dios. La guía del Espíritu es esencial para la oración inteligente, pidiendo por el revelado voluntad de Dios. La oración está vitalmente relacionada con la santificación progresiva del cristiano, siendo la oración el aliento mismo de la vida y el desarrollo espiritual. En la alabanza y la acción de gracias, que son una parte importante de la oración, también se manifiesta el ministerio del Espíritu. Difícilmente hay un aspecto de la vida espiritual que no tenga una relación tanto con la oración como con el ministerio del Espíritu. La vida de oración prosperará en proporción a la vida espiritual del creyente en Cristo.

Las Escrituras revelan además de estos factores obvios en la oración el ministerio del Espíritu Santo en la intercesión. Según **Romanos 8:26**, “*Así también el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades; porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*”. No hay explicación de la naturaleza de este ministerio, ni está relacionado con la intercesión de Cristo. El contexto del pasaje, sin embargo, indica que es un ministerio emprendido en vista de nuestra propia incapacidad para orar como debemos orar, y puede concluirse que el Espíritu Santo como Tercera Persona ministra en Su propia esfera, intercediendo por nosotros de Su posición en nosotros. Su ministerio sin duda incluye una revelación de nuestras propias necesidades de oración y la guía de nuestras oraciones para pedir necesidades que están por encima de la sabiduría humana. El ministerio del Espíritu Santo en todos sus aspectos es inseparable de cualquier vida vital de oración.

G. Servicio.

En la extensa discusión de los dones espirituales, se demostró que el hombre natural no puede servir a Dios, e incluso el creyente en Cristo que posee dones espirituales puede ejercerlos plenamente sólo en el poder del Espíritu. Es evidente, en consecuencia, que todo servicio a Dios depende del poder de Dios para ser fructífero. La posibilidad de bendición ilimitada a través del poder del Espíritu fue revelada por Cristo mismo: “*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Pero esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él*” (**Juan 7:38, 39** R.V.). La figura utilizada habla elocuentemente de la insuficiencia del hombre natural, de la fuente de todo servicio y bendición, de la naturaleza abundante del suministro: “ríos de agua viva”. El manantial de toda bendición interior debe, por supuesto, fluir sin obstáculos, y esta condición se obtiene cuando el creyente está lleno del Espíritu. Es entonces, y sólo entonces, que el creyente en Cristo cumple las buenas obras para las que fue creado en Cristo (**Efesios 2:10**).

El servicio realizado en el poder del Espíritu, como otros resultados de la llenura del Espíritu, está interrelacionado. El servicio y nuestra santificación progresiva, nuestro conocimiento de la Palabra de Dios, nuestra guía, seguridad, adoración y vida de oración no son elementos que caigan en categorías separadas, sino que son las luces variadas de todos los colores de la vida espiritual, que combinadas forman una vida santa en la voluntad de Dios. Lejos de cualquier filosofía humana de autodesarrollo o logro personal, la doctrina bíblica señala al Espíritu que mora en nosotros como la fuente de la experiencia y la fecundidad de la vida de cualquier cristiano y le ruega a cada cristiano que camine por el Espíritu en una comunión íntima posible solo cuando Está insaciable y no afligido.

Dallas, Texas

(Serie por concluir en el Número de octubre-diciembre de 1942)

¹ Léxico griego-inglés de Thayer del Nuevo Testamento, in loco.

² El que es espiritual, pág. 113.

³ La Obra del Espíritu Santo.

⁴ Un comentario crítico y gramatical sobre la Epístola de San Pablo a los Gálatas, con una traducción revisada (edición de 1884), pág. 120.

⁵ Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento, in loco.

⁶ lugar cita

⁷ El que es espiritual, pp. 119-172.

⁸ *Ibíd.*, pág. 136.

⁹ *Ibíd.*, págs. 165, 166.

¹¹ Biblia de referencia Scofield, nota, pág. 1247.

La Persona del Espíritu Santo

por John F Walvoord

Capítulo 11

La Escatología del Espíritu Santo

(Artículo final de la Serie sobre el Espíritu Santo)

[Nota del autor: Este artículo concluye la serie de estudios sobre la doctrina del Espíritu Santo iniciada en el número de abril-junio de 1940 de la Bibliotheca Sacra. El presente artículo incluye la discusión de la obra del Espíritu Santo en la tribulación y en el milenio. La serie completa sobre la doctrina del Espíritu Santo está programada para su reedición en forma de libro con material adicional e índices en un futuro próximo.]

Introducción.

La doctrina de la obra futura del Espíritu Santo prácticamente no ha llamado la atención en las obras existentes sobre teología y en los libros sobre el Espíritu Santo. Buscamos en vano una exposición de esta doctrina en teologías estándar como Hodge, Strong, Shedd, Alexander, Watson, Wardlaw, Dorner, Dick, Miley, Gerhart, Valentine, Buel y el trabajo reciente de Berkhof. En obras sobre el Espíritu Santo como las de Kuyper, Smeaton, Moule, Cummings y Simpson, prácticamente no se menciona la doctrina. El factor principal que causa este defecto es la división en tres partes en el tratamiento de la escatología misma. La teoría posmilenial sostiene que el milenio profetizado se cumplirá en la era actual a través de la predicación del Evangelio o un regreso "espiritual" de Cristo. Si se mantiene esta teoría, por supuesto, los ministerios actuales del Espíritu continuarán a través de la era y culminarán en la conclusión de todas las cosas en el juicio final. No hay, en esta teoría, necesidad de tratar la escatología del Espíritu Santo. Una situación similar se encuentra entre los escritos del llamado punto de vista amilenialista, es decir, que la era actual continuará y desembocará en el estado eterno sin ningún milenio. Solo el premilenialista, que anticipa un milenio en la tierra después de que Cristo regrese para establecer Su reino, puede esperar que considere la doctrina y proporcione una exposición de la misma.

En los escritos de los maestros y teólogos premilenialistas también hay, sin embargo, un sorprendente descuido de esta doctrina. Entre los premilenialistas más antiguos, como Van Oosterzee, hay poca exposición y defensa de la posición premilenial, y prácticamente no se presta atención a los ministerios profetizados del Espíritu en el período milenar. Se ha prestado más atención a los otros grandes temas de la profecía. El resultado ha sido que ha habido poca comprensión de la naturaleza de los ministerios del Espíritu en el período profetizado de tribulación y en el milenio que sigue. Es a esta tarea a la que nos dirigimos ahora.

La habitual posición premilenial se asume como base para la discusión. Las Escrituras profetizan que inmediatamente después del regreso de Cristo por la Iglesia seguirá un período de angustia sin precedentes, un período de aproximadamente siete años según Daniel 9:27, acortado un poco (Mateo 24:22), y dividido en dos mitades de tres años y medio cada uno. La segunda mitad se conoce como la gran tribulación y en ella hay una muestra sin precedentes del pecado y del juicio divino sobre el pecado.

El regreso de Cristo para establecer Su reino cierra abruptamente la tribulación, y sigue el milenio en el que Cristo gobernará y establecerá la justicia y la paz universales. El milenio mismo se cierra con otro estallido del pecado y el juicio final de los impíos, y el establecimiento de los nuevos cielos y la nueva tierra trae el estado eterno. Es en medio de estos conmovedores eventos que el Espíritu Santo ministra en cumplimiento de la profecía. Está claro que, por la naturaleza de las circunstancias, Su obra será muy diferente de Su presente empresa para la Iglesia. Mientras que el cuerpo de la Escritura no es grande, habla con cierta voz sobre puntos importantes.

I. La Obra del Espíritu Santo en la Tribulación

Uno de los conceptos erróneos populares del período de tribulación profetizado es que todos los que entran en este período están irrevocablemente perdidos. Es cierto que es poco probable que las personas que han tenido la oportunidad de escuchar el Evangelio y recibir a Cristo durante esta presente dispensación de gracia acepten a Cristo en los días difíciles de la tribulación. Por otro lado, es obvio que muchos se salvarán, algunos de ellos sobreviviendo a los horrores de la tribulación para entrar en el milenio, y otros para morir la muerte de los mártires. El arrebatamiento de la Iglesia al comienzo del período de tribulación de siete años saca a todos los cristianos del mundo. Inmediatamente, sin embargo, la ceguera de Israel es removida (Romanos 11:25), y miles entre Israel se vuelven hacia su Mesías por mucho tiempo descuidado. Entre los gentiles también habrá conversiones de toda nación y lengua (Apocalipsis 7:9-17). Si bien el período de la tribulación se caracteriza por la maldad y la apostasía, será un período de gran cosecha de almas. A la luz de estos hechos, uno podría esperar encontrar al Espíritu Santo ministrando durante este período.

1. La Obra del Espíritu Santo en la Salvación.

Una profecía notable del Antiguo Testamento es citada en el Nuevo Testamento por Pedro en la apertura de su sermón en el día de Pentecostés: “Pero esto es lo dicho por el profeta Joel; Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días de mi Espíritu, y profetizarán; y daré prodigios arriba en el cielo; y señales abajo en la tierra; sangre, fuego, vapor y humo; el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto; y acontecerá que cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo” (Hechos 2:16-21; compare Joel 2:28-32). La profecía se relaciona ante todo con la era actual y los fenómenos del día de Pentecostés. Un estudio cuidadoso del pasaje revelará que este es solo un cumplimiento parcial. La profecía de Joel tendrá su cumplimiento final en la consumación del propósito de Dios para Israel. Las maravillas en el cielo y en la tierra (Hechos 2:19-20) obviamente no ocurrieron en el día de Pentecostés ni en ningún día posterior de la dispensación cristiana. Permaneció durante el período de la tribulación como se describe en Apocalipsis para cumplir con estos detalles.

Un aspecto importante de este pasaje se encuentra en Hechos 2:21: “*Y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo*”. Este es el orden durante la dispensación de la gracia, y continuará durante todo el período de la tribulación. En vista de la ceguera natural del corazón humano, y la incapacidad del hombre natural para entender el Evangelio lo suficiente como para creer, aparte de la obra de convicción del Espíritu Santo (Juan 16:7-11), se debe suponer que hay una obra continua del Espíritu Santo al revelar a los perdidos el camino de la salvación. Este ministerio del Espíritu Santo es especialmente necesario en la oscuridad espiritual que caracterizará el período de la tribulación. Podemos esperar que haya una fuerte convicción, especialmente entre Israel, de que Cristo es ciertamente el Salvador y el Mesías.

El discurso de Cristo con Nicodemo (Juan 3:1-21) puede entenderse como una confirmación de que habrá salvación durante la tribulación, y que será obra del Espíritu Santo. Para un israelita, la entrada al reino era más que convertirse en parte del reino espiritual de Dios. La idea del reino de Israel anticipó un reinado de Cristo en la tierra en el que había un gobierno político, visible y moral, así como elementos espirituales. La esperanza de Israel no estaba en el cielo. En vano buscamos tal esperanza en las profecías de los profetas del Antiguo Testamento. Su esperanza era el reino de justicia en la tierra, una tierra nueva, pero no una existencia espiritual en el cielo. Si bien su concepción no estuvo exenta de la realización de la necesidad

de estar dentro del redil de la salvación y la regeneración espiritual, esto fue concebido como un medio para el fin de entrar en el futuro reino terrenal. Los defensores del posmilenialismo y el amilenialismo eliminarían la idea de un reino político en favor de un reino puramente espiritual, tal como existe ahora en la presente forma misteriosa del reino en la era de la gracia, pero las muchas Escrituras que hablan elocuentemente de un reino en la tierra no se puede explicar realmente (compare Isa 11). Por tanto, cuando Cristo le dijo a Nicodemo que era necesario que naciera de nuevo para entrar en el reino, y expresó su sorpresa de que Nicodemo no supiera ya este hecho, se estaba refiriendo no sólo a la necesidad inmediata del nuevo nacimiento para entrar en el mundo espiritual. reino de todos los verdaderos creyentes, sino a la necesidad de la regeneración para entrar al milenio mismo. En consecuencia, puede deducirse que el Espíritu de Dios no sólo convencerá a los hombres de su necesidad de Cristo y les revelará el camino de la salvación, sino que también regenerará a los que creen. Inmediatamente recibirán la vida eterna, y entrarán en el milenio si sobreviven al período de la tribulación.

Israel, en particular, recibe la bendita promesa de la regeneración como parte de la bendición de su restauración al favor de Dios. Que solo los que creen recibirán esta bendición es evidente por los juicios que caen sobre Israel durante la tribulación, en la que dos tercios de Israel mueren y solo un tercio sobrevive (Zacarías 13:8, 9). El alcance de estas bendiciones está profetizado por Ezequiel: “Porque os tomaré de entre las naciones, y os reuniré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra propia tierra. Entonces os rociaré con agua limpia, y seréis limpios; de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos, os limpiaré. Os daré también un corazón nuevo, y os daré un espíritu nuevo; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu dentro de vosotros, y os haré andar en mis estatutos, y mis decretos guardaréis, y los haréis ...” (Ezequiel 36:24-27). Las condiciones exactas de las que se habla aquí son las del comienzo del milenio, pero como aquellos que entren en el milenio en la carne habrán sido salvos en el período de la tribulación, se puede ver fácilmente que es una revelación de la naturaleza de la obra del Espíritu. en los creyentes durante la tribulación.

2. La Obra del Espíritu Santo en los Creyentes en la Tribulación.

Gran parte de la revelación sobre el ministerio del Espíritu Santo a los salvos en la tribulación se basa en inferencias, pero es evidente un ministerio continuo del Espíritu Santo a los creyentes en este período, aunque algo restringido. Hay alguna evidencia de que el Espíritu puede habitar en los creyentes durante la tribulación ya que, según Ezequiel 36:27, serán habitados antes de que entren en el milenio. Contra esto, sin embargo, está la revelación de 2 Tesalonicenses 2:7, que el que retiene al mundo del pecado, es decir, el Espíritu Santo, será “quitado de en medio” durante la tribulación. El mal desenfrenado caracteriza la tribulación, aunque la falta de control no es total (compare Apocalipsis 7:3; 12:6, 14-16). Algunos han asumido que la presencia del Espíritu Santo que mora en los santos en sí mismo contribuye a la restricción del pecado, y que, por lo tanto, es quitado. El período de la tribulación también parece regresar a las condiciones del Antiguo Testamento de varias maneras; y en el período del Antiguo Testamento, los santos nunca fueron habitados permanentemente, excepto en casos aislados, aunque se encuentran varios casos de la llenura del Espíritu y de la capacitación para el servicio. Tomando todos los factores en consideración, no hay un argumento concluyente en contra de la presencia del Espíritu Santo que mora en los creyentes en la tribulación. Si los creyentes son habitados durante la tribulación, también se seguiría que son sellados por el Espíritu, siendo el sello Su propia presencia en ellos.

Ya sea que el Espíritu more permanentemente en los creyentes de este período o no, está claro que algunos creyentes están llenos del Espíritu y tienen poder para testificar. Esto es evidente, primero, por el hecho de que habrá predicación mundial del evangelio del reino durante la tribulación (Mateo 24:14). El poder de dar testimonio siempre ha sido el resultado del ministerio del Espíritu Santo, y está relacionado con la llenura del Espíritu, que puede ser temporal, no necesariamente con Su morada, que por naturaleza es permanente. La victoria espiritual lograda por los mártires de la fe difícilmente podría lograrse sin la capacitación espiritual del Espíritu Santo. Los fenómenos generales de la tribulación hacen impensable cualquier tipo de logro espiritual sin el poder de Dios. Si bien, por lo tanto, no tenemos referencias bíblicas extensas sobre la doctrina, sin embargo, se sustenta en cada enfoque del tema.

3. La Obra del Espíritu Santo en la Tribulación Limitada.

Las características del período de la tribulación no conducen a una manifestación ilimitada de los ministerios del Espíritu. En contraste con la era de la gracia que precede y el milenio que sigue, la tribulación es un período de pecado y rebelión contra Dios sin precedentes. Si bien la salvación es posible para los que creen, debemos concluir que los salvos serán una minoría mucho mayor que en la actualidad. La falsa doctrina alcanzará nuevas alturas de engaño. La apostasía alcanzará su apogeo. La obra restrictiva del Espíritu Santo será eliminada casi por completo (2 Tesalonicenses 2:7).

Una falta notable en los ministerios del Espíritu Santo es la obra del Espíritu en el bautismo. Es muy significativo que el bautismo del Espíritu Santo siempre se considere en la Escritura como futuro hasta el día de Pentecostés cuando los creyentes fueron bautizados por el Espíritu; que el bautismo del Espíritu Santo nunca se encuentra después del rapto de la iglesia ni en el período de la tribulación ni en el milenio. Buscamos en vano en las Escrituras proféticas cualquier referencia al bautismo del Espíritu excepto

en lo que se refiere a la Iglesia, el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12, 13). Mientras, pues, el Espíritu continúa su ministerio en el mundo en la tribulación, ya no existe un cuerpo corporativo de creyentes entretejidos en un organismo viviente. Más bien hay un retorno a las distinciones nacionales y al cumplimiento de las promesas nacionales en preparación para el milenio.

II. La Obra del Espíritu Santo en el Milenio

El milenio será sin duda la más gloriosa de todas las dispensaciones. Habrá la manifestación más completa de rectitud, y la paz y la prosperidad universales caracterizarán el período. Cristo gobernará toda la tierra, y todas las naciones lo reconocerán. El conocimiento del Señor será de mar a mar. A lo largo del milenio, Satanás estará atado y no habrá actividad demoníaca. El hombre continuará poseyendo una naturaleza pecaminosa con su inherente debilidad, pero no habrá ninguna tentación externa que la despierte. El ministerio de los santos resucitados en la tierra agregará su toque distintivo a la situación inusual. Es manifiesto que en tal período el Espíritu Santo tendrá un ministerio que excede a las dispensaciones anteriores en su plenitud y poder, aunque el milenio será legal en su gobierno en lugar de misericordioso como en la presente dispensación.

1. La Obra del Espíritu Santo en la Restricción.

De la naturaleza general del período se puede aprender que no habrá el conflicto espiritual con las fuerzas de la oscuridad que caracteriza el período actual. La obra del Espíritu Santo al refrenar el pecado operará solamente contra la manifestación del pecado que está latente en el corazón humano. Si todos los que entran en el milenio en la carne son salvos, como parecen indicar las Escrituras, el Espíritu les dará poder desde dentro y, en consecuencia, tendrán poca necesidad de Su ministerio general de reprimir el pecado tal como se ejerce en el mundo inicuo de hoy. Los niños seguirán naciendo durante el milenio, y estos probablemente constituirán la mayor parte de la población humana antes de que pase el primer siglo del milenio. Necesitarán ser salvos a través de la fe voluntaria en Cristo, así como sus padres ejercieron la fe antes que ellos.

Las condiciones en el mundo serán tales que cualquier rebelión abierta contra Cristo será sofocada de inmediato, y todos harán por lo menos una profesión externa de fe en Él. Es de este elemento profesante que serán atraídos los rebeldes del estallido final del pecado al final del milenio. La obra del Espíritu Santo será sin duda correlativa al gobierno soberano de Cristo. Hay poca Escritura, sin embargo, sobre la cual basar la doctrina, y la inferencia debe extraerse de la actividad característica del Espíritu en dispensaciones anteriores. Es posible que Isaías 59:19 tenga referencia al milenio.

2. La Obra del Espíritu Santo en la Salvación.

Como se indicó anteriormente, habrá necesidad de salvación del pecado en el milenio por parte de los hijos nacidos durante el período. No cabe duda de que un porcentaje mayor de la población mundial se salvará durante el milenio que durante cualquier otro período.

Muchas Escrituras indican la plenitud de esa salvación. Ezequiel 36:25-31 describe la plenitud de la salvación para Israel. Serán limpiados del pecado, se les dará un nuevo corazón y se salvarán del poder del pecado. La universalidad de la salvación, particularmente al comienzo del milenio, se describe en Jeremías 31:31-34, y muchas otras referencias apoyan el mismo punto de vista (Isa 44:2-4; 60:21; Jeremías 24:7). Las bendiciones también se extenderán al mundo gentil (Zacarías 14:16).

La naturaleza de la salvación incluirá claramente la regeneración, como se indica en Ezequiel 36:25-31 y en Juan 3:1-21. La condición de salvación seguirá siendo la fe en Cristo, cuya presencia y poder visibles harán fácil comprender su poder para salvar. Sin embargo, la obra del Espíritu sigue siendo necesaria para la fe salvadora, ya que incluso en el milenio los hombres antes de la salvación están sujetos a las mismas limitaciones inherentes a los hombres de hoy, aunque libres del poder obstaculizador de Satanás. El milenio será la manifestación final del poder de Dios para salvar almas.

3. La Obra del Espíritu Santo en el Creyente en el Milenio.

Las profecías que describen el milenio, a las que ya se ha hecho referencia, unen en su testimonio que la obra del Espíritu Santo en los creyentes será más abundante y tendrá mayor manifestación en el milenio que en cualquier dispensación anterior. Es evidente de las Escrituras que todos los creyentes serán habitados por el Espíritu Santo en el milenio, así como están en la época presente (Ez 36,27; 37,14; compare Jeremías 31,33).

La llenura del Espíritu Santo será común en el milenio, en contraste con la poca frecuencia de ella en otras edades, y se manifestará en adoración y alabanza al Señor y en obediencia voluntaria a Él, así como en poder espiritual e interior. transformación (Isaías 32:15; 44:3; Ezequiel 39:29; Joel 2:28-29). En contraste con la apatía espiritual, la frialdad y la mundanalidad actuales, habrá fervor espiritual, amor a Dios, gozo santo, comprensión universal de la verdad espiritual y una maravillosa comunión de los santos. La unidad espiritual y las bendiciones que caracterizaron a las asambleas de la iglesia primitiva son un anticipo de la comunión de los santos en todo el mundo en el milenio. El énfasis estará en la rectitud en la vida y en el gozo del espíritu.

La plenitud del Espíritu también reposará sobre Cristo (Isaías 11:2) y se manifestará en Su Persona y en Su justo gobierno de la tierra. El milenio será la manifestación final del corazón de Dios antes de traer el estado eterno. En él, Dios se revela de nuevo como amoroso y justo, la fuente de todo gozo y paz, y en el período también, al final, el hombre se revela como en su corazón en rebelión contra Dios y no dispuesto a inclinarse incluso ante tan gloriosa evidencia de Su fuerza.

De la revelación que se encuentra en las Escrituras, todos los ministerios del Espíritu que conocemos en la era presente se encontrarán en el milenio, excepto el bautismo del Espíritu, que ya se ha demostrado que es peculiar a la dispensación de la gracia, desde el día de Pentecostés hasta el rapto. Aunque en medio de la creciente apostasía en el mundo y la indiferencia hacia el Espíritu incluso entre aquellos en quienes Él mora, podemos visualizar el día venidero; y mientras esperamos a Aquel cuyo derecho es reinar, podemos, por sumisión y dependencia del Espíritu que mora en nosotros, encontrar en nuestros propios corazones y manifestar en nuestras propias vidas la fragancia del fruto del Espíritu.

Dallas, Texas

Los archivos originales se pueden descargar desde aquí:

<http://www.walvoord.com>

o

<http://biblia.org/>